ACANTILADO

Erwin Mortier

Cuando los dioses duermen

TRADUCCIÓN DE
GOEDELE DE STERCK

ACANTILADO

Erwin Mortier

Cuando los dioses duermen

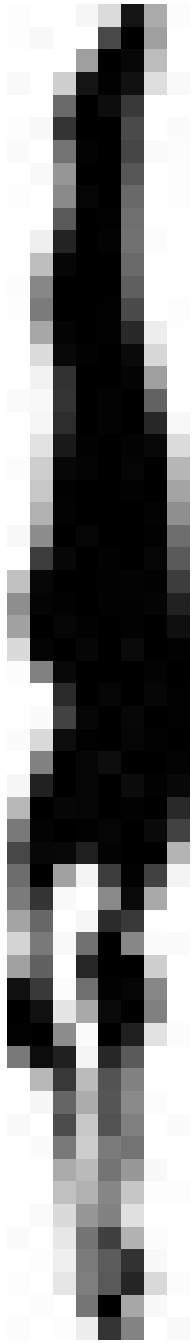
TRADUCCIÓN DE
GOEDELE DE STERCK

ERWIN MORTIER

CUANDO LOS DIOSES DUERMEN

TRADUCCIÓN DEL NEERLANDÉS

DE GOEDELE DE STERCK



ACANTILADO

BARCELONA 2013

I

Siempre me he estremecido ante el acto de comenzar. Ante la primera palabra, el primer roce. El desasosiego al hilvanar la primera frase y, después de la primera, la segunda. El desasosiego, y la excitación, como si retirase el lienzo bajo el cual se ocultara un cuerpo: dormido, o muerto. Y al mismo tiempo, el deseo, o la ilusión, de transformar la pluma en arado y de labrar la hoja recién escrita hasta dejarla en blanco, atravesando las líneas de tinta, surco tras surco. Volviendo la vista atrás, descubriría entonces un campo pálido, con vestigios sacados a la superficie por el arado: baldes herrumbrosos, trozos de alambre, astillas de hueso, una granada sin estallar, una alianza.

Daría casi cualquier cosa por descender a la sima de nuestras historias, por descolgarme hasta sus oscuros pozos, viendo pasar uno a uno los estratos a la luz de un candil. Todo cuanto ha atesorado la tierra: cimientos, barrotes, raíces de árboles, platos soperos, cascos de soldado, esqueletos de animales y personas en un caos calmoso, el remolino solidificado en corteza terrestre que nos ha engullido.

Lo llamaría el libro de las esquirlas, de los huesos y las migas, de las hileras de árboles y los muertos a la entrada del sótano, y de la bacanal en la mesa larga. El libro, también, del fango, de la placenta. El fango amorfo, las ciénagas y la matriz.

Agradezco al mundo que siga habiendo marcos de ventana, chambranas de puerta, zócalos, dinteles, y el consuelo del tabaco, y del café solo y de los muslos masculinos, nada más. Llega un día en que somos demasiado viejos para cargar con nosotros mismos hora tras hora de camino a la tumba, para musitar el Dies irae en soportales, esquinas y plazas ante todas esas siluetas que se han despegado de nosotros desde hace tiempo para sumirse en un cenagal en el que se hunden los dedos de los pies. Conforme vamos envejeciendo no vemos ya personas a nuestro alrededor, sino sólo ruinas en movimiento. Los muertos saben encontrar siempre alguna puerta trasera o la ventana de una cocina para entrar a escondidas y atormentar con sus convulsiones la carne más lozana. El ser humano es un colador. Los recuerdos nos ayudan a domar a los muertos hasta que, inmóviles, quedan suspendidos en nuestras neuronas como fetos estrangulados por el cordón umbilical. Junto

sus manos y cierro sus ojos, y si se incorporan bajo la sábana lo atribuyo a la acción de las enzimas o de los ácidos sobre sus tendones. La verdadera resurrección está en otra parte.

De pequeña solía sacar de quicio a mi madre cada vez que cometía la imprudencia de contarle mis ensoñaciones. Los límites y las barreras le infundían un respeto sagrado. Desvincular la imaginación de lo terrenal era indicio de un talante frívolo. Para ella, lo peor que un vivo podía hacerle a un muerto era otorgarle el don de la palabra. Los muertos no pueden defenderse de lo que se les pone en la boca. A su juicio, la moneda que los griegos clásicos colocaban bajo la lengua de sus difuntos, a modo de peaje para el barquero encargado de llevarlos al otro lado de la laguna Estigia, servía a otro fin: el precio del silencio. Si los muertos hubieran comenzado a hablar se habrían atragantado en el acto. Según mi madre, no tenían derecho a voz y, por lo tanto, nadie estaba autorizado a ser su boca.

Yo tengo mis dudas, aún hoy. Todo lo que vive y respira es impulsado por una inercia fundamental, y todo lo que está muerto encierra, como una deshonra jamás revelada, las desvanecidas posibilidades de existir.

De haber seguido con vida, mi madre tendría ahora más de cien años. No sería mucho mayor que yo, la hija que trata de no ponerle nada en la boca, ni siquiera una moneda. A decir verdad, ya no pienso tanto en la muerte. Ella ya piensa bastante en mí. Cada mañana, después de cepillarme los dientes, recorro con la lengua toda mi dentadura, orgullosa de no haber perdido todavía ni una sola pieza, mientras leo en braille la mueca de la calavera que se dibuja en mi carne. Eso es suficiente como memento mori.

Hay noches en las que el sueño me arranca de sus profundidades como si yo fuese un vestigio más, hasta que despierto por el frío, me arropo bien y me pregunto por qué unas imágenes que a veces datan de decenios atrás se me presentan con tal nitidez que acabo despertándome. Jamás resultan dramáticas. Puede que aparezca la vista de una habitación, un paisaje, la mirada de alguien a quien conocí o un suceso sin mayor relevancia, como aquella mañana de domingo, un día de primavera allá por los años cuarenta, cuando espero la hora de la comida en compañía de mi hija junto al

ventanal del cuarto de estar. Miramos afuera, al jardín y a la calle, sembrados de puntos blancos. El viento los arranca de los castaños en la otra orilla del río, se los trae volando a ras del agua y hace que revoloteen sobre el pavimento formando pequeños tornados, como si estuviera nevando. El silencio en las calles aquella mañana, la luz blanquecina, el tedio dominical, el olor a sopa y a asado de ternera, y mi hija que dice: «Pensaba que llovería todos los días».

O me encuentro en la playa, la vasta playa en bajamar, cerca del dique, con los primeros fríos del otoño, uno de esos días en que, al abrigo de la brisa, se puede atrapar el último calor. He sacado a mi marido y a mi hermano—o ellos a mí—a tomar el fresco, a inhalar un aire distinto a ese eterno tufo a hospital. Se hallan de pie entre los barracones, protegidos del viento, al sol, con la bufanda atada al cuello y el quepis en la cabeza, rodeados por el fulgor plateado de la blanca arena. Bromistas como son, llevan sus medallas prendidas en la chaqueta del pijama. Ahora se ofrecen fuego el uno al otro para encender los cigarrillos que yo les he traído. Se los ve pálidos, y frágiles, bajo esa luz implacable, la luz frontal de septiembre; pero las mejillas las tienen coloradas, encendidas.

La escena revestiría cierto carácter hermético y quedaría para siempre encerrada en sí misma, de no ser porque mi marido—mi futuro marido—me mira de repente a los ojos desde detrás de los dedos de mi hermano cuya mano protege la llama de la cerilla: divertido, travieso, perspicaz, una jocosidad en la que reconozco de inmediato la inteligencia. Mientras tanto, mi hermano espía fijamente a mi marido. Más que leerle el perfil, parece absorberlo con la mirada. De pronto comprendo que hemos estado enamorados del mismo hombre.

Cuando me doy la vuelta no veo mi cuarto, mi silla, mis piernas envueltas en mantas, ni la tabla con la pluma y el papel que descansa sobre mi regazo, sino la playa, la vasta playa en bajamar; el viento que levanta el agua de las pozas creadas por la marea, la fina línea blanca del rompiente, el verde grisáceo de las olas, la parte inferior de las nubes, un vacío que me atrae hacia sí con amabilidad.

—Ya ha venido a buscarme el ángel del tiempo—le comento a Rachida, mi cuidadora, cuando por la mañana me ayuda a salir de

la cama. Se lo digo para verla sonreír—. Le conoces, ¿verdad? Podría ser el ángel de la venganza o el ángel de la victoria, pero es también el ángel del sueño y la Melancolía de Durero.

—Sí, doña Helena. Sus ángeles son complicados.

Celebro que se ría, que se ría siempre. Todas las mañanas entra con buen humor en mi habitación, me incorpora en la cama y me acomoda los almohadones en la espalda. No corta el pan en cachitos ridículos como la arpía que la sustituye a veces y que permanece sentada en el borde de la cama mientras desayuno, soltando impacientes resoplidos, hasta que se levanta para llenar la bañera y preparar las toallas: la telegrafía de su impaciencia para con mi persona y mi vejez.

También celebro que Rachida trate mi cuerpo con delicadeza cuando me libera del camisón, que retire mis huesudos brazos de las mangas con un gesto tan solícito como rutinario y que haga sufrir lo menos posible a mi cabeza en el curso del diario alumbramiento a través de la angosta apertura de mi camiseta interior; en tanto que la otra, esa estatua de sal, siempre consigue causarme molestias con mis propias extremidades. Estrechándome contra su pecho como una marioneta, me arrastra por el suelo hasta el cuarto de baño, donde me suelta sobre el retrete. Mientras yo me vacío hasta la última gota, ella sacude las sábanas, corre las cortinas y revuelve las perchas del armario como si estuviera saqueando los tesoros de Roma. Líbrenos Dios de la plaga de los vikingos.

—Se llama Christine—me señala Rachida vacilante, aunque sin renunciar a su sonrisa.

La mayoría de las imágenes que me visitan en el duermevela son antiguas, pero claras como espejismos. Jamás han sido mitigadas del todo por el lenguaje, que en la juventud aún no ha erosionado a fondo los cauces del pensamiento de nuestro espíritu. Son las imágenes más puras, las que encarnan las preguntas por las cuales me dejaba colmar en mi infancia y que ahora vuelven a ocuparme, como si algún día el círculo fuera a cerrarse.

No son recuerdos propiamente dichos, porque no hago nada por recordar, me sobrevienen, a menos que la naturaleza del recuerdo

cambie con el paso de los años. A veces, cuando estoy dormitando, el eco de mi respiración parece resucitar en torno a mí sensaciones acústicas pasadas. Las habitaciones que permanecían apiladas pared con pared entre los bastidores del olvido me envuelven de nuevo. Las tejas se van encajando en las alfarjías hasta formar una piel de escamas de barro. Los ladrillos acaban recomponiendo viejas estructuras. Bajo mis pies, los suelos recuperan su firmeza, y el sonido hueco de mis pasos devuelve a los pasillos y galerías sus bóvedas y nichos. Asombrada, por no decir perpleja, me aventuro en esas cavernas maleables, como si me hubiera extraviado en una cueva cubierta de pinturas que cobrasen vida a la trémula luz de una vela.

De joven me preguntaba de dónde venía el tiempo, quería saber si era una sustancia como el agua o el éter, que se pudiera captar y almacenar o extraer del interior de las cosas, del mismo modo que, en el mes de junio, mi madre vertía racimos de grosellas en una muselina para exprimir el zumo. También quería saber por qué yo era yo, y no otra persona, en otro lugar y en otro tiempo, o incluso en el mismo tiempo y en el mismo lugar, alguien que viviera mi vida, con mis familiares y mis compañeras de clase, sin ser yo.

«Pues serías tu propio hermano o hermana», me contestaba mi madre a secas. Para ella, todo era evidente. Sin embargo, también en su vida el tiempo debió de volverse cada vez menos homogéneo conforme iba envejeciendo, con días que brotaban como ramas y se duplicaban por dentro; minutos en los cuales se condensaban decenas de historias, y otros tantos desenlaces o finales abiertos. Harían falta siglos, y varias universidades, para desentrañar las conversaciones que mi madre y yo mantuvimos en mi infancia, para poner al descubierto todos los matices y connotaciones que vibraban a través de ellas, las presunciones escondidas tras las palabras, aquello que ocultábamos o dábamos por descontado, y tantas esencias fugaces, tantos sentimientos jamás expresados de miedo, preocupación, rencor y, ¿por qué no?, amor que viajaban a modo de polizones en el vientre de los vocablos que intercambiábamos.

Durante largo tiempo me he preguntado por qué mi madre aparece tan distante cuando visita mis sueños, por qué su voz es lo único

que se me antoja cercano y directo. «¡Las tijeras, Helena!», me grita, desde una lejanía tan larga y angosta como un pasadizo subterráneo. En cambio, mi padre, sentado a la mesa del desayuno, que pudiera ser la de nuestra casa de verano, con la apacible luz de una mañana sin nubes rociándole la espalda a través de la ventana del mirador, puede llegar a estar tan presente que casi podría tocarlo.

Se sirve un poco más de café o lee el periódico junto a su plato. El reflejo de los rayos del sol hace desfilar ondulantes frescos por las paredes.

Mi padre se dirige a mí sin alzar la vista. A diferencia de mi madre, articula frases completas, aunque habla demasiado deprisa, o demasiado bajo, demasiado entre dientes, o se sirve de un idioma que suena a eslavo, arrastrando mucho aire entre la lengua y el paladar. Le oigo levantar arcos de tensión, insertar pausas, redondear las oraciones con tal esmero que casi siento envidia por la fluidez con la que domina lo indecible. Si guardara silencio o soltara sandeces ininteligibles quizá no me despertaría tan desconcertada.

Le veo ante mí en su plenitud, con sus peculiaridades y sus costumbres, sus manías, su encanto, como si la tierra convocara todos sus estratos y sus frutos para reconstituir la materia de la que él estuvo hecho y lo recompusiera ante mí, desayunando, o en el mar con el agua a la altura de las rodillas, un día de vacaciones, tiempo atrás. Oigo la música de la playa, las voces femeninas, el alboroto de los niños, los gritos de los vendedores ambulantes y el resuello de los caballos que tiran de las casetas de baño hasta alcanzar las olas; y desde ese paisaje sonoro me llega un intenso frío que me salpica las espinillas, un acre sabor a agua de mar, y el brazo de mi padre rodea mi vientre y me levanta, rumbo a la cercanía de su cuerpo.

En cuanto el agua de mar se evapora de su traje de baño, la sal vuelve la tela áspera y saca a relucir el olor de su cuerpo, penetrante a la vez que sensual. Si me aprieto con fuerza contra su pecho, fuera del alcance de la brisa marina, con la cabeza apoyada en su hombro y la mano sobre sus costillas, logro sumergirme por completo en su fragancia, envolviéndome en una pequeña

atmósfera privada. Huelo su piel, los sudorosos cabellos en su nuca, su sexo y, cuando le oigo inspirar, su cuerpo se transforma en la caja de resonancia donde la vida ha resonado como en ninguna otra parte, porque él es él y yo soy yo.

Hay personas cuya existencia encarna un tono rayano en la pureza o, mejor dicho, existencias que pueden ser interpretadas con la sonoridad de un Stradivarius, vidas que entrañan el misterio de lo que significa estar llamado a ser hombre, y hay otras que nunca llegarán a emitir mucho más que los estridentes silbidos de un niño sin oído musical tocando la más barata de las flautas dulces. Mi padre no era ningún Stradivarius, pero tampoco una flauta dulce. Cada vez más a menudo pienso que se me revelaría un universo aún sin leer si pudiera poblar el flujo de sus monólogos con los entrecortados tesoros léxicos de mi madre, las balbuceantes historias de él con los cantos rodados del lenguaje de ella.

Con toda probabilidad, mi madre habría tachado semejante propuesta de máxima infracción. Cuando me hallaba en la edad del pavo, ella me llamaba poetisa nata a causa de mis preguntas, y eso no era ningún cumplido. Se veía como algo normal que los niños formularan preguntas teñidas de esas metáforas levemente absurdas que se toman por poéticas con demasiada facilidad. Los niños de hoy sin duda siguen conservando esa facultad, pero en mi infancia los mayores creían que las respuestas eran inamovibles, igual de inamovibles que el mundo en que vivían. Había poco sobre lo que reflexionar. Las cosas eran lo que eran. Las preguntas de los niños eran consideradas excéntricas o a lo sumo divertidas, por lo evidentes que parecían las respuestas.

Por cierto, pienso que por entonces tenía más de cándida filósofa o, por qué no, de pequeña teóloga que de poetisa. Mi madre acostumbraba a proclamar mi talento natural en tal o cual disciplina cuando creía necesario mofarse de mí para ponerme en mi sitio, como hacen todas las buenas madres cada vez que sus retoños amenazan con pasarse de la raya. Solía reservar sus burlas más despiadadas para los poetas. Los llamaba falsos atletas, declarándose, sin darse cuenta, afín a Platón, al que tampoco le agradaban los escritores de poemas, aunque mi madre no padecía la envidia del filósofo. Me veía leer y escribir, y estimaba que no debía

perderme en ello. No le hice caso.

No cabe duda de que arquearía una ceja para mostrar su escepticismo si me oyera afirmar que en los niños la sustancia de los dioses aún no se ha borrado del todo. «¡Qué forma tan grotesca de endiosarte a ti misma, Helena!», suspiraría, y que conste que no son palabras que yo pongo en su boca. Se las oí repetir una y otra vez, sin que levantara los ojos de la ropa que estaba remendando, una labor con la que ocupábamos las largas noches de invierno durante la guerra.

A estas alturas, yo ya tengo más años que ella cuando murió. Mi madre comparte ahora con los dioses la condición de hallarse al margen del tiempo. Y yo sigo pensando que llevo razón a propósito de la divinidad de los niños y el infantilismo de los dioses. Al no ser conscientes de la muerte, la existencia de unos y otros adquiere el carácter de un juego fantástico. Sus crueldades son livianas; sus muestras de ternura, salvajes. Mézclese la eternidad de los muertos con la candidez de un niño y el resultado será una horrenda divinidad.

Llegada a este punto, mi madre apartaría la ropa con brusquedad, como le vi hacer tan a menudo. Tiraría con ambas manos de la costura desgarrada de una prenda de vestir o se pincharía por descuido con uno de sus alfileres. En ese último caso se apartaría del haz de luz de la lámpara junto a la cual solía coser y se encaminaría a la cocina, donde se limpiaría bajo el grifo el dedo ensangrentado antes de poner el hervidor al fuego para preparar un té. «¡Estás desvariando!», me espetaría junto a la encimera, aunque sería incluso más probable que no dijera nada. Según ella, el silencio resentido era la mejor réplica a algunas sofisterías.

Demostraba escasa paciencia con todo cuanto excedía lo inmediatamente tangible. Si me consideraba una poetisa era porque, a sus ojos, los poetas flotaban.

«Eso es cierto—le comentaría yo más tarde—, aunque siempre con la cabeza hacia abajo». Creo que hablaba en serio, por mucho que me lo sacara de la manga en el momento para que así mi madre no tuviera la última palabra. Poco a poco, empecé a frecuentar la escuela de la rebeldía.

Las burlas de mi madre perseguían un fin más elevado. Con ellas pretendía volcarme en la cotidianidad de la palabra, embutiendo mis pensamientos en resistentes ropajes de invierno. Insulsos pero a prueba de desgaste y, sobre todo, impermeables. Para mi madre, razonamiento y vestimenta eran lo mismo: los prefería ajustados, mientras yo no deseaba más que pasarme largas tardes ganduleando por los jardines colgantes de Babilonia, escalando el zigurat de los libros en mi camisón abierto, orgullosa de mis incipientes curvaturas. Me abandonaba a la cadencia del habla silenciosa que emergía de sus lomos, la Estigia de los enunciados, en la que se mecían como pecios o náufragos imágenes y vocablos dispersos que por entonces ya comprendía más o menos, junto a tantos otros reducidos a meras manchas de sombra en una marea oscura.

A día de hoy sigo pensando que los libros, al igual que los dioses y los niños, habitan el limbo de la existencia, una dimensión donde las consecuencias pueden tornarse en causas y el día de ayer surge lentamente del de mañana. Allí resulta imposible formular juicios finales, decidir quién merece el cielo y quién el infierno. Allí todo está aún por llegar y todo ha pasado ya: ésta es la esencia de lo paradisíaco.

De niña los libros me parecían incluso una especie de muertos, y en realidad me lo siguen pareciendo. Quien escribe organiza su propia espiritualidad. Los libros estaban animados por la misma naturaleza imperturbable que las rígidas extremidades de mis familiares en su lecho final. Pese a ser más pretenciosos, daba la impresión de que los libros, lo mismo que los muertos, también suspiraban por un espíritu vivo donde cantar sus letras.

Me atraía lo anónimo, lo póstumo que todo libro lleva dentro. Los títulos y los epígrafes se me antojaban una imperdonable prosternación ante la vanidad, y en cierta manera también una disculpa por la determinación con que las historias pueden terminar por adueñarse de uno. El que el autor firmara su obra en beneficio del lector me resultaba casi tan absurdo como ser agredido por alguien que antes entrega a la víctima su tarjeta de visita en un gesto de cortesía. Si por mí fuera, habría rascado aquellas cubiertas hasta eliminar los nombres para, acto seguido, arrancar de cuajo las portadas. Quería ir todavía más lejos y rescatar a todos aquellos

libros del estático orden de batalla en el que habían sido colocados en los estantes de la biblioteca de casa, alojándolos en otra parte, en otra habitación, en el jardín, entre las vigas del cobertizo, en los sótanos, como los huevos de Pascua o los regalos de Navidad, sin nombre, inefablemente vulnerables, poniendo su suerte en manos de quien fuera a dar con ellos.

Jamás he logrado liberarme de esa ensoñación deseada, al contrario, he empezado a creer cada vez más en ella. Los libros deberían aglomerarse en las esquinas de las calles como perros asilvestrados. Deberían dormir apilados en los pórticos de los comercios bajo un edredón de cartones, mendigos con exiguas esperanzas de recibir limosna. Deberían empaparse de lluvia en los bancos de los parques, o permanecer tirados en el suelo del tranvía, para que acaben encandilando, aburriendo, dejando indiferente o irritando hasta tal punto a quien los recoja que éste se decida a escribir una respuesta que, a su vez, vague sin nombre por el mundo a impulso del viento. En algún lugar, ese libro conseguirá alterar el orden, atemperar una inquietud, congelar una alegría, conmemorar el futuro o vaticinar el pasado, al azar, anunciado si acaso por el susurro de las hojas de papel, los únicos ángeles en los que creo más o menos.

Tal vez la incomprensión que mi madre manifestaba ante mis preguntas tuviera su origen en una aversión hacia lo que estimaba una provisionalidad inexcusable. Era más católica de lo que ella pensaba. Por poco creyente que fuese, lo divino estaba arraigado en sus ideas como un tapón en una bañera. Dios era la presa que la humanidad había erigido para prevenir el fatal encuentro con la insaciabilidad de su propio anhelo. Quítese el tapón o ábrase una grieta en la presa, y todo se vaciará a borbotones. Hace tiempo que ya no puedo pedirle explicaciones a mi madre, pero tengo la certeza de que no le gustaba cruzarse de brazos. «¡Basta ya de holgazanear! —rezaba su máxima favorita—. ¡Hay que poner manos a la obra! ¡Si la gallina no pone huevos va directa a la cazuela!». Adoraba los signos de exclamación y los pronunciaba de forma tajante. Se apostaban al final de sus frases como guardianes con la espada en ristre: hasta aquí y no más.

Presto oídos a su grito de guerra, aunque de mala gana. El ser

humano nunca será más que un borrador de sí mismo, un tosco esbozo en un folio que puede ser arrugado en cualquier momento. ¿Por qué habría de preocuparme por el punto al final de la frase, por la posición de una coma o un signo de exclamación? ¿Por qué delimitar espacios? ¿Habitaciones, casas, orificios de bala, cráteres? Tarde o temprano hurgo en la fría boca de los muertos, sacando monedas de oro, el mineral del tiempo sin tiempo, y estallan, interminables, sus voces, igual que si siguieran con vida.

«El tiempo es la gran alma de todas las cosas—escribía yo con trece o catorce años, en una época en que la palabra pubertad aún no era muy común—. Llena sus pulmones sin exhalar jamás». No sé si encuentro esta formulación tan rimbombante como sin duda le habría parecido a mi madre si hubiera podido leer mis escritos más íntimos. El caso es que ahora, casi un siglo después, percibo la constante respiración del tiempo con mayor claridad que antes, y floto ya medio disuelta en el aire que ruge por sus bronquios, ese soplo de aliento largo como años luz, propulsándose por cavidades de calcio y hueso. Quizá, justo antes de desaparecer del todo, consiga contemplar la existencia en sí misma, como si ya me hubiera despegado de ella.

Me imagino poder avistar la vida, no la mía o la de usted, sino la vida como tal, en el abismo que se abre a mis pies, en sus remolinos y sus meandros. Cien mil Grand Canyons entrelazándose entre sí, un inmenso tejido de rápidos, pozas, salinas y cascadas, resplandecientes en una noche sin fin.

A lo mejor acertaría a leer los patrones que va desplegando aquella riada abierta en abanico, los motivos que dibuja para luego diluirlos, la completitud que encierra en su interior y la inanidad del tiempo humano que se hunde en sus aguas. Sería como si, inmediatamente antes de sumirme en el olvido, se me concediera llevar por un instante las gafas de Dios. Entonces podría arrogarme parte de ese fatalismo según el cual la lucha de un roedor por defenderse del estrangulamiento de una serpiente representa para Él una tragedia igual de cósmica que la caída de Troya, o a la inversa: la misma banalidad.

En realidad, los seres humanos no deberíamos pensar en esas dimensiones, ya lo sé. La vida no es un espectáculo ni un cuadro al

óleo, concebidos para ser contemplados desde fuera, pero, sinceramente, si lo creyera de verdad jamás hubiera escrito una sola letra. Y no vaya usted a engañarse acerca de las razones por las cuales lee.

A mi madre se le habría agotado la paciencia desde haría un buen rato. «Patético», sentenciaría con sorna sin dejar de sacudir la cabeza. Se serviría un té en la cocina y se lo tomaría a solas, sin percatarse del rotundo triunfo que yo le otorgo.

No tiene importancia.

Está muerta.

Mientras se levanta del sillón, sus contornos se difuminan en la luz de la lámpara, y junto con sus contornos desaparece también la habitación.

«La vida es simple—me dijo una vez—. No me hacen falta grandes palabras. Vivir es lavar la vajilla. La ensuciamos, la lavamos, la secamos, la guardamos, volvemos a sacarla del armario, la ensuciamos, la lavamos, la secamos, la guardamos y volvemos a sacarla del armario, hasta que un buen día la pila entera se nos cae de las manos».

Se calló, bajó la mirada y bebió un sorbo de té.

Entonces no supe qué responderle.

Era una poetisa nata.

Me llama la atención que a Rachida le agrade barrer y fregar la planta baja mientras yo escribo aquí arriba, y que entre nosotras nazca una tácita hermandad tan pronto como empuña el palo de la escoba. Desearía mover la pluma sobre el papel con la misma agilidad con la que ella arrastra la fregona por las baldosas. El dulce susurro me serena y allana el camino a mis pensamientos y mis frases.

Con una diferencia: Rachida elimina la suciedad y borra huellas. Mientras que yo mancho el papel con el paso errático de un borracho, en un éxtasis de tinta, ella deja las cosas expuestas en su más absoluta desnudez. Saca a la superficie la beata sonrisa mongoloide del mundo, el zen socarrón todo limpio y reluciente de los objetos mudos, cuyos nombres quita de un soplo como si fueran paja. Y yo pienso: «La palabra jamás me permitirá hacer callar con tal desmesura todo cuanto existe. La noche del destino vale más que mil meses».

—¿Decía algo, doña Helena? ¿Me ha llamado? ¿Necesita alguna cosa?

Ella no se pone a silbar en el pasillo, como hace la otra, ese menhir andante, después de arrojarme como un saco de huesos sobre el inodoro con la esperanza de que mi vejiga se vacíe más deprisa.

Rachida prepara té y llena el termo. Comprueba si hace falta recargar mis estilográficas o arrimar las mesitas auxiliares al sillón. Ahí es donde luego me deja, hasta que, al mediodía, regresa para calentar la comida.

—Nosotros también tenemos ángeles—me explica mientras me peina, dando la impresión de que ve mi cabello más que a mí.

Cepilla mis ralos mechones sin que su mirada quede prendida del semblante con rictus de momia que cada mañana se mofa de mí en el espejo del cuarto de baño, mostrándome mis propios dientes amarillentos. Esa carcasa que, por ridículo que parezca, continúa albergando el apetito de una jovencita y todavía atisba de reojo la entrepierna de los limpiadores de cristales cuando pasan en su góndola por delante de las ventanas, como una quinceañera que

mira una piruleta.

—Tenemos los mismos ángeles que ustedes—prosigue—. ¿A que Gabriel también está entre los suyos?

Me arregla las uñas y busca en el cajón del tocador unos pendientes que hagan juego con mi blusa. Día tras día, no se cansa de colgarle unos pocos quilates de mísera dignidad a un saco de huesos como yo. Su compañera de trabajo es otro cantar. Lo que sin duda más le gustaría a esa bruja sebosa sería asfixiarme entre sus ubres.

—¡Christine!—exclama Rachida entre risas—. Se llama Christine.

—Ella no es ningún ángel—replico yo—. Tú sí. Aunque sin alas.

—El jefe no me deja. Demasiadas plumas. Las guardo en mi armario cuando salgo a trabajar, doña Helena.

Celebro que se ría, que me lleve de mi cama al sillón como si me invitase a bailar, que pueda apoyar mis manos sobre las suyas y poner los pies donde ha pisado ella.

Me sienta en el sillón con delicadeza.

Me pregunta si prefiero estar más cerca de la ventana.

Sube mis piernas al reposapiés.

Las envuelve en otra manta más.

Que si estoy cómoda.

Que si me pone otro cojín en las caderas.

—He llenado el termo de té, doña Helena. ¿Le doy primero el periódico?

Al ver el movimiento negativo de mi cabeza deposita la tabla en mi regazo y me confirma que las estilográficas tienen suficiente tinta.

Quiere saber si tengo frío, pero, aun antes de terminar la pregunta, ya se ha puesto de rodillas a mi lado. Frota las yemas de mis dedos

hasta que el calor me produce una sensación de hormigueo. Celebro que comprenda, que comprenda tanto, que no me colme de favores arrancados a súplicas y que sus gestos y ademanes no me deletreen las miles de connotaciones de la palabra parásito. A medida que envejecemos, empezamos a contar espontáneamente en nanógramos y micrómetros. Pesamos la amabilidad como oro en polvo en minúsculas balanzas, y el más mínimo grano de arena implica la peor de las humillaciones.

Rachida se pone en pie. Me mira con satisfacción.

—Los ángeles y el Espíritu ascienden a Él en un día que equivale a cincuenta mil años.

—¿Qué dice, doña Helena?

—Nada, mi niña. Algo sobre tus ángeles…

Siempre me deja preparado un cuaderno de reserva para que no tenga que levantarme más de la cuenta de mi sillón durante la mañana. Jamás protesta cuando le pregunto: «¿Puedes traerme el cuaderno rojo? Y coloca el verde en su sitio en el estante, por favor». Nunca muestra desprecio como la otra, esa especie de gorila que por la noche arranca el cuaderno de mis manos insensibles esbozando una mueca malvada, hace chasquear las hojas entre sus dedos y sacude la cabeza riéndose por lo bajo. Entonces yo me preparo, agarrándome fuerte, para encajar la enésima pregunta, la enésima pulla: que si tengo tantos secretos que necesito anotarlos todos antes de dar el último suspiro, que si no sería mejor guardar en cajas los cuadernos del estante superior, puesto que sólo acumulan polvo y no los releo nunca.

A Rachida le digo: «Cuando me muera, quiero que te lleves mis cuadernos y que los repartas. Procura que no caigan en manos de la otra. Ese pedazo de roedor es capaz de llevarlos a triturar al molino. Cuando los repartas dile a la gente: Puede leerlos o no, pero si no los lee distribúyalos. No reveles mi identidad. Ese dato carece de importancia. Yo soy mi pluma y lo que me dictan los ángeles».

Rachida se muestra siempre contenta, contenta como una niña, cuando termino de llenar un cuaderno y le doy permiso para

guardarlo en la estantería. Si le pido que me traiga algunos de los cuadernos viejos—«En el estante superior, al fondo del todo, los que tienen los lomos cuarteados»—, los limpia primero con un paño seco, los coloca sobre mi tabla en dos montones bien equilibrados y me abre el de arriba.

A veces se detiene al lado de mi sillón, con las manos en la cintura del delantal y el trapo firmemente agarrado, los ojos fijos en la tabla y el viejo cuaderno de páginas amarillentas, y en mi letra joven y vigorosa, como echando un vistazo a una cuna o un sarcófago, mostrando la misma conmiseración o ternura que reservamos a los muertos y a los recién nacidos.

—¿Se acuerda de haber escrito todo eso, doña Helena?—me pregunta en tono alegre, siempre alegre.

A veces parece que se dirige, a través de mis frágiles huesos casi transparentes, a la niña del ancho sombrero de paja y los largos lazos cayéndole sobre el cuello del vestido que, cogida de la mano de su padre, va saltando las juntas que separan las losas de la acera. Un juego inventado para ahuyentar la monotonía de nuestro paseo.

Niego con la cabeza.

No me releo. Nunca. Jamás.

Abro aquellos cuadernos para comprobar si ya me he ido desvaneciendo entre sus líneas, disipándome como la tinta de nuez que se va decolorando con los años, y si ya me he vuelto lo suficientemente extraña como para considerarme ilegible a mí misma, habiendo quedado reducida a unas entalladuras que más que leer examino, como se examinan las pinceladas de un pintor.

Sigo la cadencia de mi escritura en busca de la beata voluptuosidad, plasmada en letras, de la muchacha que debí de ser algún día, la criatura que en el umbral de la adolescencia asía la estilográfica con la misma firmeza con la que se ataba los finos cordones de cuero de sus botines. Busco cómo estrujaba la carne de la palabra en las ballenas de la sintaxis hasta tener el propio cuerpo recubierto de estrías y sentir ansias de evadirse. El apetito del flagelante es tan insaciable como el del libertino. El latigazo y el mordisco de amor

hieren o curan en igual medida. Y nadie, Rachida, nadie puede sustraerse jamás al todopoderoso dios de la gramática.

Se marcha sin mover la cabeza, con aire despreciativo. Es un ángel. Sabe cuándo le hablo a ella como tal y cuándo me dirijo a su impersonalidad, que para mí es sinónimo de nuestra alma. Celebro que intuya en qué momentos debe dejarme sola, y que no me despierte cuando, al traerme sopa o té recién hecho, me encuentra adormilada. No me quita la estilográfica de entre los dedos, pero le pone el capuchón con suavidad, para que la punta no se seque. Y si las gafas se me han escurrido de las manos, las limpia antes de dejarlas con las patillas abiertas sobre la tabla.

Tal vez entonces se tome el tiempo de mirar más a fondo mis trazos y mis garabatos, la caligrafía de mi frenesí o de mi exasperación, volcada en el papel cuando mi hija tomaba aún el pecho y me reclamaba hora tras hora, bebiéndose mi vida, mi existencia, hasta el último trago. Y luego el apremio y el furioso placer con que aprovechaba las breves treguas nocturnas para hacer brotar a raudales la tinta de mi pluma como los chorros de leche que manaban de mis pezones en cuanto la pequeña que dormía en su cuna abría la boca.

—¿Te importaría darme un masaje en los pies, Rachida?—le pregunto—. Por favor, frótame las plantas con tus pulgares para que mi perezosa sangre vuelva a circular. Tienes las manos suaves, suaves y resueltas. Sabes que no quiero pedírselo a la otra, que me deja baldada, más maltrecha de lo que ya estoy.

Celebro que Rachida irradie orgullo natural. Cuando se agacha junto al reposapiés sobre el que descansan mis piernas no delata la más mínima sumisión, ni el menor rastro de la altivez que suele ser la ácida savia de la docilidad. Sus dedos derrochan una soberana atención sobre mis tibias, el empeine, los dedos de mis pies. A veces alza la vista, sosteniendo mis tobillos en sus manos, y recorre con ella mis pantorrillas y mis muslos, mi pelvis, mi vientre y mi pecho. Puede llegar a mirarme a los ojos con una concentración casi amorosa, dando la impresión de que me estuviera quitando años como capas de una cebolla. Su mirada es la de una mujer. Nos comprendemos. Bajo la mirada de la mujer, todo hombre se convierte en un niño con una pistola de juguete. Es tan infantil su

amor…

Algunos días la sorprendo contemplando el cuaderno que reposa en mi regazo, la hoja de parra escrita. Por un instante su rostro esboza una avergonzada sonrisa, quizá porque mis garabatos le recuerden involuntariamente el vello púbico, el vello púbico que dibujaría un niño si se lo pidiéramos, como cuando decimos:

Dibújame un sol,

una casa,

un árbol,

un soldado, un caballo.

Tan pronto como coloca la tabla sobre mis rodillas y abre el cuaderno siento el embeleso de una criatura que comprueba cómo le sacan del armario la caja de pasteles o de pinturas. La misma euforia y expectación, la misma grave alegría con que el niño, asomando la punta de la lengua por entre los labios entreabiertos, dibuja líneas, recrea objetos, repite el milenario ritual del cazador que evoca el espíritu de su presa en la pared de una cueva. Es como si el mundo me cortejara: transcríbeme, duplícame, traza mis capas de aire, mis capas terrestres, mis mantos y mi memoria enferma, así como todas las gradaciones entre ser y no ser a las cuales sólo el hombre, el más degenerado de los animales salidos de mis viscosos jugos, puede insuflar vida.

Si Rachida me preguntase algún día por qué no añadí ni un solo volumen mío a los libros de la biblioteca en la habitación de al lado, cuando todavía estaban ahí, supongo que le contestaría: «Hay que esperar a estar muerto para dar a conocer los escritos propios». Ahora bien, eso sería una mentira, o al menos una excusa. Quien escribe actúa con alevosía. Reivindica un espacio al margen del tiempo, donde regocijarse en solitario. Ése es el hoyo que pretende cavar para sí quien escribe: un lugar para después. Sé coherente, me digo, por lo tanto, y espera a que estés muerta.

Al final, me he deshecho de mis libros. He dado rienda suelta al sueño que acariciaba de niña y he liquidado la biblioteca entera,

por cajas. Ignoro qué ha sido de todos esos volúmenes. Sólo conservo los cuadernos. Shakespeare también sigue conmigo, por sentido del deber. Lo mismo que san Agustín, en razón de su duda blindada, muy divertida. Y Yoga para su perro, además de algunos títulos similares: opúsculos que mi marido trajo de sus viajes o con los que me obsequiaron mis amigos, todos ellos conocedores de mi pasión por las lecturas descabelladas. Me gusta la inagotable energía con la que la gente se documenta durante décadas para acabar legando como testamento de toda una vida una Breve historia del corsé. Yo no me río de esas cosas. A cada cual sus ballenas.

También me he quedado con los diccionarios. No para buscar en ellos, como en un herbario, el placer ya reseco que me proporcionaban de joven, cuando sus columnas se transformaban ante mis ojos en almacenes de pólvora de los cuales hurtaba munición para lanzar perdigonadas contra el mundo. Ahora los leo porque van siendo las únicas novelas que aún me agradan.

Todos los días asimilo unas pocas páginas, mi manera de rezar el breviario. Musito en voz alta lo que leo, las hileras de palabras ordenadas de la a a la z, sin que esta clasificación consiga enmascarar su obtusa contingencia. Palabra tras palabra, ojo por diente.

Recorro las entradas con el dedo. Cada una de ellas resuena como un grito de socorro, sus garras emergen de la hoja de papel como la mano de un náufrago, y mire, las palabras, las otras palabras, las palabras hormiga, las palabras soldado corren en auxilio de aquel vocablo moribundo, apuntalándolo con sus lanzas, arrojándole cuerdas de salvamento, arrastrándolo a tierra firme y cerrando filas en torno a él como una guardia pretoriana.

Toque matutino para la definición.

Saludo a la Bandera.

Azalea y Azimut.

El tumulto de la significación se desata bajo mis dedos.

Durante años he sido incapaz de escuchar lo que decía la gente. Los oía hablar, pero no los escuchaba. Todo me sonaba igual de insignificante, grato y ligero al oído como el cantar de los pájaros en marzo cuando llegaban los primeros calores. No me animaba a conversar, a charlar, ni en los restaurantes ni en los bares donde solíamos reunirnos mi hermano, mi esposo, yo, los otros. Me sumergía en el barullo, dejándome cubrir por las olas de la algarabía. Miraba alrededor. Me fijaba en las lámparas del techo, el humo de tabaco, la gruesa cortina de terciopelo que nos protegía de la corriente de aire, las palmeras enanas en los maceteros de cobre, los siempre inquietos sombreritos de las señoras, los camareros ataviados con su delantal y la rutina con la que disponían los cubiertos en las mesas o retiraban los platos, cortaban asados, descorchaban botellas, la coreografía de las costumbres. Y pensaba: «Parecemos aves migratorias». Concluida la gran travesía, los supervivientes se posan y se sacuden el polvo del plumaje cantando melodías de alivio.

Cuando en los años posteriores a la guerra leí por primera vez a Proust, por poco se me revuelve el estómago. No oía el susurro del tiempo, el gran tiempo muerto, a través de sus frases, sus frases Loira, sus frases Misisipi, sus ríos Congo gramaticales y sus sintácticos deltas del Nilo, preñados de sedimentos.

Oía el ulular de las ambulancias,

el traqueteo de las ruedas de las camas de hospital sobre las desiguales baldosas,

los apresurados pasos de los camilleros,

y el sonido de los bisturíes y las tijeras,

y el tintineo de los manojos de llaves que colgaban del cinto de las enfermeras,

y el silbido de los autoclaves,

los gritos y los prolongados gemidos en el mayor hospital de campaña de las letras,

donde, en la mesa de operaciones, el gran sanador reviste los huesos de membrana ósea,

inyecta médula palpitante, roja como la sangre, en las cavidades,

y embute cartílago entre las articulaciones,

y ata los músculos a los tendones,

y los cubre con venas y arterias,

y repliega el intestino en el agujero de un vientre,

y coloca encima el hígado,

y lo tapa todo con grasa,

y tejido conjuntivo, capas de piel:

dermis,

epidermis,

epitelio:

con las pinzas ya puede insertar las pestañas en el párpado, enfermera.

Durante mucho tiempo no logré escribir nada sensato, de pura rabia, una niña grande refunfuñona con los labios apretados y el rostro enrojecido que contemplaba, llena de reproches, un mundo imbécil que trataba de corresponderle con la misma expresión de imbecilidad. Hasta que comprendí que escribir es la única manera de devolverle al mundo su silencio. ¿Será que, pese a todo, cualquier acto de habla encierra un profundo desdén?

No me mires con esa cara de preocupación, Rachida. Te aseguro que no he perdido la cabeza. Dime algo en francés. Me gusta cómo lo pronuncias, con esos tintes de ocre. El francés de mi madre, en cambio, recordaba el timbre de la cerámica, ni apagado ni sonoro.

Soporto cada vez mejor oír su voz de forma inesperada o ver de

súbito, como un relámpago, una imagen suya, tal como era, digamos, a los treinta y cinco años. El momento de inmovilidad del domingo cuando, después de descender la escalera toda acicalada y antes de salir a pavonearse por el parque con su regia exuberancia de visón, su sombrero de plumas y su sombrilla, se detenía un instante en el vestíbulo buscando con la mirada la aprobación de mi padre.

Creo que hasta ahora no he sabido apreciar el esplendor de aquella instantánea, el centelleo de la luz de la mañana sobre el mármol del pasillo, las finísimas texturas de toda la materia con la que se vestía, se engalanaba y se armaba la mujer que era mi madre.

La expectación reflejada en su rostro parecía ir más allá de la perspectiva de su salida semanal, como si de pronto se sintiera liberada de mis burlas y de mi enojo. De hecho, durante mucho tiempo yo la consideré un lastimoso prodigio de angustia vital pequeñoburguesa que sólo se distinguía de un fósil en que se movía de vez en cuando, pero ahora, ahora, ahora…

Cuando ahora se presenta ante mí, apretando sus mejillas ocultas tras el velo gris perla de uno de sus sombreros estivales contra las de la tía Tatante, la hermana pequeña de mi padre, extendiendo los brazos con los dedos enfundados en sus delicados guantes de ganchillo, en el momento de la despedida, aquel verano, antes de partir de vacaciones a la casa de nuestros parientes en el norte de Francia, como todos los años…

Cuando ahora la recuerdo, bajo la luz color sepia que los cristales deslucidos por el hollín y el polvo de la marquesina esparcen sobre el andén, donde la locomotora sisea escupiendo nubes de vapor desde lo más hondo de sus articulaciones y donde los mozos cargan los baúles y las maletas que nos perseguían como un flujo de connotaciones a cada viaje que emprendíamos, con mi hermano y yo en medio de todo aquello, reducidos a bultos de equipaje que no pueden quedarse atrás…

¿La plasmo yo en estas sílabas, o es que las palabras, que nunca son nuestras sin más, despejan un hueco en el gran tropel de las cosas, un vacío bien delimitado, donde ella pasa a instalarse aquí y ahora?

¿Dónde podría estar si no? Ya no existe ninguno de los lugares donde pasé mi infancia. No necesito imaginarme la sensación de la crujiente tierra desmenuzada bajo las suelas de mis zapatos, en cualquiera de los caminos en torno a la casa donde nació mi madre, flanqueados por los rastrojos de color amarillo chillón de la cebada recién segada, bajo un cielo azul del cual la memoria ha filtrado todas las impurezas; tampoco necesito imaginar el sonido del granizo repiqueteando contra la deteriorada vidriera del vestíbulo de la estación de ferrocarril cuando, al cabo de muchos años, mi hermano Edgard y yo regresamos a nuestra ciudad, pues lo oigo siempre que quiero. Algunos viajeros se agazaparon al desatarse la tormenta, pero mi hermano me tomó la mano y me dijo en un arrebato lírico muy impropio de él: «Son las alas de Niké».

Todos los veranos íbamos a ver a la familia de mi madre. De pequeña, yo no tenía una constitución especialmente débil, era más bien robusta, al igual que mi hermano. Sin embargo, vivíamos en la ciudad, bajo los espesos humos de las fábricas. Según mi madre, no nos venía mal ausentarnos unos meses para recobrar fuerzas en el ambiente saludable de su región natal, justo al otro lado de la frontera con Francia, donde en época veraniega quedaba suspendido sobre el horizonte de poniente el típico azul celeste del cielo marino. Podía pasarme horas contemplándolo, de pie junto a la ventana de mi habitación en el piso más alto de la casa, que la gente conocía como el Castillo Inclinado.

Se balanceaba entre dos modos de vivir, entre lo útil y lo fastuoso, como si en algún momento se hubiera quedado atascada en la difícil metamorfosis de granja a mansión. La excéntrica combinación formada por la zona residencial, con sus pilastras y acanaladuras y sus pesados frontones encima de las ventanas recordando la grandeza pasada, y los establos y graneros circundantes mucho más viejos y bastante más sobrios, deslindaba un amplio patio, en parte plantado con fresnos y hayas, en parte pavimentado con granito azul, donde en las tardes de agosto el sol podía llegar a estallar con tal violencia que el intenso calor rayaba en el éxtasis.

«¡Hija, ¿por qué no te sientas a la sombra?!», la oigo gritar mientras se inclina sobre la cuba, al fresco de los árboles, para pasar la colada por el escurridor con ayuda de una de las criadas.

No atiendo. Soy una trastornada ermitaña del Sinaí. Creo oír un zumbido, lo generan las piedras, su voz retumba como un grave gruñido en lo más profundo de la palabra eones, que me ha enseñado mi padre. Todos los años pasa con nosotros las semanas más abrasadoras de agosto, cuando nuestra ciudad está más muerta que viva y sus comercios no precisan de supervisión alguna.

Según él, las losas de granito, cuyo lustre sombrío absorbe hasta el último ardor, son nada menos que pulidas escamas en el fondo de un mar desaparecido hace tiempo. Me señala las huellas de las conchas en la superficie. Los amonites y las esponjas, con su elegancia de calcita, y las ramas de los corales destacan en toda su blancura sobre el azul, como la oscuridad en el negativo de una fotografía.

Me desbordo de conmiseración hacia aquellas criaturas. Es la época en que profeso el animismo intuitivo, y mi madre no tiene ningún reparo en decirme bien a las claras lo que piensa de ello. Atribuyo un alma a todo, incluidos los fósiles de esos esqueletos deshabitados, petrificados en las profundidades de su océano de piedra. Al mismo tiempo, abrigo la esperanza de que cualquier noche la casa de mi familia materna retome su transformación truncada, brindándome el placer de despertar una buena mañana convertida en princesa en un palacio digno de ese nombre. Por otra parte, llevo dentro de mí una cantidad suficiente de la naturaleza prosaica de mi madre como para considerar al menos igual de apasionante la verdadera razón de la apariencia ambigua de su casa natal. En su día, uno de mis antepasados, un campesino ricachón, acarició unos proyectos que resultaron ser mucho más vastos que su caja de caudales. Pensaba edificar una suntuosa mansión para quitarse de una vez por todas el olor a tierra y estiércol de debajo de las uñas y empezar a vivir como un grand seigneur.

Para mi asombro, mi madre y sus hermanos honraban su memoria con enorme frialdad, pese a que mi antepasado llevaba ya casi ciento cincuenta años muerto y había tenido la gentileza de expirar antes de dilapidar todo el dinero en costosos materiales y obreros. De hecho, sólo he podido contemplar su retrato pintado sin demasiado talento en la pared del pasillo que unía el comedor con la cocina en nuestra residencia de verano, en el angosto corredor de

servicio de altos techos, lugar de destierro, además de receptáculo del vapor de los fogones. La temperatura cambiante del fuego, que era atizado a primera hora de la mañana y se iba extinguiendo a lo largo del día, acabó por combar el marco y también el lienzo. El barniz se había vuelto opaco y los colores se habían desteñido, de modo que el retratado se estaba volviendo literalmente verde bajo el bigote resquebrajado. Todo el que pasaba por delante de sus ojos cargando con fuentes de sopa hirviendo, bandejas de carne asada, cuencos de verduras cocidas, o con las manos vacías, como yo, presa de la curiosidad, se exponía al sublime estoicismo de su mirada, que ya por entonces se me antojaba burlesca. Parecía un estadista entre los bastidores del poder, de punta en blanco, ataviado con casaca o traje de gala, sin sospechar que ya no le estaba reservado por más tiempo un papel de relieve. En aquella época me dejaba llevar con gran facilidad por la conmiseración.

Lo que me llamaba o, quizá deba decir, me llama ahora la atención del mundo de entonces son sus detalles, su portentosa particularidad, su carácter multiforme. Me maravillan las bolitas de plomo que, con su peso, impedían que se arrugasen los lazos de los vestidos, faldas y corpiños en los roperos, y los picaportes, de cobre forjado en los salones, pero fuera de ellos, en la cocina y en los otros lugares destinados al servicio, de hierro sin más, como si hasta las puertas fueran conscientes de su rango.

Quizá antes aguzaba más la vista, no sé, pero ahora, al cerrar los ojos y deambular por aquellas estancias desaparecidas, me extraña que en aquellos años existieran cajitas acolchadas con el tamaño justo para custodiar, sin riesgo de magulladuras, la aterciopelada vulnerabilidad de un melocotón recogido en el momento oportuno y entregarlo intacto a través de una densísima red de enlaces postales y líneas ferroviarias, si era necesario en un plazo de veinticuatro horas, a la entrada de servicio de la mansión de un primo o una prima de París. O que la casa estuviera equipada con un sótano refrigerado, donde a lo largo de las paredes alicatadas en blanco se extendía, salvando el vano de la puerta, una pila de mármol con agua procedente de una fuente cercana al patio que entraba en el depósito por un tubo de cinc y salía por un desagüe situado en el extremo opuesto, llevándose el calor que había ido absorbiendo por el camino. En los anchos bordes de la pila había cántaros de barro

para la leche, con largos cuellos para que la nata pudiera salir a la superficie. Después de espumarla con cucharas especiales se conservaba en otras vasijas más pequeñas y barrigudas. Había también cuencos de arcilla que ayudaban a mantener frescas las fresas y otras frutas rojas. El techo albergaba las únicas dos ventanas, estrechas pero suficientes para dejar entrar una luz azulada que proyectaba su reflejo glacial sobre la lisa superficie de la blanca fresquera de piedra en el centro del sótano. Allí se moldeaba la mantequilla con la espátula y se guardaban las gachas, los pasteles y los quesos de pasta blanda para preservarlos de una rápida descomposición.

En la cocina, sobre el tablero de la larga mesa de trabajo se amontonaban sólidos conos de azúcar, encajados en un aparato provisto de una ruedecilla que había que girar para poner en marcha un raspador que rascaba el azúcar arrojándolo a una bandeja. Y había morteros para la sal gruesa y los granos de pimienta, por no hablar de las decenas, cientos, miles de medidores y rascadores y ganchos y pernos y tenedores y tenazas y botones y tornillos… El mundo podía ser minado, fundido, destilado y forjado con un variado instrumental, desde explosivos hasta pinzas finas como cabellos de mujer, y mostraba una faceta distinta según el utillaje y el método utilizados para manipularlo. En la actualidad hay que llamar a la puerta de los físicos, o los astrónomos y sus arcanos artilugios, para poder experimentar la realidad en su forma elemental; hoy por hoy—una de las máximas favoritas de mi madre —nos llega una realidad racionalizada, mientras que en mi juventud todavía no se cultivaban melocotones preparados para viajar indemnes por todo el mundo sin necesidad de transportarlos en una cajita forrada, porque no maduran jamás.

La casa de verano semejaba un termitero, regido por unas obreras cuya reina se había consumido hacía tiempo en sus aposentos nupciales, aunque en torno a su ausencia seguía desplegándose la vida cotidiana. Un matriarcado pertinaz, quizá milenario, gobernaba las estaciones. En mi más tierna infancia, el mando se materializaba en los contornos duros como piedras de Mémé, la madre de la madre de mi madre, más que centenaria cuando por fin murió hacia mi octavo cumpleaños. A mis ojos tenía suficiente edad, una edad casi prehistórica, para ser la porteadora de la

humanidad entera. El inmenso espacio temporal que abarcaba su existencia me cortaba el aliento.

La morada donde había traído al mundo a su progenie la envolvió como un relicario durante el prolongado otoño de su vida. Pasaba la mayor parte del día en el recóndito corazón de la casa, tumbada sobre un grueso colchón que no cesaba de emitir crujidos en una alcoba junto a la chimenea. Cuando la oía resollar al otro lado de los postigos de su cama-dormitorio, sumida en su eterno duermevela, me figuraba que la alcoba escondía un aljibe secreto en el que se mantenía con vida a un misterioso mamífero marino. Imaginaba que, cada cierto tiempo, Mémé había sacado de su gigantesco cuerpo, a fuerza de empujar, un mazacote de moco y sangre que sus hijas mayores recogían y limpiaban con paños, frotándolo hasta que adquiriera la forma más o menos reconocible de un ser humano. Desde luego, eso era lo que yo veía en los establos cuando las vacas, después de parir, hacían emerger de la masa de membranas y sangre esparcida en la paja un ternero a base de lengüetazos.

Cuando llegaba el domingo, dos de sus nietas embutían a Mémé en un traje azul marino o negro cuyo corte había estado de moda tiempo atrás, mucho antes de la guerra entre Francia y Prusia, la izaban no sin esfuerzo a una silla de ruedas con asiento trenzado y llevaban el armatoste hasta el enorme salón, donde yo, la más pequeña, debía saludar con cierta frecuencia a la madre primigenia, la más vieja de todas.

Estaba prácticamente sorda. Uno de sus ojos, poco más que una rendija en el patrón geométrico de las arrugas que circundaban sus órbitas, se hallaba cubierto por una aterradora membrana de color gris azulado. El otro parecía más bien una débil luz en las lejanas tinieblas de su cráneo. La acompañaba el olor a sótano mohoso, a paredes húmedas medio derruidas.

Como apenas oía, y veía cada vez menos por aquel ojo que se extinguía poco a poco, me tocaba posar los brazos en su regazo, tras lo cual ella me agarraba las muñecas con sus manazas, palpaba largo rato las palmas de mis manos, les daba la vuelta y frotaba una y otra vez mis nudillos con sus costrosos pulgares. Mientras tanto, los pesados tacones de su calzado ejercían una creciente presión

sobre el reposapiés de madera de la silla de ruedas, provocando un alarmante chirrido.

Daba la impresión de que se complacía en mi juventud. Su vetusto cuerpo de la edad del hielo se deshacía en grietas y hendiduras. Las líneas de falla parecían rozarse entre sí. Las masas continentales se desplazaban levantando crestas montañosas en permanente movimiento en el grueso algodón de su vestido. Una cadena de cobre, de la que colgaba un medallón con un perfil de Napoleón III, descendía serpenteando desde un punto sin determinar, situado debajo de la barbilla, por entre los valles recién horadados hasta desembocar en su faja de color azul marino. Cuando inclinaba la cabeza hacia delante tenía la sensación de que, en lugar de observarme, más bien cercenaba la luz sobre mi superficie absorbiéndola con aquel ojo.

En los barrancos de piel de sus mejillas se abría con lentitud una embocadura, rosada y sin dientes, preludio a una eclosión de membranas mucosas. De lo más hondo de su garganta brotaba un sonido, a medias entre una risa y un estertor. Una de sus manazas me soltaba para, acto seguido, golpetear los dedos de una de sus hijas, que esperaba displicente, con el brazo apoyado en la silla, el final de la audiencia. Como por arte de magia, la hija se sacaba de la manga un billete, que deslizaba en la mano extendida de su madre.

Mémé volvía a bajar la manaza, con la otra giraba mi mano derecha hacia arriba, colocaba el billete doblado cuatro o cinco veces sobre mi palma y cerraba mis dedos, como confiándome toda su riqueza.

En aquel iris, de un marrón intenso, leo ahora la misma pesadumbre, esa melancolía aparentemente omnicomprensiva, que me llegó hasta las entrañas el día en que mi padre me cogió en brazos junto a una jaula del parque zoológico. Desde una pared rocosa de piel gris, surcada como un mapa en relieve, que desfilaba casi interminable ante nosotros, me miró de pronto un ojo, diría que durante varios minutos, hasta que se cerró en una media luna de pestañas.

Oigo a mi padre decir: «Es un elefante».

Pero no era eso.

Era el Rostro de Dios.

«Helena, hija—despotricaría mi madre si pudiera oírme—. ¿Dónde acabará esto? Vas a salto de mata. En tus palabras no hay una línea clara. No les encuentro el hilo, y mucho menos el sentido». Había algunas cosas que no alcanzaba a comprender. Ni siquiera cumpliendo ciento cincuenta años se habría preocupado por entenderlas, de modo que es inútil convencerla o enojarla aquí.

No se cansaba de preguntarme por qué expresaba mis ideas de un modo y no de otro, por qué no me servía de palabras y frases normales, o no llamaba a las cosas por su nombre. Era una costumbre que había adoptado en una época en la que, además de ser madre, pretendía hacer de institutriz, un papel que poco a poco fue reabsorbido por el de la maternidad. Jamás he sabido explicarle que a veces se consigue mucho más apuntando con tino a diestro y siniestro que hablando con una precisión que no puede ser sino ilusoria.

Durante las vacaciones se empeñaba en ampliar mi formación con ayuda de los libros que había en su casa natal, pero yo ya los había leído todos, incluidos los que ella consideraba no aptos. Para variar y practicar la gramática me mandaba escribir cartas, que jamás se enviarían, a unos parientes afincados en la Francia profunda. Todo ese montaje me parecía muy poco natural, aunque me atraía la parte ficticia. A mi madre le faltaba imaginación para proponerme temas de redacción. Como nunca supo apreciar las novelas ni la poesía se refugiaba en el género epistolar, que yo encontraba muy aburrido. Con el tiempo empecé a inventarme familiares, y me resultó tan divertido que terminé por comunicar a mis parientes reales sucesos jamás acontecidos.

Para mí, la escritura ha sido siempre algo paterno. En casa era mi padre quien me mandaba redactar cartas, quien hacía comentarios acerca de la legibilidad de mi letra y se reía en voz alta o por lo bajo de mis bromas. Captaba a la perfección las gradaciones de la ironía y los momentos de inflexión en los que el humor da paso a otro registro distinto, al sarcasmo o a una tristeza demoledora, por ejemplo. Por esta razón se me hace imposible imaginar que la escritura hubiera sido inventada por una mujer. Hasta la fecha, nadie ha conseguido sacarme de la cabeza ese prejuicio tenaz.

Las mujeres hablan sin parar, y hablan siempre con ellas mismas, mi madre también, pese a sentirse orgullosa de su inquebrantable sentido común. Como una caja de música con el puente desgastado, se pasaba los días lanzando órdenes breves, reprimendas o preguntas que sonaban invariablemente a reproche o a denuncia. Me persiguió hasta el día de su muerte, una sombra tirándome de la manga o dándome golpecitos en el hombro en todo momento, y su actitud no dejó de irritarme hasta que comprendí que, en primer lugar, procuraba meterse en cintura a sí misma, un resto, por no decir una herida incurable, de los años de la guerra, cuando le correspondía a ella tomar casi todas las decisiones; pero por entonces había fallecido ya. Resulta aterrador que sólo ahora, cuando ella lleva ya tanto tiempo muerta y enterrada, sea yo capaz de volverme hacia su espectro para darle la bienvenida al reino de los falibles y, de paso, otorgarme a mí misma la absolución por el hecho de ser humana.

Todavía recuerdo el ceño fruncido cargado de sarcasmo con el que reclamaba mis «deberes de verano» y empezaba a leerlos. Y mi propia indignación, no sólo porque hurgaba en mis «cartas», por imaginarias que fuesen, y no ocultaba su desprecio, sino sobre todo porque invadía un terreno que a mi modo de ver no era el suyo. No podía soportar que, con sus bienintencionadas aspiraciones educativas, terminara apropiándose de mi padre, a quien me mandaba escribir cartas durante la guerra, si bien él jamás las recibiría. Se infiltró en el envoltorio de su ausencia. Por un lado, me inculcaba que los muertos debían guardar silencio y, por otro, le otorgaba a su propio marido carácter de difunto cuando leía mis «fruslerías», como solía llamar a mis cartas.

Para ella, las cartas eran depósitos de noticias y datos objetivos, donde los sentimientos se acumulaban de forma circunstancial, como las condiciones meteorológicas, los nacimientos o las muertes. Sus condolencias sonaban formales en exceso, y sus parabienes con motivo de esponsales y bautizos pecaban de artificiosos.

Para mí, las cartas, también ésta, han sido siempre un terreno de juego en el que puede pasar de todo y donde no sólo me doy a conocer a otra persona: la escritura me obliga a demorarme y, en cierto modo, me presenta a mí misma como una desconocida. Mi

padre lo comprendía, pero mi madre mostraba escasa paciencia con sutilezas como dobles sentidos, segundas intenciones, guiños o ingeniosidades.

Tampoco entendía que, conforme se van desarrollando, los relatos tienden a su propio peso específico. Avanzan sin apenas dejar margen para que quien los narre o anote decida sobre su suerte. Se van aglutinando palabras, imágenes, frases, y en torno a ese núcleo ardiente se crea un campo de gravedad que atrae a otros fragmentos de imágenes y frases presentes en el espacio del espíritu para luego absorberlos y fundirlos en los torbellinos de la imaginación. El expansivo planeta de las palabras sufre continuos impactos de ocurrencias y asociaciones. Algunas historias rozan su superficie aún líquida, trazando a lo sumo un rastro luminoso en el cielo, pero la mayoría van y vienen desapercibidas y acaban pulverizándose sin hacer ruido. Hay muchas cosas que no caerán nunca en el olvido, porque nadie sabrá jamás que existieron.

—Pues entonces no tiene importancia, hija. ¡Aquello de lo que no sabemos que no sabemos no existe!

Por poco me ladra. ¿De dónde viene su voz? Esa voz, de repente clara y articulada, manifiestamente suya, ese contralto seco, ese leve vibrato, que oigo tan a menudo antes de conciliar el sueño y que raras veces dice otra cosa que mi nombre: «Helena…». Unas veces interrogativa, otras quejumbrosa, pero, por lo general, firme: «¡Helena!».

En otros tiempos me habría afanado por liberarme de esos estados crepusculares, habría sacudido la cabeza de un lado a otro sobre la almohada para arrancarme de la parálisis del duermevela. Ahora me quedo tranquila, y así ella también se calma.

—Las tijeras—me susurra—. Pásame la cinta.

Y a veces se calla, aunque yo la oigo arrastrar los pies mientras busca una tira de fieltro, un clavo, un trozo de cuerda, un hilo de alambre. En su morada, dondequiera que esté, las cosas deben de ser tan difíciles de encontrar o tan imperfectas como aquí, a este lado de los sueños, donde impera la vigilia.

Pienso que no sólo el tono chismoso de mis cartas la empujaba a hablar de ellas con desdén. Pienso que se sentía excluida y que, sin darse demasiada cuenta, me tenía envidia.

Quizá al final comenzara a sospechar que mis palabras iban dirigidas a otra persona, alguien capaz de comprenderlo todo, de captar cualquier guiño y de interpretar cualquier doble sentido: un tercero invisible, más allá de ella y el primo o la prima, el tío o la tía, imaginarios o no; en definitiva, el verdadero destinatario. Si sospechaba eso debo decir que estaba en lo cierto.

Escribo a un hombre. Con independencia de qué escriba y a quién, es a él a quien me dirijo. No quiero que termine nunca, no quiero tener que escribir «Hasta la vista», «Adiós», «Que te vaya bien». Su cuerpo se extiende en la propia escritura. Deja caer los brazos y las piernas en la corriente de mis ideas. La incesante y enloquecedora conversación que yo misma mantengo conmigo misma, ese desdoblamiento casi infinito de voces en voces y voces y más voces no se detiene hasta que él sella mis labios poniendo fin al torrente que brota de mi interior.

Podía llegar a montar en cólera cuando mi madre leía aquellas cartas, y para demostrárselo no tuve más remedio que incurrir en lo imperdonable. Un día me mandó escribir una carta a una tía política de Bruselas. En francés, como por otra parte era lo habitual. En opinión de mi madre, mis conjugaciones dejaban bastante que desear.

Redacté una carta, pero se la dirigí a ella. Me metí en la piel de mi padre. Sabía que, de novios, se habían escrito cartas de amor. Todos los niños leen las cartas de amor de sus padres a la primera oportunidad, es una ley natural. Ni el uno ni el otro destacaban en el arte de las confidencias amorosas. Él aludía con frecuencia a la plus Grande Joie [el Mayor Placer], mayúsculas incluidas, que ella podría brindarle a él, y a la inversa. Ella le comunicaba a vuelta de correo que la Joie podía esperar. Para las mujeres, la castidad era una cuestión de vida o muerte.

Escribí una carta a mi madre fingiendo que era mi padre. Evoqué su voz tratando de hacerla resonar a través de las frases, imité las bromas que solía gastarle cuando estaba de buen humor, las

pequeñas provocaciones y las tonterías con las que conseguía desarmarla. Dejé traslucir entre líneas una versión mucho menos abstracta de la Grande Joie de lo que ellos habían hecho durante su noviazgo.

Cuando aquella noche mi madre me pidió la carta tuvo la misma reacción que yo al redactarla: se sonrojó. La casa se hallaba sumida en la oscuridad. En la estancia no había más que una lámpara de petróleo cuya llama estaba al mínimo, pero la tenue luz bastó para comprobar que se ruborizó y que no se atrevía a separar los ojos del papel para no verse obligada a mirarme.

Me incliné levemente sobre la mesa, hacia ella, con la lámpara entre nosotras. Una fracción de segundo después recibí una bofetada. Debió de ser un reflejo. Sonó a latigazo; afuera el perro se puso a ladrar.

Me ha pegado una sola vez en toda su vida. Fue entonces. La lámpara se tambaleó, pero no se cayó.

Mi madre me miró fijamente a los ojos. Temblaba. La huella de la palma de su mano ardía en mi mejilla. Arrugó la carta apretando los dedos y, sin apartar la vista de mí, introdujo el puño en el bolsillo de su delantal.

Vi que reprimía sus lágrimas. Sabía que iba a mandarme a mi habitación, que deseaba llorar con tranquilidad, y que desde luego no lloraría por mí.

A veces me pregunto si todos mis recuerdos merecen ese nombre, si su agudeza y su inmediatez no los convierten más bien en dolores fantasma del alma, como cuando un amputado padece calambres en los dedos del pie cortado tiempo atrás, o como cuando a un sordo le llegan con total nitidez las melodías de su infancia, en la que aún no le fallaba el oído, sin necesidad de evocarlas. El mundo se contrae, de forma inexorable. A la inversa, las cámaras reverberantes de la memoria parecen expandirse, dividiéndose cual células vivas. El espíritu permanece siempre inquieto.

Sea como fuere, si usted la ve entrar ahora, si la ve tomar asiento en un canapé posando las manos en el regazo y cerrando las rodillas con pudor, me acompaña en un recuerdo al que, en efecto, doy vida, posiblemente después de haberlo remodelado y refundido una y otra vez.

Yo estoy junto a ella, de pie, al otro lado del brazo del mueble. Soy pequeña aún y visto un traje de cuello marinero. Si tengo la mano sobre el apoyabrazos, bien podríamos estar posando. En caso de que la escena estuviera pensada para nosotras mismas y la familia cercana, no hay razón alguna para que mi madre no coloque su mano sobre la mía, un rasgo de intimidad que no se encuentra en los retratos más oficiales del recibidor de casa, por más que se busque.

A medida que voy creciendo y me vuelvo demasiado larguirucha para posar la mano con elegancia sobre el apoyabrazos, me colocan detrás de ella, medio escondida, a veces con los dedos sobre la madera del respaldo, junto a su cabeza, como si los papeles se invirtieran poco a poco y fuese yo quien la protegiera a ella. Aun así, la imagen expresaría ante todo el respeto de una hija hacia su madre, autorizada sólo ella a sentarse y a ocupar la posición dominante.

Ahora que lo cuento, destilando la escena una multitud de recuerdos aislados más que reproduciéndola como un acontecimiento preciso, bajo la mirada y me encuentro de repente contemplándole el cuello a mi madre, de pie tras el respaldo del canapé en el que ha tomado asiento. El lunar en la nuca, debajo del lóbulo, muy cerca del nacimiento del cabello, ha estado siempre

ahí, lo sé, pero tengo la impresión de no haberlo visto de verdad hasta hoy: un punto no muy bien delimitado en el que se concentra el tono mediterráneo de su piel. Más arriba, sus mechones, anclados en el cráneo por medio de las anchas púas de una peineta de concha de tortuga de cuyo firme agarre no se escapa ni un solo cabello, y todo tan nítido y tan próximo. Tengo que contenerme para no taparle los ojos con las manos y darle una sorpresa, con la esperanza de que se dé la vuelta y pueda ver su rostro con la misma nitidez que su nuca. No el rostro cubierto por el velo de la costumbre, el mayor denominador común de todas las madres de mis recuerdos, sino su quintaesencia.

Yo, en cambio, todavía podía llevar mi cabellera suelta, o recogida en gruesas trenzas, aunque ya no por mucho tiempo. Por entonces las fases de la vida presentaban menos épocas de transición. Entre la infancia y la edad adulta no se extendía tanta tierra de nadie. Pronto dejaría de haber vestidos de cuello marinero en mi guardarropa. Conforme me acercara a los veinte, mi atuendo se parecería cada vez más al de mi madre, en su traje de diario: falda estrecha hasta los tobillos y corpiño abotonado hasta el cuello. Al cabo de poco yo también tendría que hacerme un moño, a más tardar cuando me comprometiera en matrimonio y, a partir de esa fecha, siempre. Una mujer prometida o casada se recoge la melena. Cabello desatado, vida desatada.

Imaginarse a mi padre a mi lado resulta más complicado, no está bien visto. A menos que fuera hija única, pero ése no es el caso. Las madres se hacen retratar con sus hijas, y los hijos en edad de crecer rodean al padre. Padres e hijas no coinciden más que en los retratos familiares. En esas ocasiones me dejan compartir el canapé con mi madre, porque ya no soy únicamente su hija, sino que tanto ella como yo pasamos a ser ante todo mujeres, el sexo débil. Todavía hoy me rechinan los dientes sólo de pensarlo, más que nada por la naturalidad con la que mi madre asumía su papel. He luchado más contra ella que contra mi padre, demasiado bondadoso para ser un Padre con mayúscula, aunque quizá todos los padres sean bondadosos y más fáciles de matar que las madres.

Con toda probabilidad, a él se le vería inclinado sobre mi madre y yo, con una mano en el reposabrazos y la otra en el respaldo del

canapé, en un gesto que, además de sugerir amor y devoción, mostrase muy a las claras su lugar en el conjunto. Es el pater familias, la piedra angular de la unidad familiar. Por último, mi hermano Edgard, unos pocos años mayor que yo—embutido en un traje que semeja una réplica del de mi padre—, aparecería a mi lado o detrás de mí, más formal que mi padre, en su papel de hijo y hombre.

Cuando más adelante vuelvo a contemplar esos retratos leo sobre todo mentiras. No nuestras, ya que mis padres se quieren y nosotros los queremos. De hecho, necesitamos menos hipocresía que otras muchas personas para mantener intacto el idilio, sin más tabúes que los de la época. La verdadera mentira la constituye el mundo en sí, es decir: visto en perspectiva, los mapas por los cuales nos orientábamos en aquellos años, con el fin de que nos guiaran a través de la existencia, resultaron ser una quimera más que una pauta.

Pertenecemos a la burguesía acomodada, una extensa casta cuya jerarquía extremadamente sutil insta a sus miembros a posicionarse de forma continua frente a los demás. Poniéndome en la piel de la niña que fui me cuesta valorar cuál es nuestro lugar exacto en todo ese sistema de leyes y preceptos implícitos. Por mucho que algunas compañeras de clase me acompañen en el trayecto de ida y vuelta al colegio, y por más que yo comparta pupitre con ellas y nuestras madres se traten con afabilidad, sería inconveniente que fueran a verme a casa. A la inversa, tengo amigas que vienen a casa a jugar conmigo sin que eso implique que yo, a mi vez, pueda ir a visitarlas a ellas, y si pese a todo me invitan hay una norma que me obliga a despedirme bastante antes de la cena y no mucho después de la merienda.

En casa también hay quien puede «pasar adentro», lo cual significa que se les acompaña al salón de arriba, en tanto que otros han de conformarse con la salita de las visitas, con sus sillas y butacas distinguidas y formales, y la frialdad del ambiente, pues ahí sólo se enciende la estufa cuando en el exterior hace frío de verdad. Es una estancia que incluso a mí me causa una impresión de arrogancia cada vez que la piso.

Dos veces al mes mi madre pide a Emilie, nuestra criada, que

coloque las sillas en círculo y encienda las lámparas de las mesitas auxiliares para recibir a sus amigas del círculo de costura. Cuando estoy a punto de cumplir once años me regala un costurero para mí sola, dándose aires como si se tratase de un baúl de oro de la cueva de Alí Babá. Desde ese día espera de mí que tome parte en esa enervante labor de precisión. Al principio, media hora como mucho, porque no consigue que me esté quieta por más tiempo, pero las sesiones se van alargando sistemáticamente. Ahí se me ve, lidiando con tambores y agujas, balanceando las piernas hasta que mi madre me riñe y exploto de rabia en mi fuero interno.

«O plongeur à jamais sous sa cloche, toute une mer de verre éternellement chaude…—recito para mí en un intento por matar el tiempo y desterrar mi impaciencia—. Toute une vie immobile aux lents pendules verts!» [Oh, buzo por siempre bajo su campana, todo un mar de cristal eternamente cálido… ¡Toda una vida inmóvil de lentos péndulos verdes!]. Y miro a mi madre, arreglada de manera informal para la ocasión porque, si bien las invitadas son todas amigas íntimas, lograr una apariencia desenfadada le supone a cualquier mujer un auténtico ritual, al menos si recuerdo bien los detalles, si con el paso de los años mi memoria no ha retocado los colores del retrato de gala de mi madre, tal y como está sentada en aquel sillón estilo Luis Felipe, imponente cascada de tul y puntilla, luciendo una bata de satén forrado con ribete cuyas mangas se abren desde los codos en un amplio abanico formado por cinco o seis tiras largas, de entre las cuales surgen sus manos como estambres móviles de una flor exótica y, para completar el cuadro, una estola de encaje irlandés o, en época de frío, una boa de piel.

Después de su muerte, cuando mi hija y yo vaciamos sus aposentos y apilamos las jarreteras y los corsés pasados de moda desde hacía decenios, las innumerables toquillas y velos, finos como una piel de serpiente de la que se hubiese desprendido el propio tiempo, almacenados en cajas en aquella vieja salita, para que viniera a buscarlas el trapero, tuve la sensación de estar liquidando los moldes de fundición de una monumental escultura femenina, o las costillas y demás huesos de algún animal prehistórico.

—Podríamos abrir nuestro propio museo—observé—. Musée Royal d'Histoire Naturelle de ma Mère [Museo Real de Historia Natural de

mi Madre].

Mi hija me tachó de irrespetuosa.

Jamás me he recogido el cabello. Con gran firmeza expulsé de mi ropero el atuendo de las esperanzas, de la perspectiva de convertirme en una maqueta de mi madre, para abrazar la moda del período de entreguerras, con sus tobillos y pantorrillas escandalosamente desnudos, sus talles bajos, sus coquetos accesorios en forma de diademas, largos collares y cintas para la cadera, al lado de los cuales mi madre, con su marcada apariencia decimonónica, semejaba poco menos que un caballero con armadura, un acorazado encallado, tan formidable como impotente. Ella, a su vez, consideraba que la indumentaria de su hija era «frívola a más no poder».

«Helena lleva en la sangre la furia de la familia de mi padre», la oí decir en más de una ocasión mientras bordaba en compañía de sus amigas. Se jactaba de su ascendencia gala, de su sangre latina, a las que atribuía mis caprichos, si bien el hecho de que fuera francesa tenía más que ver con los avatares de la historia que con cualquier mérito específico. Yo escuchaba con una mezcla de deferencia e ironía la claridad cartesiana de su lengua materna, tal y como había sido elevada al refinamiento y a la disciplina por numerosas generaciones de poetas áulicos y filósofos, mientras que, según ella, el francés que aprendíamos a hablar nosotros, el del norte, estaba plagado de pulgas y no podía ser más que un idioma para arlequines y poetas a los que se les habían subido los humos; y con eso se refería a mí.

Por entonces yo desempeñaba con entrega absoluta el papel de hija caprichosa, al tiempo que por dentro ansiaba las reprimendas de mi madre. La concisión telegráfica de sus enunciados cuando perdía la paciencia: «¿Qué me estás contando? No entiendo nada. Termina tus frases y trata de respirar». Sus recriminaciones provocaban en mí una vergüenza que no era más que un velo sonrosado que cubría la satisfacción culpable por haber conseguido irritarla.

Siempre me he sentido atraída por lo arrebatador, por el éxtasis que disuelve el mundo, el tiempo y en última instancia también la propia conciencia e, instintivamente, he buscado en todo momento

palabras o cuerpos capaces de yugular mi ilimitado anhelo, domeñar mi temperamento y ponerme freno. Cómo me habría gustado pronunciar una frase de longitud interminable que encierre dentro de sí todo cuanto existe, a imagen y semejanza de esas damas de honor del siglo dieciocho que, tocadas con exuberantes pelucas por entre cuyos mechones zozobran ejércitos de perlas, recogen sus enaguas mientras suben la escalinata de la ópera o los escalones del cadalso.

Mi madre y sus compañeras alardeaban de pertenecer a un círculo de costura selecto, por lo que las potenciales aspirantes a ingresar en él eran invitadas a una sesión de prueba. Si se mostraban demasiado habladoras, demasiado aficionadas al comadreo, su presencia no pasaba de esa sola vez, para mi gran decepción: por aquellas fechas los chismes contenían las únicas lecciones de sabiduría que llegaban a mis oídos.

Con los años se apoderó de mí la sensación de ser un insecto propenso a encapsularse de forma voluntaria en los filamentos de seda que utilizan las arañas para envolver su presa, de estar cada vez más sujeta a los usos y costumbres propios de la condición de mujer, obligada a atravesar un Sáhara de hilos e hilachas, cargando con aquel costurero de sándalo como único equipaje, una versión tipo casita de muñecas de mi matriz, engalanada con dedales y folículos y ovarios. Los brazos a mi alrededor subían y bajaban al ritmo frenético con que las amigas de mi madre pasaban la aguja por la tela y ajustaban el hilo. Parecíamos aves corredoras que introducían sus picos en el agua de un oasis para luego estirar sus largos cuellos y deglutir.

La palabra que por entonces tuve más de una vez en la punta de la lengua era eunuco. No sólo por el término en sí y sus connotaciones picantes, sino sobre todo por haber leído que, tras ser castrados, los eunucos conservaban sus testículos extirpados en una urna para poder ser finalmente enterrados como hombres de verdad, un poco como mi madre y yo llevando a cuestas nuestros útiles de costura. Me consta que, de haber articulado en voz alta la palabra testículos, a mi madre le habría tocado recoger del suelo a la mitad de sus amigas, siempre y cuando no se hubiera desmayado ella misma por efecto del espanto y un corsé demasiado apretado. Algunos vocablos

sólo tenían cabida en los diccionarios y las enciclopedias, amparados por la neutralidad sin riesgos y el olor a fenol de los hospitales. No era cuestión de soltarlos en casa como periquitos domesticados.

«Va-t'en—me suele decir al cabo de un tiempo, cuando mi efervescencia comienza a enervarla—. Venga, vete». Acto seguido subo corriendo y me aventuro por las estancias de arriba, con sus paredes revestidas de terciopelo, sus alfombras, manteles, cordones de cortinas, antimacasares y tapetes y cojines y reposapiés y pantallas de chimenea y de lámpara, sus motivos de palmeras y hojas de helecho, ese hervidero de texturas y superficies que difunde el calor bochornoso de la selva tropical, fermentación, moho, tierra húmeda.

O desciendo hasta la cocina del sótano, donde manda Emilie. Friega a diario los suelos de su reino arrojando sobre las baldosas una marea viva de lejía. Al frotar las cacerolas con su estropajo de lana de acero produce un ruido que suena como un círculo perfecto, el canto del acero sobre el estaño, y los golpes de la tajadera cortando el asado de mañana: la música que acompaña a mi penitencia semanal.

Qué claridad se respira en esa cocina, y qué franqueza. Las paredes no ocultan sus piedras. La madera se ha vuelto rugosa de tanto cepillarla y verter sobre ella generosas cucharadas de sosa cáustica, lo mismo que la propia Emilie, a quien atribuyo una secreta vida salvaje, con hombres y bebidas alcohólicas, y peleas por su ruda belleza de barro cocido. Tiene su cuarto en la parte más alta de la casa, justo debajo del tejado, una alacena pretenciosa más que una habitación de verdad. Curiosamente, en los extremos de la vivienda, donde reside ella, el mundo está del revés: la cocina del sótano, que alberga las despensas y los fregaderos, deja entrar océanos de luz a través de unas ventanas altas, mientras que el desván, pese a estar más cerca del firmamento que ninguna otra pieza, mantiene cerrada su membrana de tejas y conserva una gris oscuridad en uno de cuyos rincones se agazapa, como único punto luminoso, la buhardilla de Emilie.

Cada tantas semanas tiende nuestra ropa blanca a todo lo largo del desván. Entonces su cuarto queda escondido tras un laberinto de fantasmas inmóviles, un mundo platónico repleto de sábanas sin una sola arruga, que se alternan con camisetas sujetas por las mangas, exhibiendo el mudo despecho de los ahorcados tras la última convulsión. Ahí arriba se repite una y otra vez ese silencioso ajusticiamiento, una suerte de condena inquisitorial para toda materia textil obligada a permanecer tan cerca de la piel de nuestra carne herética.

Emilie no parece encajar en ese entorno. Su superficie sembrada de entalladuras y cerros callosos, cuyas extrañas simetrías recuerdan el perfil de las crestas de las dunas en el desierto, se me antoja más fluida, más orgánica, que la etérea perfección de las sábanas que tiende en las cuerdas y más tarde recoge y deja caer en la cesta, con los brazos abiertos de par en par como si fuese una de las figuras de un descendimiento de la cruz de estilo barroco. Las mujeres son seres que siempre portan algo, ya sean ropas o mercancías, descendientes o la memoria de los difuntos. Podría decirse que Emilie es un símbolo de ello: ancha, con forma de cántaro, maltrecha y agrietada ánfora milenaria. Emilie, la que parte la carne y escurre la colada.

Cada tantos meses las inmediaciones de su cobijo permanecen

vacías. Eso ocurre cuando toda la ropa blanca es llevada a la lavandería. Llegado el momento, mi madre saca la cantidad de dinero reservada para las porteadoras, reclutadas por Emilie y encargadas de acarrear en caravana todo el cargamento y de volver a traerlo limpio. Por lo general, son mujeres del barrio donde Emilie se crió y donde suele pasar cada semana su día libre. Mi madre exige que aquel ejército no entre más allá del lavadero junto a la recocina, donde Emilie ya tiene preparadas las cestas.

Durante su ausencia me meto a veces en su buhardilla, no a fisgonear, porque hay muy pocas cosas donde asomar la nariz. Emilie apenas sabe escribir y no lee libros. Me impregno de la desnudez de los míseros trastos que constituyen el interior de su cuartucho. La cama de barrotes metálicos. Un ropero que contiene un vestuario escueto: dos o tres mandiles, los excusalíes que debe atarse a la cintura en las cenas con invitados y las cofias correspondientes, varias piezas de ropa interior de proporciones épicas, dos pares de zapatos, los más finos para dentro de casa y los más gruesos—unas sólidas botas—para fuera. Y, finalmente, un abrigo, una falda y algunos corpiños: el uniforme de la trivialidad que viste en su día libre, cuando el otro, el de la servidumbre, le incomoda.

El espejo encima del aguamanil presenta zonas sin brillo, como si el semblante de Emilie, en el que aparecen y desaparecen con regularidad marcas oscuras a un ritmo tan misterioso como el ciclo de las manchas solares, hubiera contagiado su enfermedad al cristal reflectante, y quién sabe si también a la misma naturaleza de la luz.

A veces acerco la cabeza al espejo, quizá casi tanto como la propia Emilie cuando se lava por la mañana y por la noche, para apropiarme de todas sus impurezas y figurarme que llevo una vida como la suya, por más que, a excepción de esas pocas huellas y cicatrices, su existencia continúe siendo una incógnita para mí.

Nadie sospecha que ese cuerpo de barro modelado albergue las emociones de un alma extática, pero en su día libre, «mi martes» como lo llama ella, suele regresar tarde, por lo general bien entrada la noche. Del paso vacilante con que Emilie sube la escalera, obligada a emprender la ascensión más larga de todos los que vivimos en la casa, mi madre deduce que se dirige a su cofa

haciendo el menor ruido posible para no despertarnos, y elogia su tacto. La principal virtud de una criada es su capacidad de no llamar la atención, o incluso un macabro don de la invisibilidad. En cambio, yo he advertido más de una vez en los ojos de Emilie la nebulosidad, el nirvana que sirven por unos céntimos en vasos minúsculos en las tabernas escondidas en las resquebrajaduras de la ciudad, los callejones que se desvían de las arterias principales para bajar hasta los brazos del río. Los fuertes aguaceros tienden a transformar aquellas grietas oscuras en torrentes salvajes. Durante días, el agua queda estancada en charcas donde unos niños con apariencia de figuras de barro hacen flotar barquitos de ramas o de paja.

Cuando salimos a dar una vuelta y nos vemos obligados a adentrarnos en una de esas callejuelas porque resulta imposible dar un rodeo, mi padre siempre acelera la marcha. Me arrastra agarrándome de la mano, y yo le sigo entre risas. No se me ocurre pensar que un hombre adulto como él pueda sentir miedo, el elemento dominante de la infancia que pierde su resplandor a la vez que su tenebrosidad conforme vamos creciendo, en un despertar que a mí siempre me ha parecido más bien un adormecimiento prolongado.

A medida que nos hacemos mayores nos volvemos insensibles a la lucidez que entraña el temor. La insoportable agudeza de la mirada que el miedo abre dentro de nosotros sólo admite tres respuestas: buscar refugio en el pánico ciego, abandonarse a la apatía o afrontar la situación tal como es para luego actuar con determinación.

Mi padre, que es tranquilo por naturaleza, no se presta al pánico. Él es la pared celular que nos envuelve a mi madre, a mi hermano y a mí para protegernos de los peligros del mundo exterior.

—Tenemos que darnos un poco de prisa, pequeña—me dice—. Este aire no es bueno para ti, con esas aguas pestilentes ahí abajo.

Trato de caminar sobre el pavimento dando zancadas tan grandes como las suyas, pero fracaso en el intento. Remoloneo en su estela, ritmando su andar con la danza sincopada de mis tacones y mis suelas. Sólo más tarde me daré cuenta del carácter sinuoso del

trayecto de nuestros paseos y de las reducidas dimensiones de la zona urbana por la que podíamos andar sin toparnos con unos límites no marcados, de modo que, visto en perspectiva, nuestras salidas me recuerdan al inútil ir y venir de una fiera enjaulada, en el zoo o en el circo.

Echo en falta el bullicio de las calles de entonces. El hormigueo de las multitudes, los sombreros, las gorras, los paraguas, el hervidero de gente mezclándose con los tranvías de sangre, los carruajes y los carros. Ese caos festivo de la época anterior a que el automóvil impusiera la segregación entre peatones y vehículos irrumpe por momentos con tal nitidez que me pregunto: «¿De veras he visto todo esto?». ¿He almacenado todas esas escenas, todas esas naturalezas muertas, sin ser consciente de ello? El arrobamiento que desencadenan es demasiado fuerte para mí, demasiado puro.

Recuerdo el júbilo que me invadía en las fiestas familiares de Nochevieja porque Dios, el Tiempo, o lo que fuese, tenía la bondad de obsequiarnos con todo un año nuevo, tan intacto y vibrante como las natillas en la bandeja de plata que Emilie llevaba a la mesa a la hora del postre.

Nuestros días tenían forma de cúpula, de pabellones de exposición hechos de acero y cristal. Bajo su traslúcida membrana uterina relucían los palmerales de nuestro estilo de vida, caldeados a base de carbón y de gas.

—¡Qué invento más maravilloso el de Bélgica!—exclama mi padre con una sonrisa socarrona durante el banquete.

El vino da rienda suelta a esa indulgente ironía con la que siempre logra desarmarme.

Alza su copa.

—¡Por Bélgica! Nuestros montes no son muy altos ni nuestros ríos muy profundos. Ni muy grande, ni muy pequeña, Bélgica es perfectamente transitable y navegable.

Un país como un gofre de Lieja, pienso ahora. Crujiente por fuera, pero con un corazón de masa blanda calentada al rojo vivo. La

moral del Padre, del rey y de la ley, imponía a la comunidad su sistema inquebrantable, repartiendo la saciedad a partes desiguales entre los innumerables hambrientos y sedientos de gozo, que tarde o temprano robarían cuanto se les negaba. Así ha sido siempre y así será por los siglos de los siglos: la historia es sinónimo de hambre, y el hambre no habla, sino que corroe.

De creer a las monjas a cuya escuela me envió mi madre nada más cumplir once años, Bélgica había sido creada por el Altísimo en persona, un segundo Génesis en tono menor. Con el solo propósito de dar vida a nuestro país, Dios sembró la vieja Europa de guerras de sucesión y revoluciones como si de seísmos se tratase, enfrentando a los Estados entre sí hasta que comenzaron a agrietarse y terminó por escaparse una astilla que, tras ser pulida reiteradamente, dio lugar a Bélgica. Desde la época en que los romanos construían aquí sus campamentos, e incluso desde mucho antes, cuando la humanidad aún se batía con hachas de sílex, Él, cuyo quehacer era considerado por las monjas como una suerte de versión celestial de la labor de corte y confección, había venido afinando la idea llamada «Bélgica». Los viejos atlas todavía conservaban los contornos de Sus primeros patrones. Trazaba líneas con tiza, clavaba alfileres, se lo pensaba mejor y volvía a empezar, una y otra vez, hasta que poco a poco iba tomando cuerpo Su Personalísima Nación y todo acabó estando donde se suponía que debía estar: entre los herejes maldecidos del Norte y los execrables revolucionarios del Sur. Su propio jardín divino, Su segundo Edén, donde, gracias a Dios, un nuevo Adán puso decorosos nombres franceses a las cosas y no tardó en llenar el ambiente con los martillazos de su afán de trabajo y su industriosidad. Pues nosotros, los belgas, somos muy trabajadores, proclamaban exultantes las monjas alabando al Señor.

Sin embargo, al final de cada primavera, cuando viajábamos en tren al mar, como todo aquel que podía permitirse el lujo de tomarse unos días de asueto, el país se me antojaba tan pequeño, tan diminuto, que el traqueteo de la locomotora y los vagones parecía propulsarse a través del suelo hasta las fronteras, como si no fuese más que una nación de cartón piedra, un decorado pintado para un retrato de grupo o el telón de fondo de una opereta.

Por todos los frágiles pies de señora que probaban con amanerada parsimonia el frescor de las olas desde los escalones de las casetas de baño de Blankenberge, De Haan u Ostende, había otros tantos dedos de niños sumergiendo palitos de madera para cerillas en humeantes calderos llenos de preparado de azufre, manos de jóvenes muchachas cardando algodón, enrollando hilos en devanaderas y plegadores, del lizo a la lanzadera, torciendo y retorciendo, batiendo yute y deshilachando fieltro, o cosiendo los guantes que mi madre y yo nos enfundábamos para pavonearnos por el paseo marítimo. Ese mundo no lo vi hasta más tarde, cuando conminaron a mi hermano a que me airease, aunque siempre lo había tenido delante de las narices, por los rincones de la ciudad que mi padre evitaba durante nuestras salidas.

Cuando al pie de las empinadas cuestas, abajo en las callejuelas que había junto al río por donde mi padre siempre aligeraba el paso, nos encontrábamos con una taberna de esas donde Emilie tramaba Dios sabe qué en sus horas libres, solía llegarnos un descomunal ruido desde las profundidades: risas, gritos, acaloradas discusiones, la erupción de una euforia volcánica que en cualquier momento podía convertirse en lo contrario. Según informaban los periódicos que mi padre procuraba en vano sustraer a la vista de sus hijos, en aquellos arrabales las chispas de los tugurios saltaban con frecuencia a los edificios colindantes y, de no ser por los gendarmes, quizá hubieran alcanzado los barrios residenciales más pudientes, donde vivíamos nosotros.

En una ocasión, durante la feria anual de Pentecostés, veo en la vasta plaza frente a la abadía a unos niños no mucho mayores que yo arrojando fango y boñigas de caballo contra la fachada de la colegiata, animados por las vigorosas voces de aliento de los adultos congregados a su alrededor, mientras en la iglesia se oficia la misa.

Mi madre me aparta del espectáculo con no menos brío. Aunque raras veces habla bien de los sacerdotes, los asuntos de la fe pertenecen a ese ámbito de la vida que, como ella acostumbra a decir, más vale «dejar correr».

Mientras me arrastra hacia el lado opuesto de la plaza, abriéndose paso por entre la multitud de feriantes, los tiovivos y los columpios se me antojan de pronto más que simples maquinarias

fantasmagóricas de diversión. Al parecer, si no están bien ajustados o suficientemente calibrados, sus mecanismos pueden anular las leyes naturales liberando energías desconocidas. De repente, las fiestas y las ferias aparecen preñadas de una fuerza oculta capaz de parir una desgracia que mis padres sólo admiten en su boca en los términos más velados.

—Encore des grèves [Más huelgas]—masculla mi padre un día a la hora del desayuno, con el periódico delante.

Por mucho que su cara quede disimulada tras las páginas abiertas, por la manera en que mi madre arquea una ceja deduzco que están intercambiando una muestra de complicidad, tan íntima como un secreto de alcoba, aunque por supuesto menos frívola.

—C'est une menace [Son una amenaza]—responde mi madre a modo de eco.

Durante la mayor parte de mi infancia llamo a Emilie y los suyos «les grèves», las huelgas, equiparándolos poco menos que con los hunos o los vándalos, y a la propia Emilie la bautizo «La Menace», la Amenaza. El nombre me suena tan misterioso y oriental como Herodías o Scheherezade. Mi madre pronuncia la palabra entre dientes, fortaleciendo de ese modo la sospecha de que se trata de un vocablo perteneciente a los barrios bajos del lenguaje, y, precisamente por eso, adquiere para mí la connotación de una fórmula mágica, que casi se me escapa cuando veo a Emilie trabajar en casa.

Quizá, ahora que veo de nuevo su rostro ante mí, el rostro curtido de una mujer joven y vieja a la vez, quizá algún día le lanzase de veras ese nombre de guerra a la cara.

Emilie se vuelve a medias hacia mí, sentada a la mesa de la cocina, donde acciona la manivela de la máquina de picar carne. Me observa con una mirada fugaz pero escrutadora, entre consternada y divertida.

Sólo ahora puedo leer en sus iris de color verde intenso, sobre los cuales se balancea siempre algún mechón descontrolado mientras desempeña las labores de la casa, el orgullo que mi indiscreción

involuntaria debe de haber despertado en ella.

Más gata que criada, no da prueba alguna de ese servilismo canino con que el personal doméstico de nuestros familiares y amigos se reduce a sí mismo a una pieza del mobiliario. Emilie no lee, o por lo menos no lee libros. Les quita el polvo con una circunspección que roza el recelo, como si llevaran grabado un anatema en la cubierta. Sin embargo, con el tiempo descubro que deletrea nuestros periódicos viejos de la primera a la última palabra, antes de envolver con ellos las mondas de las patatas.

Con toda probabilidad se muestra igual de letrada, por no decir virtuosa, en el uso de los vocabularios que consideran los caracteres escritos indignos de su compañía. ¿Cómo explicar, si no, su regocijo cuando regresa de la lavandería, rodeada de sus hermanas de infortunio, con nuestra ropa blanca y la de las familias vecinas bien doblada en las cestas, sin duda después de que decenas de dedos índices la extendieran y la escudriñaran a contraluz en busca de la etérea escritura cuneiforme reveladora de vicios nocturnos, miedos cervales, abrazos prohibidos, pecados solitarios y borracheras a solas que ha dejado su impronta en esas tabletas plegables?

El alborozo de Emilie y las demás criadas lanza una amenaza de rebelión por las estancias de nuestra casa, nuestro mundo en sordina, donde impera el secretismo por la fuerza de la costumbre. Raras veces las conversaciones e incluso las disputas logran perturbar el orden de las cosas en mayor medida que el ruido del vaivén de la escoba cuando alguien recoge los restos de un florero roto. Nuestras celebraciones están revestidas de la mantelería más refinada, y de plata femenina, y de los lazos de satén de la etiqueta, para mantener a cubierto las fuerzas primitivas que se esconden en lo más hondo del ánimo festivo, los recuerdos reprimidos de matanzas rituales o de sacrificios humanos. Nuestras melodías son cantinelas burguesas, a lo sumo meras travesuras, y aun así hacen falta cuatro tímpanos para captar sus dobles sentidos.

En cambio, por el pecho de Emilie resuena un tumulto infernal cuando, a la vuelta de sus escapadas nocturnas, con el aliento todavía impregnado de un leve olor a alcohol, entona canciones libertinas, de pie ante el fregadero, desde donde advierte mi presencia sin alzar la mirada. Sabe que aguzo el oído y que me

tambaleo de sublime espanto sobre mis botines en cuanto percibo sus obscenidades.

De pronto, sin verme realmente, eleva su puño a la altura de mi rostro.

Puedo distinguir hasta las raíces del vello de sus dedos, medio corroído por el amoníaco y la lejía. Tiesos pelos castaños, como de hombre.

Emilie sostiene su puño contra la punta de mi nariz.

Un gruñido suave y persistente se arremolina en su tórax.

En su fuero interno, algo hierve de cavidad en cavidad.

Por un instante temo que se pondrá a bufar como un gato para luego abrir la mano y plantarme sus garras en toda la cara, pero se limita a acercar el puño aún más a mi nariz mientras gruñe: «Y voy y la digo, la grito, ni tocarle, bonita, que ese machote es mío. Como te pases de lista, so pelandusca, ya me encargo yo de pintarte un par de coliflores en los morros».

En el mundo de Emilie al dinero se le llama «perras». «Un tío tiene que tener perras y cojones», reza una de sus máximas. Para ella, mi padre no debe de ser un hombre de verdad. Aunque sin duda posea más perras de las que ella haya visto nunca juntas, es probable que carezca en buena parte de lo segundo, mientras que mi hermano, a juzgar por la manera en que Emilie puede llegar a espiarle mientras toma su vaso de leche en la mesa de la cocina al volver del instituto, supuestamente exhibe suficiente virilidad, pero todavía es demasiado joven para contar con una fortuna propia.

«Cojones y perras»: encuentro un placer infantil en repetir esas palabras para mí cuando aguardo a mi padre en los asientos ubicados en el centro de la sala de ventanillas del banco de la Place d'Armes. Más de una vez nuestros paseos nos conducen hasta allí, como por casualidad, pues en el fondo muchos de ellos no son más que un largo rodeo hasta la filial donde mi padre tiene sus cuentas.

Todo lo relacionado con las «perras» se halla inmerso en la misma atmósfera de disimulo y pudor que rodea a los cuartos de baño, los dormitorios y los prostíbulos. Entre nosotros al dinero se le llama «recursos», y a unos les sobran y a otros les faltan. Cuando Emilie habla de perras, su discurso en sí adquiere un tono indecente, como si de súbito me bajara las bragas.

Al parecer, se deleita en tratar de escandalizarnos a mi hermano y a mí con sus vocablos groseros. Tal vez lo haga para delimitar su territorio, del mismo modo que algunos salvajes acostumbraban a exponer las cabezas cortadas de sus enemigos en las afueras del poblado, aunque también cabe la posibilidad de que nos considere como momentáneos compañeros de fatigas, seres que, al igual que ella, sólo merecen la atención de los demás cuando no se portan bien.

Puede que, al repetir sus palabras mientras espero sentada en la sala de ventanillas del banco, perciba el sabor de su venganza en mi lengua. Cojones y perras. En el vestíbulo se respira el silencio de las catedrales y los hospitales, y el frescor; todo se ve bañado por la impoluta refulgencia del mármol. A través de la cúpula acristalada que corona el conjunto, una luz tamizada riega las inmóviles palmeras que emergen por entre los bancos en los cuales toman

asiento las señoras, tan inmóviles y tan vegetativas como yo, mientras sus esposos o parientes masculinos transmiten sus operaciones a los empleados situados al otro lado de la balaustrada: personificaciones de autocomplaciente cortesía de lacayo, que hablan en susurros entre ellos y con sus clientes y que enfundan guantes blancos cuando se disponen a contar el dinero para amortiguar hasta el crujido de los billetes.

Éste es el templo de los eufemismos, lo contrario de los antros poco menos que subterráneos donde Emilie oficia, supongo, sus cultos paganos.

«Cojones y perras». No sé cuántos años tengo, debe de ser poco antes de la guerra, en esa época confusa justo después de mi primera menstruación, cuando una tarde me encuentro en aquellos asientos mirando a mi padre, que ya se prepara para salir a la calle. Veo que, al sacar sus guantes de los bolsillos del abrigo, se le caen algunas monedas. Bajo el techo de cristal, el tintineo del cobre y del níquel sobre el suelo resuena como una blasfemia.

Uno de los empleados sale volando de detrás de la balaustrada, se arrodilla, amortigua el rodar de las piezas con la palma de la mano como si fuera a aplastar unas hormigas voladoras, las recoge y se las entrega a mi padre, visiblemente turbado. Veo también la ironía minúscula pero afiladísima en el rostro del empleado cuando desliza el dinero en la mano de mi padre.

Durante mucho tiempo deseé poder vivir de nuevo aquella escena, poder reescribir el recuerdo precipitándome hacia mi padre para echarle los brazos al cuello y darle un beso en la mejilla, en lugar de apropiarme de la falsa condescendencia de aquel hombre regodeándome de forma pueril en la humillación que infligió a mi padre. Un caballero no guarda las monedas sueltas en el bolsillo.

Si bien el incidente duró apenas medio minuto, años más tarde oí retumbar el eco desnudo del sonido de las monedas en mi cabeza como el tañido de las campanas tocando a rebato.

Mi padre y sus miedos, su miedo a las gentes «inferiores» a nosotros, que compraban en los comercios de su propiedad platos, cuerdas, tinas, fósforos y enseres a unos precios casi tan ventajosos

como en las cooperativas que tanto le preocupaban. Bajo su respeto hacia las clases acomodadas superiores a nosotros se ocultaba una verdad capaz de ser desenmascarada en el acto por un puñado de monedas tintineantes: los de arriba jamás lo considerarían uno de los suyos, sería tendero hasta la eternidad, cierto que heredero y concienzudo dueño de una cadena comercial, pero tendero al fin y al cabo.

Tal vez aquellos años bajara con tanta frecuencia a ver a Emilie a la cocina para hacer penitencia. Para sentir el azote de sus indiscreciones y sus provocaciones: yo, la flagelante de la familia.

—Si te portas bien puedes quedarte, pero ya sabes, quieta y calladita—me sisea, consciente de que se ganará una seria reprimenda si mi madre me encuentra aquí una y otra vez.

Me siento en la silla en la que por la mañana suele haber un proveedor esperando su aguardiente, y quizá algo más, un toqueteo entre las faldas de Emilie, seguido de la bofetada de rigor o de un inesperado beso con lengua, y observo cómo saca una bandeja de la despensa, aparta el paño que la cubre, coloca el trozo de carne que hay debajo en una tabla de cortar, retira el cuchillo del gancho que cuelga junto al estante en la pared y, de pronto, se queda parada.

Sabe que he venido a escuchar el sonido del filo al atravesar el tierno tejido muscular, blanco y rojo, blanda roca rosada. También sabe que esperaré a que separe las chuletas con la pesada tajadera.

Levanta el arma con lentitud y la sostiene un buen rato en el aire hasta que lee en mi mirada, que, en mi imaginación, es mi cabeza la que descansa sobre el tajo, junto a su regazo.

Cuando por fin deja caer la cuchilla, haciendo crujir el hueso bajo el acero como si se tratase de mis propias vértebras cervicales, hace rato que he cerrado los ojos.

El ambiente donde me crié adoptaba en cierto modo el sentido del deber de los estamentos más altos, el pundonor de la aristocracia, aunque sin la hipocresía que lo hacía llevadero. Al mismo tiempo elevaba la ardua labor y el ímprobo trabajo en los cuales se empleaba por necesidad la clase obrera «inferior», de la que sin embargo habíamos emergido en su día, a un ideal de diligencia e industria, pero sin las descargas emocionales que anulaban provisionalmente cualquier moral u obligación.

Las mujeres constituían el blasón de todo esto, el reposado mascarón de proa, lo cual a mí me horrorizaba. Mujeres del pueblo como Emilie gozaban de la libertad de la gente insignificante, y podían disponer de un mayor margen de maniobra que nosotras, las primorosas señoritas de la burguesía, condenadas a vivir como un ramo de flores artificiales: plenas de color, gráciles y al abrigo del polvo bajo una campana de cristal para impedir que se deteriorase nuestro tono virginal.

Mi manera de escapar al vacío pasaba por leer y escribir. Otras se consagraban a su prole o contraían matrimonio con un hombre adinerado de avanzada edad, buscando una viudedad prematura y la correspondiente autonomía.

Algunas, las que no disponían de otra válvula de escape, aspiraban a un papel deslumbrante en la variada oferta teatral de la histeria, con sus parálisis y sus espasmos, sus monumentales desmayos y los delirios de los antiguos manuales de psicología, que también se dejan leer como una introducción sucinta a la dramaturgia de la amordazada femineidad de mis años de juventud, una Capilla Sixtina de patetismo burgués. Una versión algo más aceptable consistía en dolores crónicos de estómago, estados semiconscientes asociados con la migraña y otras molestias que imponían períodos de aislamiento en estancias sumidas en la oscuridad o la penumbra, marcados por rituales purificadores a base de baños alternos y compresas, polvos, sueros y tinturas.

Hasta mi madre se entregaba cada cierto tiempo a ello con un placer que no se reconocía a sí mismo como tal. Su menstruación adquiría el carácter de unas letanías cargadas de autocompasión y de rencor. Por lo general, la tormenta se anunciaba con una

hipersensibilidad a las voces infantiles y el golpeteo de los cubiertos sobre los platos. En cuanto nos espetaba a mi hermano o a mí que los niños bien educados jamás tocaban la porcelana de la vajilla con su cuchillo o su tenedor, todos sabíamos a qué atenernos. En la cocina, Emilie encogía los hombros más que de costumbre, por temor a la furia que amenazaba con desatarse contra ella. Mi padre emitía un suspiro de resignación. Edgard se llevaba la mano a la frente fingiendo que acababa de acordarse de una cita importante, y yo trataba de respirar lo menos posible.

En los días siguientes parecían brotar del cuerpo de mi madre innumerables finos tentáculos. En torno a ella se tejía una red de tenues hilos que unían cada rincón y cada junta de la casa con su sistema nervioso. Cualquier movimiento, por mínimo que fuera, se propagaba a través de ese sistema invisible. Las vibraciones producían vibraciones. El simple gesto de pasar las páginas de uno de mis álbumes infantiles en el comedor, pese a que estaban hechas de un cartón bastante rígido, se infiltraba hasta el tocador, donde mi madre, respaldada por una formación geológica de almohadones, yacía sobre el diván, trepidando de resentimiento.

«Hija, ¿por qué no pisas la alfombra cuando subes la escalera? ¡La alfombra! ¿No hay nadie en esta casa que respete mis pobres tímpanos? Vamos, Edgard, hazle un favor a tu madre y no cabalgues por aquí como un regimiento de dragones. Pon un viejo trapo de cocina bajo el grifo en el fregadero, Emilie, ya te lo he repetido mil veces…». Etcétera.

Poco a poco sus peroratas enmudecían hasta transformarse en lamentaciones débiles y desarticuladas. Sus palabras parecían desmoronarse: se deshacían de la corteza formada por las consonantes mostrando, por así decir, su interior licuado. Por lo común, para entonces su sensibilidad a los sonidos había remitido. Los tentáculos se separaban de los objetos y rebotaban en su cuerpo como gomas elásticas, convirtiéndolo en un implosivo universo de dolor.

Emilie acudía cargada de más mantas y almohadas. Con la lenta motricidad de una tortuga arrimaba unas cuantas mesitas auxiliares al diván y las colmaba de pequeñas botellas, tubos, frascos, una palangana con agua, jabón y paños blancos. Luego corría las

cortinas en toda la planta, atizaba la estufa abajo en la salita y a nosotros nos confinaba en los sillones como exiliados.

—Si el patron está d'accord, de momento serviré la comida aquí—susurraba antes de volver a subir la escalera de puntillas, sin aguardar la respuesta, de regreso al mundo crepuscular.

De vez en cuando nos llegaban desde arriba ruidos apagados, gemidos confusos seguidos del correteo de las pantuflas guateadas de Emilie—«mis pies de gato», como las llamaba ella—sobre el parqué.

De todos modos, ese estado no solía durar mucho. De pequeña, mi padre me mandaba a reconocer el terreno al cabo de dos o tres días. Me empujaba dentro de la habitación por el resquicio de la puerta. Yo apenas lograba distinguir a mi madre en la oscuridad, pero oía su respiración. Tenía que acercarme para atisbar su cabeza, hundida en buena parte en mullidos almohadones al pie de una alta montaña de mantas que crecía y menguaba al ritmo de su aliento. Si se volvía somnolienta hacia mí con el brazo tendido, y no se apartaba con brusquedad refugiándose en la funda de la almohada, mi padre sabía que se encontraba mejor.

Veinticuatro horas más tarde resucitaría de su capullo de lino. Emilie descorrería las cortinas y daría cuerda a los relojes. Mi madre me comería a besos en el desayuno, pasaría los dedos con picardía por la rubia cabellera de Edgard y besaría a mi padre en la frente; el buen humor hecho persona.

Estoy segura de que su sufrimiento era sincero. El cielo es testigo de que si algo he odiado en mi condición de mujer es el circo mensual de mis glándulas. Aun así, me pregunto si de alguna forma mi madre no transformaba sus molestias en un dulce pero no menos asfixiante secuestro de mi padre, mi hermano y yo, y también de Emilie, que, cual gnomo al servicio de una reina malévola, mediaba entre los mundos de arriba y de abajo de nuestra casa, cerrada sobre nosotros como una ostra.

En cuanto se había restaurado la calma, las habitaciones exhalaban un audible suspiro, y yo también, dondequiera que estuviese; de pie ante la ventana, en la galería acristalada, en el jardín cercado por

todas partes, donde en otras circunstancias caminaba impaciente de un lado a otro del sendero, de acá para allá, y vuelta a empezar, en un intento por aturdir mi anhelo de aire fresco, de horizonte, hipnotizándolo.

Y cuando oía pasar a los alumnos del instituto por detrás de la valla, encantados con esas horas de libertad que les quedaban después de salir de clase y antes de que los esperasen en casa, cuando los oía bañarse al indulgente calor de las últimas tardes de la primavera, por poco reventaba de cólera. El golpe de la puerta que se cerraba, después de que mi hermano dejara su cartera tirada en el suelo, bebiera un vaso de leche en la cocina y se reuniese con sus compañeros en el exterior, me sonaba a afrenta. Los buenos momentos de que disfrutaban bajo la ventana del cuarto donde yo estaba autorizada a tomar un poco el sol cuando la luz empezaba a perder fuerza, siempre bajo la mirada de mi madre, despertaban en mí puro rencor.

Oía cómo bromeaban entre empujones y puñetazos. Me quedaba escuchando el trote de sus tacones sobre la acera cuando ponían rumbo a uno de los merenderos en los aledaños de la ciudad, a orillas del río: establecimientos que yo sólo podía visitar en compañía de mi padre, mi tío, y a veces también de mi hermano, de preferencia en domingo, cuando los miembros de la burguesía aireaban sus ramos de novia, pedían cerveza y queso entreverado de cabeza de cerdo con mostaza y ojeaban de soslayo a las camareras.

Me moría de envidia cuando Edgard regresaba de sus salidas con el rictus de Baco en los labios, esa mueca que forjaba entre él y Emilie un vínculo de conspiradores y que a mi madre le enternecía tanto que le reía las supuestas gracias con voz de pito, como una colegiala cualquiera. Si algo me ponía aún más furiosa era la servil mansedumbre de mi propio sexo, la aquiescencia con la que se acomodaba en su corsé y dejaba que se le atasen las correas para verter, por su cintura de avispa, ponzoña sobre aquellas otras mujeres que sí deseaban soltarse.

Eso a mi madre se le daba mejor que a nadie. Acabó siendo el ceñudo ídolo al que yo escupía. La versión solidificada de una diosa de dos rostros, con Emilie encarnando la dimensión vertiginosa, la

furia y el éxtasis de una femineidad que a la hora de la verdad no respetaba moral alguna, se saltaba todos los principios y nos devolvía al resplandor del crisol.

Aquellos años transcurrían bajo el signo de la Magna Mater, pues la época conocida como adolescencia continúa siendo la estación más femenina de la vida humana. Nuestras cualidades aún no se nos han echado encima, y siempre—de eso estoy segura—queda dentro de nosotras un núcleo incandescente en ebullición. Sus movimientos afectan a las fluctuaciones del campo magnético al que me refiero como nuestro ser, o nuestra alma, o lo que sea, ya que a fin de cuentas las palabras no son más que palabras, gritos petrificados.

Cuando iba a clase al venerable Colegio de las Hermanas Cistercienses de la Sagrada Escritura mi simpatía—aunque debería decir mi fascinación—se dirigía invariablemente a las monjas en buena parte invisibles que se escudaban en su termitero divino, separado de las aulas y el patio por un elevado muro. Las señoritas que nos instruían, jóvenes burguesas para quienes el matrimonio anunciaba el final de su carrera docente, se me antojaban mucho más estériles que aquellas lúgubres parcas que se deslizaban, en una virginidad libremente elegida, por el impecable brillo de los corredores enlosados, con el crujido del hábito rozándoles los tobillos; los aletazos del Espíritu, al que adoraban en su capilla desde bien entrada la noche hasta el amanecer, cuando se echaban de bruces sobre el suelo frente al altar, negras como polillas chamuscadas.

Mi madre consideraba importante que su hija frecuentase un colegio religioso, aunque para ella la fe en un ser supremo era a lo sumo una fuente de poesía edificante, una útil herramienta educativa, mientras que para mí el Dios verdadero era el Dios de los tabernáculos, el grito mudo entre las líneas de la Palabra viviente, que hacía colisionar galaxias y sacaba los polluelos del huevo.

«Déjate de bobadas, hija—me reprocharía si estuviera aquí con nosotros—. Si en el cielo no hay nada».

Ella solía llevar pequeñas ofrendas a las monjas: dinero, comida, flores del jardín en el mes de mayo para la estatua de la Virgen. Por cortesía se quedaba siempre conversando un rato con la hermana

tornera en el locutorio, sentada en una de esas sillas que despedían olor a cera y se reflejaban por centenares en el cobre de los maceteros y los viejos utensilios de cocina que tenían el privilegio de lucir sus brillos. Trataba a las monjas con la respetuosa incomprensión que mostraba también hacia los médicos, cuyos conocimientos apreciaba, pero en los cuales no estaba dispuesta a penetrar. Al parecer, las sutilezas de lo sagrado le resultaban tan poco apetecibles como la vista de un vientre abierto en canal en el que late un apéndice inflamado.

Si miro a las monjas con los ojos de mi madre, si miro el tramo del claustro que vislumbraba desde mi pupitre, y las sombras que se deslizaban todos los días a las mismas horas por delante de las ventanas ojivales, de camino a la capilla, no veo un convento, sino una máquina, un generador cuya mecánica difícil de desentrañar conmutaba himnos, letanías y aclamaciones en una gravedad psíquica encargada de mantener a raya los usos y costumbres.

A mí siempre me ha disgustado la meticulosidad de los ritos, aun a sabiendas de que, sin esa inútil precisión, todo rito pierde su utilidad. Detrás de ello se escondía el miedo de los egipcios, cuyos sacerdotes se pasaban toda la noche implorando al dios del sol que volviera a resucitar del reino de los muertos, y también la medrosa astucia de los incas, presente en sus tentativas de anclar el disco celeste en la piedra solar, como cuando se ata una oveja a una cadena, o como un niño aferrándose a las faldas de su madre para evitar que le abandone.

No sé qué edad tendría cuando, de pronto, comencé a sospechar que el papel de los ritos era refrenar el pavor a la Palabra en sí, el Propio Nombre de Dios, que para tranquilidad de todos había de coincidir allí, en aquella capilla, Consigo Mismo. Los días circulares de eterna adoración, el perpetuum mobile de los cánticos y las invocaciones, e incluso el estilo de lo sagrado como tal, me parecían de repente conjuros para impedir que la divinidad se desintegrase o, como algún día le ocurrirá al sol, estallara, desencadenando una tormenta de significaciones desenfrenadas.

¡Menudo espectáculo! ¿Cómo sería la sensación de disolverse en esa explosión y no poder ser nombrado nunca más íntegramente?

II

Cuando no logro conciliar el sueño me gusta mirar afuera. Antes de marcharse, Rachida corre las cortinas, pero siempre le pido que no cierre la de la ventana junto a mi cama. Quiero ver a los equipos de mantenimiento que entran a trabajar en las oficinas del otro lado del río a altas horas de la noche: abejas obreras de color verde oliva disfrazadas de muchachas con velo y muchachos de cabello negro azabache con blusones celestes. Me agrada seguir a esos niños mientras van de planta en planta bañando las fachadas en sucesivos tableros de damas de luces y sombras. En sus panales de neón limpian el polvo, friegan los suelos, vacían las papeleras, enjabonan los cristales para luego secarlos, y yo recibo como un sacramento la bendición impersonal de su trabajo. En esos momentos creo haber acopiado la resignación suficiente como para poder contemplar el esplendor de la tierra tal como es: ni hermosa ni fea, sino viva y moribunda, palpitando en todas sus plantas y animales.

Me deleitan esas pocas horas de soledad a la incipiente alborada, el vacío y los primeros pájaros que por unos instantes aún no han de compartir el silencio con nadie, hasta que los automóviles, con los pilotos de freno encendidos, se disponen a entrar en los aparcamientos bajo las copas de los árboles del muelle. Me gusta escuchar el traqueteo de los primeros trenes, que a esa hora temprana se desplaza por encima del agua del río al centro de la ciudad, antes de verse sofocado por la barahúnda de la vida en eclosión: los autobuses, los tranvías, los ciclistas, el trote de las pandillas de escolares cuyos bolígrafos y lápices golpetean al ritmo de sus pasos dentro de sus carteras; la gloriosa cotidianeidad del mundo, y su paz anodina, pero absolutamente vital.

Espero a que suene el timbre de abajo, la señal con la que Rachida me anuncia su llegada. Puede ser también la otra. Sé por el sonido de la campanilla con quién me las tendré que ver. La otra no llama, sino que más bien envía hacia arriba un estridente reproche. Entonces me hago la dormida arrebatándole media hora de libertad a la noche. Agarro las sábanas, envuelvo mis huesos con ellas y me enfurruño pensando que me asemejo a mi madre cuando, de joven, sus tejidos hacían sonar cada mes la alarma hormonal. Concederle esas pequeñas resucitaciones me cuesta ahora menos que antes.

Si transcurre un tiempo antes de que oiga pasos en la escalera tengo

la certeza de que vendrá a despertarme Rachida, aunque ella sabe de sobra que llevo desvelada un buen rato y que, en realidad, no necesito que nadie me despierte.

No quiero que me encuentre dormida. Quiero poder saludarla. Un día llamará a la puerta y no habrá respuesta. Soy demasiado mayor para sufrir una larga dolencia, de modo que soy consciente de lo que me espera. Derrame cerebral. Paro cardíaco. Cuando se lo comento se ríe, pero sé por qué tarda un tiempo en subir. Como es obvio, primero se quita el abrigo y se pone el delantal. Ahora bien, sólo hay que fijarse en su melena cuando entra aquí. En su cabeza no habrá ni un solo cabello fuera de lugar. Se toma el tiempo de peinar su larga melena negra. Ante el espejo del vestíbulo se sujeta la cabellera con los dedos y, después de pasarle el cepillo con resolución, la coloca con el dorso de la mano sobre sus hombros, primero uno y luego el otro, con ese gesto telúrico, profundamente telúrico. Así es al menos como yo me lo imagino: jamás la he visto peinarse, y hace una eternidad que no piso la planta baja, pero sé que quiere tener buen aspecto por si yazco muerta en la cama o estoy sentada ya medio rígida en el sillón, ante las cortinas que siempre le pido que corra al mediodía. A diferencia de antes, la luz vulgar que entra por la ventana de doce a cuatro me desagrada. Ahora me sientan mejor los grises y la penumbra, o el fulgor de la amanecida aún sin estrenar.

Me gusta verla absorta en su trabajo, la calma sagrada que emana de su atención al desnudarnos, a mí y a la habitación, abriéndonos al día. Mientras yo desayuno en la cama, ella saca del ropero un traje, o un surtido de faldas y blusas, siempre dos o tres para que tenga dónde elegir, y una vez que me haya decidido busca en los cajones y las cajitas del tocador unos pendientes y un collar a juego, porque «para nosotras, doña Helena—como dice ella—, ser mayor no es una enfermedad».

Lo que más me entusiasma es la agilidad de sus dedos. Con el paso de los años, los días van adoptando el carácter de veleidosas barbaries, desabridas confabulaciones contra la liturgia de las costumbres, en la que el cuerpo queda atrapado de forma cada vez más irremediable. La destreza de Rachida se me antoja una consagración. La devoción con la que separa los pendientes del

terciopelo de los estuches, extrae el collar de la cajita y lo desliza por la palma de la mano para alisar los ángulos y los nudos me retrotrae a unas tardes ya lejanas. Me veo entrar en el vestidor de mi madre y abrir el cajón de la cómoda donde guarda sus alhajas, en el haz de luz que las entrecerradas cortinas arrojan sobre el mueble. Observo cómo aquel rayo hace centellear al fondo de la gaveta, en uno de los joyeros medio abiertos, con el falso esplendor de una serpiente venenosa, una gargantilla adormecida.

Lamento no poder contemplar a Rachida en plena faena, mientras prepara la comida en la cocina, pelando cebollas, arrancando rizos barrocos a las patatas, partiendo zanahorias, picando carne, del mismo modo que en tiempos anteriores Emilie hacía sus ofrendas bajo la cruda luz de su refugio subterráneo, o como las criadas de la casa de Francia, de pie en torno al humeante fogón, representaban en las sartenes y las cacerolas un ballet de cucharas y espumaderas y batidores que desencadenaba una música propia. Quién sabe si Rachida interrumpe también brevemente su quehacer para limpiarse las manos en el delantal, un reflejo ante el cual he sentido siempre un éxtasis maravilloso.

Lo que con los años echo en falta de quienes ya no están son esos detalles en apariencia insignificantes. Los miles de signos de camaradería o paz armada que sellamos a diario con la existencia me llenan de emoción con una frecuencia cada vez mayor. Por lo general, los percibo cuando ya se han apagado para siempre y me dejan con la sensación de que toda una lengua se ha quedado muda, todo ese vocabulario con el que alguien, como nadie antes o después, cierra los libros o coloca la vajilla. Recuerdo la forma en que mi marido salía de entre las sábanas, se apresuraba al cuarto de baño estremeciéndose en el frío matutino, orinaba de pie lanzando un chorro vigoroso para hacerme disfrutar como una niña, luego volvía a entrar en la habitación en su juvenil desnudez, con el pene —perdóname la palabra, Rachida—a media asta entre los muslos y, al fin, se acomodaba el pantalón al trasero y con una mano pasaba a la otra las monedas que había encima de la mesilla de noche.

No he santificado esos detalles como es debido. Ni los he ungido con suficiente esmero. He traicionado la mística de su cotidianeidad. Sólo espero que no sea uno de esos pensamientos que

haya articulado en voz alta por descuido, algo que me sucede cada vez más a menudo en los últimos tiempos.

No ha oído nada. Primero ha retirado la bandeja con los restos de mi desayuno y me ha sometido con delicadeza al rito de la defecación y la purificación, después me ha instalado en el sillón junto a la cama y ahora me abotona la blusa. Se ha inclinado un poco hacia delante, de modo que nos encontramos casi cara a cara, aunque ella mira sus dedos entretenidos en la difícil tarea de introducir los pequeños botones recubiertos de nácar en los ojales.

—Miré y vi cómo sobre ellos aparecían los tendones y crecía la carne. Se cubrían de piel, pero no tenían espíritu…

—¿Qué dice, doña Helena?

—Nada, mi niña.

Ya está terminando.

—¡A que queda precioso!

—Si apenas veo…—le digo en broma.

Sonríe sin levantar la mirada.

Me llega el susurro de sus dedos moviéndose bajo el cuello de mi blusa, contra mi garganta.

—Quien todo lo ve se vuelve loco, doña Helena.

El día que murió mi hermano lo supe en cuanto ella llamó a la puerta de mi cuarto, o incluso antes. Aún no llevaba mucho tiempo a mi servicio. Había oído sonar el teléfono abajo. Ya no me llamaban casi nunca. Ella descolgó. Transcurrió un buen rato. Se había quitado el delantal. Vestía sus pantalones negros y, encima, la larga túnica marrón oscuro que le había visto otras veces. En lugar de los zuecos de suela de madera que se ponía para trabajar, calzaba unos zapatos elegantes tipo chinelas. El velo, que solía caer abierto sobre su nuca como un chal ancho, cubría su melena peinada con una impecable raya al medio.

Llamó a la puerta, entró, cerró la puerta tras de sí y se paró a cierta distancia de mi cama:

—Su hermano, doña Helena…

No la dejé acabar la frase.

—No me digas que ese cretino se ha ido.

La vi palidecer.

—Sí, señora…

Uno o dos meses antes, mi hermano había venido de visita por última vez. Fiel a su costumbre, subió la escalera todo emperejilado o, mejor dicho, se arrastró hasta arriba ayudándose del pasamanos, escalón a escalón, provisto de los atributos dignos de un caballero de su rango, con el peso de los años presente en su traje confeccionado a medida, aunque por entonces ya bastante deformado, y, sobre todo, llevando bajo el brazo ese báculo siempre distinguido pero muy poco útil.

El ascenso requería más tiempo cada semana. Después del fallecimiento de mi esposo le ofrecí compartir techo en reiteradas ocasiones. Qué sentido tenía vivir solo en un caserón, con el agravante de que el suyo se encontraba lejos de la ciudad, por mucho que se tratase de una morada extraordinariamente cómoda, rodeada de un vasto jardín, donde las ventanas dejaban entrar una luz agradable reflejada por el agua del río y donde, cuando aún me hallaba en condiciones de ir a verlo, me seguía en todo momento con sigilo, sobre las alfombras y los kilims de la escalera, la biblioteca y los salones, una discreción calzada con el cuero más suave que existía.

Mi hermano tardó un cuarto de hora en recuperar el aliento, entre sofocos y carraspeos, sentado en el sillón, su báculo apoyado contra el reposabrazos. El otro bastón, el que utilizaba de verdad, con caña de aluminio y contera de goma, descansaba entre sus piernas.

Rachida sirvió el café, gracias a Dios en la vajilla de porcelana y en la bandeja, con cubertería de plata. No en los tazones de plástico

que la otra, menudo golem, saca del fondo del armario de la cocina para hacerme sentir como una niña proclive a mancharse y a romperlo todo.

—¿Cómo le va a don Edgard?—le preguntó, alegre como siempre, mientras colocaba sobre la mesita del salón las tazas, la jarra con la nata y el azúcar.

—Yo soy como los asnos, hija mía. Según parece, también a ellos lo primero que les falla son las patas.

Echó un chorro de nata líquida al café y, sin dejar de removerlo, continuó:

—Por mí, esto se puede ir acabando ya.

Sólo cuando Rachida volvió a ponerme las gafas, tras haberlas retirado de mi nariz para secar los lentes, y cuando vi a mi hermano mirar fijamente su taza con aire afligido, comprendí que debía de haber gritado, y llorado.

Me temblaban las manos. Advertí el desamparo de Rachida, su enconado esfuerzo por encontrar unas palabras livianas con las que romper el silencio vergonzoso, y aquello me atravesó el corazón.

Al final, se fue.

Mi hermano aguardó a que Rachida abandonara la habitación, se levantó y vino hacia mí. Como de costumbre, intentó posar los dedos bajo mi barbilla para que alzara la vista, pero aparté los ojos y miré afuera, maldiciendo mi tozudez.

—De verdad, Hélène—suspiró—, ignoro de qué matière estás hecha por dentro…

Al oírle pronunciar el término francés, pensé: «¡Qué frívolo!», pero contesté:

—Beton.

Unas semanas más tarde me comunicaron que se había fracturado la cadera y que estaba ingresado en el hospital con una prótesis. Más

tarde aún, que iba a mudarse a un asilo. Me pregunté quién se lo habría gestionado.

Vino un mensajero a entregar un paquete. Dentro había un juego de llaves y una nota que decía en letras capitales «RESIDENCIA LOS PLACERES DE LA NOCHE». «Qué bajo puede caer el ser humano», pensé.

«Lo siento, pequeña gacela, pero no creo que vuelva a casa—escribía—. Guarda las llaves de reserva por si algún día las necesitas…».

Vi cómo Rachida se mordía la lengua, ávida por preguntarme si no debía hacerle una visita. Me percaté de su decepción, pero aprecié enormemente que se callara.

Mi hermano se pasó la vida cultivando una suerte de provisionalidad que hacía que le diera igual cualquier situación. Se encerraba en un secretismo guasón demasiado cercano al culto para mi gusto, y su muerte no puso precisamente fin a esa cualidad, sino que la tornó absoluta. Le lloro lustrando sus misterios.

Jamás supe cuáles de los muchachos que aparecían con cierta frecuencia por su casa, incluso cuando ya tenía una edad, se acostaban con él. Quiénes eran amantes y quiénes no, en el supuesto de que esa distinción fuese pertinente. Con el tiempo parecían cada vez más jóvenes, aunque seguían teniendo entre veinticinco y treinta y cinco años; quien envejecía era él. Semejaban símbolos antes que hombres de carne y hueso. Radiantes emblemas de juventud, recién estrenados en sus pulcros ropajes, con los cuellos de las camisas almidonados como afilados cuchillos amenazando de muerte a la arteria cervical, que yo veía latir bajo su delicada piel cuando me los presentaba.

Nerviosos y educados hasta rayar en la histeria, con el cabello peinado meticulosamente y las manos y las uñas arregladas a la perfección, estiraban las piernas debajo de la mesa sin abrir la boca en las reuniones familiares y en los banquetes, deseando ser invisibles con demasiada visibilidad, después de ser anunciados como «amigo de Edgard» con comillas demasiado manifiestas.

Me preguntaba cuáles eran los que mi hermano aguantaba a su vera por la noche, los que admitía a su sueño, y si los elegidos, en su duermevela, dejaban divagar sus dedos hacia la cicatriz del torso dormido, en parte debajo y al lado del suyo, en una búsqueda instintiva del nervio, la rotura, la línea carnosa que se abría camino desde la cadera hasta el hombro, pasando por el vientre y el tórax, gracias a Dios por la mitad derecha del cuerpo. La marca tenía el aspecto de una soldadura chapucera o de una cadena montañosa vista desde el aire. Siempre pensaba que sería áspera al tacto, seca y grumosa, pero el día que mi hermano me dio permiso para palparla cedió cálida y elástica bajo las yemas de mis dedos. Al ver mi miedo de hacerle daño, me dijo: «No te preocupes, por ahí no siento nada en absoluto».

Salvo los días de tormenta, los días de bochorno, los días veraniegos en que se avecinaba un cambio del tiempo. Entonces llenaba la bañera con agua helada y se tumbaba dentro, porque el frío aplacaba las punzadas de dolor fantasma que recorrían ese largo nervio. Me pregunto si en aquellos momentos sus «amigos» le hacían compañía, frotándole la espalda con la toalla, ayudándole a ponerse el albornoz. Daban la impresión de ser meras delicatessen, piscolabis a los que aspiraba su lengua saciada de comer viandas más vulgares.

Seguramente hubo otros muchos cuya sombra sólo llegué a vislumbrar. Una afluencia más o menos regular de individuos situados un poco «por debajo de nosotros» en la escala social, lo justo como para no poder exhibirlos en las fiestas sin elevar a escándalo público el aura de misterio que envolvía a mi hermano. Tipos que en vez de sombreros llevaban gorras, y cuyos trajes delataban, nada más verlos, que estaban reservados para los domingos y los eventos especiales, destinados a durar años sin sufrir el menor desgaste.

Creo que él amaba la diferencia, la distancia, el intervalo, la brecha jamás franqueable del todo entre el mundo de ellos y el suyo, que buscaba a esos muchachos por los raros momentos de fraternidad plena, más primitivos y más puros que los abrazos de sus otros chicos ocasionales más presentables.

El caso es que siempre se negó a trasladarse a mi casa y tampoco

me propuso nunca que me fuera a vivir con él.

«Mi pequeña gacela—se reía—, tú con tus librillos y yo con mis golfillos».

Debe de haberse sumergido en esas vidas y esos cuerpos como yo me dejaba absorber al completo por lo que mi madre llamaba «mi lectura», un término que sonaba no poco despectivo de por sí, y más aún cuando lo pronunciaba ella. Mi hermano había heredado su boca, esa boca espléndida y voluptuosa con la que mi madre, más que articular, despedía las palabras con un soplo melancólico. Su francés majestuoso engalanaba sus labios como una boa. Cada vez que pienso en mi hermano la oigo a ella, y a la inversa, cuando traigo a la memoria el modo de hablar de mi madre me acuerdo de él, de su boca de fresa, la boca de un bardaje.

Mi hermano le daba a mi madre menos quebraderos de cabeza que yo porque, como es natural, se reconocía menos en él. Además, era un hombre. Desde niño gozaba de libertades con las cuales yo sólo podía soñar, pero también es cierto que mi madre le quiso siempre más a él que a mí. Jamás le he tenido envidia por eso. Lo sé todo acerca del rencor latente que puede existir entre madres e hijas. Hay que ser mujer para desenmascarar a otra mujer y dilucidar los secretos de sus enredos. Y si da la casualidad de que esa otra mujer es tu propia hija, el menosprecio resulta especialmente helador, pues te ves a ti misma en ella. Para mi madre, hasta la inocencia era un ardid, y yo soy de la misma especie. Odié a mi hija mientras vivió por el mero hecho de existir y ser quien era, y ahora que ya no está la odio por estar muerta. Tanto, que acuso al azar de complicidad, porque a los hijos que fallecen antes que sus padres los llamo codiciosos. La muerte de mi hija me hizo rabiar, de odio y de desolación.

Siempre pensé que había sido la única mujer en la vida de Edgard, o al menos la única con la que compartía una intimidad capaz de superar la confianza entre una esposa y su marido, porque respetaba los secretos y no precisaba de demasiadas confesiones mutuas, y porque el cuerpo no se erigía entre nosotros como un escollo gigantesco. No sumergíamos nuestros demonios de los pies a la cabeza en las pilas de agua bendita del lenguaje; nos comprendíamos sin necesidad de palabras. Ésa era la fantasía en la

que yo situaba nuestro entendimiento.

Cuando un día me confió que sí había conocido mujeres, o en todo caso a una, me sentí poco menos que engañada, y todavía ignoro por qué se decidió a contármelo.

—¿Llegué a conocerla?

Asintió con la cabeza.

Comencé pasando revista a mis amigas, luego recité maquinalmente nombres de primas, primas segundas, tías e incluso tías abuelas, a las que de ninguna manera podía creer sospechosas de semejantes ligerezas.

—Te obcecas con las rosas y los claveles, pequeña gacela, pero te olvidas de las flores silvestres, por así decir…

Mi rostro debió ser un poema, porque prosiguió:

—No me digas que tengo que explicártelo, Hélène.

Cuando se me encendió la luz me ruboricé hasta las orejas.

—¡Canalla!—mascullé.

—La que mandaba era ella. Ella daba la señal, hermanita. Cuando de vuelta en casa, de camino a su guarida de arriba, no cerraba la puerta de mi dormitorio al pasar, yo sabía que…—en ese momento tomó mi mano—, pour parler diplomatiquement [por hablar en términos diplomáticos], estaba «disponible».

—Me pregunto qué habría hecho maman de haberse enterado.

—Papá lo sabía. O por lo menos lo intuía. Un día me sacó el tema, en la salita de abajo. Ya te imaginas la conversación. Que un hombre es un hombre y lo será siempre. Que existían «soluciones» para eso, pero que había que andarse con cuidado al no ser todos los «remedios» igual de higiénicos. Y que había alternativas, más discretas, más al alcance de la mano, menos costosas y con un menor riesgo de sufrir certaines misères [algunas miserias]… Así que él lo sabía.

—Ella también debió de saberlo, Edgard. Siempre tuvo el sueño ligero.

Se encogió de hombros.

—Puede que sí…, o puede que no.

Me dejó perpleja. Mi padre, llamándome su pequeña, su indiscutible princesita, la niña de sus ojos, su tesoro, y aconsejando a su hijo que no mojara su partícula sensible en cualquier palangana genital a la hora de descargar su esperma sobrante para que, digámoslo claramente, no agarrase—respira hondo, Rachida—la gonorrea o la sífilis…

Me repugnaba que mi hermano se divirtiera contándome sus correrías. Lo demostraba el paso ligero con el que a continuación salía de mi casa y cruzaba el jardín delantero rumbo a la calle, con el báculo alegremente apoyado en el hombro a modo de espada o fusil.

Pues no, no hacía falta que me explicase nada. De eso ya me encargaba yo, con un desagradable sentimiento de culpa por osar figurarme la escena. Aún a día de hoy siento cómo una mano me aprieta la garganta cada vez que la traigo a la memoria. No sé si es envidia y, de serlo, hacia quién de los dos va dirigida: hacia Emilie, en cueros sobre su cama, con la melena cayendo sin duda en nutridas cascadas de agua o coladas de lava sobre la almohada, una figura materna carnosa, una mancha ebria y humeante con forma de mujer; o hacia mi hermano, con quince o dieciséis años, mitad hombre mitad niño, abriéndose paso por entre sus muslos, las nalgas envueltas en sus manazas, enganchándose a sus pezones.

Trato de reprimir la imagen. No soporto su hermetismo incestuoso, el idilio no carente de obscenidad en que se convierte en mi imaginación: ella dándole el pecho como a un hijo y él vertiendo sus fluidos dentro de ella como un amante antes de emerger, emasculado, de sus tejidos, convertido en un gusano, un padre vaciado, un Ícaro fundido, tras penetrar demasiado en la primordial informidad de lo femenino.

Le encantaba alardear de su cuerpo, también ante mí, después de

salir a nadar o a remar, admirándose como de pasada en el espejo al tiempo que se deleitaba en la adoración que su hermana le profesaba sin apenas disimulo.

Las mujeres no tenemos cuerpo, Rachida, hija. Somos sacos vitelinos andantes que, como por milagro, expulsan de entre sus membranas cuerpos masculinos impregnados de una agudeza casi matemática, una perfección euclidiana, saturados hasta las fibras más diminutas de aspiraciones rectilíneas y afilada concentración; mientras que yo soy el mar, y tú también, y todas las demás mujeres. Bancos de arena en los que naufragan hijos y amantes. Esas franjas de lodo de las cuales los hombres sólo son capaces de liberarse dejando atrás una de sus botas.

Mi hermano, en cambio, era para mí un semidiós, nacido por pura casualidad de una cópula—a mi modo de ver accidentalmente pasional, para consternación de los propios protagonistas—entre una acaudalada hija de campesinos franceses y un flamenco con no pocos recursos que comerciaba con objetos de cobre, utensilios de cocina básicos, fósforos y clavos forjados a mano.

De joven lucía una cabellera rubia pajiza, con gruesos rizos que daban la impresión de estar cincelados. Sus ojos eran de un azul que cualquiera creería imposible. Tenía las pestañas claras y, hacia los quince años, se le notaba la conmovedora sombra de su incipiente bigote, un nimbo blanco como la nieve en el labio superior.

Vi cómo mi madre le idolatraba en silencio. Había veces en que se le quedaba mirando mientras él comía, interpretaba una aburrida melodía al piano o leía un libro, mostrando una satisfacción no del todo exenta de sensualidad. La vi concluir, contenta, que Edgard tenía buen carácter, que de sus redondeces infantiles parecía brotar un muchacho equilibrado, más inteligente que la media, con suficientes dotes sociales como para asegurarse tarde o temprano una novia interesante, una esperanza que jamás abandonó y que, al filo del tiempo, se fue debilitando en su fuero interno hasta transformarse en resignada decepción.

En su juventud, los bombachos y los jerséis con cuello de pico escotado, el estilo deportivo llegado de Inglaterra después de la conflagración, parecían haber estado esperándole. Ya no usábamos

la vestimenta oscura de quienes nos habían criado, acorde con sus sombríos y recargados interiores, sus horarios inamovibles y sus costumbres fijas. Vestíamos de blanco, blanco inocente. Nos fascinaban los motivos alegres en tonos pastel, las telas finas, los trajes de bautizo para una nueva era. Su corte desenfadado se nos antojaba idóneo para las excursiones en automóvil, que nos salvaba de la linealidad del ferrocarril y nos permitía recorrer trayectos serpenteantes a través de un país que se lamía las heridas.

—Suena terrible—le confesé un día a mi hermano—, pero en el fondo la guerra es lo mejor que me ha pasado.

Estábamos sentados aquí arriba, en esta habitación, junto a la ventana. Nuestros sillones se encontraban más o menos el uno frente al otro en el mirador. A nuestros pies, mi hija, de la que él era padrino, jugaba con sus bloques de construcción y, como era habitual, me irritaba sobremanera que jamás levantase ninguna torre, sino que, como un presagio del odio azul cobalto que me inspiraría más tarde, se limitara a disponer los cubos de colores en monótonos cuadros sobre el suelo de parqué con la cara azul mirando hacia arriba.

Mi hermano se inclinó un poco hacia delante y acercó sus labios a mi oído.

—¿Te digo una cosa, pequeña gacela?—susurró—. A mí también.

Cuando le pedían que me sacara de paseo, Edgard solía ser mucho menos considerado que mi padre en la elección de los trayectos. Nuestros periplos nos conducían por un mayor número de barrios y rincones que de costumbre: zonas donde en cada una de las calles se sucedían desfiles de introvertidas fachadas. Nuestra ciudad se revelaba como un esponjoso tejido de callejuelas y pasadizos, plazoletas, escaleras sombrías bajo pasarelas por las que en su día debían de deslizarse los monjes de un claustro a otro, y de puentes por debajo de los cuales se demoraban las negras aguas de los dos ríos que en nuestra urbe, más que confluir, se dormían abrazados. Era fácil errar durante tardes enteras por sus pasajes, dando varias veces la vuelta al mundo en ese kilómetro cuadrado, hasta perder todo sentido de orientación. La mayoría de aquellos arrabales enlazaban mediante unas pocas calles con el resto de la ciudad, aparentemente arrojada en pedazos sueltos sobre los islotes dispersos por entre los innumerables brazos fluviales.

Nos agradaba dejarnos llevar por el azar. Me da la impresión de que a mi hermano le gustaba, además, creerse por encima de cualquier circunstancia mientras caminábamos por aquellas callejuelas, sobre los adoquines, brillantes por el condensado vapor de agua, bajo las líneas de los tejados que acababan perdiéndose en el techo de nubes. Escuchando el repiqueteo de nuestros tacones sobre las piedras, enfilábamos al albur un callejón y volvíamos sobre nuestros pasos para tomar cualquier otro derrotero. Muchos días éramos los únicos seres vivos que parecían atreverse a salir afuera.

Unas veces se desprendía de la niebla un arco gótico, un portal coronado por unas cornucopias hechas de sillares o gráciles rocallas. Otras, los restos de un contrafuerte, encajonados entre dos casas, dejaban adivinar la existencia, tiempo atrás, de una capilla o una iglesia, el oratorio de un antiguo gremio o una orden religiosa arrasado por los iconoclastas o por la Revolución, o simplemente por el efecto de un candelabro inestable. Aunque jamás señalábamos lo que nos llamaba la atención, sabía que mi hermano miraba aquellos fragmentos como los miraba yo y, visto en perspectiva, pienso que nuestros paseos en común eran, no sólo para mí sino también para él, mucho más que un simple vagabundeo: se convertían en delimitaciones del espacio, de nuestro

propio espacio.

A la sombra de las gigantescas chimeneas que se elevaban, altas como torres, sobre las fábricas situadas en torno al puerto nuevo no nos costaba imaginarnos en una selva llena de árboles prehistóricos o, de pronto, según nuestro estado de ánimo, rodeados por un Foro Romano cuyas columnatas se erigían en mitad de nuestros hastiales escalonados y tejados a dos aguas de marcado carácter nórdico. Los barrios obreros a los pies de esos engendros de gran altura se veían siempre más animados, ya fuese verano o invierno, con lluvia o sin ella, que las zonas residenciales de mayor prestigio cercanas al corazón de la ciudad. A medida que nos aproximábamos a las plazas y a los parques del centro, las casas adoptaban una actitud más reservada y se mostraban más conscientes de sus fachadas; por lo contrario, en los umbrales de aquellas casuchas apoyadas unas contra otras más que sobre sus propios fundamentos, en las márgenes inundables del río, bajo las dobladas líneas de los tejados y junto a los muros goteantes, había en todo momento niños jugando con peonzas o bobinas, o conspirando apretujados como marmotas en el vano de alguna puerta por la que se escapaba un olor a patatas hervidas y suero de leche.

En aquellos suburbios, por los que mi padre jamás se habría aventurado conmigo, se palpaba, aun estando desiertos y sumergidos en el silencio, una efervescencia que no merecería otro calificativo que el de tentacular: el crujido de antenas, mandíbulas y patas que en días sin viento podía llegar a escucharse alrededor de los grandes hormigueros en los pinares.

Por aquellos andurriales sobrevivía una humanidad a la que «nuestra gente» consideraba una especie de masa amorfa, útil en tanto que colonia de hormigas obreras, pero temida como pandemónium potencial: un ejército de insectos engendrando una prole demasiado numerosa, aunque, por fortuna, la mayoría de los retoños eran enterrados al poco tiempo de nacer. Por la mañana, incluso antes de los primeros albores del día, la marea humana era engullida por las puertas de las fábricas, y allí, tras esos muros, bajo las chimeneas y sus penachos de humo, anudaba unos hilos con otros, reptaba entre las hiladoras y los telares cuyo tableteo recordaba el ruido de los insectos; y por la noche se emborrachaba,

se enzarzaba en peleas y saldaba viejas enemistades. Eso sí, en la oscuridad abastecía a nuestros padres y hermanos e hijos de su ración de rameras, y a la luz del día proporcionaba a nuestras familias costureras y cocineras y lavanderas, y criadas para todo; siempre y cuando fueran rescatadas a tiempo de aquellas chabolas, de preferencia siendo niñas, antes de que la mugre se hubiera infiltrado en sus almas, y antes de que los socialistas y otra chusma afín las hubieran colmado de conocimiento y de hambre, sobre todo de hambre.

Se me engarrotan las muñecas. Rachida, mi niña, tráeme té fresco y frótame las manos hasta que vuelvan a entrar en calor. Seguro que a estas alturas te conoces aquellos barrios mejor que yo. Antes, a veces pedía a mi hija que me paseara en automóvil por la ciudad. Por entonces andaba ya con tanta dificultad que ni siquiera me hallaba en condiciones de caminar hasta la parada del tranvía.

Recuerdo cómo los niños jugaban sobre los adoquines, igual de vivos y ruidosos que en aquella época, cuando yo en realidad no dejaba de ser una cría. De cuclillas sobre el borde de las aceras, ebrios de una melancolía absoluta, como sólo ellos son capaces de abandonarse a una languidez que no puede medirse—todavía no—con las copitas de licor de nuestras palabras.

En días templados seguía saliendo por los vanos de las puertas y las ventanas abiertas un olor a cocina, ya no a patatas o leche, sino unas fragancias más condimentadas y picantes. Tan condimentadas y picantes como las conversaciones que acompañaban a los olores en su viaje a la calle: voces de mujer, palmadas, la misma explosión de vida de antaño, gabardinas de verano de nailon y bolsos de la compra cimbreándose sobre las losas de las aceras flanqueados por tobillos desnudos. En las tabernas, los hombres continuaban apoyados en la barra, aunque se servía menos cerveza. Recuerdo cómo de una de las tascas salía un tipo regordete, tambaleándose, el basto rostro iluminado por la mueca más feliz con la que me había topado en mucho tiempo, cómo extendía los brazos, miraba hacia arriba, al sol, y exclamaba sonriente: «Türkiye! ¡Türkiye, señora! Allí hace siempre tanto calor».

—Pero doña Helena, si yo soy marroquí—se ríe Rachida, un poco asustada.

Enseguida la tranquilizo:

—Ya lo sé, mi niña, ya lo sé…

Cuando pasábamos al lado de los muros de aquellas fábricas oíamos funcionar las máquinas desde la calle. El siseo de las válvulas mientras soltaban vapor, las sirenas que anunciaban un final o un comienzo. El rugido de los motores. El golpeteo, el chirrido, el omnipresente traqueteo. Sin embargo, la ciudad estaba tan desmembrada que, apenas unas curvas más allá, un sobrio portalón escondía otro microcosmos muy distinto. Tal vez albergase la misma actividad frenética, pero con menos ruido y a escala más pequeña: el zumbido de las abejas obreras de Dios. Qué irreal resultaba caminar de pronto bajo las copas de los árboles, sin que se moviera ni una sola hoja, entre las gotas de la bruma ya medio disipada, y oír primero un enérgico resoplido y luego el ruido de la hierba al ser arrancada de la tierra y el de las mandíbulas que la molían, y ver los cuartos traseros de los cuerpos de las vacas tumbadas a la sombra de un árbol: rumiando, siempre rumiando, con un destello de nirvana en sus pupilas. Y terminar escuchando el sonido de los relojes dando la hora en las casitas que bordeaban el prado.

También en otros lugares éramos recibidos por un intenso repiqueteo. Pese a los movimientos iconoclastas y demás calamidades, en las orillas de las vías fluviales de nuestra ciudad quedaban suficientes conventos y abadías como para volcar a intervalos regulares sacos repletos de campanadas sobre los tejados. Aquel estruendo me recordaba el sutil combate aéreo que disputaban las aves canoras al amanecer, la diaria parcelación de la bóveda celeste, era muy probable que las campanas de las iglesias y los conventos también librasen una batalla, no entre ellas, sino contra el estridente silbato de vapor de las locomotoras o la quejumbrosa sirena de las fábricas, una música que amenazaba con romper los refinados cantos cíclicos de lo divino.

A Edgard podía hacerle partícipe sin recato de todas mis especulaciones. Creo que se divertía escuchándome, observando mi creciente falta de aliento. No así mi madre. Cuando me ponía a elucubrar en voz alta durante las reuniones de su círculo de costura solía espetarme que, primero, no comprendía ni jota de mis

desvaríos, lo cual me alegraba, y, segundo, que no habría lugar para la filosofía mientras no se me diera mejor el bordado. Al fin y al cabo, según ella, una y otro eran tres cuartos de lo mismo. En ambos casos se trataba de un hermoso patrón, y yo no hacía más que estropearlo.

Y es que para mi madre todo giraba en torno a la sustancia, mientras que la sustancia—Rachida hija, toma buena nota—es lo menos interesante del ser humano. Un mineral tan impuro como cualquier otro; y no hay nada que me haya causado mayor estupefacción que el afán de los altos hornos y las líneas de producción por ensamblar al nuevo ser humano en los decenios de la posguerra.

En aquellos días, todo cuanto guardaba relación con lo sagrado era cíclico. No en vano el simbolismo de lo inmutable está llamado a morderse la cola para poder evocar la eternidad. Incluso mi hermano y yo acompasábamos nuestros pasos sin darnos cuenta cuando recorríamos las callejuelas del beaterio, cogidos del brazo, transitando por delante de las casas en cuyas puertas figuraban nombres de santo. En aquel universo cerrado, el mero acto de caminar adquiría el carácter de una adoración.

Las habitantes de ese enclave misterioso apenas se dejaban ver, ni siquiera muros adentro. Aun así, había puntos donde la luz del día entraba a raudales por las altas ventanas, y ahí cabía la posibilidad de contemplarlas mientras trabajaban, a primera vista tan imperturbables como las sagradas imágenes de las cuales parecían rodearse por todas partes. Con la cabeza envuelta en una cofia de lino, fina como una ráfaga de nívea bruma, se inclinaban sobre el acerico que yacía en su regazo, con el semblante inexpresivo a fuer de tanta concentración, como si observasen con asombro ajeno el quehacer de sus propias manos que, en contraste con la impasibilidad del resto de su silueta, hacían sobre aquellas almohadillas juegos malabares con los bolillos, cambiaban los alfileres de sitio con desparpajo, y retomaban sus malabarismos.

De su labor nacía a cámara lenta algo muy parecido a la tela generada por una araña con súbitas ínfulas de artista: un tejido afiligranado que no sólo en cada uno de sus hilos sino especialmente allí donde éstos faltaban expresaba la esencia de la

mística, encarnando así uno de los mayores logros del genio creador de la humanidad.

En ninguna parte, a excepción quizá de la poesía y algunas piezas musicales, he percibido un entrelazamiento tan íntimo entre el ser y la nada como en el encaje que en aquellos beaterios fortificados descendía de los acericos de las beguinas en riadas lechosas hasta las cestas de mimbre ubicadas a sus pies y se derramaba sobre los bordes extendiéndose por el suelo entarimado. En días de densa bruma, aquellas estancias, donde sólo se escuchaba el suave entrechocar de los bolillos, se me antojaban nada menos que las secretas incubadoras de nuestra grisalla nacional.

Comparada con esta delicada joya escolástica de hilo y bolillos, la labor de costura de mi madre y sus amigas quedaba reducida a una muestra de burda devoción popular. Pensándolo bien, me parecía de lo más lógico que Bélgica no fuese un país de bordados o tejidos de punto, sino de encaje de bolillos. En un lugar donde se practicaba de manera tan fecunda y omnipresente el arte de la ausencia, debía de nacer tarde o temprano algo como Bélgica: una nación siempre ocupada en abrigar su propio vacío, de la misma manera que todos nosotros, impulsados por nuestra alma, nuestra nada más íntima, nos vemos obligados a tejernos sin cesar a nosotros mismos.

Ésa era también a grandes rasgos la visión de nuestros historiadores, dedicados a llenar voluminosos cartapacios con declaraciones acerca del origen de nuestra patria, confinada entre Norte y Sur, Este y Oeste: una región cuya peculiaridad consistía ante todo en carecer de peculiaridades, donde las diferentes esferas de influencia actuaban unas sobre otras con la volubilidad mostrada por los ciclones y los anticiclones en la batalla sin fin que libran en el cielo por encima de nuestras cabezas. De hecho, por lo general, estos sesudos eruditos llegaban a la conclusión de que, si Bélgica no hubiera sido inventada, alguien ya se habría encargado de descubrirla.

—Helena, pequeña gacela mía—se reía mi hermano al cabo de un rato—, tus razonamientos me dan siempre una sed tremenda. ¿Tomamos algo?

Entonces solíamos dirigirnos a los bares cercanos a una de las estaciones de ferrocarril, en ningún caso a los establecimientos que él por supuesto sólo frecuentaba cuando la noche otorgaba a las calles un oportuno anonimato. Reconfortados por el paseo, con las piernas doloridas de tanto caminar, nos desplomábamos agotados pero felices sobre los veladores de alguna de las terrazas, dispuestos a registrar desde nuestros asientos la vida tal y como se desarrollaba en la plaza de la estación y su entorno.

Nos gustaba la fragmentación de nuestra ciudad natal porque nosotros mismos deseábamos estar fragmentados, ansiosos por desembarazarnos de los corsés que pretendían imponernos nuestros antepasados. Me pregunto por qué habría de volver a unir aquí esos fragmentos. En los museos donde Edgard y yo nos refugiábamos para guarecernos de algún chaparrón inesperado, la boca o el ala de un serafín en el fragmento de una vidriera medieval evocaba de forma más tangible a ese ángel que si hubiera aparecido ante nosotros de cuerpo entero en lo alto del crucero de la catedral, donde en su día había sido destrozado por una pedrada o una bala de cañón.

¿Por qué no habría de suceder lo mismo con los seres humanos, o con las palabras que, según contemplo, se aglutinan aquí con cierta desgana? Es como si jamás hubiera logrado desentenderme de la advertencia de mi madre de que nunca serviría para la costura. En el acerico de esta hoja de papel se va hilvanando casi por sí mismo un sólido tejido. Veo cómo mis ideas adoptan la forma de frases cargadas de una profusión de mobiliario, telas, cortinas y almohadones tan enervante como la de los abarrotados interiores en los que me crié. Hasta las voces de mi padre, mi madre, mi hermano, y también la mía, vuelven a hablar como creíamos que debía hablarse en nuestro medio: dando muestras de una sonoridad que delataba con qué atención nos escuchábamos a nosotros mismos.

«Maintenir» y sus variantes eran el concepto clave de nuestra casta. Por entonces la gente educada no conversaba, sino que mantenía conversaciones. No ofrecía cenas, sino que entretenía a los comensales. En lugar de disfrutar leyendo, sosteníamos nuestro nivel cultural. No iniciábamos amistades, sino que entablábamos

lazos de afecto, manteníamos las mejores relaciones, afianzábamos contactos, manteníamos y entreteníamos, aseverando que todo aquello no nos suponía ninguna obligación, ningún trabajo, ni siquiera una elección. No era ni más ni menos que un hecho cuya influencia se dejaba sentir de forma constante y con la sordomuda intransigencia de la gravedad.

Y de tanto maintenir surgió de manera natural todo el edificio de la civilización, fruto de la misma evidencia y espontaneidad con la que las abejas melíferas secretan la cera empleada para construir sus panales. Aunque, claro está, sin el esfuerzo de nuestra propia clase ese intrincado laberinto de hierro fundido y vidrio, resultado de tanto ingenio arquitectónico, jamás habría visto la luz, o al menos eso creíamos. No sentíamos ningún reparo en considerarnos el justo medio. Sin nosotros el mundo estaba abocado a hundirse en el anárquico desorden del vulgo más bajo, o a evaporarse en el tedio de la nobleza y las viejas fortunas de la estratosfera superior. Manteníamos el equilibrio.

—Si lo he entendido bien—resumió mi hermano entre risas después de escuchar mi particular teodicea mientras tomábamos un vaso de menta con agua—, creando a la burguesía, Dios ha dado con el termostato ideal.

Me reí de buena gana yo también.

Por más que se considerase a sí mismo refinado y liviano como una mariposa, aquel mundo desaparecido pesaba. Pesaba sobre mí y sobre todos. Dondequiera que estemos, cargamos sobre los hombros, querámoslo o no, un globo terrestre. Y del mismo modo que yo frecuentaba en mi infancia la cocina del sótano, ávida por encontrar en la persona de nuestra criada Emilie una dimensión vital menos artificiosa, empezando por su recio dialecto a mi juicio más «auténtico» que nuestra forma de hablar, casi cualquiera abrigaba el deseo secreto o declarado de liberarse de alguna manera del sofisticado encaje de bolillos que entre todos, en efecto, «manteníamos».

Reinaba una sed oculta de alguna purgación ritual: una lavativa común, sin duda muy propicia para el metabolismo de nuestra civilización. Al parecer, necesitábamos acordarnos cada tanto de

que, al fin y al cabo, no dejábamos de ser unos monos vestidos, aficionados a saltar por los aros en un circo de fabricación propia y propensos a olvidar que lo nuestro era vivir entre lianas y atiborrarnos de plátanos. Esa lucidez debía redundar en beneficio de nuestra salud, pero perdíamos de vista que el ser humano, además de demasiado enfermo, también puede llegar a estar más sano de lo que le conviene.

Sea como fuere, me agradaban esas horas vespertinas, sobre todo a comienzos del verano, cuando el azul tirando a violeta se deslizaba de este a oeste tras el ocaso cada vez más dilatado, y en los bares y los restaurantes alrededor de la estación de trenes se encendían las lámparas sin que afuera hubiese oscurecido del todo, ese momento en el que las palomas van a dormir y se despiertan los murciélagos. Entonces la ciudad pasaba a ser terreno de transición, zona crepuscular en la débil frontera entre el día y la noche. El arco se aflojaba y el yugo sobre los hombros pesaba un poco menos.

—Dentro de nada el primer ministro se pondrá el gorro de dormir— le anuncié a mi hermano mientras bebíamos un pequeño sorbo de nuestros refrescos supuestamente tan bien merecidos—. Y la cantinera, y el obispo y el verdulero. Y después caerá el telón y ya sólo habrá ronquidos.

Mi hermano guardó silencio, pero debajo de su nariz, en el labio superior, su incipiente bigote no paraba de moverse de un lado a otro, un gesto que debía de haberle visto a mi padre y que tal vez imitaba de forma consciente. Delante de mí le gustaba dar la impresión de que tenía mucho mundo. Siempre que yo decía algo, le veía reflexionar y recorrer con la mente una multitud de posibles respuestas y argumentos a favor o en contra, la mayoría de las veces en contra.

Se llevó el vaso a la boca, tomó un trago, dirigió la vista a la plaza de la estación, donde el último vendedor ambulante cargaba sus mercancías en un carro de mano, y sin mirarme dijo riéndose entre dientes:

—Hay que ver, pequeña gacela. O no tienes ojos en la cara o sales poco. Es por la noche cuando comienza el teatro.

Mi hermano conocía más barrios de la ciudad, más estratos y hemisferios que yo, y seguro incluso que mi madre. Los establecimientos que de cara al exterior raras veces se presentaban como tales, pero detrás de cuyas herméticas fachadas se escondía un recargado mundo de felpa, suaves luces rojas, tocadores íntimos y muchachas pintarrajeadas, debían de serle a él menos familiares, sin embargo, que el mercado de la carne, más visible e invisible a la vez, en torno al quiosco del parque municipal, en las proximidades de algunos urinarios o en determinados bares donde un código tácito de conductas, gestos y palabras confería a todo cuanto se decía o se callaba un doble sentido.

Más tarde, concluida la guerra, me lo explicaría durante nuestros paseos por el parque, cogiéndome del brazo. En qué había de fijarme. Cuáles eran los indicios. El arte del merodeo. Las miradas demasiado furtivas. Dónde tomar asiento, en qué banco y cómo.

Ignoro si todo lo que me contaba era cierto. Puede que alguna vez me tomara el pelo, de modo que casi terminaba por ver en cualquier expresión o prenda de vestir una fascinante iconografía del deseo masculino.

—La ventaja de la guerra es que ahora abunda la carne—me comentó un día.

Estábamos sentados junto a uno de los estanques más pequeños de los jardines públicos. Todavía le costaba andar. Por el momento, las largas caminatas quedaban descartadas.

La «carne» en cuestión se había congregado al otro lado del agua, en los bancos más sombríos, al abrigo de la arboleda. Caía la noche, un atardecer en las postrimerías de la primavera, a caballo entre el invierno y el verano. Faltaba poco para que el frío nos impulsara a movernos.

Mucha carne maltrecha. Sin brazos o sin piernas. Con muletas o, como mi hermano, caminando con bastón, por un tiempo o para siempre. Algunos parecían muy jóvenes. Un chico que debía de tener mi edad, veintipocos años, con un destello de cabellos rubios pajizos en la sombra azul, se servía de la única mano que le restaba para liar un cigarrillo con papel de fumar. Apretó el tabaco con un

juego rápido de los dedos, se llevó el papel a la boca, lo humedeció, lo estrujó un poco más y, como si fuese un prestidigitador, hizo rodar el pitillo bajo la palma de la mano sobre el muslo y terminó colocándoselo entre los labios. Después sus dedos adoptaron la forma de una araña en acción para hurgar en una cajita que guardaba en el bolsillo de la chaqueta y extraer una cerilla. Sólo cuando levantó la pierna y frotó el fósforo contra la suela de su zapato para encenderlo, la caída de los pliegues de la otra pernera me hizo comprender que tenía una pierna de palo. Acercó la llama al cigarrillo, dio una calada para prenderle fuego y se reclinó en el banco al tiempo que exhalaba la primera nube de humo y apagaba la cerilla agitando los dedos.

—Pobre muchacho…—articulé.

—Es de los más afortunados—replicó mi hermano, que, al igual que yo, había observado la escena de principio a fin.

Di por supuesto que para él los menos afortunados eran los muertos. Sin embargo, sacudió la cabeza y explicó:

—Eso es otra cosa. El muerto está muerto y punto. Los chicos como ése sufren lesiones. Los que han sufrido lesiones, por raro que parezca, pueden colgar su desgracia del brazo o de la pierna que les falta. O de sus cicatrices, como…—se rio sin ganas—el viejo caballo que está aquí a tu lado.

Cambió de postura. Hundió su bastón en la gravilla y se apoyó sobre él con ambas manos, en un intento por descargar un poco el tronco. Reprimió un gemido.

—Jamás pensé que el dolor podía llegar a ser una bendición, pequeña gacela. Los otros, aquellos que al parecer no tienen heridas, son los verdaderos desgraciados. No lograrán sacarse las bombas del cuerpo en la vida.

Empezaba a refrescar. Mi hermano se disponía a levantarse. El muchacho rubio del otro lado del estanque había terminado de fumar su cigarrillo y aplastó la colilla aún incandescente con la suela de su único zapato.

Mientras ayudaba a mi hermano a ponerse en pie vi que intercambiaban una mirada.

El chico le envió una sonrisa, lo suficientemente amplia y prolongada como para ser calificada de ambigua. Me resultaba cada vez más fácil descifrar el código.

—Creo que te ha tocado la lotería—le dije a mi hermano.

—Nunca falla—contestó con sorna, ofreciéndome el brazo.

III

La palabra guerra era, en la época en que mi cuerpo se hinchaba y se volvía maduro, una de las que almacenaba en una bombonera imaginaria alojada en mi cabeza; una memoria de juguete que albergaba los últimos retazos de mis poesías infantiles, así como una serie de vocablos que me fascinaban por su contumaz resistencia contra el demonio de mi curiosidad. Basta con que repitamos cualquier palabra una y otra vez para que tarde o temprano acabe desprendiéndose de cada una de sus connotaciones y se nos muestre, amenazante, en todo su desnudo misterio, pero la palabra guerra poseía esa cualidad en sí misma. La encontraba demasiado liviana, demasiado débil. Por más que su sonoridad sugiriera grandeza y pesantez, a mí se me antojaba ligera como una pluma: inmensa por naturaleza, pero incapaz de atraer un significado claro por lo diluido de su composición. Aun así, por momentos la consideraba infinitamente pesada, un agujero negro acústico que aspiraba todos los pensamientos para devorarlos como definiciones de su yo insaciable.

En aquel primer año la guerra se me presentaba esplendorosa, el pulso de un gran acontecimiento cuyo latido se palpaba en todo. Sentía vibrar el estampido de los cañones como ondas explosivas entre el pecho y el vientre, y veía las nubes de polvo suspendidas sobre los campos franceses cuando oteaba el horizonte por las ventanas de la buhardilla de nuestra casa de verano, clavando los ojos en el país de Artesia; mi amada Artesia, con sus ondulantes trigales extendidos por entre los setos vivos como sábanas cada vez más amarillas y deslumbrantes a medida que los tallos iban granando, atravesados por serpenteantes caminos medio enterrados cuyo trazado se deducía del paisaje por la vegetación que los bordeaba y por las copas de los árboles que los cubrían. Las nubes de polvo indicaban por dónde iban los soldados que se dirigían al frente.

Cuando mi tío, el hermano mayor de mi madre, me daba permiso para utilizar su telescopio, guardado bajo una lona en la buhardilla, acertaba a ver por momentos, allí donde los caminos alcanzaban la altura de los campos, bayonetas que reflejaban la luz del sol en aquellas nubes de polvo, cañones de fusiles finos como agujas cuyo brillo sobresalía de una masa de figuras que marchaban sobre

adoquines o las esforzadas patas de las monturas de la caballería, y el polvo que arrastraban tras de sí como un velo deshilachado.

A veces los caballos tiraban de piezas de artillería pesada que me lanzaban breves salvas de luz desde la maleza, dejando pequeñas manchas verdes en mi retina.

—Fíjate bien—me decía mi tío—. Allí desfila la historia. —Y añadía con un suspiro—: Por enésima vez.

Sostenía la lona con ambas manos, preparado para volver a colgarla sobre el telescopio en cualquier momento. No era un instrumento libre de sospecha en unos tiempos en que, de pronto, cada cual veía espías por todas partes. Aun así, yo no ocultaba mi entusiasmo y me quedaba un buen rato mirando los caseríos con sus murallas de árboles de las que apenas sobresalía la flecha del campanario, los abrevaderos del ganado y las charcas llenas de patos, los tejados de las granjas circundantes ocultas tras espesas gorgueras de saúco y fresno, antes de buscar de nuevo el río plomizo de hombres, caballos, cañones y fusiles, la caravana de polvo sobre el intenso amarillo y verde del verano. Era como si la guerra estuviese compuesta ante todo por una sustancia mágica, una suerte de especia que, al mezclarse con la luz, confería a todo mayor intensidad. De hecho, recuerdo haberle comentado a mi tío, sin levantar la vista de la lente, que lo que estaba viendo era precioso.

Él sonrió, con la lona en las manos, una sonrisa confusa, cargada de pesar, de esas que iluminaban sus barbas.

—Magnífico—asintió—. Magnífico, pero lamentable.

Una mañana acompañé a mi madre a la vecina ciudad, en coche de caballos, a través de los campos. Ella tenía que arreglar algunos asuntos, hacer compras, pero también deseaba escaparse uno o dos días de la casa, convertida a la fuerza en nuestro hogar desde hacía ya casi un año. Debía de ser a finales de mayo, o quizá a principios de junio. Por entre las camisas soldadescas que se secaban colgadas de las ramas de saúco al borde del camino, las bayas inmaduras comenzaban a hincharse en las umbelas aún no del todo marchitas. Cuando, tras doblar una curva, el carruaje pasó de improviso bajo un baldaquín de ramajes y de camisas y jubones percibí la divertida

ironía en los ojos de mi madre. Rodando bajo aquellas ropas puestas a secar parecíamos reinas medievales recibidas por los pendones de los patricios a su entrada triunfal en el burgo.

Por todas partes, en los campos y los matorrales del entorno, sobresalían penachos de humo de unas lumbres sobre las cuales pendían chisporroteantes calderos. Había soldados por doquier, tumbados ante sus tiendas de campaña sin hacer nada, lustrando sus botas o ayudándose unos a otros con el afeitado. No sabría decir qué es lo que ahora más me mortifica cuando rememoro aquellas escenas: si la desidia del verano, la despreocupación de los soldados mientras cocinaban, hacían la colada o ganduleaban, la sensualidad que flotaba en el aire, con tantos hombres de torso desnudo aguardando a que se secaran sus camisas, ¿o tal vez la confrontación con mi propia candidez?

Me emborraché con la visión de todos esos cuerpos, y con la viveza que la presencia de los ejércitos derramaba sobre las tierras de labrantío, la deliciosa irrealidad de una campiña inundada por el repentino bullicio de la urbe. En los pueblos, los niños se agolpaban en torno a los soldados acampados en las huertas o en los prados donde se blanqueaba la ropa al sol. Unos echaban una ojeada en los calderos colgados sobre el fuego, otros trataban de conseguir golosinas de los soldados o miraban atónitos los fusiles cada vez más brillantes de tanto bruñirlos y las esplendorosas monturas recién engrasadas.

Algunos soldados se levantaron de la cuneta al ver llegar nuestro carruaje y comenzaron a aclamarnos en broma. Alcé la mano entre risas. Mi madre sacudió la cabeza con una mueca risueña. Era poco dada a recrearse, pero la frivolidad de la situación debió de inspirarla incluso a ella.

—Hélène, hija—me reprendió—. Está bien que saludes, pero hazlo con dignidad. Mira, así…

Agitó con rigidez los dedos enguantados, al estilo de una gobernadora en un carro de triunfo, haciéndome estallar en carcajadas.

Si ésa era la historia, la que mi tío me animaba a contemplar con

atención, la historia era una fiesta. Podía oler el cuero de las botas, el betún, la grasa, los cuerpos: pálidos, jóvenes, frágiles. Y veo de nuevo ante mí los rostros alegres de aquellos soldados, los párpados entrecerrados, los ojos llenos de traviesos destellos mientras nos vitoreaban, y el vello de sus axilas cuando levantaban el brazo para saludarnos. Sin embargo, le noté a mi madre el mismo asomo de pesar que percibía en mi tío cuando me dejaba observar a través de la lente del telescopio los vasos sanguíneos de la guerra, ocupada día y noche en bombear cuerpos hacia las máquinas de picar carne, hacia una muerte absurda en las trincheras o en el escotillón de un carro de combate.

Nada más llegar a nuestro destino tomamos café en el establecimiento donde nos hospedábamos, ubicado en una bocacalle cercana a la plaza del mercado, sobre una de las laderas de la colina a la que se encaramaba la ciudad. Por delante de las ventanas discurría el gozoso bullicio de una estación balnearia en temporada alta, aunque invadida por forasteros en su mayoría británicos, todos enfundados en el mismo tono pardo de sus uniformes.

Éramos casi las únicas civiles de la sala, y debíamos de tener un aire de lo más preciosista en medio de tanto caqui, con nuestros sombreritos, nuestras mangas abullonadas y puños vueltos, el broche que mi madre llevaba prendido en la solapa de su chaqueta de color beige, por no hablar de nuestros guantes, los míos de satén, los suyos de ganchillo, capaces de conferir cierto barroquismo hasta al simple gesto de llevarse una taza de café a los labios.

Llamábamos la atención. A nuestro alrededor, en las otras mesas, los oficiales—supongo, porque jamás me he aclarado demasiado bien con los grados y los rangos militares—nos lanzaban miradas furtivas, de reojo, mientras daban un sorbo a su copa o su taza, o levantaban la vista del plato, como por casualidad, cuando cortaban un pedazo de tarta.

Mi madre no se daba por aludida. Enhiesta en su silla. Echaba una ojeada al entorno. La veía con ganas de mecerse en la ilusión de que la rodeaba un orden de cosas más o menos normal: una vida cotidiana con sus rutinas habituales, si bien prácticamente todos los camareros que iban y venían entre la cocina y las mesas, con bandejas repletas de vajilla y pasteles, eran hombres entrados en

años, mayores que el grueso de los clientes uniformados bajo cuyos bigotes disponían sobre el mantel jarritas de plata con crema, servían té, hacían juegos malabares con los vasos o llevaban una pila de platos vacíos sobre el antebrazo como si ejecutaran un número circense. En aquellas circunstancias, su diligencia, sin duda no más ostentosa ni más fingida que en otros tiempos, se volvía un tanto burlona, algo que los jóvenes militares apenas parecían advertir.

Veía a mi madre disfrutar. Veía cómo observaba, con los ojos bien abiertos, a la sirvienta que, pertrechada con un paño suave, sacaba lustre a los tenedores y los cuchillos y ordenaba las servilletas colocándolas en pequeños montones sobre un aparador. La chica, no mucho mayor que yo, pero sí bastante más baja—le sacaba fácilmente un buen palmo—, más esbelta y más rubia, lucía sobre su melena una cofia de franela tan grande que, de lejos, semejaba una medusa traída por el mar y encallada por accidente en su cabeza. Al parecer, le infundía temor la matrona de talla imponente instalada tras un alto pupitre en un rincón de la sala, junto a la puerta, y cuyo cometido—impedir a toda costa que los hambrientos clientes eligieran una mesa por iniciativa propia—se había convertido en una auténtica pasión. Ahí apostada, con el rostro emergiendo de ese generoso pecho y el impresionante lazo atado al cuello, en una mano la pluma con la que tomaba misteriosos apuntes en un registro abierto sobre el pupitre, mientras con la otra asignaba una mesa a los recién llegados, combinaba admirablemente bien la condición de guardiana y piedra angular: mitad cariátide, por ese peinado que se elevaba hasta casi rozar el techo, como si ella sola tuviera que soportar el peso del edificio entero, mitad esfinge de Tebas, decidida a no dejar pasar al otro lado de sus murallas más que a quienes balbucían las respuestas correctas a sus enigmas.

Veía cómo disfrutaba mi madre, y yo también disfrutaba, aunque en realidad es ahora cuando me doy cuenta, mucho después de que todo el decoro de la burguesía y sus convenciones se consumara en el almacén de los accesorios del tiempo. Los rituales más importantes son aquellos de los cuales sabemos que el simbolismo ha quedado desteñido por completo. El tejido de los signos, el mapa de nuestra alma si se quiere, donde se hallaban imbricados, se ha

ido desgastando a su alrededor, pero aun así les atribuimos un significado efímero, negando la evidencia. Del mismo modo, yo sólo puedo creer de verdad en Dios sintiendo, hasta dentro de mis propias células y huesos, que el mundo exhala Su muerte: la muerte por la tarde, cuando Rachida bendice los suelos y los armarios de la planta baja, y la lejía salida de sus cubos «desbautiza» mi casa para tornarla impoluta y desnuda, colmada solamente de su propio vacío.

—Muestra un poco más de discreción, hija. Cierra esa boca, que vas a atraer un rayo—susurra mi madre por encima de la taza de café, que sostiene por más tiempo del necesario ante sus labios para poder examinar a su vez a la clientela.

Y cuando la miro indignada, la veo reír por lo bajo, en un excepcional arrebato de autoironía.

Podría ser uno de los innumerables incidentes que acaban en el olvido, uno de esos cientos de miles de instantes que pasan a través de nosotros sin dejar huella, o, al contrario, uno de esos escasos momentos que grabamos para siempre en nuestra memoria sin saber muy bien por qué: recuerdos impregnados de la vehemencia de una revelación, aunque sin otro mensaje que el consuelo de su trivialidad.

Si rememoro esa tarde con tal nitidez es porque, tan pronto como mi madre terminó de articular su jocosa reprimenda, los cristales comenzaron a vibrar en sus marcos. En todas las mesas, las cucharillas se pusieron de súbito a moverse dentro de las tazas y sobre los platos, al ritmo de un creciente temblor que, además de por el aire, parecía autopropulsarse a través del suelo, de las patas de las mesas, de nuestras sillas, por nuestras piernas, hasta llegar a lo más hondo de mi abdomen. A la par, estalló un estruendo inhumano, cada vez más sonoro. Como si en algún lugar se desquiciaran unas contraventanas gigantescas en medio de un descomunal estrépito, se cerrasen de golpe unas puertas de acero y, acto seguido, algo cayera ruidosamente, como cuando una granizada descarga todos sus granos de una vez.

Mi madre y yo intercambiamos una mirada, entre aturdidas y asombradas. Por un breve lapso de tiempo que no debió de durar

más de siete u ocho segundos, la vida en torno a nosotras se paralizó por completo. Tenedores con trozos de tarta se congelaron a medio camino entre la mesa y la boca. Bajo el tintineo de la lámpara de araña, una cafetera colgaba en la nada, pendida de la mano inmóvil de una camarera. La matrona, de pie ante su pupitre, alzó los ojos al cielo, hacia el crujiente techo, como si de repente dudase de que su tocado con forma de obelisco pudiera aguantar el peso del tambaleante cosmos. Junto al aparador, la criada observaba los estantes, donde vibraban los platos, vibraban los vasos, vibraban las jarritas para la leche, y entre los cubiertos guardados en los cajones cundía un leve pánico. Con el semblante crispado, la muchacha contemplaba fijamente la plata y la porcelana confiadas a su cuidado, quizá con la esperanza de poder mantenerlo todo en su sitio con la sola mirada si en algún momento la vajilla echara a bailar hacia el fatídico borde del estante.

En cuanto el temblor remitió y el fragor, tras cruzar sobre nuestras cabezas, se alejó en dirección al valle, atravesando la vasta llanura hacia la costa, y en cuanto los cristales—los primeros en anunciar el fenómeno pero los últimos en calmarse—quedaron quietos en sus marcos, el murmullo se reanudó como a una señal convenida. Los camareros maniobraban por entre las mesas y la chica doblaba servilletas con la misma indolencia mecánica que antes, de nuevo absorta por la hipnosis de la normalidad.

Tal vez fuera un efecto del traqueteo que todavía retumbaba en mis oídos y en mi pecho, pero el caso es que mientras miraba a mi alrededor, donde imperaba el mismo ambiente relajado de hacía unos segundos, como si aquel intervalo jamás se hubiera producido, me entró un imparable ataque de risa. Aunque traté de contenerme, la tensión se acumuló en mi estómago y, antes de darme cuenta, solté una risotada tan arrolladora que me dolieron los abdominales. Para mi estupor, oí salir de mi boca, más que una carcajada, un cacareo histérico.

Los clientes de las mesas vecinas se volvieron hacia nosotras. Me dio tiempo a percibir la penetrante mirada de la matrona, deseosa de transformarme allí mismo en estatua de sal, antes de que se me empañara la vista por las lágrimas, y oí el golpe rotundo con el que mi madre depositaba su taza, uno de esos gestos en los cuales

lograba concentrar su reprobación universal. Pero antes de que pudiera decirme nada, todo volvió a empezar de cero. Los cristales comenzaron emitiendo un suave tintineo y, unos segundos más tarde, la prolongada salva tronó de nuevo por la sala, donde, una vez más, la vida se heló.

Vi que mi madre apoyaba las yemas de los dedos sobre el borde de la mesa, como para conjurar el temblor. Un segundo acceso de risa brotó de mis entrañas, y me oí a mí misma cacarear por encima del estruendo.

Escondí la cabeza entre los hombros, las vibraciones se perfilaban como círculos en el café, pero, pese a mi empeño, una nueva convulsión separó mis mandíbulas con ímpetu, y ya no sabía si aquello eran risas o berreos. Era lo más parecido a una contracción de parto que abriese mi boca a la fuerza y vomitase algo que podía ser tanto un grito de terror como una carcajada, si bien no sentía ni alborozo ni miedo.

Mi madre se había quedado lívida, era evidente que no estaba tranquila. Fue entonces cuando la vi alzar la mirada y, justo después, noté una mano en el hombro. En una de las mesas de al lado, alguien debió de haberse levantado de su silla.

—It's all right, mademoiselle. It's just the gun, the big gun in Dixmude. D'you understand? The gun. We're safe here, perfectly safe… [No pasa nada, señorita. Sólo es un cañón, el gran cañón cerca de Diksmuide. ¿Entiende? El cañón. Aquí estamos a salvo, totalmente a salvo…].

El ruido remitió, igual que antes.

El hombre me acercó un pañuelo. De color caqui.

—Thank you, sir [Gracias, señor].

Lo cogí, me sequé las lágrimas con él y, cuando quise devolverlo, el desconocido rechazó mi gesto. Tendría a lo sumo veinticinco años, un niño grande, como yo, ahora que lo pienso mientras traigo a colación la escena.

Al comprobar que me dirigía a mi madre para traducirle sus palabras—«el cañón, el cañón de Diksmuide, maman, dice que no es nada grave, que estamos a salvo»—, cambió sin esfuerzo a un francés cuyo inapreciable acento era el único indicio que delataba su origen británico.

—Discúlpenme. La fuerza de la costumbre—dijo mientras se enderezaba para presentarse a mi madre y a mí con un formal apretón de manos—. Matthew. Matthew Herbert.

—Marianne Demont. Y ésta es mi hija Hélène. Es una jovencita seria, monsieur Herbère, pero, por lo visto, hoy le encuentra gracia a todo.

Todavía estaba consternada, lo mismo que yo.

—It's all right…—sonrió él—. Apuntan a Dunkerque, mademoiselle. Pretenden llegar hasta el puerto.

Levantó la vista y lanzó una mirada por la ventana a nuestras espaldas, en la dirección en que debía de hallarse la ciudad.

—Allí la gente se tomará esta tarde el té en el sótano, me temo.

Justo cuando mi madre se disponía a hacerle una pregunta, los cristales volvieron a vibrar. La matrona agarró el pupitre por ambos lados, casi sin pensarlo. La criada se apresuró a empujar con los brazos estirados una pila de platos hacia el fondo del aparador. Los camareros buscaron la proximidad de las paredes.

—It's all right…—repitió él mientras tomaba asiento en la silla a mi lado y, cuando el tintinear de los cristales se convirtió en traqueteo y todo comenzó a temblar de nuevo, posó su mano sobre la mía, un gesto que a mi madre no le pasó inadvertido, y me miró a los ojos.

Contemplé los rizos negros como el azabache que caían sobre su frente, la boca levemente apretada, los pómulos salientes y los ojos oscuros, tal que antracita, que no se desprendían de los míos.

«It's all right», leí en sus labios, ya que el estruendo tapaba sus palabras. Por vez tercera oí cernerse sobre nosotros el batir de las alas de hierro, y sentí cómo las vibraciones de la tierra subían por

mi cuerpo, saltaban de las tablas de madera del suelo a las paredes, y de las paredes al techo, y del techo a la lámpara colgada sobre nuestra mesa. Tuve la impresión de que yo también me quedaba inmovilizada, como todos. Noté la fuerte presión de las yemas de sus dedos sobre las mías, tanto que se tornaron blancas cuando él retiró la mano.

—It's all right—repitieron sus labios.

Vendría a buscarnos esa noche, cuando ya hubiera oscurecido. Antes de despedirse de nosotras nos había invitado a acompañarle en una pequeña excursión a la azotea del antiguo casino que había en lo alto de la colina. «Es algo que organizamos a menudo, madame, para los huéspedes especiales. Rompe un poco la monotonía. Las introduciré disimuladamente en el grupo».

Como los civiles tenían prohibido salir a la calle sin escolta después de la puesta del sol, debíamos esperarle en el vestíbulo de la pensión. Mi madre desconfiaba de sus intenciones, pese a que él le había asegurado que eran de todo punto respetables. Pareció tranquilizarse cuando, pasadas las once, se reunió en la plaza frente a la pensión un grupo de diez personas, entre ellas cuatro o cinco civiles.

—Como puede ver, madame Demont, dispongo de dos brazos sanos, y también de dos piernas—dijo él y, con un guiño hacia mí, añadió —: Mientras mis piernas me suben a mí, mis brazos quedan a su servicio y al de su hija, preparados para ofrecerles apoyo, faltaría más, por si la caminata resultase demasiado dura. Hay algunos tramos escarpados…

En su forma de hablar se apreciaban algunas reminiscencias de su lengua materna, y ponía un leve énfasis en cada una de las sílabas, como todo el que habla un idioma extranjero sin estar expuesto al desgaste producido por el uso diario. Además, estaba un poco cohibido y trataba de ocultarlo.

—Ya veo que necesita tantas palabras como mi hija para explicarse —bromeó mi madre—. Por cierto, se olvida de que soy originaria de esta región. Debo de haber escalado esa colina no menos de cien veces antes de que usted naciera.

Se calzó los guantes con resolución, y mientras pasaba al lado del chico rumbo a la acera añadió alegremente:

—Allons-y, mon enfant! [¡Vámonos, hijo!].

—That’s all right, ma’am [De acuerdo, señora]—replicó él encantado.

La comitiva se puso en marcha. Él y yo caminábamos por delante de mi madre, uno al lado del otro, riéndonos con aire conspirativo de la conversación que se entabló entre ella y uno de los soldados, decidido a brindarle su compañía. La entretenía con banalidades sobre la «wonderful evening» [magnífica noche] y la «splendid view» [espléndida vista] que nos aguardaban, sin ni siquiera barajar la posibilidad de que mi madre apenas dominara el inglés.

—No entiendo palabra de lo que dices, jeune homme—contestaba ella con el mismo aplomo en francés—, pero seguro que estamos de acuerdo.

La noche se presentaba, en efecto, más o menos wonderful. La luna llena que se asomaba por encima de los tejados confería a los contornos de las casas oscurecidas una apariencia de objetos macizos, tan incoloros, tan bañados en tonos grises y blancos como nosotros, unos individuos que no parecían andar por un mundo real, sino por un universo donde reinaba una luz caduca que en su día debió de rebotar sobre las cosas y desde entonces viajaba cada vez más tenue por el espacio y el tiempo.

Hablábamos poco. A veces sentía que él me miraba, y a veces le miraba yo. El claro de luna empalidecía su rostro y tornaba sus ojos incluso más oscuros. Cuando nuestras miradas se cruzaban casualmente nos atrevíamos a intercambiar una tímida sonrisa, y escuchábamos el ruido de los pasos sobre los adoquines.

Desde el momento en que la cuesta se volvía más empinada y nos elevamos poco a poco por encima de los tejados, las conversaciones se fueron apagando; salvo en las primeras filas, donde una imponente señora—según decían, una periodista norteamericana encargada de escribir una crónica para alguna revista—seguía explayándose, incansable, sobre las otras ciudades cercanas al frente que, al parecer, la susodicha y un hombre enjuto y taciturno, que era a ella lo que un mástil a una bandera, ya habían visitado con antelación. Se le escapaban con frecuencia subidas de voz del estilo de «Thrilling, dear captain!» [¡Emocionante, querido capitán!] o «Ghastly!» [¡Horrible!], erupciones que nos hacían reventar de risa a los dos, más por alimentar nuestra muda complicidad que por placer.

Me caía bien. Apreciaba su seria alegría, o su alegre seriedad. Cuando más adelante me contó su vida me dio la sensación de conocerla ya, como si, de un modo u otro, su trayectoria se hubiera transportado a mi mente, quizá a través de las yemas de sus dedos, ese mismo día por la tarde, permaneciendo a la espera de que él le pusiera voz.

Al leer esto, mi madre sin duda habría comentado que por qué necesito tantas palabras para expresar algo evidente: «Estás enamorada, hija. Lo ve hasta un ciego». Pero ¿qué significa eso? Una o dos veces en la vida, quizá tres, nos encontramos con una persona que reajusta nuestras moléculas en un abrir y cerrar de ojos, alguien que se revela como la pregunta a las respuestas que llevamos dentro desde mucho antes de que podamos pensar y de cuya existencia no teníamos idea hasta entonces. Y sólo se nos concede elegir entre dos opciones: prestar oídos a la pregunta o ignorarla.

—¿Ya está cansado, patriota?—inquirió mi madre con sorna—. Se mueve usted tan despacio que le piso los talones. Si precisa de mi brazo, no dude en hacérmelo saber…

—I'm fine, madame [Estoy bien, señora]—contestó él entre risas.

Las viviendas cedieron el paso a las arboledas, al frescor y al aire confinado de los terrenos boscosos. Por entre las copas de los árboles se divisaba la fachada del casino, que casi tomaba un color blanco intenso al claro de luna.

—Almost there, off we go… [Estamos llegando, venga…]—dijo el soldado que caminaba al lado de mi madre.

De pequeña, yo había ido a la colina muchas veces. Soleadas mañanas de domingo con desfiles de la fanfarria en la pequeña explanada frente a la escalinata y, después, sorbete de limón o limonada. A mi padre le agradaba el lugar. Para él era, supongo, el símbolo de su matrimonio, de su amor hacia mi madre, a la que gustaba de llamar en tono socarrón La belle Flamande, con el único propósito de oírla protestar, pues ella se creía tan francesa como el camembert.

«Vive le Roi Soleil!» [¡Viva el Rey Sol!], exclamaba mi madre entonces, porque si Luis XIV no hubiera mostrado un hambre tan insaciable de tierras y de riquezas, ella en efecto habría sido una bella flamenca. Tanto la familia de mi madre como la de mi padre residían más o menos dentro de las invisibles fronteras—decenas de veces redibujadas por la historia, sonora justificación del azar—del antiguo condado de Flandes, donde el latín y el germánico se mezclaron con promiscuidad. Sin la Paz de Nimega sin duda habrían seguido siendo compatriotas, en cuyo caso mi madre hubiera tenido que recurrir a otras mitologías para distinguirse de su esposo y sus hijos. Aun así, a mí me gustaba tanto como a ella subir hasta el casino, porque a mis pies se extendía mi doble ascendencia, y la colina marcaba la divisoria de aguas de mi alma, exteriorizando mi propio mito de la creación.

En la parte sur, la tierra parecía descender hasta el Mediterráneo. El sol, me imaginaba yo, abrigaba ya algo de la refulgente luz de la Provenza, de las cigarras, de los cipreses, de la mística de Van Gogh, siempre en pos de la esencia del color, más allá de los pigmentos, aunque no lo descubriría hasta mucho más tarde. Sobre el paisaje que se desplegaba al norte del monte, el cielo adquiría una luminosidad ártica, una lucidez glacial, y en otoño, cuando la luz del sol caía sobre la tierra desde un ángulo más bajo, abrazaba la melancolía de los veranos próximos al polo, donde las noches se demoran en un ocaso que abarca el horizonte entero.

Cuando éramos niños, mi padre nos cogía a mi hermano y a mí en brazos, nos ayudaba a encaramarnos a la balaustrada que había en el borde del cerro y nos mostraba las antiguas calzadas romanas que partían de la ciudad semejando los brazos de una estrella para luego surcar el paisaje del sur en líneas rectas. En el otro lado—al que él se refería como «nuestro lado»—nos señalaba las ciudades del norte. En días diáfanos se divisaban como puntos marrones tirando a amarillo en la llanura que se extendía a nuestros pies, vibrando en el ardiente aire estival: en lontananza, Nieuwpoort, cubierto por el velo blanco azulado de la línea de costa; un poco más abajo, Diksmuide; en dirección al mar, Veurne; hacia el sudeste, las torres de Ypres; y ya más cerca, Poperinge.

Aquella noche, la luminiscencia de la luna teñía la campiña de

alabastro. Los bancos de niebla se suspendían cual bóvedas sobre los estanques y los arroyos, al tiempo que bañaban los bosquecillos y las flechas de los campanarios en una nube de rocío. Reinaba una calma irreal, a falta del estrépito casi continuo de la maquinaria bélica. Volvimos a saber lo que era el silencio.

Nos condujeron hasta la entrada del casino. Alguien nos pidió que no hiciéramos ruido: «The boys are well asleep [Los chicos están dormidos]». Se abrió una puerta, la de la sala de juegos, una estancia que recordaba vagamente de cuando era pequeña. Dentro olía a dormitorio cerrado. Las alargadas ventanas arrojaban sobre el suelo oblicuas rayas de claro de luna, que arrancaban a las tinieblas el juego de pliegues de las mantas, alguna manga, una mano, una cabeza. Por todas partes dormían soldados, en solitario o arrimados unos contra otros. De su calzado, abandonado junto a las mesas de juego sobre las cuales reposaban los macutos, emergía un olor a tierra, a tierra de verano, a lona, a acero engrasado y a hierba, que subía hasta el frívolo estucado del techo, tendido de forma surrealista sobre las siluetas sumidas en sueños.

—Cuidado, mademoiselle…

Me tomó del brazo para evitar que yo tropezara con un par de botas. Mientras avanzábamos por entre los cuerpos, uno de los soldados dormidos se incorporó y susurró con fuerza:

—Blimey, George. There's a fucking fairy hovering about… [¡Joder, George! Hay un hada de mierda suelta por ahí…].

En ese instante me alegré mucho de que mi madre no supiera inglés.

—Shut up, John. Get us some sleep, will ya [Cierra la boca, John. Déjanos dormir un rato, ¿de acuerdo?]—gruñó otro.

—If you say so, sweetheart [Si tú me lo dices, mi amor].

En ésas la silueta volvió a tumbarse, acurrucándose contra el compañero de al lado, porque ahí arriba hacía bastante más fresco que abajo en las callejuelas de la ciudad, donde las fachadas conservaban el calor del día.

Se abrió una segunda puerta. Daba a otra sala, donde descansaban más soldados. Se la veía menos iluminada por la luna que, en vez de entrar directamente, jugaba a sortear las copas de los árboles. Oí que la cabeza de la comitiva comenzaba a subir una escalera, un largo tramo de peldaños, hasta el tejado, como pudimos comprobar después de esperar un rato a que el centinela nos autorizara a pasar.

Cuando nosotros llegamos arriba, la vigorosa norteamericana ya se había apostado junto al parapeto, desde donde observaba los oscuros tejados de abajo, sembrando la noche de exclamaciones como «Unimaginably peaceful!» [¡Increíble! ¡Qué paz!], mientras el hombre a su lado, que no parecía separarse nunca de ella, le musitaba a todo que sí desde debajo de su blanco bigote, aunque sin demasiado entusiasmo.

Mi madre se dejó conducir por su acompañante hacia el otro lado de la azotea, y nosotros la seguimos. Ante nuestros ojos se extendía la llanura del norte, bajo la velada bruma que flotaba tierra adentro desde la costa, empequeñeciendo pueblos y ciudades que localizábamos unas veces sí y otras no por entre el manto de vaho. El boscaje y las hileras de árboles nos daban la impresión de que estábamos contemplando una maqueta, construida con ese típico sentido puntillista del detalle.

—Almost picturesque, Walter dear, wouldn't you say? [Casi pintoresco, querido Walter, ¿no te parece?]—voceó la norteamericana a nuestras espaldas.

Nos reímos tapándonos la boca con la mano, y me acordé de las palabras de mi tío. Magnífico, sí. Magnífico, pero lamentable.

Mi madre se llevó un pañuelo a la nariz y comentó a su acompañante que, para su sorpresa, hacía fresco allí arriba.

—Quite so [En efecto]—le contestó el soldado, sin tener la más mínima idea de lo que ella le había dicho.

No me cabía la menor duda de que pensaba en mi padre, y en mi hermano.

Fue entonces cuando, de repente, un resplandor rojo encendió la

neblina en el extremo norte, cerca de la costa, junto al lugar donde, según las explicaciones que antaño nos daba mi padre, debía de ubicarse Nieuwpoort. Las ráfagas de nubes reflejaban las oscilaciones de las llamas, que se apagaron casi de inmediato.

Acto seguido, varios puntos luminosos de un color blanco puro salieron disparados hacia el cénit, dispersos, aunque formando en cierto modo una línea curva de noroeste a sudeste, para luego descender despacio, extinguiéndose poco a poco, antes de esfumarse del todo. Y aquello se repitió una y otra vez, tanto cerca de nosotros como en dirección a la costa.

Mi madre sostenía el pañuelo bajo la nariz y la oí suspirar:

—Mon Dieu, mon Dieu… [Dios mío, Dios mío…].

—Bengalas—aclaró alguien—. Están lanzando bengalas sobre las líneas.

Todos enmudecimos. Se calló hasta la robusta norteamericana, que contemplaba el espectáculo a través de sus impertinentes, junto al parapeto.

El silencio se hizo aún más insistente. No se oía ni una sola salva, ni un solo cañonazo, no había más que el centelleo de los trazos de luz, de las arqueadas estelas que iluminaban el paisaje y, de vez en cuando, el rayo fugaz de las supuestas explosiones, aunque sin resonancia ni eco. Observábamos aquello como si de un fenómeno natural se tratase, como si allí abajo, en la campiña, la corteza terrestre se rasgara y dos franjas de tierra chocaran entre chirridos o quisieran apartarse la una de la otra.

En un momento dado, prácticamente toda la línea ardió en llamas. Desde la costa hasta el interior del país flamearon rayos de luz roja y verde mientras nuevas bengalas trazaban luminosos tentáculos en la noche.

Detrás de nosotros, alguien murmuró: «Poor buggers…» [Pobres cabrones…], pero al caer en la cuenta de que en el grupo había varias señoras enseguida rectificó: «Poor chaps…» [Pobres tipos]. Aquellas palabras debieron de pronunciarse más que nada con la

intención de movilizar nuestro raciocinio contra la magia de los pólipos de luz y de sustraernos al encantamiento.

—Mon Dieu, mon Dieu—repitió mi madre.

Nos quedamos esperando, él y yo, mientras los demás bajaban la escalera. El centinela se relajó. Indiferente al juego de luz que continuaba desplegándose en la distancia, encendió un cigarro, inhaló y expulsó una nube de humo.

Mi madre ya había iniciado el descenso, demasiado perturbada para estar pendiente de mí.

—¿Qué le pasa a madame?—me preguntó él.

—Mi hermano está en el frente, monsieur. Por allí abajo, quizá. Según las últimas noticias le mandaron a El Havre. Recibimos poco correo. A mi hermano no le gusta escribir cartas…

Asintió con la cabeza.

—¿El Havre?

—We're Belgian, monsieur. [Somos belgas, señor]. Y no podemos regresar a casa, unirnos con mi padre…

—Sorry to hear that [Lo siento mucho]—dijo cerrando tras de nosotros la puerta que el centinela atrancó por el otro lado.

Me encogí de hombros.

—A todo se acostumbra una, monsieur.

A una buena distancia, el resto del grupo bajaba haciendo mucho ruido. El hueco de la escalera se presentaba tenebroso, sobre todo por el contraste con la noche de luna llena en la azotea. Él se percató de mi titubeo al pisar los escalones. De cuando en cuando, nuestras manos se rozaban. Yo me reía, y él se reía a su vez. Me alegraba de estar a oscuras, porque me sentía ridícula.

En uno de los rellanos me cogió del brazo, según creí para guiarme hasta abajo, pero de pronto me empujó contra la pared. Fue todo

demasiado rápido como para poder protestar, o siquiera mostrar sorpresa. Noté la presión de los botones de su uniforme sobre mi pecho a través de mi chaqueta, y percibí cómo su caja torácica se dilataba y se encogía al ritmo de su respiración mientras acercaba la cabeza y frotaba su mejilla contra la mía, soplando su cálido aliento sobre mi oreja.

Anonadada, posé una mano en su espalda, la otra me la sujetaba contra la pared, con la palma de su mano sobre la mía. El único hombre con el que había tenido un contacto físico tan próximo era mi padre, en mi infancia, durante las tardes en la playa, cuando pretendía protegerme de las olas o los latigazos de la brisa marina, pero lo suyo había sido afecto. Su cuerpo jamás anheló ni buscó nada.

Había algo infantil en todo aquello. Deslicé mi mano de su espalda hacia su nuca y le acaricié el cuello.

Él trataba de no besarme.

Simplemente estaba ahí.

Posaba su mejilla sobre la mía.

Me llegaba su olor, que empañaba la pared de detrás de nosotros y el vello de mi nuca.

Entonces me soltó y siguió bajando la escalera.

—I'm sorry [Lo siento]—susurró, como con un nudo en la garganta.

Le oí hacer un alto en el siguiente rellano. El resto del grupo debía de encontrarse ya en la planta baja, porque el ruido se había apagado.

—I'm sorry—balbuceó de nuevo en cuanto le di alcance—. So sorry [Lo siento de verdad]. No era ésa mi intención, miss, quiero decir madame…, mademoiselle.

Busqué su mano en la oscuridad.

—It's all right [No pasa nada]—articulé.

Llevábamos un año en Francia. Habíamos partido el verano anterior, el veintiocho de junio, de madrugada, con un tiempo espléndido, el comienzo de un domingo que era como una generosa limosna. Como todos los años, semanas antes, mi madre había empezado a llenar toda suerte de baúles y maletas con la ayuda de Emilie. Se envió por adelantado una primera tanda de bultos y, a los pocos días de nuestra llegada, recibimos otros tantos, sin contar lo que transportamos nosotras mismas. Mi madre no viajaba, sino que se desplazaba, llevándose por así decirlo hasta el aire de su casa. Una vez entregado el primer aluvión de maletas, las criadas de mi tío, que estaba al mando de todo desde la muerte de Mémé, mi bisabuela, la madre primigenia, sacarían nuestras ropas, colocarían nuestras sábanas y guardarían nuestra mantelería en las cómodas del ala de invitados, de forma que, nada más llegar, mi madre pudiera instalarse en las leyes naturales que le resultaban familiares.

Aquella mañana mi madre estaba radiante. Llevaba semanas dando muestras de un humor excelente. En los meses anteriores a nuestra partida, sus menstruaciones se habían aplacado, pasando de sinfonías rencorosas a cuartetos para cuerda preñados de lluviosa nostalgia. Ya no eran algo ajeno a mí. Poco más de un año antes, yo también había comenzado a sangrar, demasiado tarde según ella, pero aun así en sincronía con la naturaleza en plena eclosión y con la feria celebrada a mediados de la Cuaresma, un hecho que a día de hoy continúo atribuyendo a los tiovivos. Sus fuerzas centrífugas desencadenaron mi química personal, abriendo la polonesa de las moléculas. Mi madre acogió la nueva con asombrosa ternura. De entrada me mandó guardar cama durante tres días. Tal vez esperase en secreto que me sumara a su revuelta mensual, pero yo no me transformé en un monumento de irritabilidad hasta más tarde, cuando nació mi hija.

A mí el acontecimiento se me antojaba estúpido unas veces y un melancólico signo de muerte otras. Cada cierto tiempo chorreaba como una cerda en celo. Me sentía pocha, putrefacta: un rasgado saco de sangre marrón rojiza. Mi cuerpo dejaba de ser cuerpo para convertirse en carne. Lloraba por cualquier cosa. De repente, me convertía en una gallina sentimental, y me irritaba conmigo misma.

Aquellos tres días, Emilie subía por la mañana a mi cuarto a llenar el aguamanil. «Ay, nena, a partir de ahora estarás con esa miseria cada cuatro semanas», me advertía, aludiendo a lo que ella llamaba los «ritepetiten». Si no me equivoco, se trataba de una deformación del francés, ritos pequeños. Pronunciaba la palabra en un tono que delataba complicidad: en adelante seríamos hermanas, eso estaba claro.

Mi madre, por su parte, venía a sentarse dos o tres veces al día en el borde de mi cama, y me quitaba el libro de las manos para poder acariciarme libremente las mejillas y mirarme a los ojos con una beata conmiseración, insospechada hasta entonces, que por otro lado me inspiraba desconfianza, pues me daba la impresión de que encerraba cierta forma de triunfo, como si me restregara por la cara: «¡Lo ves! Tú tampoco te libras. Mira cómo estás, pese a tanto castillo en el aire. Una mujer como cualquier otra, encadenada a su cuerpo bellaco». Por supuesto, mi madre no dijo nada de eso, sino algo totalmente distinto: «Te sentará bien el aire del campo, hija».

Se refería a las inminentes vacaciones como «nuestro último verano». Mi hermano había abandonado la escuela en Semana Santa. Transcurridos los meses de calor, comenzaría a trabajar en los almacenes de mi padre para familiarizarse con el oficio y, como sin duda esperaban mis padres, para aficionarse a la vida civil antes de cumplir el servicio militar. En cuanto a mí, en opinión de mi madre, yo ya llevaba suficiente tiempo bajo las faldas de las monjas como para comportarme al modo de una señorita bien educada, dominaba las lenguas extranjeras necesarias para poder opinar en cualquier parte y, a pesar de mis conocimientos aún deficientes de las conjugaciones francesas y la costura, mis menstruaciones ponían de manifiesto que había entrado irreversiblemente en esa fase de la vida en la cual, como ella afirmaba no sin aplomo, «una mujer se hace mujer».

Mi madre adoraba los razonamientos circulares, las reflexiones que, a guisa de conclusión, volvían a su punto de partida. La tensión que siempre existió entre nosotras se remontaba a una diferencia esencial en la manufactura de nuestras almas. Para mi madre, las ideas actuaban como una suerte de tapones, y su medio de expresión era la tautología, en tanto que la motricidad de mi mente

era impulsada por la hidráulica de la paradoja, en la cual el pensamiento puede, cómo lo diría, liberarse del exceso de presión, del mismo modo que una máquina de vapor está provista de válvulas de descarga para evitar que acabe destruida por su propia fuerza. Y cuando ahora rememoro aquí nuestra partida sería absurdo hacernos creer, a usted o a mí, que llegué a percibir, tras la sosegada animación de aquella mañana resplandeciente, las sacudidas de la vasta maquinaria que sostenía nuestro mundo, la acumulación de fuerzas funestas que empujaban imperceptiblemente todo aquel entramado de equilibrios comunicantes hacia su punto de explosión. Sería faltar a la verdad, y sobre todo sería relegar a la categoría de hecho natural el estallido de la tragedia que luego nos tomaría como rehenes durante cuatro años: un fenómeno fisiológico cualquiera, comparable a un estornudo o una racha de viento, inherente al organismo del tiempo o de la historia, pero no fue eso. Fue una estupidez de esas que sólo nuestra especie comete.

La ciudad amaneció bajo una cúpula de azul celeste. En mis recuerdos despide un olor a jabón y a lejía. De hecho, en la víspera de nuestra Salida Triunfal, Emilie aprovechó para fregar por última vez el vestíbulo de nuestra casa, de modo que, a la mañana siguiente, al abrir la puerta de la calle, la luz del sol parecía resbalar sobre las relucientes baldosas. Después de desayunar me quedé esperando abajo hasta que mi madre descendió la escalera enfundada en sus mejores galas, con Emilie acarreando varias bolsas a sus espaldas y, detrás, mi hermano, con los brazos cargados con una pila de libros reunidos atropelladamente, presa de la ansiedad de leer que siempre le asaltaba al comienzo de las vacaciones, cuando creía su deber aprovechar los meses de verano para completar sus lecturas.

El carruaje ya nos estaba aguardando en la calle cuando se presentó Tatante, la hermana de mi padre. Se acercó por el pequeño jardín de la entrada hasta el vestíbulo de nuestra casa, con los faldones de su holgada gabardina agitándose tras ella, y saludó a mi madre, que acababa de coronar su proliferación de lazos y guantes con un formidable sombrero de verano, incluso más imponente que el de su cuñada. Sus besos permanecieron suspendidos en algún punto del vacío bajo los anchos bordes de las pamelas. La escena me

recordaba el saludo que la Virgen María dispensa a su prima Isabel en los cuadros de la Baja Edad Media y los albores del Renacimiento: dos figuras femeninas esbeltas que se inclinan la una hacia la otra sin aproximar demasiado la cabeza para no arrugar sus aureolas.

Mi padre observó la escena esbozando en los labios esa eterna y burlona sonrisa suya, y mi hermano protagonizó una pequeña apoteosis dejando caer todos sus libros al pie de la escalera sin poder reprimir una blasfemia de mil demonios, lo cual en otras circunstancias sin duda habría hecho tambalear a mi madre como una lámpara de pie alcanzada por un escobazo, pero aquella mañana se dio la vuelta, contempló los libros desparramados por el suelo, miró a mi hermano y dijo en tono socarrón:

—Empezamos bien, mon ami. ¡De entrada, este día ha quedado sellado con el nombre de Dios!

—Sed buenos, chicos—nos exhortó mi padre mientras levantaba mi sombrerito para darme un beso en la frente—. No le deis disgustos a maman. Que no quiero que le salgan canas…

—Un poco más de consideración…—refunfuñó mi madre.

Mi padre se agachó para esquivar la pamela y la besó tras la oreja.

—Vámonos—anunció ella al fin.

Le tendió el brazo a su cuñada y, junto con ella, bajó los escalones que conducían al jardín delantero. Mi hermano y yo las seguimos a una distancia prudente, sus pajes, sus enanos exóticos.

Podría afirmar que recuerdo tan bien aquella mañana porque la despedida, no más dramática ni más trivial que en cualquier otro verano desde mi más tierna infancia, resultaría ser al mismo tiempo la despedida del mundo tal y como lo habíamos conocido o nos lo habíamos imaginado hasta entonces, y que, por lo tanto, y en otras palabras, los acontecimientos posteriores actuaron como el aguafuerte que grabó profundamente la escena de nuestra partida en las planchas de mi memoria, o quizá incluso los acontecimientos que en ese momento se produjeron en otros lugares, bajo el mismo

azul celeste del último verano de Europa: el muchacho que deslizaba los cartuchos en el cargador de su pistola y palpaba la granada en el bolsillo de la cazadora, quién sabe si con el corazón en la garganta.

Lo cierto es que a mí jamás se me han dado bien las despedidas, un arte muy poco valorado. Cuando de pequeña me llevaban a ver a la familia era proclive a esconderme en cuanto se aproximaba la hora de regresar a casa. No es que sintiera curiosidad por espiar a mis parientes o por escuchar lo que dijeran sobre nosotros tan pronto como hubiéramos salido por la puerta. Tampoco me ocultaba porque aquellas visitas me agradaran sobremanera. Las viviendas de mis familiares, en especial por parte de mi padre, eran todas sin excepción auténticos templos del tedio, o mejor dicho, albergaban tan poco misterio que el aburrimiento perdía de inmediato su radiactividad reduciéndose en un santiamén a sorda monotonía.

Y es que el verdadero aburrimiento presenta un toque de saturación: una oscuridad carmesí, un vacío colmado. Se manifiesta como el pequeño valle de la sombra de la muerte en nuestro pecho y hemos de atravesarlo vadeando para alcanzar la resurrección. Jamás he leído por otra razón que por aburrimiento, el limbo del paraíso; y tal vez mi afán por creer que nadie podría encontrarme, cuando aún era una cría, guarde relación con eso. No sólo quería saber, sino que quería ver con mis propios ojos cómo quedarían las cosas sin mí. Deseaba contemplar el mundo a la luz de mi ausencia, y pienso que si sollozaba y pataleaba con tal rabia cuando mis padres me sacaban de mi escondite es porque ya entonces comprendía que era un deseo imposible. Aun así, me he pasado la vida aspirando a ese irrealizable salto mortal del espíritu, esa inenarrable nostalgia de una morada ajena a mi propia presencia.

Ya sé lo que mi madre me echaría en cara ahora: «¡Por tu culpa tardamos siempre horas en salir de cualquier lado!». Me reprochaba a menudo mi tardanza, y cuando estaba a la espera de que le entregara mis deberes o me pedía que añadiera unas palabras de mi puño y letra a las cartas dirigidas a nuestra familia francesa, exclamaba: «¡Venga, al grano…!».

Mi padre de pie sobre el umbral, bajo el tejadillo de vidrio de la puerta abierta. Y la cabeza de Emilie, asomándose por entre los

barrotes de la verja que circundaba la escalerita de acceso a sus dominios en el sótano, medio oculta tras la hortensia. Antes de retirarse a la cocina aguarda a que el carruaje se ponga en marcha para despedirnos con la mano. Arriba, el azul, el azul intenso que recorta con nitidez los tejados, las copas de los árboles y las chimeneas, ese azul del que siempre me pregunto cómo lo habría definido mi padre si hubiéramos llegado a iniciar uno de nuestros juegos favoritos: dividir el cielo en franjas por la mañana, de acuerdo con una clasificación absolutamente arbitraria inventada por los dos, repetir la operación al mediodía y, si acaso, también por la noche. Ya conocíamos cielos de porcelana de Sajonia, mantos sombríos de crespón de China, firmamentos de suero de leche y techos de cinc cerrados a cal y canto. Aquella mañana quizá hubiera calificado el cielo de Bleu Européen, después de mirar un buen rato por la ventana entornando los ojos con teatralidad, para luego volverse hacia mí con las cejas arqueadas, como consultando a un eminente colega.

A finales de julio, en cuanto tomase las vacaciones, se uniría con nosotros hasta que, a partir de septiembre, la ciudad se despertara poco a poco de su sueño estival. En eso seguíamos la costumbre de quienes vivían en una situación relativamente acomodada. Entre la gente de mi entorno, todos huían de la ciudad en verano, refugiándose en la campiña. Con la llegada del calor, el mundo rural, al que el resto del año tachábamos quizá no de atrasado pero ciertamente de arcaico, experimentaba una transformación en nuestras cabezas, convirtiéndose en un paraje donde la vida aún discurría sin complicaciones. En el campo, el aire era puro, la leche fresca y el tiempo giraba en redondo.

Yo tampoco escapaba del todo a ese embeleso. Aguardaba con impaciencia los meses imperiales de julio y agosto. En mi fantasía, el año adoptaba la forma de una noria o la esfera de un reloj, e imaginando los doce meses del año como las horas de esa esfera había dos momentos en que sentía que el tiempo se ralentizaba: los sombríos meses de pleno invierno y los días más veraniegos envueltos en majestuosa quietud. Por entonces, cada hora tenía para mí un carácter propio, una intensidad luminosa particular, unas profundidades de sombra y de colorido que cambiaban sin cesar, y ningún verano prodigó más contrastes que el de 1914.

En el andén, mi madre y Tatante se despidieron con efusividad, intercambiando besos de verdad, puesto que mi madre ya se había quitado la pamela para poder acceder sin demasiadas maniobras al compartimento reservado para nosotros.

Si pudiera regresar en el tiempo, si los dioses me permitiesen revivir algo de aquel día, me conformaría de buena gana, no por nostalgia sino por puro divertimento, con los sonidos de aquella mañana: los golpes de las puertas de los vagones al cerrarse, los gritos de los mozos en el chisporroteante dialecto de nuestra ciudad mientras descargaban los equipajes del carro de mano y se los pasaban a los hombres subidos al furgón, el siseo de la locomotora ya en funcionamiento cuyas ruedas proyectaban a cada rato nubes de vapor sobre el andén y, al fondo, el latido siempre presente de una ciudad viva, donde la música entonada por el rítmico taconeo con aire flamenco de los cascos de caballo sobre los adoquines aún no había dado paso al fragor de los motores.

Mi madre ya se había instalado en nuestro compartimento. Tatante me agarró por los hombros y me dio tres besos. Edgard, que había estado hojeando con indiferencia unos periódicos comprados en el último momento, entró en el vagón deslizándose hábilmente por detrás de mi espalda. Se creía demasiado mayor—a punto ya de cumplir dieciocho años—para que se lo comieran a achuchones como a un colegial.

—Nos vemos en septiembre—me dijo Tatante—. ¡Disfruta! ¡Qué verano!

Eran las diez y cuarto.

El interventor instó a todos los pasajeros a subir antes de dar la señal de salida. Retumbaron los últimos portazos. El maquinista hizo sonar el silbato de vapor y, con un leve traqueteo, el tren se puso en marcha.

En el andén, Tatante seguía agitando la mano. Salí al pasillo, porque sabía que, nada más abandonar la estación, mi madre correría la cortina de la ventana de nuestro compartimento, y yo quería mirar afuera, sentir cómo la ciudad se iba apartando de mí, presenciar la brusca transición del terreno urbanizado al paisaje

abierto.

Los campesinos ya habían comenzado a segar el heno. Por entre las hileras de árboles, los prados ardían en todas las gradaciones de verde. Oscuro y brillante allí donde la hierba aún no había sido cortada por la guadaña, blanquecino y amarillento allí donde los tallos cosechados se secaban al calor. Por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista, criadas y gañanes, tocados con pañuelos o gorras para protegerse del sol, se afanaban en voltear el heno, disponerlo en pacas o cargarlo en carros que, al ir llenándose de pilas cada vez más altas, adquirían la apariencia de juncos chinos. Había que darse prisa. Aun siendo domingo por la mañana. Amenazaba tormenta. El rocío debía evaporarse de las cañas antes de que comenzara a llover.

Si bien no niego que aquel espectáculo me cautivaba, para mí la campiña siempre ha significado mucho más que un idílico decorado, aunque aquel día se esmeró en aparentar exactamente eso, un decorado, provisto hasta de bastidores en forma de hileras de árboles y arbustos y campos lejanos que desfilaban con lentitud ante las ventanillas. De niña, el hermano mayor de mi madre ya me había mostrado durante nuestros paseos vespertinos por los alrededores de la casa de verano de la familia que todo cuanto nos rodeaba existía en primera instancia gracias a su utilitaria eficiencia, y que la belleza venerada por mí era un simple derivado de la necesidad, ciertamente para bien, pero involuntaria. Cualquier árbol o arbusto sería talado tarde o temprano: los troncos harían de vigas o de madera para herramientas y las ramas se usarían para trenzar la multitud de cestos empleados para llevar al mercado huevos, hortalizas, frutas y aves de corral. Hasta los setos vivos que compartimentaban el paisaje en confortables habitáculos servían más que nada para mantener a las alimañas alejadas de los campos y para proteger los cultivos contra los mazazos más violentos de la brisa marina, no para complacerme a mí, o a mi padre, que buscaba en la campiña ante todo la prueba de la exactitud de los cuadros que él apreciaba, por supuesto siempre acordes con sus gustos personales. De hecho, los lienzos de los pintores más jóvenes, quienes en los últimos años antes de la guerra comenzaron a modelar cada vez más sus campesinos y mujeres de pescadores, transformando el color en un barro oscuro en el que moldeaban las

figuras, le parecían toscos y rudos, mientras que yo me los quedaba mirando boquiabierta. Para mí desvelaban justamente el alma de la campiña, la tierra impersonal de la que estamos hechos todos. He venido observando con la respiración contenida la labor del tiempo en aquellas pinturas. A lo largo de los años he visto las manchas de color cuartearse con parsimonia a modo de paisajes, las nubes de tormenta tornarse aún más tormentosas y las figuras entregadas a la labranza y el espigueo desmoronarse bajo aquellos cielos hasta formar grumos de materia animada.

Como es natural, sentía envidia, y sigo sintiéndola a día de hoy. Envidia de los pintores, de su vocabulario cromático. Envidia por ser incapaz de moler el lenguaje en un mortero y volverlo más líquido o más pastoso a discreción mezclándolo con aceite, y de crear colores nuevos agregando un poco de polvo de una palabra al polvo de otra. Envidia, también, por no disponer de un lenguaje que permita aplicar un fondo que se trasluzca a través del tejido de tonalidades superpuestas. Envidia por soñar con un idioma carente de significado pero cuajado de intensidad, un significado que excede al significado, y que más que leer haya que contemplar, con el saber letrado del ojo, con la erudición de la retina. Esas palabras y relatos no los pondría en un cuaderno, sino en una suerte de álbum: un bloc de dibujo donde, al doblar las páginas, apareciera unas veces una miniatura, otras una pintura de género, hojas repletas de estudios, divertimentos en grisalla, acuarelas de ambiente marino, tan transparentes que entrase en juego hasta la textura del papel; alternándose con folios regados de sombra, habitaciones de noche, estancias oscurecidas rayando en lo abstracto, donde el pomo de una puerta pinchase las tinieblas en un alfilerazo de luz, tan realista como el destello de la cadena de reloj que percibí en la oscuridad de uno de los compartimentos del tren al dar la vuelta en el pasillo después de que mi madre suspirara:

—Helena, ¿por qué no te sientas con nosotros? Te vas a quedar bizca de tanto mirar.

Si hubiera tenido oportunidad de leer las líneas anteriores sin duda se habría quitado con un gesto de irritación las medias gafas de las cuales ya no podía prescindir a partir de cierta edad y, apretándolas nerviosa en el puño derecho, me habría espetado enojada: «No te

explayes tanto y pon algún punto de vez en cuando. Una frase no es una salchicha».

El bamboleo del vagón y la música de las ruedas sobre los raíles sumieron a los pasajeros en un trance somnoliento, esa mezcla de espera y expectación, de provisionalidad y templada impaciencia, inherente al viaje.

Tomé asiento. Mi madre estaba leyendo un librito que se traía todos los años. Llevaba por título Guide pittoresque des chemins de fer, y describía todos los lugares de interés por los que pasaba el tren. La cortinilla le impedía verlos, pero, aparentemente, eso no le importaba.

Mi hermano se había adormilado. Retiré los periódicos de sus rodillas con cuidado de no despertarle.

—¿Dicen algo interesante?—preguntó mi madre.

Negué con la cabeza.

—No mucho. Historias de amor y poco más.

—Ah, pues nada…—sonrió encogiéndose de hombros—. Si hay algo que merezca la pena me lo lees, ¿de acuerdo?

No había gran cosa. El tedio estival ya se infiltraba en las columnas. Anuncios de pensiones ubicadas cerca de la playa. El calendario de los conciertos que ofrecería la fanfarria en el parque de la ciudad y el elenco de los artistas de cuarta categoría que actuarían en el casino interpretando popurrís de renombradas operetas. Un breve comunicado para informar de que Su Majestad se marchaba unos días a Suiza. Una carta al director en la que un señor con aires de suficiencia, ocupado en organizar un evento deportivo en la costa, ensalzaba el efecto reconfortante de los «clubes de gimnasia» sobre lo que él llamaba «nuestras jóvenes promesas», una excelente preparación para las responsabilidades de la vida laboral y la disciplina del cuartel.

—«Conviene subrayar en primera instancia—leí articulando la última palabra con cierta ironía para destacar su carácter oficialista

—el aspecto moral de la gimnasia, porque quien acere sus músculos resistirá de forma automática a la tentación de los locales nocturnos y de los tugurios donde tantos muchachos no adquieren más que ideas malsanas, generadas—me aclaré la garganta—por un canto de sirenas de principios indecentes y antigubernamentales…».

—¡Bravo!—asintió mi madre.

—¿Dónde se celebra ese evento?—quiso saber mi hermano mientras se incorporaba con pereza y se frotaba los ojos.

—En Ostende…

—Vaya por Dios, pues este tren nos lleva en el sentido equivocado…

Hacía calor. Detrás de la cortinilla, la luz del mediodía se avivaba y el aire seco de nuestro compartimento olía cada vez más a la madera y al terciopelo de los asientos. Mi madre se había repantigado un poco y tenía los ojos cerrados. Apoyé la cabeza contra la pared lateral, de tal modo que, entre la cortina y el cristal, pudiera ver deslizarse el paisaje. A veces el tren disminuía la velocidad y se detenía en una estación principal para repostar combustible y agua. Entonces el andén se convertía en un hervidero de cabezas de niños, rubios copetes, trenzas, dedos que tamborileaban sobre la parte inferior de la ventana, hasta que el jefe de estación ahuyentaba a la infantil barahúnda nada más que con la severidad de su uniforme.

Domingo en la campiña. Aldeanos de punta en blanco, esperando junto a la vía bajo la marquesina. Blancas camisas almidonadas, trajes negros, gorras. Tras la estación, por lo general, una plaza, deslumbrante a la luz del mediodía, un pequeño jardín municipal, tabernas abarrotadas, rutilantes tejados y por encima de todo, invariablemente, la aguja de un campanario. Entre semana habríamos escuchado el arrastre y el hueco golpeteo de los zuecos sobre el pavimento, en cualquier caso por la mañana temprano, cuando las campesinas acudían al mercado a despachar sus mercancías, y habríamos visto a los jóvenes varones de camino a su trabajo en la ciudad. De habérselo propuesto, hubieran podido atravesar fácilmente en un solo día el país entero para volver a

dormir en su propia cama por la noche. Los ferrocarriles de mi patria se ramificaban hasta llegar a los caseríos más remotos, garantizando a cada cual una movilidad óptima con el paradójico fin de mantener, en la medida de lo posible, a todos donde estaban. Como parecía suceder también aquel domingo. Cada cosa en su sitio, cada cosa a su tiempo.

Contemplé a mi madre, adormilada sobre el asiento, con el dedo índice de la mano derecha entre las páginas del librito que reposaba en su regazo. Con el paso de los años se transformaría en esa clase de matronas en expansión, empeñadas en embutir sus formas, hasta el último suspiro, en las viejas colleras. Al final, enferma ya, con los ojos hundidos y la tez grisácea a causa del cáncer que le carcomía las entrañas, daba la impresión de que carecía de osamenta y de que se tenía en pie única y exclusivamente por obra y gracia de la empalizada de sus ropas interiores, de las cuales su cuerpo se escurría casi cual papilla cada vez que me encargaba de desatar aquellos ganchos y sacar aquellos botones de los ojales para prepararla de cara a la noche.

—¿Está dormida?—me preguntó mi hermano.

—Creo que sí…

Se levantó y abrió con cautela la puerta de nuestro compartimento.

—Tengo la vejiga a punto de estallar—susurró—. Voy a sacar un momento a mi joven promesa.

—Te he oído—gruñó mi madre, sin abrir los ojos, aunque expresando su desdén más que de sobra con las cejas.

No fue hasta última hora de la tarde, mientras tomábamos algo en la cantina de la estación donde debíamos hacer transbordo, cuando caímos en la cuenta de que tal vez la conmoción en la plaza superaba la animación propia de cualquier domingo. En las terrazas de los bares y su entorno la gente conversaba acaloradamente.

—A ver qué pasa—dijo mi hermano mientras se levantaba de la mesa.

—Cualquier bobada—me tranquilizó mi madre.

Mi hermano tardó un buen rato en regresar.

—Al parecer, han asesinado al príncipe heredero—nos comunicó.

—¿Al nuestro?—preguntó mi madre, incrédula.

—Al austríaco. En Serbia. A él y a su mujer. Algún loco que los ha tiroteado.

Mi hermano se sentó, desplegó la servilleta sobre los muslos y le dio un mordisco al bocadillo.

—Seguro que se armará una buena en el Este.

—Bah, allí andan siempre armándola…—replicó mi madre, despreocupada—. Aunque, claro, no por eso es menos trágico. Pobre gente. Nadie se merece algo así.

Por mucho que intentase considerar lo ocurrido como una tragedia, no conseguí hacerme una idea de la persona oculta tras el hombre de las pocas fotografías e imágenes que había visto en los periódicos. Todas ellas mostraban a un tipo de elevada estatura, mejillas un tanto gordinflonas, espeso bigote y una más que prominente redondez en torno al ombligo. Para mi gusto despedía un aire de pánfilo, aún con más razón cuando lucía uniforme de gala y llevaba en la cabeza un casco coronado por una gallina muerta. Además, no se le conocían amantes ni otros hábitos que invitaran a la discreción y a la correspondiente indiscreción.

—En fin, ya nos enteraremos mañana por el periódico—concluyó mi madre.

Intuí en sus palabras ese deje de avidez que solía manifestar cuando leía y comentaba en voz alta los ecos de la alta sociedad recogidos en los diarios, como si las diferentes casas reales la invitaran una tarde sí y otra también a tomar el té. Se vanagloriaba de ser una republicana de pura cepa. «Pero bueno, habiendo reyes, que los haya», gustaba de pontificar, fiel a su predilección por los razonamientos circulares.

Nuestra propia reina, a la que a veces tildaba de «ratón de Wittelbach», exhibía a su juicio un comportamiento poco regio. En esos casos, mi padre acostumbraba a añadir: «En aquella pajarera sólo hay aves raras. En un palacio uno no se cría con normalidad». A excepción del príncipe heredero de Austria. Mi padre se lo había encontrado un día a primera hora de la mañana en el paseo marítimo de Blankenberge y le había parecido un tipo llano. «Sin ínfulas de ninguna clase. Me saludó con la misma sencillez que cualquier hombre de a pie».

Traté de figurármelos, al archiduque y a su consorte, recién llegados a la muerte, codo con codo, cada uno en un ataúd abierto, las manos juntas, los ojos cerrados, quién sabe si con el espanto del fatídico instante petrificado en su carne ya fría, pero mi hermano interrumpió mis ensoñaciones.

—¡Qué rosbif más delicioso!—suspiró, imitando a mi padre.

Se había terminado el bocadillo y dejó la servilleta al lado de su plato.

—Además, allí en Viena hay Habsburgos a porrillo. No es el primer caballo al que tienen que sustituir.

Llegamos a última hora de la tarde. Un criado de mi tío nos aguardaba con un carruaje, y había otro para el transporte de nuestros bultos. Nada más bajar del tren se operó en mi madre la transformación de todos los años. Su habitual desabrimiento se esfumó. Afloraba una mujer jovial que conversaba alegremente con el interventor, ofrecía una generosa propina a los maleteros y hasta tuteaba a los sirvientes, en un francés bastante menos preciosista del que hablaba en casa, donde sus frases aparecían en toda circunstancia impregnadas de una exactitud sin duda atribuible a fines didácticos. Como por arte de magia, brotaba de boca de mi madre la dicción breve y cortante de su tierra natal.

Y cuando el cochero le entregó «por cortesía de su patrón» una cesta con una jarra de vino y tres copas de estaño no rechazó el obsequio mostrando reserva, sino que se lo pasó a mi hermano.

—Adelante, mon ami. Sírvenos algo de beber…

El criado tiró de las riendas y el carruaje se puso en movimiento. El chirrido de las ruedas sobre el adoquinado de las calles resonaba en las fachadas de las casas, donde abajo las lámparas se encendían tras los cristales y arriba entraban bocanadas de frescor y oxígeno por las ventanas abiertas. En la plaza principal, las sillas plegables del concierto de la tarde reposaban ya cerradas contra las paredes del quiosco, y en la terraza de la cervecería local los últimos clientes vaciaban sus vasos mientras, a sus espaldas, en la iluminada sala, el tabernero limpiaba las sillas y las colocaba encima de las mesas.

La noche comenzaba a teñirse de azul. Pronto dejamos atrás las casas. El landó nos conducía por entre los campos más allá del cerco arbolado que amurallaba la pequeña ciudad. Mi nariz advirtió el olor del verano, ese olor específico a tierra y a hierba y a trigo. El paisaje se deshacía en suaves ondulaciones y, en los valles de escasa profundidad, la neblina se elevaba poco a poco entre los alisos que flanqueaban los riachuelos y los arroyos.

Respiré a pleno pulmón, y vi que mi madre me observaba complacida. Parecía deleitarse en la concordia que, según ella creía, reinaba entre nosotras, encantada como estaba de regresar a los

lugares donde en sus tiempos de juventud había vivido tantas horas dichosas. Posiblemente fuera la nostalgia la que le llevaba a retornar todos los años. Aunque yo asumí luego ese mismo ritual mientras existió la casa de Francia—acompañándola a ésta, lo mismo que a mi madre, hasta su lecho de muerte—, a mí jamás me impulsó la añoranza de una época pretérita ni el anhelo de hospedar el pasado en refugios más duraderos que la carne efímera o las piedras expuestas a la erosión. Habitar el presente exige a la imaginación un esfuerzo tan intenso como evocar el pasado o rastrear los contornos del porvenir. Hacemos sitio, creamos espacio. Nadie puede apropiarse del tiempo sin alojarlo en una arquitectura de la esperanza, o al menos en las glorietas del fantasma, dotándolo de ritmo y proporciones, porque todo es música. Por más que, a juicio de mi tío, la belleza del paisaje que me circundaba aquella tarde fuese indeliberada, secundaria, a mí me proporcionaba un enorme placer, y si ahora pudiera hablar con él le diría que todo cuanto se extendía a mi alrededor no era, en efecto, mera belleza natural, pero sí belleza. No había nada que la mano del hombre no hubiera rozado, desde la propia tierra, de la cual los primeros habitantes de la región arrancaron en su día las rocas más grandes para poder cultivar el suelo, hasta los campanarios, y todo ello conformaba una vasta catedral apaisada, en obras desde hacía centurias, siempre inconclusa.

—No te estarás quedando destemplada, hija—me dijo mi madre mientras sacaba una manta de viaje y la desplegaba sobre mis rodillas y las suyas—. Llegaremos enseguida.

—Por mí no te preocupes, ya me encargo yo de entrar en calor—soltó mi hermano, aparentando enojo por no tener con qué cubrirse.

Volvió a llenar su copa. Mi madre se esforzó por poner cara de enfado, pero estaba de demasiado buen humor como para esbozar un gesto convincente.

El camino enfiló la tenue cuesta que nos resultaba tan familiar. Los sembrados y las flores de la cuneta donde cantaban los grillos cedieron el paso a una densa población de árboles por entre los cuales ya se había instalado la oscuridad. Más adelante, en cuanto el boscaje se hizo menos espeso, vislumbramos la valla con verja, entre gris y azul en el crepúsculo, y, justo debajo de la cornisa del

tejado, los ventanucos arqueados de las caballerizas que apenas dejaban entrar la luz, de modo que allí dentro parecía de noche incluso durante el día. Cuando era muy pequeña, ninguna otra cosa me colmaba de miedo sublime como aquellas eternas tinieblas, donde se oía con frecuencia el tintineo de cadenas y se escuchaba que algo vivo respiraba o resoplaba dando fuertes patadas sobre el pavimento de ladrillo. Y se producía una y otra vez ese momento de asombro, expectación y terror que me cortaba el aliento, cuando los palafreneros se internaban en los establos para salir poco después llevando de las riendas a unas cabalgaduras que, más que caballos, semejaban locomotoras de músculos y crines, con una piel extraordinariamente sensible, sacudida sin cesar por tics nerviosos. Eran inmensas bestias mecánicas, colosos troyanos cuyos orificios nasales expulsaban, en las mañanas más frías, nubes de vapor. A su lado, el corcel que tiraba de nuestro carruaje parecía una frágil bailarina. Tan cerca ya del destino, el animal aligeró la marcha entre bufidos. El criado pegó un silbido, y al otro lado de la valla los perros echaron a ladrar. La verja se abrió ante nosotros.

Nada más detenerse en el patio, el landó fue asaltado por un grupo de niños vocingleros que nos recibían entre risas o con una mueca tímida, mientras los adolescentes, algo más reservados, contemplaban la escena desde un segundo plano y nos saludaban con una inclinación de cabeza. Eran los retoños de los numerosos sirvientes y criadas que vivían en las pequeñas granjas repartidas por toda la propiedad de la familia de mi madre y que trabajaban en los establos y los graneros emplazados en torno a la casa donde nosotros residiríamos las semanas siguientes. Hacía mucho que mis parientes ya no labraban ellos mismos el campo, salvo en ocasiones muy contadas en época de cosecha, cuando siempre faltaban manos. En realidad, mi tío, que había estado observando nuestra llegada desde la distancia, era sobre todo un hombre de negocios.

Se abrió camino por entre el hervidero infantil y ayudó primero a bajar a mi madre. Mientras se daban dos besos vi que, por un instante, la mirada de mi madre quedaba prendida de la abundante cabellera de mi tío, de su hermosa melena cana, invariablemente enmarañada, que siempre parecía recordarle ese punto de indómito, de salvaje, que había en él.

—Marianne…—articuló mi tío entre el primer y el segundo beso.

—Théo…—replicó mi madre, con una intimidad que no precisaba de más sílabas y con la resignación, al menos por parte de ella, de quien quiere de corazón a los suyos sin amarlos en todo y cada uno de sus aspectos.

Yo le tenía mucho cariño a mi tío, precisamente por su indiferencia hacia toda clase de convenciones, un rasgo que mi madre achacaba a un chorrito de mala sangre procedente de la familia de su padre, de la cual temía que algunas gotas hubiesen ido a parar también a mis venas.

—Veo que el aperitivo para el camino ha tenido éxito, petit—se rio al ver que mi hermano descendía del carruaje con paso titubeante.

—Un vino excelente…—afirmó Edgard sin poder controlar el hipo —. ¡En serio!

Se estrecharon la mano, mi tío le dio un pellizco en el hombro y le cogió la barbilla entre el pulgar y el dedo índice en un gesto paternal.

—Me alegro. Por fin alguien se toma la molestia de honrar mi bodega como es debido…

En cuanto mi tío soltó a mi hermano supe que, acto seguido, pronunciaría mi nombre y exclamaría por enésimo año consecutivo que no dejaba de crecer y que ese verano sin duda debería desmocharme como un álamo, «porque has de saber, mi querida sobrina, que los álamos comienzan a desequilibrarse desde muy jóvenes».

Los sirvientes acudieron a saludarnos uno a uno, con la gorra en la mano, la camisa arremangada hasta los codos, levemente inclinados sobre la respetuosa distancia que marcaba su apretón de manos, como si fuéramos una delegación de diplomáticos recién llegados a una corte extranjera; lo cual, en efecto, parecía ser el caso, en aquel enclave protegido del resto del mundo por los elevados muros de los establos y los graneros, el huerto, el corral, el vergel y el jardín de frutos rojos: un microcosmos con costumbres propias,

encarnadas al máximo en las figuras de la mujer de mi tío y su hermana gemela soltera, a la que mi hermano, con la ironía de mi padre, llamaba, siempre y cuando ella no se hallase cerca, «la sombra inseparable». De hecho, también ahora, mientras salen de la casa mirando por turno para no resbalar, con sus pies enfundados en zapatillas, y descienden los escalones de piedra de sillar que conducen de la puerta al patio, en sus livianos quimonos, con sus cabellos recogidos y sus mejillas empolvadas en exceso, las dos mujeres parecen desprender una luz crepuscular. Oigo el suave tintineo del oro que campanillea en sus orejas, y como siempre, al saludarnos, me sorprende el tacto de su piel sobre mis labios, casi tan suave como el interior de un merengue, aun habiendo perdido en buena parte su tersura juvenil, y a pesar de la gruesa capa de maquillaje que, vista desde lejos, confiere a ambos semblantes un frío reflejo como de jade.

Me intriga su vida aislada entre los muros de la casa natal de mi madre. El ala ocupada por ellas y mi tío está formada por un conjunto de estancias espaciosas separadas unas de otras por una doble puerta de considerable anchura. Desde el primer momento, el parqué de los suelos sofoca con un vil crujido cualquier tentativa de indiscreto fisgoneo, de modo que jamás puedo espiarlas en su íntimo tocador, ubicado entre el comedor y el salón, borrando mi presencia mientras hacen susurrar entre sus dedos las grandes hojas de las revistas de moda que consultan intercambiando gorgoritos de admiración. Su entorno se presenta tan amortiguado y tan enguatado como ellas mismas. En sus batas sin gracia, vagamente inspiradas en lo que ven en aquellas revistas, aunque luego remodeladas de arriba abajo de acuerdo con sus gustos excéntricos, guardan un notable parecido con gusanos de seda de tamaño sobrenatural, embutidos en un capullo de textil extravagante, orugas que no se molestan en llegar a ser mariposas.

Viven sumidas en una desidia exquisita. Se pasan la mayor parte del día engalanando los atuendos y peinados de una y de otra para luego desmontar el enjaezamiento en un ritual nocturno cuando se preparan para irse a la cama, así que no sólo recuerdan a los gusanos de seda, sino también a cualquier planta exótica que gaste toda su energía en una floración tan exuberante como efímera, además de absolutamente puntual; tantos días después de tal luna

llena a contar desde el equinoccio y eso durante el brevísimo lapso de tiempo en que el sol se encuentra justo encima de la tierra, algo así, porque, en realidad, el mediodía era el único momento en que mi tía y su hermana no estaban ocupadas en cambiarse de ropa y retocar sus peinados.

Los quimonos que vestían aquella noche, cuando se acercaban a pasitos cortos, calzadas con chinelas, pertenecían a esa clase de perifollos que mi madre calificaba con cierto desdén de «arreglado sin arreglar». Para colmo, las dos hermanas eran originarias de Tourcoing. La mera forma en que pronunciaba ese nombre delataba qué mala fortuna habían tenido los nacidos en ese lugar. «¡Tourcoing!», pontificaba mi madre a veces, como si el término en sí bastara como veredicto.

Después de sentarse a la mesa bajo el haya, donde mi tío mandó servir una cena ligera, las hermanas procedieron a aplicarse en sus delicados tobillos toallitas con olor a aceite de melisa para ahuyentar los mosquitos que zumbaban en lo alto, encima de nuestras cabezas, al último calor.

Entretanto, mi tío comentaba el «incidente» y sus posibles consecuencias.

—¡Se va armar un jaleo!—exclamó mi hermano, a la vez que libaba la enésima copa de vino.

—Eso está claro—respondió mi tío—. Pero ¿dónde? Mientras se maten entre ellos en el Este no me quitarán el sueño, francamente.

—Quien te va a montar a ti un buen jaleo soy yo, amigo—interrumpió mi madre la conversación dirigiéndose a mi hermano —. Ni una copa más, ¿entendido?

—¡Sí, mon capitaine!—exclamó Edgard brindándole un torpe saludo militar

—Déjale—la apaciguó mi tío, y añadió—: Si quieres irte a dormir, querida, tu habitación está lista. Ya los vigilo yo…

—Me tranquiliza la idea…—contestó mi madre con una ironía que

no se le escapaba a nadie.

Aun así se levantó, desgreñó el rubio copete de mi hermano a modo de beso de despedida susurrándole «Pillo…», nos dio a mi tío y a mí una palmadita en el hombro y se retiró dentro de casa.

Al rato, tras una de las ventanas de arriba se encendió la luz de la lámpara de petróleo. Sólo había electricidad en la planta baja, y ni siquiera en todas las estancias, sino únicamente en la parte donde residían las dos hermanas y mi tío.

—¿Un purito, Edgard…?—preguntó él en tono de conspirador.

—Bueno, ¿por qué no?—respondió displicente mi hermano mientras se desperezaba en la silla.

Mi tío extrajo un pequeño estuche del bolsillo interior de su americana, lo abrió, se lo tendió con galantería a mi hermano, y luego a mí.

Decliné la oferta. Su firme propósito, puesto en escena todos los años con variable éxito, de inculcarnos al menos algunos de los vicios que sazonan la vida, como él lo expresaba, me parecía suficiente de por sí. Los pecados sin degustar son los que más tiempo conservan su aroma.

Las hermanas también cogieron un cigarro. Después de encenderlo, lo compartieron entre ambas.

—No hay nada mejor contra los mosquitos, ¿verdad, Josine?—observó mi tía con su voz de pito.

—Nada, Yolande—le contestó su hermana haciéndole eco.

Enmudecimos. A mi alrededor ardían tres puntos luminosos de color rojizo cada vez que las hermanas, mi tío y mi hermano daban una calada a sus puros. Me complacía en su placer mientras escuchaba los sonidos de la noche. Una vaca que mugía en alguna parte, más allá de las caballerizas. El primer grito de la lechuza. Los altos y estridentes chillidos de los murciélagos que surcaban el aire en torno a las copas de las hayas y el crujido de los insectos al ser triturados entre sus mandíbulas. Sobre la línea del tejado, al otro

extremo del patio, colgaba la última franja de luz, cada vez más débil.

—Esperemos a ver qué nos depara el día de mañana—dijo al fin mi tío con una voz agravada por el tabaco. Expulsó el humo—. Esperemos a ver…—repitió, más bajo.

Contemplé cómo terminaban de fumar sus cigarros, cómo sus rostros refulgían brevemente cuando inhalaban, llenando los vegueros de oxígeno, y cómo, después, la oscuridad se cernía sobre todos nosotros.

De todos los sirvientes que nos dieron la bienvenida la noche de nuestra llegada, al menos uno de cada tres estaría muerto apenas seis meses más tarde. Podría enumerar aquí sus nombres, erigir sobre el papel su túmulo encabezándolo con la inscripción «Mort pour la Patrie» [Muerto por la Patria], pero las estelas conmemorativas son eufemismos pesados como el plomo: páteras o guirnaldas de flores que depositamos sobre los altares para acallar el silencio de tantos cuerpos. Siempre me he tomado como una cuestión de honor leer uno a uno los nombres tallados en esos monumentos, hasta en los pueblos más pequeños, si bien su irreprochable orden me dejaba invariablemente un regusto agrio. Allí estaban, grabados por filas en la piedra, una letanía alfabética, como palabras en un diccionario, aunque sin la menor explicación, salvo el año de su nacimiento y la fecha de su muerte, que truncó sus jovencísimas etimologías.

Deberían existir mausoleos y vastos cementerios para extremidades arrancadas, piernas y brazos amputados, órganos desaparecidos. Deberían esculpirse lápidas bajo las cuales pudieran reposar, por ejemplo, las manos y los pies de Sylvain Gaillac, el hijo pequeño de los señores Gaillac, que regentaban una tienda de vinos y licores junto a la casa consistorial en el pueblo natal de mi madre y que, con una despreocupación típicamente francesa, restaban importancia al hecho de que su apuesto benjamín triunfara entre las chicas en las ferias, hasta que regresó sin manos y sin pies. Un cochinillo o un cordero lechal preparado para el asador: ése era el aspecto que tenía el muchacho, un niño de pecho, aunque alto como un hombre, sentado en una silla de ruedas, al que maman y papa no tenían más remedio que pasear por las ferias, donde ya ni tan siquiera las lecheras se dignaban mirarle. Él, Sylvain Gaillac, supuesto protagonista de unas cuantas desfloraciones llevadas a cabo entre los matorrales de detrás de los tiovivos, en plena noche de la verbena de San Juan, era alimentado tres veces al día como una cría de zorzal abandonado, cucharada tras cucharada, bocado tras bocado, y no sería capaz ni de limpiarse el culo durante el resto de su vida. Debería existir una capilla funeraria donde se rememorase sin ampuloso heroísmo el brazo derecho de nuestro palafrenero Adelin Rivière, muy apreciado por el único talento que pudo desplegar antes de que el frente le diezmara: su delicadeza al

atar las cuerdas y liberar al ternero de las entrañas de una vaca que amenazaba con sucumbir en el parto, la clarividencia de sus manos, tan alabada por mi tío cuando afirmaba que ese chico parecía intuir a través de sus manazas la posición del animal en el vientre y la manera de sacarlo sin hacerle daño. ¿Y dónde está la tumba para la mano izquierda de Hubertin, hombre sin méritos particulares cuya presencia no se valoró en su justa medida hasta el día en que su mano faltó en un corral donde cualquier ayuda era siempre bien recibida? Así fue como la guerra devolvió a muchos: previa retención de un porcentaje arbitrario de carne. Esa carne debería poder contar con sus propios camposantos, hileras de losas dedicadas a brazos, piernas, pies, dedos, o paredes con urnas cinerarias tras cuyas placas de piedra descansaran, por ejemplo, los testículos y el miembro de Olivier Douilhet, a la espera de ser reunificados con el resto de su dueño, quien, según se rumoreaba, sentía una pizca de triste orgullo cuando las señoras mostraban curiosidad por sus partes faltantes y recompensaba a algunas de ellas bajándose el pantalón y enseñándoles la raja entre los muslos que le permitía orinar como una mujer. Olivier Douilhet llegó a viejo, porque los eunucos viven muchos años, y a lo largo de su prolongada existencia se creyó más feliz que su camarada Claude Outremont, quien, por el efecto de las mismas granadas que emascularon a Olivier, conservó los testículos pero se quedó sin pene. Debería haber monumentos en honor a los trozos de carne anónimos, desaparecidos en combate: pedazos de torsos, músculos de muslo, traseros y vergas. Y osarios para las esquirlas de hombres como François Hautekier, uno de los hijos del herrero, a punto de suceder a su anciano padre al mando del yunque y las incandescentes carbonillas, pero en cuya cadera los médicos dejaron al desnudo un agujero artificial para poder extraer con la debida facilidad fragmentos de hueso con ayuda de unas tenazas, a medida que la gangrena se expandiera por su pierna y los microbios redujeran su cadera a una papilla negra.

Si por mí fuese, en aquellos cementerios para fragmentos de cuerpos no habría cruces ni tampoco estatuas de soldados dolientes apoyados en su espada con la cabeza gacha. En cambio, colocaría en unos nichos de cristal, emplazados en una columna o en una pared, los globos oculares de todos los que perdieron un ojo, incluidos los cuatro, si no fueron más, de unos muchachos de la

comarca, para que el pasado nos contemplara para siempre con los ojos bien abiertos, sin que jamás se cerrase una gorguera de pestañas sobre esas gélidas miradas. Una lápida monstruosa, obscena, no lo niego, pero no por eso menos conmemorativa, aunque no armoniosa y serena, sino socarrona y cínica, flagelante en silencio.

Comprendo por qué mi hermano acabaría por afirmar que, en general, quienes sufrieron lesiones corporales eran los más afortunados. Comprendo que las heridas, los orificios destapados o ya no, la membrana de piel donde se hallaban los maxilares antes de ser arrancados por las balas, las falanges perdidas, la órbita donde la pupila desaparecida había sido reemplazada por tierna carne fresca, dejaron en aquellos cuerpos lozanos una señal, aunque sólo fuera bajo la forma de una carencia que, por así decir, había esculpido en el propio tejido de cada cual un tabernáculo donde alojar su desdicha, del mismo modo que en la Edad Media las muelas y las uñas de los pies de los mártires y las astillas del madero de la cruz se guardaban en relicarios y se exhibían a los creyentes en ocasiones señaladas. Su desgracia—y aprovecho el amor de mi madre por las tautologías—era su desgracia.

Pero ¿qué hacer con los otros, con los que aparentemente salieron indemnes? ¿Qué mausoleo le convendría, por ejemplo, al joven Étienne Leboeuf, que tenía veinticuatro años cuando la guerra por fin terminó? Étienne Leboeuf, que vivió casi todas las batallas campales tras esa cicatriz de trincheras y alambres de espino que discurría entre la costa de mi patria y la frontera con Suiza, o quizá haya que puntualizar que aguardó a que pasaran, como esperamos a que amaine la tormenta que nos sorprende en pleno campo, y que luego, sin sufrir ni un solo rasguño, cambió nuevamente sus ropas de soldado por el blusón gris de campesino que se había quitado en el verano de 1914 para acudir como tantos, millones, al llamamiento de los generales, los ministros y los carteles de la plaza del mercado, donde de pronto figuraba aquel vocablo, inaccesible y virgen, aún no acribillado a definiciones ni alterado por el estertor de mis propios recuerdos: Guerre…

Étienne Leboeuf, veinticuatro años, con sus rizos castaños y sus ojos azules, y esa conmovedora nariz respingona sobre unos labios

siempre costrosos, Étienne Leboeuf, cuyo cuerpo pequeño y compacto recordaba en efecto el de un novillo, como indicaba su apellido, y en cuyos ojos brillaba ese punto de resignación de los terneros, Étienne Leboeuf, que no pronunció ni una sola palabra sobre la guerra, siendo ya de por sí poco locuaz. Me lo imagino en una trinchera con la firme resignación de un choto que se guarece de la tormenta bajo un árbol. Inconsciente del riesgo que corre, se frota contra el tronco. Impasible bajo el rayo más fulminante y los truenos más aterradores, al menos en apariencia, parpadea, mueve la cabeza, agita la cola y bate las orejas para sacudirse la lluvia de encima. Pienso en lo que mi hermano, no mucho más hablador, contaba muy de vez en cuando sobre la muerte absolutamente silenciosa de la cual se podía llegar a ser testigo en las trincheras, cuando el furriel, cargado con sus calderos de provisiones para los hombres de los puestos avanzados, resbalaba en una pasarela cercana y caía al absorbente fango de un cráter repleto de arenas movedizas. Oír el mudo dilema de quien sabe que, si se atreve a gritar, llamará la atención del enemigo, haciendo peligrar no sólo su propia vida sino sobre todo la de sus compañeros, y al mismo tiempo siente cómo se hunde brindando al barro la oportunidad de engullirle aún más a cada intento de liberarse con un movimiento del torso o de los brazos. «No podíamos hacer nada más que escuchar—decía mi hermano—, rechinando los dientes, gimiendo, despotricando por lo bajo; lo he vivido dos o tres veces, una de ellas tan cerca que oía respirar al muchacho, la obstinación con la que, en el último momento, se apoderó de las escudillas y el caldero de sopa en su infructuosa búsqueda de un agarradero. Todavía escucho tintinear la hojalata de las tapas y las asas cuando atrajo hacia sí la cesta con nuestra comida, el aliento en su nariz, más anheloso y más vehemente conforme se agudizaba la situación y realizaba un último esfuerzo por apartar el cieno con una escudilla, acelerando su sino a cada gesto. En aquel momento, pequeña gacela, recé y todo—me confesó mi hermano—. La agitada respiración, la tos y las arcadas al tragar el primer raudal de lodo y el último suspiro, se diría de decepción, antes de que la terrosa masa le cubriera los labios y la nariz, y el barrizal se cerrase sobre él. Me pregunto cuántos acabaron así, en un accidente estúpido, ni siquiera por culpa de las bombas».

Étienne Leboeuf no se ahogó en el fango, más bien al contrario: fue

su cuerpo pequeño y compacto, de novillo, el que absorbió el lodo. Me lo imagino por la noche en la trinchera durante un ataque con granadas, agazapado contra la pared de su refugio, resignado y silencioso, bajo el traqueteo de la chapa ondulada que no ofrece más que una leve separación entre su rechoncha figura y el infierno que hay encima de su cabeza. Étienne Leboeuf debió de ver pagodas de glebas, efímeros templos mayas de tierra y viejas osamentas, tocones de árboles y tejas y cimientos y cadáveres que aparecían allí donde impactaban y estallaban los proyectiles con un estruendo que nadie puede concebir, tampoco Étienne Leboeuf, quien, resignado como un ternero durante una tormenta, esperaba a que escampara, encogido en su madriguera, sin inmutarse, cerrando sólo los ojos ante la tierra en ebullición y los chorros de tripa del hombre al que vio reventar literalmente a su lado, el único incidente del que Étienne Leboeuf haya hablado nunca.

Étienne Leboeuf se sintió afortunado cuando, al cabo de la guerra, mi tío le contrató como gañán, tan dichoso como nos sentíamos nosotros con cualquiera que conservase todos sus órganos, y le agradeció a mi tío que, a diferencia de otros muchos campesinos, no le recriminara cuando se alejaba inesperadamente de las labores de la trilla o de los heladores martillazos del herrado de los caballos. A veces, en plena comida, sentado a la larga mesa de fuera, en época de cosecha, Étienne Leboeuf soltaba de buenas a primeras su tenedor o su cuchara y se retiraba corriendo al granero, y durante el batido de la leche o al oír los golpes de la trilladora en la que se quebrantaba la mies acostumbraba a dejarlo todo para desaparecer algunas horas. Quién iba a señalar con el dedo a las criadas, a las jóvenes viudas y a las demás, a todo ese género femenino que, descubierto el escondite del joven, cruzaban el corral a hurtadillas en dirección al henar, subían la escalera y le descubrían nada más percibir el temblor de la manta de hierba seca que le ocultaba, presa de las sacudidas de sus extremidades, auténticos terremotos a través de los cuales la guerra, su guerra, llamaba en vano a la puerta de su memoria, deseosa de desembarazarse de los tejidos y de los vasos sanguíneos para poder nacer, por fin, en el lenguaje. La carne que gime y tiembla en su ansia por hallar la palabra, y la palabra, incapaz de arrostrar tanta angustia estremecedora.

Quién iba a hablar mal de las mujeres que despojaban a Étienne

Leboeuf del heno como a un recién nacido de sus membranas, y tomaban su cabeza en brazos, aproximándola a sus ardientes pechos, meciéndole, acariciándole la frente, besándole en la nariz respingona, al tiempo que deslizaban una mano sobre el vientre del muchacho y le desabotonaban la bragueta para amasar su miembro hasta que palpitara, púrpura, en la palma de su mano, para luego subirse la falda y sentarse a horcajadas sobre él, decididas a acunar dentro de ellas el sordomudo dolor de su cuerpo. Étienne Leboeuf, que se sació de sexo como un lactante de leche materna. Quién sabe cuántas veces se le salvó la vida copulando, en el granero, tras alguna valla o en cualquier establo donde la criada de turno le encontrase boqueando de miedo bajo los flancos de una vaca, medio hundido sobre el taburete, con los dedos agarrotados alrededor de la ubre. Más de una vez volví sobre mis pasos con cuidado de no hacer ruido al oír en la oscuridad, entre los animales, balbuceos, gemidos, los susurros de la mujer que, apoyada contra el pesebre, le bajaba el pantalón por las nalgas y le guiaba hacia dentro con la mano. Quién sabe en cuántos sitios, ocultos o no, disimulados o no, llegó a ocurrir lo mismo. Debieron de ser muchos, innumerables, y, mientras tanto, los crucifijos y acetres sujetos a un clavo en la pared de madera se balanceaban alegremente al son de las sacudidas del cabecero de la cama, donde un cuerpo encontraba cobijo dentro de otro cuerpo, la danza de dos simios muertos de miedo.

Mi hermano diría más tarde: «Ahora los prostíbulos hacen aún mejores negocios que durante la guerra». La prostituta como último recurso para el hombre sin piernas, sin manos, o para el cíclope baboso que en su día fue el chico más guapo de toda la calle. Quién iba a negarle el consuelo de sentirse estrechado entre carnes cálidas y húmedas, quién se atrevía a burlarse de él cuando ese pobre hombre se aferraba, agradecido, como Sócrates a la copa de cicuta, al temblor, a fin de cuentas mucho más divino, previo al vaciado de las glándulas y al advenimiento del breve olvido. Sé de lo que hablo, habiendo servido yo también para eso, no sin gloria. Deberían existir monumentos para los innumerables Étienne Leboeuf y sus consoladoras, Étienne Leboeuf que acabó casándose, por cierto, con una de sus amantes y la fecundó nada menos que nueve veces con su angustia. Le veo ante mí, saliendo de la iglesia en domingo, en el pueblo donde vivía su familia, con su esposa del

brazo, rodeado de sus retoños: niñas parecidas a la madre y niños con el pequeño cuerpo achaparrado y, en los ojos, el reflejo de la cándida nostalgia bovina del padre, en torno al cual se agolpan, empeñados en arrancarle algunas monedas para comprar golosinas. Y el propio Étienne Leboeuf, que en ese instante me descubre bajo los tilos de la plaza de la iglesia y me saluda con timidez desde detrás del bastión de su prole: siempre tan callado, aunque más tranquilo, porque se ve seguro y a salvo.

Debería ser un monumento palpitante, cálido, un monumento a él y a sus amantes con vocación maternal, y a todos aquellos a los que representan: un recuerdo en honor al éxtasis y a la banalidad siempre un tanto irrisoria de nuestras cópulas, y quien se incline a tachar esta sugerencia de obscena habría de preguntarse con qué se queda, puesto a elegir entre las dos opciones a las que condujo aquella estúpida guerra, una alternativa que bien pueden simbolizar la cama y el cementerio militar. Cuando aquel diluvio de municiones y fango y escombros y muertos por fin se retiró, dejó atrás a unos náufragos que, ante el derrumbe del mundo, habían comprendido el mensaje: más vale buscar la salvación lo más lejos posible de la historia, ya sea en una dicha calma o en el útero de la muchedumbre, la dulce anestesia de la colectividad. Ése es el país que vi emerger de la sangre y la destrucción y, por fortuna, Dios tuvo la sabia ocurrencia de no tender un arco iris sobre aquella nueva tierra.

«Obsceno» es la palabra que reservo para el espectáculo de una plaza donde, extinguido el estruendo del fatal impacto y apagados los gemidos más desgarradores, los gorriones vuelven a aparearse en los hombros de la estatua, y donde el gato, en su lugar preferido al sol, sobre el alféizar de una casa burguesa, por encima de las manchas de sangre de la acera, se lame la piel como si nada hubiera sucedido. Obsceno es el riguroso orden de los cascos de soldados dispuestos en hileras que veo en un paseo marítimo a los pocos meses del estallido de la paz. Mi marido me ayuda a atravesar el omnipresente barro. Me exhorta a poner los pies allí donde él ha pisado primero y a no desviarme del sendero marcado por las resbaladizas tablas de madera, bajo las cuales oigo suspirar, a cada paso, la tierra ahogada. Lleva la cámara fotográfica colgando del hombro y sopesa dónde apoyar el trípode. El agua que fluye al pie

del dique comparte el pálido vocabulario del paisaje por el cual se va abriendo camino: ocre, verde opaco, marrón desvaído, bajo un cielo sin nubes de un resplandor procaz. Más que agua parece jugo gástrico, fermentando bajo el plomizo peso de la bóveda celeste en la tierra que los proyectiles han puesto al desnudo. Ni una sola línea de tejado ni una sola hilera de árboles alteran o ritman el horizonte. Todo cuanto podía llegar a deleitarme tanto en este paisaje ha desaparecido, las larguísimas procesiones de álamos, doblegando sus troncos y sus copas al viento como un cortejo de ciegos guiando a ciegos, y los tímidos pueblos acurrucados contra los campanarios como cerditos en busca de los pezones de su madre.

Los cascos yacen alineados sobre el talud de un dique, ni siquiera sé si son cascos belgas o alemanes. Si no me equivoco, nos encontramos en los aledaños de la ciudad de Diksmuide, el lugar desde el cual las salvas retumbaron por toda la llanura costera el día que conocí a mi marido, bajo las alas de hierro de los ángeles y el estruendo y mi risa histérica. Allí los frentes se hallaban muy cerca el uno del otro, separados sólo por el río, unos treinta metros como mucho. Señalo los cascos. Me recuerdan a tortugas marinas, salidas del agua para cavar un hoyo donde depositar sus huevos en este suelo, no tanto informe como repugnantemente cuajado de todas las formas concebibles; como si, insisto, como si la tierra, monstruosa placenta, modelara en el barro y en los cuerpos nuevas formas de vida, inimaginables criaturas híbridas, a fin de poblar con ellas su superficie desnuda, obscenamente desnuda. Quizá mi marido pueda fotografiar los cascos porque, a mi juicio, la imagen más sugerente continúa siendo aquella donde falta lo esencial, pero ¿qué es lo esencial? Debe fotografiar la guerra, pero ¿cómo registrar la nervadura de un desconcierto que, además del suelo, recorre las venas de millones de personas que se han quedado sin hijos, padres, hermanos, novios, esposos?

Años más tarde, años y años más tarde, cuando ya sólo mi marido y yo regresamos cada verano a la casa de mi tío, nos detenemos a otear un prado en la loma de un cerro junto a la frontera. La tierra ha sanado, ha reverdecido, está sembrada de jóvenes árboles y acoge de nuevo al ganado, pero aun así un campesino de los alrededores nos comenta que el suelo sigue preñado: «Si todos los que reposan aquí se levantaran, la tierra se movería como una

colcha en una cama llena de niños jugando».

A lo largo de las expediciones anuales que, después de la muerte de mi marido, emprendo con mi hija a la casa de Francia, por entonces ya vendida y vacía, escarbo en mi propio subsuelo en pos de algo así como pesar o conmiseración. Sin embargo, lo único que encuentro en mis cavidades es una vaga suerte de rencor, un mineral que no se deja refundir en otro más útil para mí, en simple aflicción, o en nostalgia si se quiere, y hago pagar a mi hija por mi impotencia. Descargo mi amargura contra su ser, contra quien es. Con una insistencia a la que no puede sustraerse, le pido una y otra vez que me lleve allí. Desde el fallecimiento de su padre, ya no me siento con fuerzas para conducir un automóvil.

Hablamos raras veces durante el camino. Ella sujeta el volante con ambas manos, la espalda recta como una vela, pertenece a esa clase de chóferes incapaces de relajarse, y yo estoy sentada a su lado, con el mapa sobre las piernas, aunque las dos sabemos que nos vamos a perder. Podría convertirse en un ritual familiar, propio de las amistades íntimas, uno que afirma no recordar el camino mientras que el otro va diciendo: «Reconozco ese cruce, y esa capilla junto a los tilos, creo que aquí debemos torcer a la izquierda». Pero nosotras no despegamos los labios y yo jamás consulto el mapa.

Tan pronto como nos aproximamos a la región fronteriza me guío por las siluetas de las colinas. A sus pies, las carreteras se demoran y se ramifican, tornándose cada vez más angostas, vasos capilares en el paisaje, como para guiarnos inadvertidamente al otro lado. Ni una nube de polvo delata nuestro recorrido.

Por momentos se me escapa una carcajada, tan turbadora como sarcástica, y constato que la terquedad de mi hija le impide preguntar de qué me río. Lo veo en sus puños crispados sobre el volante. Lo noto en la brusquedad con que acelera, o ralentiza, suelta el embrague o cambia de marcha, y pienso: «Aquí estamos, una madre y su hija, la única hechura que he expulsado de mi pelvis, trituradas por el chirriante silencio demoledor de padres e hijos. Dos mujeres juntas, dos pictogramas de rencor».

El mapa en mi regazo no es más que una tela que cubre mi vergüenza, el paño sobre el cual partimos nuestros panes ácimos.

Deseo perderme, y mi hija lo sabe. Frena con dureza y toma las curvas a toda velocidad, para que me maree, pero yo aguanto sin rechistar. Cada unión compone su propia banda sonora. Si la nuestra ha de ser el tamborileo del granizo, que así sea.

Espero y me callo, consciente de que tarde o temprano se cansará, dejará el coche aparcado en medio del verdor, se apeará, colocará su transistor sobre el capó, extenderá la manta en la hierba, sacará la cesta del picnic del maletero y se apoltronará con un libro en su silla plegable, como si incluso estuviera disfrutando de la excursión. Entonces me sentaré sobre la manta, me serviré pollo frío con generosidad y, para condimentar un poco más su repulsión, me pondré a hablar como una cotorra sobre ese suelo en el que reposan muy a desgana sus talones ceñidos con una fina correa, mi amado país, nacido del mar, desmigajado, ya me lo contaba mi padre, ese país que se hunde en las olas para luego resurgir, sin cesar, como la ropa blanca que una lavandera introduce en la colada, retira, escurre y vuelve a sumergir, decenas, cientos de veces a lo largo del tiempo terriblemente vasto que no recuerda en absoluto nuestras propias historias, ni siquiera como una leve comezón. Y ante eso llego siempre a la misma conclusión: todo es un gran cementerio. ¿A ti qué te parece, hija mía? ¿Crees que el mundo es viejísimo o, al contrario, muy joven? ¿En qué piensas al ver aflorar esas pinceladas cretácicas por entre la tierra vegetal, ahí y ahí y ahí? ¿En un cadáver como el mío, piel menguante, un esqueleto cada vez más desnudo? ¿O en que aquí por fin, por fin, vuelve a salirle al mundo la primera dentadura, dientes de leche que perforan las lisas encías? Dime, ¿tú qué opinas? Despliega los mapas con los que, como cualquier otra persona, significas, conjuras, deformas o combates el embotado subsuelo de la existencia. Todavía no sé por qué dirijo mi amargura contra ella, ni de dónde viene esa acre desolación, o por qué me muestro tan agriada en época de paz y me mostraba tan apacible cuando veía desfilar la guerra, en pleno verano abrasador, entre las casas de ladrillo color burdeos, los setos y los sauces, tan cerca y tan lejos.

Obscena fue también la muerte de Amélie Bonnard, fulminada sin previo aviso, la pequeña Amélie, la hija menor de Marie y Alberic Bonnard, siempre embutida en su abrigo de invierno, incluso aquella tarde soleada a últimos de agosto cuando dejó de existir. Quizá no se cambiaba el abrigo porque en su casa pasaban estrecheces y no tenía más ropa, o tal vez simplemente le gustaba esa prenda, pese a los botones gigantes y la gruesa tela de lana, demasiado calurosa para un día veraniego, y le agradaba lucirla, coqueta, con esos pasitos elegantes que siempre me llamaban la atención cuando la veía caminar a la panadería o a la escuela, como si careciera de músculos y su piel ocultase un mecanismo a base de resortes de plumas. Quizá se puso el abrigo cuando las amigas del vecindario fueron a buscarla para jugar afuera, en el prado de detrás de la iglesia, el antiguo cementerio de los pobres junto al arroyo, al amparo del seto espinoso, porque se sentía una bella y garbosa señora en miniatura. Ya se sabe cómo son las niñas pequeñas, irresistiblemente atraídas por las trenzas y las cintas y las horquillas y las cadenitas y la caja secreta de sus madres, de cuyo colorete se sirven a escondidas untándose en las mejillas una capa demasiado generosa de esencia de mujer aún inexperta.

Se ha maquillado con la torpeza de una chiquilla, la pequeña Amélie Bonnard. Como su padre trabaja en el ferrocarril y su madre gana algún dinero extra en la carnicería y la panadería, limpiando los recipientes de restos de masa y fregando el tajo, no hay nadie para vigilar a Amélie. ¿Qué hacer cuando se está a solas en casa a una hora furtiva, con el reloj de pared tocando a tedio y los brazos de la lámpara de cobre encima de la mesa del comedor convertidos en trapecio para las acrobacias de las moscas igual de hastiadas? ¿Quién sabría contenerse, no exponer sobre la mesa los tesoros de maman, desplegar el espejo de mano bajo las desganadas moscas, abrir la caja de colorete, oro puro para la vista, incienso y mirra, y aplicar el polvo con prodigalidad, demasiada prodigalidad, sobre el rostro, hasta asemejarse a una muñeca de porcelana y creerse maravillosa?

Y cuando las hijas de los vecinos y algunas otras muchachas desgarbadas del pueblo, jovencitas con las rodillas rellenas y los calcetines medio caídos, golpetean la ventana riéndose tontamente:

«Amélie, ¿te vienes con nosotras a jugar al escondite alrededor de la iglesia y al pañuelo junto al arroyo?», ¿quién no sucumbiría a la tentación de ponerse los mejores pendientes de maman para pavonearse como una damisela tras las niñas más mayores, cargando con el lujoso peso de aquellos pedazos de zafiro—imagínese—que a cada paso tiran de los lóbulos hasta casi rozar los hombros? Debió de sentirse regia y rica y hecha toda una señorita, Amélie Bonnard, y quizá ella no notara nada al correr detrás de sus amigas por el prado, reprimiendo el deseo de alcanzarlas por miedo a perder las joyas de su madre mientras iba saltando por la hierba. Quizá estaba tan absorta, quién sabe, que ni siquiera sintió dolor cuando la esquirla impactó en su nuca y, al otro lado de la pradera, las niñas se dispersaron presas del pánico.

Mi madre y yo nos dirigíamos al pueblo, «bajábamos», solíamos decir, pues el centro estaba situado en la llanura, al pie de la colina en la que se ocultaba la casa natal de mi madre, relativamente segura, protegida de forma natural por la cuesta que subía hasta el Bosque Perdido, como mi hermano y yo llamábamos a la franja arbolada que se extendía detrás de la casa hasta la cumbre del cerro. Íbamos por el estrecho sendero que descendía desde el huerto en el límite de la propiedad hasta una bocacalle de la plaza del ayuntamiento. Como casi todos los caballos habían sido requisados, dependíamos en gran medida de nuestros propios pies para desplazarnos. Resulta extraño resistir durante cuatro años un fenómeno que más tarde pasará a denominarse guerra mundial, mientras que, para nosotras, reducía el mundo a un pueblo y a la casa donde vivíamos.

Aquella tarde mi madre me hablaba con aspereza. Consideraba que yo también debía hacerme útil en los tiempos que corrían y, para su gusto, no ponía suficiente empeño en ese cometido. Unas semanas antes me había confiado, bajo su vigilancia, el cuidado de las aves del corral: limpiar las jaulas, cambiar el agua, darles de comer, recoger los huevos y contar los polluelos. Le dije que las gallinas me parecían animales necios, casi tanto como los pavos. Ella replicó que las gallinas no se crían para dar conversación.

«Te sobran sentimientos exquisitos, querida», concluyó en un tono que manifiestamente, pese a sugerir cordialidad, llevaba ya varios

días marinándose en vitriolo. Mientras me reprendía se sujetaba con una mano el sombrero de paja que llevaba en la cabeza. Por momentos, el seto vivo a ambos lados de la angosta y escabrosa senda se elevaba por encima de nuestras orejas y las ramas amenazaban con arrancarle la pamela. Yo no vestía ningún tocado. El verano había dejado atrás su punto culminante, las moras se sazonaban en las zarzas. Era la época de las arañas, que pendían como traicioneras estrellas en sus collares de seda, mecidas por una indolente brisa.

Al rato nos callamos. La irritación de mi madre había remitido. Cuando estábamos de vacaciones, sus malos humores se revelaban, por lo general, más pasajeros que el resto del tiempo, y más tarde caería en la cuenta de que, en todos los años que permanecimos separados de mi padre, sus menstruaciones jamás adquirieron la magnitud que tomaban en casa, como si por entonces su ser al completo se hallase impregnado de la profunda concentración que también se adueñó de ella cuando falleció Amélie Bonnard, mientras nosotras descendíamos por el camino y mi madre miraba dónde poner los pies para no tropezar y evitar que su falda quedara enganchada en los arbustos.

Abajo, el pueblo ardía por la tarde. Los tejados reflejaban la luz del sol, teñida ya de colores vespertinos, y, justo antes de las primeras casas, las nubes arrojaban máculas de sombra sobre los pastos y los rumiantes, desperdigados a su vez cual manchas de herrumbre por los prados bajo el azul del cielo. Más allá del casco urbano, al oeste, sobre la línea de costa que algunos días se divisaba incluso sin telescopio desde la buhardilla, encima del mar invisible, el cielo se tornaba aún más azul, azul como un sonido gutural.

Puedo comprender por qué mi hija, más tarde, durante la siguiente guerra, aquella mañana de domingo, de pie frente al ventanal del cuarto de estar, aquí abajo, junto a mí, a la espera de la comida, mirando afuera, donde la primavera en celo sopla una pintura abstracta de flores de castaño por la calle, dijo: «Pensaba que llovería todos los días…». Como si la guerra fuese un fenómeno meteorológico y los cielos proporcionaran a nuestras tragedias decorados pertinentes. Sin embargo, corría una tarde apacible en las postrimerías del verano de 1915. En el seto que había junto al

sendero comenzaban a cantar los primeros grillos, y por entre las ramas más bajas, detrás de los cardos y los herbajes, retumbaba el grito de la musaraña, al acecho de escarabajos y lombrices.

Primero oímos un silbido. Alzamos la vista a la par. Nos asomamos por encima de los arbustos, pero no vimos nada. Luego sonó un golpe, seguido de otro: breve, duro, seco. Nos agazapamos instintivamente tras el seto y, al levantar de nuevo la vista, manaron tras las casas en torno a la iglesia, en el límite del pueblo, dos fuentes de escombros y humo, no se le puede llamar de otro modo, dos garras que durante unos segundos se irguieron por encima de la línea de tejados antes de desplomarse.

Del eco de los impactos sobresalieron otros ruidos: la lluvia de cascajos, el tintineo de cristales rotos, ladridos de perros, voces que intercambiaban información, sin pánico, más bien agitadas. Mi madre y yo nos precipitamos hacia abajo, atraídas por la conmoción, sin pararnos a pensar en el posible peligro. Alcanzamos los primeros jardines antes de que la senda culebrease por entre dos fachadas camino de la plaza. Recuerdo que, de pronto, las hortalizas de madame Ducarne, en sus arriates dispuestos a cordel tras el seto, se me antojaron ridículas: las últimas judías verdes, los jóvenes puerros de invierno y los rábanos germinados alrededor de cuyas flores flotaba un ejército de mariposas, junto a la puerta trasera siempre abierta de la casa de madame Ducarne, y, sobre la tapa del aljibe bajo la ventana de la cocina, el cubo de madera y el eterno escardillo.

Por entre las fachadas: la fulgurante plaza, mujeres que van de un lado a otro, sin haberse quitado ni siquiera el mandil ensuciado por las tareas cotidianas, hombres que señalan algo en el aire. Una vez en la plaza comprobamos que indican el lugar donde el golpe ha arrancado de un soplo una chimenea, estrellándola contra los adoquines de la calle. Llegamos un tanto sofocadas, justo a tiempo para ver a las niñas. Las mayores llevan a las pequeñas en brazos. Las pequeñas lloran, las mayores se sobreponen y chillan:

—¡Amélie, Amélie Bonnard se ha caído y no se levanta…! ¡Allí!

Brazos estirados, dedos que apuntan a la iglesia, unas calles más adelante, donde la plazoleta de los tilos. Las mujeres se ponen en

marcha hacia allá, seguidas de mi madre y de mí. Detrás de nosotras, las niñas; las mayores aplacan el miedo de las pequeñas, les secan las lágrimas.

Sobre la iglesia planea una nube de polvo, una etérea mezcla de rojo pálido, ocre y blanco grisáceo.

—¡Allí, en el prado!—exclaman las niñas—. Está tumbada entre la hierba.

Sólo cuando pasamos al lado de la iglesia, rumbo al prado, descubrimos la brecha en el muro, y las cruces medio caídas sobre los sepulcros, y el humo que emerge de la nave. Una de las bombas ha debido de caer junto al presbiterio, en la estrecha senda de gravilla que separa el templo de la primera fila de sepulcros. Más tarde me enteré de lo de monsieur Bossuges, enterrado dos o tres semanas antes, monsieur Bossuges, rentista y notable autoproclamado, que se había hecho construir en vida una capilla funeraria donde la proliferación de querubines y otros emplumados parecía confirmar la sospecha de que también en el más allá esperaba gozar de cierto prestigio. Según se rumoreó, monsieur Bossuges había sido catapultado fuera del agujero abierto por uno de los proyectiles en la tierra y en su patético mausoleo unipersonal y había sido hallado, con su mejor traje, sin zapatos, atravesado sobre la lápida de mademoiselle Bernier, antigua maestra, como si hubiera tratado de saltar una valla de piedra para acostarse a su vera, lo cual, a juicio de mi tío, no habría sido del todo inverosímil. Antes de morir, monsieur Bossuges y mademoiselle Bernier vivían muy cerca el uno del otro, y a sus espaldas circulaban chismes de todo tipo que, esta vez en opinión de mi madre, habrían sonado mucho menos interesantes de haberse pronunciado simplemente en voz alta. «Sea como fuere, querida hermana—adujo mi tío a modo de conclusión—, ¿a quién se le ocurre hacerse enterrar con las gafas dentro del bolsillo interior de la americana?». Jamás he sabido qué había de verdad en toda esa historia, siendo mi tío bastante dado a exagerar. Cuando a los pocos días sepultamos a Amélie Bonnard, el ayuntamiento ya ha mandado recoger los escombros y cegar los cráteres. ¿Y los angelotes de monsieur Bossuges? Las puntas de sus alas esmaltadas relucen como dientes de leche en la arena.

Merced al colorete, Amélie Bonnard no tiene en absoluto la

apariencia de haber perdido la vida. Por el colorete y los pendientes, y por el espeso abrigo de invierno que lleva encima de su vestido de verano, tiene el aspecto de una niña que juega a hacerse la muerta a conciencia. Tardamos un rato en encontrarla, tendida en el suelo, de espaldas, un desgraciado fardo de sarga gris azulado entre la hierba cobriza de la incipiente noche. Al parecer, se volvió en un intento por desandar el camino, porque sus pies apuntan a la cancela en el seto y al polvoriento sendero, la boca entreabierta, los brazos junto al torso, los pequeños dedos crispados en una última convulsión bajo las gruesas mangas del abrigo. Los ojos, inexpresivos, miran fijamente al cielo despejado, sin ver los zuecos y los calcetines, las rodillas despellejadas, las faldas de las mujeres, ni el rostro de mi madre, que se arrodilla a su lado y, en un gesto inútil, porque todos sabemos que Amélie está muerta, posa el dorso de la mano sobre las mejillas de la niña, las mejillas empolvadas, luego gira la mano y la pasa por la frente de Amélie para cerrarle los ojos y, al fin, acopla el hueco de la palma de su mano a la barbilla de Amélie para unirla con la mandíbula superior.

—Habrá que avisar a Marie—dice sin alzar la vista, y cuando se incorpora veo que está al borde de las lágrimas.

No hace falta que nadie vaya a buscar a Marie. Por el sendero se acerca más gente. Superando el ruido de los pasos y las voces, madame Bonnard grita: «¡Amélie, Amélie! ¿Dónde estás?», mientras corre hacia nosotros, frotándose las manos en el delantal salpicado de grasa de la carnicería. Se abre camino por entre la multitud, entre los hombres, que la dejan pasar desconcertados, y los niños, a los que aparta con rudeza, hasta llegar donde mi madre y ponerse a su vez de rodillas, junto a su hija, sonrosada por el colorete, con los pendientes brillando en la hierba.

—Estúpida niña…—sisea con voz quebrada.

Da la impresión de que Amélie Bonnard está intacta, una costosa muñeca de mejillas coloradas abandonada por una consentida niña bien, pero cuando su madre se dispone a levantar la pequeña cabeza que descansa en la hierba retira con horror la mano roja de sangre de la nuca de Amélie después de hundir sus dedos en la blanda masa cerebral. Más que un grito, Marie Bonnard profiere un gemido que parecer brotar, no de su pecho, sino de sus tejidos y de

sus huesos, como si todos los tendones y articulaciones de su cuerpo plañesen en sus goznes. Mi madre se lleva la mano a la boca y vuelve la cabeza.

—Les enfants—masculla finalmente—. Saca a los niños de aquí, Hélène. Llévatelos a la plaza del ayuntamiento.

Sólo más tarde, cuando la limpiamos en casa, en el frescor del sótano, a la espera de que monsieur Véclin, carpintero reconvertido en empresario de pompas fúnebres, fabricara un ataúd, el color de la muerte salió a relucir en el pequeño cadáver de Amélie, y mi madre y yo, afanadas en lavar a la niña mientras su propia madre le acariciaba la ensangrentada cabellera con mirada ausente, tragamos saliva y nos mordimos ambas el labio inferior. Mi madre se había desprendido de su pañuelo para que monsieur Véclin pudiera vendar la cabeza de Amélie antes de levantar el cadáver, y al comprobar que la morgue había quedado destrozada y que monsieur Véclin, según confesó él mismo, no disponía de suficientes tablas de madera a causa de lo que él llamaba «la situación», de modo que no podría entregar el féretro de inmediato—«Y como comprenderá, madame Demont, con estos calores…»—, había vuelto a movilizarme: «Corre a casa, Hélène. Dile a tu tío que Madeleine vacíe y friegue el sótano refrigerado y que limpie la fresquera…». Y a monsieur Véclin: «Nosotros debemos de tener tablas en alguna parte…». Y otra vez a mí: «Hélène, pídele también a tu tío que envíe el carrito y trae una manta».

Así fue como aquel día la pequeña Amélie Bonnard llegó a nuestra casa al anochecer, bajo una manta, en un carrito tirado por un perro, seguida por un cortejo de mujeres y niños. Mi madre sujetaba a madame Bonnard, yo iba delante, junto al anciano sirviente encargado de guiar al perro. Nadie hablaba. A mi espalda se escuchaban sollozos contenidos. Las ruedas del carrito chirriaban sobre la grava, el perro jadeaba. En nuestro patio, madame Bonnard retiró a su hija del carro y la llevó en brazos adentro. Le mostramos el camino, por la escalera, hasta la planta del sótano, el pasillo abovedado situado debajo de la casa, con sus innumerables estancias laterales, entre ellas el cuarto refrigerado, con la pila de mármol y, en el centro, la fresquera de piedra, sobre la cual fue depositada Amélie Bonnard.

Después de echar a todos los curiosos, mi madre ordenó a la criada que trajera cántaros con agua, toallas, tinas y jabón. Desatamos las correas del calzado de Amélie. Madame Bonnard le quitó los pendientes y los guardó en el bolsillo del delantal que todavía llevaba puesto. Era incapaz de despegar la mirada del semblante de su hija, que se sonrojaba de forma tan poco natural en la muerte.

—Hemos avisado al abbé Foulard—anunció mi madre.

Marie Bonnard asintió con la cabeza sin alzar la vista.

—Está al llegar.

Desabotonamos el abrigo de Amélie, bregando con la rígida tela, que cedía de mala gana. Mi madre me indicó: «Quítale los calcetines», y luego se dirigió a la criada Madeleine, que nos observaba esperando en la puerta: «Ve a por unas vendas, arriba en el tocador».

Sacamos los pequeños brazos de las mangas, deslicé los zapatos de Amélie por sus talones, le bajé los calcetines por los tobillos y por el empeine de sus fríos pies. Madame Bonnard besó a su hija en la nariz, ayudó a incorporar el cuerpo y lo apoyó contra sus caderas mientras nosotras desembarazábamos a Amélie de su vestido y su camiseta interior, pasando las prendas con cuidado por su cabeza, que se movía reiteradamente hacia delante como si la niña siguiera viva, sumergida en un sueño profundo o presa de una fiebre elevada, pero la muerte ya le pintaba el cuerpo con su paleta invertida, retirando desde dentro el color de sus tejidos. La sangre se clarificaba en las venas, la escasa sangre que no se había derramado por la hierba, en los minutos posteriores al impacto. Las pálidas extremidades de Amélie, los brazos pesados, la barriga hinchada, el conmovedor pliegue del sexo infantil entre sus muslos, las ya azuladas uñas de los dedos contrastaban con su rostro empolvado aún más absurdo, por no decir, sigo repitiendo la palabra, obsceno. Mi madre se dio cuenta: cubrió los muslos de Amélie con una toalla y le quitó el colorete de las mejillas con una esponja húmeda.

—Enjabónala, Helena—me ordenó—. Coge un barreño y enjabónala.

Lavé los pies y los tobillos de Amélie, el hueco de sus rodillas. Mis gestos se prolongaban en los músculos inertes del cuerpo sin vida que se bamboleaba a cada movimiento de la manopla de baño. Le enjaboné las muñecas, los pliegues entre los dedos, los codos, las axilas como angostas capillas, donde jamás crecería el vello cuyo olor es capaz de volver loco de deseo a un hombre. Y yo pensé, por muy grosero que pueda parecer, en la semana anterior, cuando mi madre me obligó a ayudarla a sacrificar cuatro gallinas para la comida del domingo. Primero me señaló las víctimas, entre las cuales figuraba, por desgracia, la criatura a la que yo había bautizado por puro aburrimiento Madame de Staël, por ser un ave que irradiaba cierta nobleza, pero, según mi madre, el animal ya no volvería a poner un huevo en su vida y, por lo tanto, no servía más que para ennoblecer el caldo: «Deja de ponerles nombre, hija, eso sólo complica las cosas. Una gallina es una gallina, y punto».

Me encajó el animal y me espetó: «¡No lo sueltes, por el amor de Dios, o te las verás conmigo!». A través del plumaje sentí el calor de aquel ser vivo en la palma de mi mano, la carne que vibraba y palpitaba inquieta. La gallina ni siquiera opuso resistencia cuando mi madre me ordenó tumbarla sobre el tajo, sino que se sumió en un sueño hipnótico, cerrando los pálidos párpados sobre las pupilas frías como las de un reptil. Sólo cuando mi madre—a mi juicio, con una determinación chocante, manifestando de pronto un aspecto distinto de su persona, transformándose en una mujer que mostraba la misma rutinaria crueldad con la que Emilie reinaba sobre la vida y la muerte en su cocina—separó la cabeza del cuerpo con un golpe rotundo de la pesada tajadera, el animal pareció resucitar muriendo: el roce de las patas en mi antebrazo, el temblor, las sacudidas cada vez más tenues, las convulsiones que expulsaban la vida, a raudales de sangre caliente, de las venas y de las células, hasta que, al fin, las garras se relajaron y las contracciones musculares se debilitaron, y mi madre, con las mangas subidas, las manos en la cintura y el cuchillo ensangrentado firmemente sujeto en el puño, constató con satisfacción: «Bon, ya va una».

No sabría decir qué fue lo que más me consternó: sentir la muerte consumarse bajo mis dedos, o la transfiguración de mi madre, de una dama que en casa se habría calificado a sí misma de mundana sin ningún recato, si no fuera porque semejante afirmación

denotaba una vanidad desmedida, en una hembra capaz de partir cordones umbilicales y arterias con la misma sangre fría con la que ahora se esmeraba en preparar a aquella niña muerta para su último viaje.

—¿Por qué no vas preparando la ropa, Marie?—sugirió con tacto cuando estábamos terminando de secar a Amélie.

Madame Bonnard asintió y se volvió a la gran caja plana y a la bolsa que había sobre una de las mesas del sótano. Había ido a buscar el traje de comunión que Amélie debía haber llevado al año siguiente en la iglesia, el que su madre había vestido en su propia comunión.

—Con la ilusión que le hacía—susurró madame Bonnard mientras retiraba la tapa de la caja, desplegaba el delicado papel de seda, sin darse la vuelta, como si supiera que mi madre aprovecharía la ocasión para desatar el pañuelo enrollado en la cabeza de Amélie, con el cuidado de quien extrae del envoltorio un frágil obsequio.

Estaba oscureciendo a marchas forzadas.

—Ilumínanos un poco, Madeleine—dijo mi madre a la criada que seguía apoyada en la puerta, a la luz del candelabro que sostenía en la mano, más parecida que nunca a una basta escultura de madera, erosionada, con las extremidades superiores demasiado largas en proporción al resto de su cuerpo; y tal y como se hallaba apostada allí, con los brazos cruzados, esos brazos interminables con las gruesas manazas, con el candelero de llama susurrante en una de ellas, podría haber sido un espíritu salido de una lámpara maravillosa para cumplir en silencio los deseos de los demás.

Madeleine se aproximó y sujetó el candelabro encima del cuerpo de Amélie, tendido sobre la piedra, mientras mi madre acababa de desatar el pañuelo y lo desprendía despacio de la cabellera y la sangre coagulada. Madame Bonnard desplegó las ropas de su hija en la mesa, el traje de comunión, los calcetines blancos, los zapatitos del mismo color, el rosario de nácar y los pequeños guantes satinados, erigiendo su propia espalda incluso con mayor demostración que antes en mampara entre ella misma y mi madre. Toda su postura delató su esfuerzo por pensar en algo distinto. En cualquier cosa, pero no en la hija que estaba detrás de ella, no en el

pañuelo empapado de sangre que reposaba, ostentoso, en la fresquera, no en el agua de la palangana, cada vez más roja conforme mi madre sumergía y torcía el paño de algodón con el que le limpiaba la cabeza. Callábamos, la llama de la vela susurraba, el agua chapoteaba en la tina.

—Ayúdame un momento, Hélène.

Me acerqué. Mi madre tomó mi mano en la suya, alzó con la otra la cabeza de Amélie y deslizó la mía por debajo. La cabeza estaba fría, tan fría como la piedra sobre la cual había reposado. Sentí en los dedos cómo el fragmento suelto del cráneo de Amélie cedía bajo la presión de la palma de mi mano, y tuve la impresión de que la ausencia de vida, la presencia de la muerte, y hasta la muerte misma, su nada heladora, su fiesta de la congelación, su voraz coagulación, se propagaba a mis dedos desde aquella cabeza, que había dejado de ser definitivamente la de Amélie Bonnard, la niña entretenida en dar brincos por la hierba dos o tres horas antes, para convertirse en la cabeza de una difunta, que descansaba en mi mano como la curvatura de un cántaro agrietado.

Me estremecí. Más tarde mi madre diría: «Sentiste miedo, hija mía. Temes tanto a la muerte como todos. No te engañes». Sin embargo, en el momento mismo no articuló palabra. Interrumpió su trabajo y me miró, sosteniendo en las manos la larga venda con la que se proponía envolver la cabeza de Amélie, empezando por la nuca. Llevaba el cabello recogido en un moño y se le habían soltado algunos mechones, le caían sobre los ojos, que se clavaron en mí durante unos segundos, con esa mirada siempre más poderosa que mil bofetadas o reproches, que no precisaba de sílabas para hacerse inteligible: «Ni se te ocurra desmayarte o ni siquiera marearte». Aparté la vista. Mi madre vendó la cabeza de Amélie.

—Debemos darnos prisa—observó con voz queda.

Se refería a que el cuerpo comenzaba a ponerse rígido. Daba la sensación de que la cabeza de Amélie se hallaba atornillada a la nuca, de que los labios estaban más apretados que antes, reducidos a una raya entre rojo y azul en aquel cuerpo invertido hacia dentro. Todos los muertos hablan entre dientes.

Sonaron unos golpecitos. Madeleine depositó el candelero, se dirigió a la puerta y la entreabrió.

—Véclin—anunció con un gruñido.

Poseía un vocabulario de basalto, hablaba un lenguaje que retumbaba por su desgastado cuerpo de madera como el traqueteo de unas piedras en un tambor.

—Dile que espere—contestó mi madre—. Aún no hemos terminado. Envíale arriba. Que mi hermano le ofrezca algo de beber.

Madeleine cerró la puerta refunfuñando cualquier cosa. Mi madre se volvió y posó las manos sobre los hombros de madame Bonnard.

—Ya está, Marie. Vamos a vestirla. Ven, date la vuelta. Puedes quedarte aquí esta noche. Mandaré preparar una habitación.

Obsceno, lo repito. Obsceno el aspecto de Amélie Bonnard. Por la tarde, una niña colocándose el cabello detrás de la oreja ante el espejo antes de aplicarse el colorete de su madre en las mejillas, y por la noche, una mujercita muerta engalanada con traje de novia. Sus zapatos no parecían quedarle bien, demasiado grandes para unos talones tan pequeños, los guantes demasiado amanerados, el rosario demasiado patético, el velo que habíamos dispuesto sobre su cabeza y sobre el vendaje demasiado etéreo a la luz del cirio. Nos hallábamos a sus pies. Mi madre se quitó el delantal que había llevado puesto todo ese tiempo, enderezó los hombros y emitió un suspiro muy parecido a un sollozo reprimido. Volvieron a llamar a la puerta. Véclin. Mi madre dio a entender con la mirada que haríamos mejor en irnos. Entró monsieur Véclin, la gorra en la mano, saludó con una sumisa inclinación de la cabeza, y fue como si, allí al lado de mi madre, de pronto se encogiera. Le dejamos con madame Bonnard.

Al pasar por delante de mi madre y la criada Madeleine, en dirección a la escalera que había al fondo del pasillo del sótano, oí a mi madre susurrar:

—Estate atenta, Madeleine. Si se atreve a facturar una sola de nuestras tablas de madera le parto la crisma con su propio martillo.

Se fue la noche y apuntó el día. En el sótano, madame Bonnard velaba a su hija muerta. La gente acudía a rendir el último homenaje al cuerpo, pero el trasiego se calmó conforme avanzaba la mañana. Inclinadas sobre la tina ubicada bajo los árboles, mi madre y la criada Madeleine lavaron la ropa manchada de sangre de la pequeña Amélie; además, la pobre se había orinado encima al morir.

—¡Siéntate a la sombra, Hélène!—me recomendó mi madre a gritos —. Hace demasiado calor. A ver si te da una insolación.

Se aproximaba el mediodía. El sol caldeaba el patio transformándolo en una patena de forja para el culto al paso del astro por el cénit.

Sólo los animales eran capaces de mirar al mediodía a los ojos, ciegos ante su ardor disolvente, sordos ante el mudo tumulto de las cosas que desencadenaba el meridiano de la jornada, cuyo estruendo sobrepasaba en mis oídos el rugir de los cañones en el horizonte, que casi ya no oíamos salvo cuando cesaba. El mediodía ponía al descubierto la desnudez del mundo, dejándolo con el trasero al aire, esa obscena—la palabra me persigue—y torva sonrisa de su ruda indiferencia. Daba golpecitos en las juntas de las losas y, con sus patas de lagarto, subía entre susurros por los zarcillos de la hiedra en la fachada lateral de la casa a mis espaldas.

Las palomas arrullaron, reclamando para ellas el silencio, y el rugido pareció enmudecer. En el sótano, Amélie Bonnard, cada hora más fundida con su propio yo muerto, atraía hacia sí las tinieblas, diluyéndose en el líquido amniótico de la gran nada, por muy blanca que apareciese en su mortaja, por muy pálida que reposara bajo su velo de flores de puntilla.

—Si viene la muerte—le comento a Rachida—le tenderé los brazos, y me encontrará tal y como tú me has dejado, pulcramente peinada y con un collar al cuello.

—Querrá bailar con usted, doña Helena—se ríe.

Es ella la que me conduce del sillón a la cama, desliza sus brazos

bajo mis axilas para levantarme un instante antes de tumbarme en el colchón, me agarra las piernas por los tobillos y las coloca sobre la sábana, luego sacude los almohadones y los acomoda en mis caderas y mi espalda y, por último, corre las cortinas. Ya no me agrada el mediodía, no como antes.

—Y ahora a echarse una pequeña siesta—susurra, y se va, escaleras abajo, a la cocina.

Quizá se siente a descansar un rato en una silla en el jardín, se suba los anchos pantalones para mostrarle al sol sus rodillas y encienda un cigarro, esos pequeños pecados que se permite a hurtadillas, bajo la mueca de plomo del demonio meridiano.

En mis lugares secretos, contra la fachada lateral de la casa de verano, trataba de absorber, medio disimulada, el calor de la hora cenital, permaneciendo tan quieta como las lagartijas, siempre proclives a escurrirse por entre las anchas juntas que separaban las losas de granito azul; vencían su temor y abandonaban sus rendijas, asomando primero la cabecita color esmeralda sobre la sombra de su cobijo para luego, en un abrir y cerrar de ojos, salir de su escondite y paralizarse bajo mi mirada sobre la piedra crepitante.

La indiferencia de esos pequeños reptiles podía llegar a despertar mi envidia. Su divina inercia se me antojaba un elixir cuyas fórmulas ocultas no lograba descomponer en mi propio tejido conjuntivo. No era más que una postulante, dentro de mí había aún demasiado roedor, demasiada diligencia de ratón gris como para familiarizarme con la estricta doctrina de la imperturbabilidad. Y si regreso ahora a quien era yo entonces, allí sobre el granito, descubro en aquel anhelo de impasibilidad el núcleo en torno al cual se iría depositando, en los años posteriores, la carne agridulce del ser que acabaría siendo a la fuerza: una criatura dotada de un alma sin calor, ávida por dormir inmóvil sobre una piedra ardiente en la larga tarde de la historia, tan impermeable al espanto como al esplendor. Deseaba quitarme de encima los tejidos viejos, mudar las capas de piel muerta a modo de largas frases bien construidas para no tener que conformarme jamás con una forma definitiva, ansiosa por emular a aquellas lagartijas en su capacidad de renunciar a su cola, dejándola en las fauces de cualquier depredador. No crea, pues, que esta porción de lenguaje que coletea en su boca le vaya a

revelar la verdadera naturaleza de la bestia.

En uno de los graneros, monsieur Véclin ultimaba el ataúd de Amélie. Los martillazos que inundaban el patio desde su taller de trabajo transmitían un punto de temor, como si las silenciosas y reiteradas visitas de la criada Madeleine, decidida a cumplir a rajatabla la orden de mi madre de no bajar la guardia, le intimidaran de tal manera que se contuviese al manipular sus herramientas.

Madeleine podía «estar estando» como nadie. Tenía el don de detenerse como el sol sobre los muros de Jericó. Ya «está estando», decíamos cuando, al pasar frente a la ventana del comedor o al atravesar el patio con dos cubos de sobras para los cerdos, se paraba en seco, con los cubos moviéndose de uno a otro lado del asa en sus gruesas manos. Mi madre empleaba la expresión con especial donaire. No me extrañaría que la acuñara ella, ya que se trataba por así decir de una tautología concentrada, el non plus ultra de sus definiciones en espejo. Al articular «Madeleine ya "está estando"» ponía en los verbos un énfasis sutil que los despegaba por un instante de la oración, difundiendo un eco de significaciones insospechadas. No necesitaba metáforas. Era una experta en dejar «estar estando» sus palabras de forma tan misteriosa como podía «estar estando» Madeleine.

Pues bien, la criada «está estando» en un rincón del granero, junto a la puerta abierta al corral adyacente, mientras contempla, con sus manazas en los bolsillos del mandil, cómo monsieur Véclin lija las rugosas tablas, y aunque aparentemente no presta atención a nada en especial sé a ciencia cierta que registra cada viruta que el cepillo del carpintero empuja por la tabla, de la cual se desprende un acre olor a madera seca, el olor de la paciencia de los árboles.

Véclin se limpia el sudor de la cara con el dorso de la mano. Madeleine «está estando» y observa. Luego se lo contará todo a mi madre.

—Apetece un tazón de café con hielo y una buena cucharada de azúcar—masculla Véclin, y añade esperanzado—: Con este calor…

Madeleine sale de su inercia de madera esculpida, traga un sorbo de

saliva, a juzgar por el ruido mezclada con mocos espesos, que va bajando por detrás de las arrugas verticales que conforman una suerte de bolsa de piel entre su mandíbula inferior y su clavícula, y afirma:

—Es demasiado temprano. Aquí se toma el café más tarde, después de la siesta. Trabaje, amigo. Para que podamos enterrar a esa pobre niña cuanto antes. Luego el café le sabrá el doble de bueno.

Aguardo a que la muerte se manifieste en los objetos, la hora desnuda en que las cosas se defolian y se tornan huesudas y silenciosas, incapaces de revestir las costumbres y los significados con los que solemos envolverlas, como si se produjera un breve instante de simbólica ingravidez en que el mundo se olvidara de su coherencia y Dios Mismo retirase Sus manos de la creación, haciendo que todo se estremezca, cara a cara consigo mismo. Me pregunto si algún día lo que hacemos y no hacemos dejará de ser mero desconcierto modulado.

Al mediodía todos se retiraron en la penumbra de la casa, que parecía subir del sótano, donde la niña reposaba sobre la fría piedra. Arriba, en su dormitorio, mi madre se desembarazó de sus ballenas con ayuda de la criada. La oigo resoplar mientras duerme, aquí, en el meridiano de este relato.

Yo deseaba dormir y al mismo tiempo permanecer desvelada, con la ampulosidad de la conciencia alerta, pero también dejarme vencer por ese duermevela que, como un buen padre, nos conoce mejor de lo que queremos admitir y se muestra siempre sensato.

El rugido de los cañones, en el este, en el norte, hacia el sur, se amplificaba, se debilitaba, volvía a cobrar fuerza, un sordo golpeo, como el de un puño gigante en una mesa, muy a lo lejos. El sudor reptaba por mi cabeza, entre mis cabellos, hacia abajo, resbalando por el rabillo de mis ojos, a lo largo de las aletas de mi nariz. Los cerdos se cocían en su baño de fango con sus vientres de terracota y los gatos espiaban las silenciosas explosiones de la luz a través de los ojos de cerradura de sus pupilas.

No he reencontrado los mediodías de entonces más que en Van Gogh. Sus trémulos soles y las emborronadas vías lácteas de sus

vibrantes noches negras; las insoportables tinieblas que le angustiaban tanto que las trufaba de estrellas luminosas como la tórrida exuberancia del eterno mediodía de su locura. Él conocía el delirio de los gatos, pero no lograba conciliar su sueño y, por lo tanto, le devoró el demonio.

La hora meridiana es la de Emilie. En su cocina, abajo en el sótano, se desata el mandil, se desparrama sobre una silla que hace tiempo ha dejado de gemir bajo su peso, sus prehistóricas posaderas, y se abanica con sus faldas. La luz del sol hace sonrojar el cobre de las cazuelas en el fogón.

El mediodía es el cielo de agua de mar, el semblante de mi padre suspendido sobre el horizonte del sueño, el amargo olor a yodo y la textura de la arena que rechina contra mi frente en el hueco de su clavícula, entre mis pantorrillas y el largo vello oscuro de sus antebrazos. Siento latir su corazón bajo mi frente, el pulso de la arteria en su cuello. Un poco más y la propia luz del sol se caerá ruidosamente de todas las cosas, los fotones rebotarán por doquier como canicas, o vendrá mi madre, que se ha despertado sin yo darme cuenta, a agarrarme por los hombros y a gritarme que estoy chiflada, una fanática religiosa, y que si acaso no tiene suficiente con un hijo del que preocuparse, ignorando si sigue vivo, si está indemne, con buena salud.

Ella no era únicamente mi madre, el ser que me tejió a mí de su tejido y su sangre, un telar de carne y hueso de generaciones. Era también, en un orden ajeno al de la biología, la madre de la identidad. Deseaba instalar en mí la impaciencia que se impone entre nosotros y el inagotable mundo y sus cosas, objeto de exploración cuando en la infancia salimos volando con las alas de Hermes atadas a nuestros tobillos, y que obliga a un compromiso, la impaciencia que se carbonizaba a la hora del mediodía, cuando rezar no servía de nada.

Sé con certeza que me enseñó a degollar gallinas y me mandó lavar el cadáver de la niña para hacerme ver que el ser humano no puede demorarse hasta la eternidad ante la puerta de lo infinito y sus esplendorosos panoramas. Un buen día hemos de darnos media vuelta para meternos de nuevo adentro, por decirlo de alguna manera, aceptando el mundo en su exterioridad y partiendo de la

idea, para comodidad de todos, de que las cosas son lo que son: una gallina es una gallina y un ser humano es un ser humano, y del mismo modo que la gallina cacarea, el ser humano está llamado a hablar por naturaleza.

No he conseguido llegar a la edad adulta de ese modo, y todavía hoy me asombro de los innumerables armisticios que firmamos a diario, sin acoger sus condiciones con una imprecación o el más leve suspiro, y menos aún con una sonrisa burlona. Pero ¿quién soy yo? La clase de niña que en el patio del colegio deja las reglas de la rayuela para las demás, convenciéndose a sí misma de que sus míseras faltas cosechan admiración.

En el otoño en que todo el mundo cae enfermo ayudo a mi madre a desvestirse. Mientras la desaparejo para la siesta discutimos, la única vez que discutimos de verdad. Al soltar los ganchos y los cordones de su corsé, ese cáliz de correas y telas que se desploma negro como las alas de un murciélago (¿acaso es porque puede respirar más libremente que mi madre estalla, se desata?), veo que sus pechos pierden volumen y se relajan sobre sus costillas. Sus pezones me miran como diciendo: «Sé indulgente con ella, está alterada». Y bajo la piel de su vientre se desliza una blanda emulsión, su grasa maternal, hacia el ombligo, en torno a las caderas (pienso: «Qué bella es, qué tremendamente bella, mi madre, la mujer de las ciénagas, y más ahora, al retirar las horquillas de su peinado y su melena cae, con un alivio casi audible, en cascadas sobre sus omóplatos, una cortina de largos cabellos finos, un tapiz, color castaño, con motas grises»).

No sabría explicar ahora por qué revienta, cuál es el motivo exacto, por qué solloza más de lo que grita, a qué se debe esa rabia desolada que expulsa estremecida a través de la grasa de sus caderas, su ombligo, los fatigados senos, los agrietados pezones (pienso: «Qué bella eres, ¿por qué has de perecer algún día?»). Rechaza el camisón que tiendo ante ella para pasárselo por la cabeza (veo su espalda en el espejo junto a la ventana, la luna llena de sus nalgas, la espiral de cabellos que se abre en abanico por encima de sus caderas). Está de pie, me parece que angustiada, lloriqueando, los ojos enrojecidos, y detrás de ella, en la mesilla de noche, la última carta de mi padre antes de que la guerra nos

separase. Se cubre los pechos con los brazos. ¿Qué quiere decirme, qué grita, qué me echa en cara articulando aquellos retazos mitad palabra, mitad sollozo? Se da la vuelta, se examina en el espejo, tira de su melena envolviendo con ella sus senos, una Eva repudiada, me mira con los ojos hinchados por las lágrimas, desesperada. Sus cabellos parecen fluir hacia el exterior por entre las rendijas de los postigos de las ventanas (o a la inversa, da la impresión de que mi madre pretende atraer hacia sí el maltrecho mundo al completo, enfundarse en la deshilachada colcha de hileras de casas, orificios de bala, cráteres, campos labrados invadidos por la maleza, calles con su cariada dentadura de fachadas agujereadas, y los cementerios y las tumbas y los muertos y todo).

Introduce el dedo índice en la boca, quizá se ha vuelto a pinchar con uno de los alfileres durante esa eterna labor de remiendo. La he oído rasgar costuras, la he visto arrancar las mangas de los hombros de un par de abrigos viejos, en compañía de las hermanas gemelas, como si estuvieran descuartizando a un hereje (ya intuía yo por los tirones y los abruptos meneos que algo no iba bien).

Ella dice: «Tengo calor». Yo digo: «Afuera está helando, maman, jamás ha hecho tanto frío». Al fin, me deja pasarle el camisón por la cabeza, la oigo despotricar entre los pliegues: «¿Por qué no tengo discusiones normales con mi hija?». Ella misma se encarga de bajar la tela por su torso y de colocar los lazos. «Sobre flores, moda, teatro. En vez de disputar sobre…». Alza de nuevo la vista, mirándose en el espejo, se le saltan de nuevo las lágrimas, le tiembla la barbilla, hurga en busca de una palabra: «… ¡consonantes!».

Me tronché de risa. Mi madre me lanzó una mirada como un proyectil, fue hasta la cama, apartó las mantas y se acostó. Me acerqué y me incliné hacia delante para arroparla, pero ella agarró mis muñecas con ambas manos y me miró a los ojos.

No he oído a nadie susurrar con tanta dulzura, escupirme la hiel a la cara con tal vileza, dando en el blanco con la precisión de una cobra:

—T'as sacrifié ta prudence à ce drôle monsieur Herbère, n'est-ce pas, chérie? [Has sacrificado tu prudencia a ese tal monsieur

Herbère, ¿verdad, querida?].

Di la vuelta y me dirigí a la puerta. Pensé: «Tiene fiebre, ella también, está desvariando».

Esperó a que me hallara con un pie fuera de la habitación para asestarme el golpe mortal, por la espalda. Optando aposta por el francés macarrónico al que recurría cuando se mofaba de mí, me espetó:

—No me vengas con milongas, mamzel. No soy tonta.

Le vi de nuevo un año después de que muriera la niña. Una tarde se abrió la puerta del pórtico de la iglesia, interrumpiendo mis cavilaciones en la oscuridad de la nave lateral, donde solía refugiarme cuando mi madre me enviaba abajo a echar alguna carta al correo, ir de compras o llevar huevos a gente enferma o anciana, misiones que cumplía lo antes posible a fin de robar un poco de tiempo para mí, y durante esos escasos momentos de libertad me agradaba perderme en la iglesia, siempre fresca y sombría en verano, y siempre tranquila fuera del horario de oficios.

A raíz del impacto de los proyectiles, los obreros habían tapado provisionalmente la brecha en el presbiterio con listones y tela de lona verde pálido y habían apartado los escombros a un lado, contra la pared de la nave lateral, sin duda con la idea de seleccionar en su día los restos de estuco u otros ornamentos utilizables: más tarde, cuando todo hubiera pasado y despertáramos de la temporalidad que nos atenazaba.

Los santos que habían salido despedidos por la deflagración y cuyos pies de piedra aún descansaban sobre los pedestales pegados a las columnas se sostenían contra el muro junto al improvisado altar mayor del transepto. La primera misa que el abbé Foulard celebró allí fue la de la niña, al poco de su muerte, en la fecha que marca el final del verano. Aquella mañana el viento cambió de dirección, y durante todo el servicio hizo ondear lánguidamente, como una inerte ala verde, un extremo mal sujeto de la lona. Sentados en torno al féretro, del que mi madre contaba una y otra vez las tablas, las primeras lluvias regaban el suelo cada vez que el aire alzaba la tela.

Cargado con tres bolsas de larga correa colgando del hombro y una pequeña maleta de madera bajo el brazo pasó a mi lado al recorrer la nave central hasta el coro, atraído por la luz que se filtraba por las rendijas en la cubierta de enlistonado y lona impermeable para luego deslizarse por las paredes y proyectarse en haces sobre los cascotes y las imágenes de santos.

Permaneció allí un rato, sin soltar su equipo, miró a su alrededor, en busca de una buena perspectiva desde la cual captar aquella luz, depositó sus bultos sobre unas sillas, justo delante del presbiterio,

observó el juego de luces, se inclinó sobre una de las bolsas, abrió la maleta de madera y sólo al enderezarse de nuevo, con una cámara plegable en la mano, su mirada se posó sobre mí. Me hallaba sentada en la sombra. No me reconoció enseguida, frunció el ceño, esbozó una sonrisa:

—Mademoiselle Demont… What a pleasant surprise… [Qué sorpresa tan grata…].

Vino hacia mí para saludarme.

Tras nuestro primer encuentro y el pequeño incidente de aquella noche en el casino no le escribí ninguna carta, ni traté de averiguar quién era, si alguien le conocía o dónde residía. Si tenía que suceder algo ya se presentaría la oportunidad. Mi madre calificaba esa actitud de hiperromántica, y quizá estuviera en lo cierto. El amor siempre ha tenido sobre mí un efecto paralizante, digamos que me volvía fatalista. Si no reviste el carácter del destino a la vez que de una bendición me deja fría, o mejor dicho, no lo llamo amor.

Él sacaba fotografías para personas a las que calificaba, no sin cierto retintín, de «my clients» [mis clientes]. Gente de los periódicos del otro lado del canal de la Mancha, siempre necesitada de material, de preferencia obtenido a través de fuentes distintas a los fotógrafos oficiales. Lo que más les gustaba a sus clientes eran las ruinas de iglesias y los niños.

—Works miracles, it seems, a good ruin in the dailies [Según parece, una bonita ruina en un periódico hace milagros].

Debía actuar a escondidas y de manera más o menos anónima. Aunque no disponía de autorización oficial, se las arreglaba bastante bien. Según decía, tenía buenos contactos. Era el ayudante de uno de los mandamases de una prestigiosa agencia de prensa:

—Gracias a mi padre. Friends in high places… [Amigos en las altas esferas…].

Me daba la impresión de que lo lamentaba.

—No te creas que me ha pedido mi opinión. Simplemente, no

querría ver a su querido hijo saltar por los aires, en cualquier fangal de Flandes o…—sus dedos tamborileaban irritados sobre la cámara al ritmo con que escupía las palabras—de los bloody fucking Dar-da-nelles… [putos Dardanelos de mierda].

Cuando le hablé de Amélie y le comenté que debería haber venido un año antes soltó una risilla sarcástica.

—No dead kiddies, miss. No corpses [Nada de niños muertos, señorita. Nada de cadáveres]. Menuda inconveniencia tener a gente muriéndose de verdad en la guerra…, a no ser que consigan hacerlo con gracia, claro está. Me encontré a uno así hace un par de semanas, cerca de Ypres. No se ve a menudo. Qué elegancia, qué forma de caerse, el tipo se parecía a ese puñetero Adán de Miguel Ángel. Y estaba igual de desnudo, me temo. Another inconvenience. No nudity! [Otra inconveniencia. ¡Nada de desnudos!]. Si por un casual llegara a morir en esta guerra, señorita Demont…—Me miró fijamente—. Por favor, asegúrese de llevar la ropa puesta…

—I'll try my best, monsieur [Lo intentaré con todas mis fuerzas, señor].

Tomó varias instantáneas del interior de la iglesia, el coro desierto con la brecha, el altar mayor provisional en el transepto, y luego expresó su deseo de fotografiarme a mí.

—No me gustaría aparecer en sus periódicos—protesté, demasiado coqueta.

No se dio por vencido.

—It's for my personal collection… [Es para mi colección personal…].

Le pregunté si conservaba en álbumes las imágenes de todas sus conquistas.

—Sure, piles of them [Pues sí, a montones]. —Me guiñó el ojo—. Ya he perdido la cuenta…

Me hizo dos o tres fotos, con la pequeña cámara que más tarde me regalaría.

—You seem quite a pensive person [Parece usted una persona bastante reflexiva]—observó con una mueca socarrona mientras disparaba; se acercó, haciendo ademán de volver a pulsar el botón —. A penny for your thoughts, we use to say in England [Un penique por sus pensamientos, como decimos en Inglaterra].

—Estaba pensando, mister Herbert, que si usted fuera una cebolla me encantaría pelarle.

Hizo una pausa, aguardó a que mirase de frente al objetivo.

—Well, me alivia saber que no me ve como un pastel de frutas. —Disparó de nuevo—. Aunque, si fuera una cebolla, miss Demont, la haría llorar.

Nos dispusimos a salir. Me hice cargo de alguna de las bolsas y le invité a tomar café en casa de mi tío. Me propuso que fuéramos en su automóvil. Lo había dejado aparcado en la plaza de la iglesia. Bajo la atónita mirada de medio pueblo me abrió la puerta como corresponde a un chófer galante, guardó su material fotográfico en el maletero y me llevó a casa. Mi madre se alegró. Mandó poner la mesa en el patio, a la umbría de los árboles. Al verla servir el café me di cuenta de cómo disfrutaba pudiendo retomar por un momento su papel de mujer burguesa con mundo.

—La guerra también trae alguna ventaja, mon cher monsieur—bromeó mientras le tendía la bandeja de galletas—. Ya no tengo miedo a los ratones. ¡Toda una hazaña!

Tras un carraspeo educado pero irónico, mi tío replicó, sin dejar de remover su café, que ésa era una razón de peso por la cual esperaba con ansiedad que la paz se restableciera pronto.

—Si esto continúa por mucho tiempo, no habrá ni un solo elefante que se libre de mi hermana…

Nos reímos. Acudieron las tías. Nada más llegar nosotros, se habían retirado a lo que llamaban su boudoir, el saloncito donde se acicalaban, para empolvarse y colorearse con más generosidad de lo habitual. No todos los días recibían la visita de un vrai héro.

Sus palabras hicieron ruborizar a monsieur Herbère, y ahora, cuando evoco a las dos mujeres, todas aderezadas, con la sobrecargada elegancia de la cerámica china, su recuerdo hace que me conmueva cada vez más a menudo. Si antes me burlaba del capullo de lazos y maquillaje y revistas sentimentaloides que tejían a su alrededor, no sería hasta mucho más tarde cuando entendí el empeño que ponían en salvaguardar ese emperifollado mundo de ensueño, su bastión particular, con la diligencia del castor que construye su presa. Y creo que, además, procuraban a mi tío una suerte de dulce distracción, sus dos mujercitas, que intrigaban a todos, curiosos por saber si se relevaban también en su lecho, empezando por mi madre, que sólo esperaba que aquella ambigüedad no se despejara nunca. Mi tío debió de considerarlas unas vivarachas aves exóticas que, de vez en cuando, abandonaban la jaula donde se encerraban por decisión propia para revolotear por la casa y enternecerle aterrizando en su dedo, dispuestas a deleitarle con sus trinos. A día de hoy, transcurridos muchos años, las dos hermanas me colman de una melancolía cada vez más profunda, tanto que por momentos debo reprimir las lágrimas cuando las recuerdo, cantarinas y arrulladoras, recortando las gruesas telas que mi madre se apresuró a acumular al estallar la guerra. ¿Por qué habrían de ser los rituales con las que ellas pretendían armarse contra la marcha de las cosas más ridículos que los nuestros?

—Díganos, coronel—gorjearon—. A su juicio, ¿cuánto durará esta… inconveniencia?

—Es imposible saberlo, señoras—respondió monsieur Herbère.

—Hemos llegado a un punto muerto. No se mueve nada. Estudiamos los mapas topográficos del ejército y creemos que la situación está controlada, pero lo que se vive sobre el terreno es… bueno, es…—Sacudió la cabeza con los ojos fijos en su taza.

Con toda probabilidad, habría querido emplear la palabra caos, o el infierno u otro término que se tragó rápidamente, sin duda porque pensó en mi hermano y en lo preocupada que estaba mi madre.

—En todo caso, nosotras hacemos lo posible por reconfortar a los soldados—exclamó mi tía—. ¿Verdad, Yolande?

—Escribimos cartas—asintió Yolande con fervor.

—Demostramos paciencia, tenemos esperanza y, sobre todo, escribimos. Ése es el deber patriótico de la mujer. Los chicos nos adoran…

Movieron la cabeza al unísono en señal de afirmación. Sus rostros, con las cejas depiladas y realzadas, semejaban dos máscaras.

Mi tío estiró los dedos y se quedó contemplando las uñas.

—Otra razón por la cual hay que darse prisa en restaurar la paz, monsieur. Más vale que a esos pobres diablos no se les ocurra venir a ver a sus madrinas… Se llevarían el susto de su vida.

Las tías protestaron.

—Tranquila, mi querida Yolande, que te conste que he echado al buzón tu última epístola—suspiró mi tío—. Se podrá decir cualquier cosa de ti, pero desde luego no que eres una morena lasciva.

Mi madre levantó la ceja derecha, su ceja moral, pero se calló. Ella también escribía. En términos muchos más prosaicos que las tías. Sus cartas hablaban de la energía que hacía falta para seguir adelante con la casa y la granja. «Sus» muchachos contestaban sus comunicados escrupulosamente, aunque de forma un tanto escueta, y, por lo general, la correspondencia se truncaba al poco tiempo. Supongo que sus misivas apenas despertaban ilusiones, y yo tenía prohibido escribir a soldados desconocidos. Mi cometido consistía en mantener a nuestros familiares de la Francia profunda al corriente del día a día. Intercambiar cartas con solitarios guerreros atrincherados le parecía a mi madre un punto arriesgado. «Empieza por dulces palabras sobre el papel—dejó caer un día—, y termina con muchos jadeos y signos de exclamación en el diván…».

—Paz—resopló mi tío resignado—. Cuando se acabe el dinero o el pueblo se rebele. O al revés: cuando el pueblo se acabe y el dinero se agite. Una guerra a crédito necesita tarde o temprano de la paz…

Mi futuro marido asintió y murmuró, más para sí que para nosotros:

—Lives are cheap these days… [Estos días las vidas no valen

mucho…].

Después de tomar café, él y yo dimos un paseo por el Bosque Perdido. Mi madre me había exhortado a enseñar los alrededores a nuestro invitado. Le llevé por los senderos hacia la cima, serpenteando por entre los árboles, hasta llegar a un claro desde el cual se podía otear el paisaje en dirección este.

No decíamos gran cosa, cansados del parloteo de las tías. De vez en cuando nos mirábamos de refilón y nos reíamos con timidez cuando nuestras miradas se cruzaban. Por supuesto, en la mesa, mi madre había aprovechado la ocasión para sonsacarle. Qué hacía su padre: ejercía de médico en un suburbio londinense. Si tenía hermanos: era hijo único. Su madre: falleció cuando él era todavía un niño, se crió con una tía en el norte del país, porque su madrastra no le quería demasiado. Vi que mi madre se enternecía al escucharle hablar. Le concedía un poco del afecto que en circunstancias normales hubiera reservado a mi hermano.

Me agradaban sus silencios. Era un solitario. Desde pequeño, habituado a valerse por sí mismo. Entretenido en sobrevivir, a cubierto, en la sombra, en la penumbra. El día que me comprometí con él en matrimonio, mi padre me llamó aparte y me preguntó, con el tópico trompeteándonos en los oídos, si le amaba.

«Amo lo trágico en él», respondí.

Mi padre quiso saber si eso bastaba.

Dejé la respuesta en suspenso.

Una vez arriba, nos detuvimos en el verde talud bajo las frondosas copas de los árboles, junto al campo de cebada que se desplegaba a nuestros pies, contemplando la campiña. Las nubes pendían casi inmóviles en el azul celeste por encima de los labrantíos y los setos, y de los remotos tejados. El viento del este podía llegar a traer el trueno de la lejana línea de frente hasta casa; el de poniente, más habitual, no tanto. En días claros se divisaban en el horizonte impalpables penachos de humo y, por la noche, vagos rayos de luz, como si sobre la tierra planease siempre la misma tormenta. Aquella tarde todo estaba calmo y tranquilo. El viento cantaba entre los

tallos, removiendo las espigas sin ganas.

Vino hacia mí y buscó mi mano.

No pude evitar una risita.

—Perfect setting for a kiss, monsieur? [¿Un marco ideal para un beso, señor?].

—Definitely… [Sin duda…].

No fue un beso que invitara a grandes lirismos, más bien una breve confirmación, de carácter poco menos que formal, de la alianza que se había forjado entre nosotros durante nuestro primer encuentro. Después me soltó y se colocó de espaldas a mí, con las manos en los bolsillos del pantalón, absorto en el paisaje.

—Looks like England—observé—. But with a French accent… [Se diría que es Inglaterra. Pero con un toque francés…].

Volvió la cabeza hacia mí.

—A bit like you then… [Un poco como usted, entonces]—sonrió por detrás del hombro.

Aquel mismo verano me mostró los frentes. Esperamos a que mi madre se marchara unos días con sus cuñadas a visitar a unos familiares que vivían cerca de París, un periplo precedido por grandes preparativos. Luego fui a hablar con mi tío, escudándome en el pretexto de que monsieur Herbère me invitaba a pasar sus dos días de licencia con él en la playa.

—Ah, une affairette…! [¡Ah, un romance!]—exclamó separando su silla del escritorio de la biblioteca.

Se levantó con un entusiasta «Finalement!» [¡Por fin!], al comprobar que, después de tantos años, su tentativa de someterme a una educación subversiva empezaba a dar frutos.

—Dos días en la playa, dos días en la playa—refunfuñó fingiendo disgusto—. Es un comienzo, imagino. Sé prudente, ma fille, aunque sin exagerar… Debo decírtelo, como embajador de Su Excelencia la Reina Madre, pero el simple ácrata que hay dentro de mí también tiene derechos…

Monsieur Herbère vino a buscarme por la mañana temprano, en un automóvil descapotable. El día, aún inmaculado, olía a hierba y a rocío. En lugar de entrar en el patio me esperó un poco antes para sustraerse a la vista de la criada Madeleine. Llevaba todo lo necesario para nuestro viaje: las cámaras, las bolsas, los documentos, entre ellos los permisos para los aparatos, para mí, salvoconductos para mil cosas, ahí donde fuera preciso ilustrados con las fotografías que me había hecho unas semanas antes en la iglesia. No me preguntaría hasta mucho más tarde, sin pedirle en ningún momento que me aclarase el asunto, si acaso lo había planeado todo de antemano, si nuestro reencuentro en la iglesia había sido de veras tan fortuito.

Aquel día algunas personas tenían permiso para visitar la zona del frente.

—Nunca vamos en convoy, sino de uno en uno—explicó—. Me juego la cabeza llevándote a ti, Helen.

Respondí que lo que arriesgaba él era una nimiedad comparado con la ira de mi madre si algún día llegaba a enterarse de nuestra

aventura. No lo supo jamás, siempre creyó que me había ido a la playa con ce drôle de monsieur Herbère y que había mancillado mi honra al abrigo de las dunas o en alguna pensión de dudosa calaña, con el tácito acuerdo de su hermano del alma, al que condenó a un invierno de malestar cuya duración se prolongó más de la cuenta, quizá porque comprendió que había perdido para siempre la batalla por mi alma.

Tras conducir un buen rato por carreteras solitarias y no ver más que campesinos de camino a sus sembrados, sentimos la conmoción de encontrarnos de bruces con una riada de soldados, el polvo, el olor a sudor y a cuerpos, el silencio, el paso de todas esas suelas sobre la arena y los cantos rodados; un flujo de brazos y cabezas, torsos y hombros que nos aspiraba hacia el interior del sistema vascular del organismo bélico, propulsado por los incontables glóbulos sanguíneos individuales que se abrían paso por entre los elevados taludes bajo los ramajes de los arbustos y los árboles.

En algunos puntos, allí donde la calzada se estrechaba o describía una curva cerrada, la marea se atascaba, obligándonos a conducir a paso de tortuga. En esos casos, monsieur Herbère guiaba el coche por entre la tropa, sin que nadie desviara la vista, como si se fijaran totalmente concentrados en su lugar de destino. O quizá avanzaran mecánicamente, movidos sólo por sus brazos y sus piernas, quizá sus músculos y sus articulaciones los llevaran hacia delante a ciegas, mientras sus pensamientos permanecían atrás, con aquello que eran incapaces de abandonar. Mi futuro marido sacudió la cabeza.

—They live in soldier-time [Viven en el tiempo soldado]—sentenció —. That's all [Y ya está].

Aprovechábamos los huecos en la masa humana para acelerar y adelantar a grupos de soldados más pequeños, a una velocidad moderada, y en zigzag. Ni un gesto ni una risa ni un silbido, no se escuchaba ninguna voz gritando un saludo o siquiera un improperio. Al poco tiempo, el camino volvía a obstruirse, la masa se tornaba tan impenetrable que nos derivábamos sin querer a la cuneta, y al ponerme de pie en el coche—«Careful, my lovely!» [¡Cuidado, querida!]—atisbé por vez primera, a través del polvo que levantaban todas aquellas suelas en la fina arena y que acababa flotando como un velo sobre las siluetas, el rostro de la guerra. No

mostraba una apariencia uniforme, más bien una faz que se manifestaba en miles de facetas, un semblante que parasitaba todos aquellos rostros, jóvenes y viejos, algunos más nítidos que otros, rostros que veía emerger de la nube de polvo como simples narices, mejillas, párpados y labios sueltos y sucios, con los cuales la guerra se maquillaba los morros, no para mirarme, sino para mirar a través de mí con expresión vacía.

De cuando en cuando, en aquel océano de semblantes anónimos se iluminaban un par de ojos, claros como el resplandor de dos gotas de rocío en la neblina matinal, la leve sonrisa de un joven cuya boca, situada justo debajo de la sombra bien marcada de su gorra, se abría de sopetón en el más radiante de los alborozos o, por el contrario, la mirada llena de preocupación de un hombre entrado en años: el breve arqueo de su enmarañada ceja, el movimiento maquinal con que alzaba la vista e inclinaba, de forma casi imperceptible, la cabeza, con manifiesta resignación. Desde entonces sé que una mirada puede tener dedos, y hasta una mano si hace falta. Con el paso de las décadas, mi recuerdo se ha ido concentrando en torno a los pocos ojos que por un segundo se clavaron en los míos, todo alrededor se vuelve confuso y borroso, todo menos eso. Me contemplan con una intensidad cada vez mayor, condensando en su mirada una vida entera. Allí llegué a tener hijos y amantes, y otras tantas veces me convertí en la niña del ojo de unos padres a los que jamás conocí.

Monsieur Herbère tamborileó con impaciencia sobre el volante, se dispuso a tocar la bocina, advirtiendo justo a tiempo que estaba prohibido, y me tiró de la gabardina para que volviera a sentarme, pero no sirvió de nada. Estábamos parados en la cuneta, medio metidos entre la maleza. Si estiraba el cuello para mirar por encima de las figuras más cercanas vislumbraba más adelante, a través de la polvareda y la refractada luz del sol, los contornos de los vehículos cargados de munición. Semejaban lentos mastodontes entre los cuales viajaba la artillería tanto ligera como pesada, en otros vehículos o detrás de ellos, más hacia el fondo del valle de escasa profundidad del que brotaba aquel flujo de soldados y armas, artillería ligera y pesada. Me recordaba el cortejo de un pueblo antiguo ocupado en pasear por todo el país los ídolos e imágenes de deidades, los animales mitológicos, los cíclopes de acero de sus templos.

—Las hordas de Marte—articulé, consciente de lo truhanesco de la comparación.

Él repitió que haría mejor en sentarme, pero hice oídos sordos, sin poder sustraerme a la idea de que eran aquellos hombres los que se encargaban de arrastrar los carros de triunfo de la destrucción, por medio de unas sogas invisibles echadas al hombro, sumisos y en silencio. De hecho, sólo se escuchaba el chirrido de su calzado. Los taludes de terraplén parecían separarse ante ellos como el mar ante el pueblo de Moisés, o tal vez fuera el ejército del faraón el que avanzaba ante mis ojos, sin sospechar que aquellas murallas de tierra podían volver a cerrarse en cualquier momento. En ese instante sentí un tirón tan fuerte en el faldón de mi gabardina que caí con brusquedad sobre el asiento del automóvil.

Monsieur Herbère me miró de soslayo con esa mueca gallarda que sólo necesitaba la mitad de su boca para embelesarme.

—Didn't mean to hurt you, ma biche, everything all right? [No pretendía hacerte daño, querida. ¿Todo bien?]—dijo antes de pisar el acelerador.

La calma que se instauraba en cuanto nos desviábamos por un atajo, la dulzura de la campiña a tan sólo cien metros de aquella marea humana, nada más internarnos por entre los labrantíos ondulados, las praderas donde las alondras caían del cielo y las avefrías gritaban a pleno pulmón, las casas donde los ancianos confeccionaban coronas de cebollas nuevas sentados bajo los pámpanos en el banco contra la fachada… Era todo tan irreal. Junto a los lavaderos de las plazas de los pueblos, los niños se quedaban parados a nuestro paso, observándonos con estupefacción. Pertrechadas con gruesos cepillos, las mujeres inundaban el umbral de sus hogares con lejía azulada. Se me antojaba un sueño lúcido, apenas había hombres jóvenes. El tejido de la vida cotidiana presentaba rotos. La normalidad iba vestida con andrajos, pero, al parecer, nosotros éramos los únicos en advertirlo.

Tarde o temprano veíamos reaparecer de lejos aquella riada de siluetas, las mismas u otras. La guerra veteaba el paisaje con sus propios mapas, haciéndolos coincidir en lo posible con los ya existentes, aunque, en caso de necesidad, tallaba nuevos trayectos,

vías férreas que se ramificaban como vasos capilares, con depósitos temporales, nudos, estaciones de clasificación, bases de operaciones. Desde el aire, los frentes debían de tener el aspecto de palpitantes heridas abiertas que aspiraban carne y sangre y provisiones y explosivos llegados de todas partes, por las carreteras viejas y nuevas. Incluso en los caminos desiertos, el polvo blanco grisáceo sobre el follaje de los setos y los árboles nos permitía deducir que poco antes había pasado por allí una columna. A ratos daba la impresión de que atravesábamos una escena navideña, una postal viviente bañada en azúcar, repleta de setos nevados sobre los cuales el sol calentaba un nuevo día.

A su pregunta de si tenía hambre contesté que no con la cabeza. En lontananza se divisaba la planicie, la masa humana se volvía menos densa. El frente se hallaba cerca, las tropas se esparcían, levantando campamentos provisionales en los prados y junto a caminos y senderos. Al igual que el año anterior, cuando acudí con mi madre a la ciudad, vi hombres remover la comida que borboteaba en unos calderos que colgaban sobre la lumbre, y árboles enteros transformados como por arte de magia en inmóviles galeones, con camisas y pantalones secándose al viento a modo de velamen.

Se percibía el olor de los fuegos, y el de la grasa utilizada para embetunar los arreos, el ruido de la almohaza rascando los flancos de las caballerías, y los bufidos. Alguien tocaba la armónica. Los niños seguían correteando como esquivos pececillos por entre los soldados entregados al descanso.

Los chicos de más edad contemplaban con las manos en los bolsillos cómo los reclutas limpiaban sus fusiles, demostrando esa fascinación varonil por todo lo articulado, lo que hace clic, encaja y eyacula. Sus rostros expresaban un gran pesar. En sus labios inferiores vibraba la impaciencia de quienes saben que aún son demasiado jóvenes para enrolarse en el ejército. El caos reinante ya no revestía un aire festivo más que a primera vista. Las melodías sonaban desganadas, amargas las risas. Nadie saludaba con la mano ni gastaba bromas. Los niños no sentían ya mera curiosidad, sino que se paseaban de tienda de campaña en tienda de campaña, rutinarios, poco menos que insolentes, para tratar de cambiar un huevo o un pedazo de tocino por algo de dinero o una alhaja. Los

soldados los espantaban como si de moscas se tratase. Sobre las copas de los árboles, los caminos y los campos de cultivo planeaban prácticamente sin cesar los rugidos y los truenos del frente, cuyo eco se manifestaba mucho menos sordo que en casa. El estruendo presentaba una mayor textura, por no decir arquitectura: levantaba edificios invisibles en el firmamento, bóvedas con forma de cúpula, pompas de jabón en piedra que enseguida se desmoronaban.

Abandonamos la región de las colinas. De pronto, el trajín remitió y, tras pasar por delante de una última señal que repetía en grandes letras capitales la prohibición de hacer sonar la bocina, se extendió ante nosotros la llanura. La llanura con sus hileras de arbustos, sus flemáticas procesiones de copas frondosas. Sus árboles como monjes, su propio desfile de troncos. Debajo, grumos humanos, despegados del conglomerado que había a nuestras espaldas, cargados con macuto y manta, casco y fusil, de camino al relevo. Allí, en cualquier punto de la llanura.

La llanura que me resultaba desconocida, o casi, porque ya no era, o ya no era del todo, aquella por la que acostumbrábamos a irnos de excursión en calesa con mis tíos, bajo las boscosas sombrillas verdes de agosto, a los pueblos donde nos bebíamos en jarras de barro la ociosidad del verano, la cerveza amarga.

Los pueblos con sus campanarios, sus ocres agujas, sus plazas tostadas al sol, semejaban otros pueblos, otros campanarios, otras agujas; pueblos de juguete caídos del baúl lleno hasta los topes que un niño gigante hubiese arrastrado, aburrido, por los sembrados donde el viejo trigo cubría el suelo, invadido por matas de hierba y cardos. Los tejados mostraban su esqueleto, como si se hubieran sacudido de encima las tejas. Las contraventanas colgaban desvencijadas en los muros acribillados por los proyectiles. En otra parte se erigía un marco de puerta en piedra de sillería: su empeño en mantener estoicamente la apariencia de hogar, pese al montón de ladrillos pulverizados de entre los cuales las vigas sobresalían como huesos, tenía un algo bufonesco. Las casas malheridas, las torres a las que un pájaro de gran tamaño había dado un bocado, se miraban consternadas por encima de los setos en buena parte rasurados a balazos, como unos escolares que se hubieran quedado sin aliento después de una pelea, con el cuello de la camisa hecho

jirones, las gafas pisoteadas, las mangas descosidas. Todo se había quedado perplejo.

Entre nosotros y el paisaje se infiltró una pared de fardos de paja, un muro de color amarillo apagado que bordeaba el automóvil allí donde el enemigo tenía una vista despejada. Según supe más tarde, sin esa valla habrían disparado a todo aquello que se moviera, empezando por los vehículos.

Concedí un respiro a mi mente y le contemplé a él, a mi futuro esposo, mientras vigilaba la carretera, sujetando el volante con soltura. Me agradaba observarle. Me gustaba imbuirme de su perfil, la nariz, los labios, la barbilla, el corto cabello afeitado a navaja, adherido a la piel detrás de la oreja, más abajo de su quepis, que le cubría los rizos. Me gustaba esperar a que me devolviese la mirada, volviendo levemente la cabeza hacia mí, y a que dijera algo, lo que fuese.

La pared de paja cedió el paso a un bosque, la carretera atravesaba un monte bajo, fresco y sombrío, al parecer desierto. Ignoro cuánto tiempo llevábamos flanqueando aquellos árboles cuando, de pronto, descubrí en el mosaico de luces y sombras, abajo en la maleza, otra cosa que no fueran tocones y matorrales. Sólo al advertir un movimiento inesperado por el rabillo del ojo distinguí sus siluetas entre las tonalidades de marrón y verde que desfilaban a nuestro lado. Seguramente se habían retirado al borde de la carretera para dejarnos pasar. No los había visto porque, más que seres humanos, parecían criaturas en las cuales la transustanciación de la tierra en carne aún no había culminado del todo: semihombres que se ocultaban bajo el boscaje para endurecerse a cubierto, convirtiéndose en ropajes de tierra, cascos de tierra, envolturas de tierra.

Apoyado contra el tronco de un árbol, un joven desenroscaba el tapón de una cantimplora con sus manazas de tierra y se la llevaba a los labios. ¿Cómo describir el resplandor que animaba toda su figura? Las oscuras pupilas no miraban, sino que chispeaban por entre las pestañas pegadas entre sí, bajo las cejas modeladas en barro, chispas que salieron disparadas del rostro cuando el muchacho interrumpió su actividad y alzó el brazo. En el mismo instante en que exclamó algo—ignoro qué exactamente, pero la

expresión de alivio, el simple placer de estar vivo no necesita palabras—, sus labios resquebrajaron su antifaz de tierra, que terminó por desconcharse, poniendo al desnudo la piel de sus mejillas. Una tez negra como la noche.

Me acordé de la impertinente curiosidad con que nos habíamos quedado mirando a los «negros» al inicio de la guerra, cuando las tropas cruzaban el pueblo con cierta frecuencia y hacían un alto en la plaza, frente al ayuntamiento. El imponente colorido de los espahíes, con sus abigarrados uniformes, sus capas rojo sangre y sus ajaezadas cabalgaduras, sin olvidar la expresión de sus ojos, que toda mujer sentía penetrar hasta los ovarios como una amenaza latente. No dejaba fría ni siquiera a mi madre. «Todo hay que decirlo—soltó un día como quien no quiere la cosa—: no son nada feos, esos salvajes».

Me vino a la memoria el orgullo mal disimulado de madame Gaillac después de la visita de uno de esos tipos oscuros a su pequeña tienda de vinos y licores. Con ademán enérgico, el hombre había depositado sobre el mostrador, bajo la palma marrón rojiza de su mano, veinticinco francos, «¡veinticinco!», no se cansaba de repetir ella, tanto si venía a cuento como si no, sobre todo si no. La consiguiente confusión no se disipó hasta que el norteafricano le dio a entender con un gesto, «imposible de describir en detalle por razones de buen gusto», que no tenía especial interés en ninguna botella, pero sí en la propia madame Gaillac, que «por supuesto» no pudo aceptar su oferta—«¿Qué se había creído ese sultán?»—, si bien le pareció halagador que, a sus años, su virtud aún valiera una pequeña fortuna.

El bosque se tornaba menos espeso y en el paisaje que se extendía en el horizonte se perfilaba una pétrea formación nubosa, al principio todavía azulada, medio fundida con el cielo por encima de la ondulación del terreno, pero cada vez más tangible a medida que nos aproximábamos. Un grotesco castillo en el aire que parecía haberse condensado hasta el punto de descolgarse de la bóveda celeste para desplomarse sobre la tierra. Si reconocí los contornos de la centenaria lonja de paños fue porque desde mi más tierna infancia la había visto casi todos los veranos, tomando un helado a la sombra del campanario en la plaza mayor. El sombrío edificio de

color hierro ya no se levantaba hacia el firmamento, sino que daba la impresión de estar cayéndose gota a gota. Los huecos de las ventanas se habían escurrido hacia abajo formando brechas, las torres de esquina y los arcos ojivales habían perdido su fina agudeza. Era como si la erosión de decenas de siglos se concentrase en el cielo que se comprimía sobre la lonja. Debía de ser la capital de un nuevo reino que se superponía al viejo país, incrustando sus raíces y sus filamentos entre las juntas de los muros y escarbando en los cimientos, un reino que florecía en la devastación y que, allí donde se ramificaba por los antiguos caminos, diseminaba sus provincias y sus prefecturas del declive.

El estrépito de las armas, las salvas, los disparos no podían llamarse desplazamientos de aire más que por eufemismo. Muros de palpable ruido restallaban en el cielo. En el firmamento nuboso parecían acumularse más ruinas, listas para precipitarse sobre la tierra, posarse en ella y confundirse con los dentellados contornos de las casas. Los rugidos más graves hacían vibrar mi membrana abdominal.

Llegamos al puesto de guardia que controlaba la vía de acceso a la ciudad. Más adelante, otros dos vehículos se dirigían ya hacia ella. El centinela nos hizo señas de que siguiéramos, probablemente porque creyó que formábamos parte de la columna. Mi futuro marido le saludó al estilo militar. El guardia le correspondió con un saludo lo más similar a un negligente giro del brazo.

—One of ours [Uno de los nuestros]. Los franceses son peores. Y los gendarmes de tierras adentro. Corruptos a más no poder…

—Aren't we all? [¿No lo somos todos?].

Me miró de soslayo, con un sospechoso destello en los ojos.

—Será mejor que no me diga en lo que piensa, miss Demont… No en cebollas, I hope [espero].

El estrépito amainó, las nubes arrojaban grandes manchas de sombra sobre la urbe, reduciendo el perfil de la lonja de paños a una apagada carbonilla negra que, sin embargo, ardía en llamas de color bronce intenso cada vez que se asomaba el sol. Conforme nos

acercábamos, el silencio parecía perder su robustez y relajarse poco a poco. Los pájaros cantaban, el viento murmuraba en la fronda de los sauces que ribeteaba los campos y los prados a ambos lados de la carretera, pero tan pronto como alcanzamos los primeros barrios periféricos y nos envolvieron sus angostas calles, el zumbido del motor halló en el vacío tras las fachadas decenas de cajas de resonancia donde repercutir.

No había ninguna lógica en la destrucción, ningún sistema en la alternancia entre paramentos reducidos a escombros y aquellos que, salvo la ausencia de cristales en los huecos de las ventanas, continuaban intactos. En algunas casas, la fachada había volado, pero el interior permanecía en pie. Ahí donde cedía la sombra de las nubes, el fulgor del sol del mediodía se abalanzaba sobre la superficie de armarios empotrados, camas y níveas palanganas solidificadas sobre las mesas, lamía el papel pintado y hacía brillar las polvorientas campanas de cristal bajo las cuales las imágenes de santos se balanceaban en la repisa de la chimenea como en el borde de un barranco. Daba la sensación de que las nubes nos tomaban el pelo, empujando sus sombras cada vez más lejos sobre el pavimento de las calles, proyectaban sobre la ciudad el tedio de una tarde veraniega, por mucho que el olor a yeso, a madera seca, a polvo, el irritante olor de la desolación, se adentrase con absoluta nitidez en mi nariz.

Llevábamos ya un buen rato conduciendo detrás de un camión. En la caja cubierta de lona viajaban cuatro soldados que miraban hacia fuera por detrás de la tela. En cuanto nos descubrieron comenzaron a batir palmas. Nos llovieron gritos como «Matey, havin' a good time, have ya?» [¿Pasando un buen rato, eh, amigo?], y luego echaron a cantar: «My name's Johnny Hall, I've only got one ball…» [Me llamo Johnny Hall y tengo un solo cojón]. La melodía rompió en una espuma de risotadas gamberras.

Puse los ojos en blanco y desvié la mirada hacia las casas que se deslizaban a nuestro lado, en un intento por sugerir la reprobación que sin duda esperaban provocar en mí.

—No les hagas caso, Helen, no son más que unos críos…

Al adelantarlos nos silbaron.

Mi futuro marido detuvo el coche en una calle que un poco más adelante desembocaba en la plaza mayor, o en lo que había sido la plaza mayor en su día, hasta dos veranos antes, en una época que ya se presentaba en mi recuerdo como un mundo distinto, previo a los primeros dolores de parto que sacudirían su superficie y su vida, vomitando por las ciénagas y los orificios de bala, por las trincheras y los paisajes lunáticos, aquel nuevo mundo que se movía por el tiempo sólo a base de espasmos, jalonando sus episodios con explosiones y derrumbes.

Cuántas veces no habré suspirado, incluso rezado: devuélvenos nuestra empalagosa complacencia pequeñoburguesa y la soberbia coquetería de porcelana de nuestras meriendas dominicales y la cantinela de nuestras religiosidades mezquinas y nuestras pequeñas hipocresías y nuestras grandes injusticias. Devuélvenos los ritos de los días de antaño, aun a sabiendas de que se hallan al margen de cualquier realidad, con tal de que nos preserven de precipitarnos en caída libre dentro de nuestra hambre infinita.

La plaza ya no lo era más que por su nombre. Frente a un extremo de la lonja de paños, adonde iba a dar la calle, aún podía reconocerse algo parecido a una plazuela, un tramo que sin duda había sido desescombrado para facilitar el paso de las tropas y el material a lo largo de las calcinadas catacumbas de la catedral y las montañas de cascotes de las casas. La imagen podría haber sido la de unos erosionados macizos rocosos en un desierto, donde el viento lleva milenios esculpiendo volúmenes cuya supuesta apariencia de bóvedas y fachadas es pura casualidad. Cuando el sol les ganaba la batalla a las nubes, realzando la devastación con su deslumbradora luz, el panorama me recordaba las estampas del océano polar, en primavera, cuando los campos de hielo comienzan a disgregarse y en las olas se codean surrealistas navíos, ruinas a la deriva, fortalezas de caballeros cruzados y pirámides en fusión.

Mi futuro marido sacó una de las bolsas del asiento trasero del automóvil y se la colgó del hombro. Colocó otra entre sus tobillos sobre el pavimento. En cuanto me hube apeado me tendió la correa de la segunda bolsa.

—No pesa mucho—aseguró, y no creo que aquel día dijera gran cosa más.

Parecía vigilarme atentamente, sus ojos apenas se desprendían de mí, escrutaban mi rostro, como si él se hubiera impregnado ya demasiadas veces del espectáculo de la destrucción para poder abrigar muchas reflexiones o sentimientos y pretendiese volver a despertarlos en su fuero interno a través de mí.

Al alcanzar la esquina de la plaza advertimos la presencia de otro automóvil en el lado opuesto del extenso descampado plagado de cráteres. Los ocupantes no eran más que unos puntos negros al pie de las escombreras que señalaron con el dedo después de bajarse del coche. Sus voces nos llegaban, huecas y estridentes, desde el otro extremo de aquella vastedad. Por la entonación parecían británicos, pero se encontraban a una distancia excesiva para que sus palabras resultaran inteligibles.

Monsieur Herbère me tiró del brazo. Volvimos sobre nuestros pasos y nos internamos en una estrecha bocacalle, entre elevadas tapias de jardín. La desolación se abatió sobre mí como el plomo. A esa hora del día, serían cerca de las doce, aunque ningún campanario parcelaba ya la jornada, la calleja debería haberse llenado del olor a comida de los fogones. Sobre los adoquines debería haber danzado el tintineo de cazuelas y vajillas procedente de las cocinas. Nuestros pies deberían haber estorbado los movimientos de niños entretenidos en realizar dibujos de tiza sobre las aceras. Por las ventanas deberían haber salido las gruesas lenguas blancas de las sábanas, ventilándose al aire libre, no las deshilachadas greñas de los viejos cortinajes, descoloridos tras dos años de lluvia y cambio de estaciones, que lengüeteaban las fachadas a través de los agujeros en los cristales.

Sólo se escuchaban nuestros pasos, el gemido de la correa de cuero bajo el peso de la bolsa que él llevaba al hombro y el golpeteo de los negativos en el estuche cada vez que le rozaba la cadera al ritmo de sus pasos.

Caminando por la callejuela nos topamos con una pequeña puerta entrecerrada, que abrió de un empujón. Detrás se desplegaba el jardín de una casa burguesa de dimensiones modestas. Dos angostas sendas de tierra dividían en cuadrados un pequeño césped. A la luz del sol, que unas veces se avivaba y otras se apagaba, un viejo peral estiraba sus reumáticos ramajes contra la tapia por debajo de los retoños de dos lilas. Los últimos racimos de flores en eclosión

despedían sin prisas su embriagadora fragancia sobre los edificios anexos de escasa altura. Un estrecho cobertizo, con los mangos de las herramientas de jardinería medio caídos contra las ventanas cubiertas de telarañas. Pegado a él, un retrete, con la puerta pintada de azul turquesa. Apoyado contra la casa, un tejadillo, y, debajo, una entrada lateral que debía de dar acceso a la cocina.

En efecto, dentro de la vivienda, a un lado de la puerta trasera, había una pequeña cocina luminosa. El sol confería a las paredes alicatadas de azulejos color crema un suave lustre dorado. Algunas baldosas habían sido arrancadas, pero, por lo demás, la estancia parecía prácticamente intacta. Los cuencos y las jarras y las bandejas de cerámica seguían ordenados con pulcritud sobre dos o tres estantes de un armario amarillo mostaza, y sobre la mesa frente al fregadero había dos tazones de café, una cuchara, una tabla de cortar, espolvoreada de granulosos fragmentos de yeso caídos del techo, igual que las negras losas del suelo. A juzgar por las marcas y las pisadas en la capa de polvo, en la casa había entrado más gente.

Tiró de la correa de la bolsa colgada de mi hombro.

—C'me on, sis [Vamos, hermana], que me muero de hambre…

Nos sentamos en el banco que había bajo la ventana al otro lado de la puerta trasera, la ventana de un comedor, con la mesa en el centro y, contra la pared, un aparador abierto de par en par. El contenido, servilletas y paños de cocina, yacía desordenado entre las patas de las sillas diseminadas en torno a la mesa.

Le tendí un bocadillo. Le dio grandes mordiscos. Observé el funcionamiento de sus maxilares mientras sus molares trituraban los trozos de pan. Miraba a su alrededor, por encima de las tapias del jardín, el perfil de los tejados de las casas vecinas, roto en más de un punto por unas brechas enormes. Chimeneas destrozadas, tejas hechas trizas amontonadas en los canalones debajo del caballete desnudo. Parecía estudiarlo todo en detalle.

—Looks different every time [Se ve siempre distinto]—afirmó entre dos bocados—. Uno no se aburre nunca visitando la bloody glorious Ypres… [gloriosa Ypres de mierda…].

Nada más preguntarle si había venido muchas veces, la ligereza de mis palabras, como si me hubiera traído a su taberna preferida, me resultó tan absurda que solté una risa ahogada.

—Todos los domingos después de misa, mademoiselle…

Deglutió, lanzó un resoplido sarcástico, «weather permitting…» [Si el tiempo lo permite…], volvió la cabeza, me envió su mueca gallarda y dijo con exagerada afectación:

—Parece un tanto inestable esta mañana, ¿verdad, miss Honeysuckle [señorita Madreselva]?

Le di un codazo en el costado y alargué la mano para coger algo de pan. Mientras tanto, él sacó una cantimplora de la bolsa, la abrió, se la llevó a la boca y bebió a grandes sorbos, haciendo subir y bajar su nuez de Adán tras el cuello caqui de la camisa.

—Será mejor que nos demos un poco de prisa.

Se puso en pie, se sacudió las migas, miró al cielo. El sol se ocultaba en parte tras los restos de un campanario y unos álamos cercanos, altos y esbeltos como candeleros, algunos completamente deshojados y otros poco frondosos. Cada vez que una nube cubría el sol, la estridente luz meridiana se transformaba abruptamente en gris. Por la fachada posterior de la casa y los impactos de bala en la planta de arriba discurría un desfile de sombras.

Colocó las bolsas sobre el banco, abrió la más grande e inspeccionó la robusta cámara de madera.

Fui hasta la puerta trasera.

Me advirtió de que no me alejara demasiado.

—This isn't a safe place, Helen, really [Este lugar no es seguro, Helen, de veras].

En general, evitaba dirigirse a mí por mi nombre; solía quedarse con «sis», «mademoiselle», algún «sweetheart» burlón y muy de vez en cuando «darling». A mí también me costaba llamarle Matthew. Era consciente de cuánta ironía hacía falta para conseguir que ese

«monsieur Herbère» sonara menos formal, de modo que había optado por imitar la torpe pronunciación del inglés de mi madre o, como ella, le trataba de «patriota» o de «soldado». Nuestros nombres parecían demasiado definitivos, demasiado absolutos e incluso apodícticos, por no decir demasiado solemnes, como un juramento o una promesa, inadecuados para el aire frívolo y provisional que caracterizaba nuestra relación en aquella época, como si, al emplearlos, nos hubiéramos apropiado en exceso el uno del otro. Tanto más en aquellas circunstancias, estando en el corazón de una ciudad en ruinas, donde palabras como casa, tejado o habitación encerraban sin querer una ironía destructiva. Por eso, al oírle articular mi nombre, supe que estaba de veras preocupado. Se lo noté también en la mirada nada más girar la cabeza hacia él, durante un breve instante, antes de que los diablillos de la sorna volvieran a adueñarse de sus ojos. Alzó la vista mientras introducía una placa en la cámara y dijo con una sonrisa:

—Además, quiero sacarte un retrato… Lo llamaré «Lost girl from Flanders…» [Muchacha perdida de Flandes]. What d'you say? [¿Qué te parece?].

La puerta no cedía: viejos periódicos, un calendario, hojas sueltas de papel desparramados sobre el enlosado. Una típica casa burguesa: vestíbulo de alto techo, dos cuartos en la parte delantera y, atrás, la cocina frente al pequeño comedor donde la familia debió de comer a diario cuando no tenían visita.

A la izquierda, la escalera que conducía al primer piso; debajo, la entrada al sótano. En el rellano, donde la escalera cambiaba de dirección, había abierta una larga y estrecha ventana. No tenía mucho sentido cerrarla, porque el marco carecía de cristales, lo mismo que el montante de la puerta principal. El vidrio azul se encontraba roto en añicos sobre el suelo del vestíbulo. Al parecer, las esquirlas habían sido aplastadas a posteriori por suelas de zapatos de algún extraño o quién sabe si de los propios habitantes el día que abandonaron la casa.

Traté de imaginármelos. La clase de gente a la que mi madre sin duda habría calificado de «decorosa», un término reservado para pequeñoburgueses que residían en moradas como ésas: una especie de réplica de las holgadas casonas señoriales, pero a pequeña

escala. Con toda probabilidad, el padre de familia no era un trabajador manual, sino un funcionario o un empleado, lo suficientemente decoroso y pudiente como para poder permitirse el lujo de contratar a una sirvienta a media jornada que por la mañana temprano viniera a atizar la estufa, preparase el desayuno, fuera al mercado, fregase las habitaciones y, antes de marcharse pasado el mediodía, dejara en el estante del sótano unas bandejas con la cena. Quizá cada tanto tiempo acudiera un jardinero a podar los arbustos o tal vez se encargase de esa labor el propio señor de la casa, el domingo por la tarde, en mangas de camisa, por afición, mientras la señora y los niños iban colocando la merienda en la mesa a la umbría de la fachada. Puede que a última hora salieran acicalados a dar un paseo por las antiguas murallas. La madre y las hijas, en el supuesto de que las hubiera, a cubierto de sus sombrillas. El padre y los hijos, tocados con un sombrero de paja, departiendo distendidamente mientras deambulaban bajo las copas de los árboles a la suave luz vespertina, con los patos surcando el cielo antes de aterrizar entre los nenúfares.

Tragué un nudo que se me había formado en la garganta. Habría querido ver cómo esa casa se sosegaba en una de aquellas noches de domingo, cómo la luz se atenuaba en las estancias tras tantas horas de sol y cómo la cerámica decorativa sobre el aparador iba renunciando a su refulgencia hasta acabar palideciendo en la penumbra, pero en la habitación de delante, el salón de las visitas, reinaba la destrucción. La ventana que antes daba a la calle ya no era más que una oquedad. Había sido expulsada con marco y todo de la fachada, habitación adentro, más allá de la mesa y por encima de ella, donde por entre los pedazos del entramado y el estuco del techo centelleaban las lágrimas de cristal de una lámpara de araña. A través de la brecha se veían las fachadas de enfrente. Los escombros apilados en los vanos de las puertas llegaban hasta la calzada, como si las casas hubieran vomitado su interior, como si una epidemia devoradora de viviendas hubiese ido saltando de calle en calle.

Me volví. La luz se había tornado difusa, afuera amagaba lluvia. No sabría decir si era por el viento que arreciaba cada vez más o por la retahíla de salvas que se desataba sobre los tejados en medio de un rugido que parecía emerger de las entrañas de la tierra en algún

punto allende las murallas y levantaba sobre el casco urbano una cúpula de fragor bajo la cual la ciudad parecía encogerse… Tampoco sabría decir si la racha de viento que cerró de un fuerte golpe alguna de las puertas de arriba acompañaba al estruendo que lo hizo temblar todo, las paredes, el suelo, haciendo tabletear en sus ranuras las ventanas de atrás y desprendiendo a sacudidas el yeso del techo en forma de ráfagas de polvo blanco. Lo único que sé es que, justo cuando me volví, el estrépito encima de mi cabeza transformó el cielo en acero, un infierno de portazos y tintineo de cristales. La vajilla entera del armario de la cocina cayó ruidosamente al suelo, haciendo bailar los pedazos por las paredes.

Debí de aullar de miedo, pues al instante sentí su brazo alrededor de mi cintura. Me sacó de la estancia, sin duda por temor al techo. Nos desplomamos los dos sobre la escalera. Noté los escalones en la espalda, la alfombra amortiguó nuestra caída.

—It's all right. Don't worry… [Tranquila. No te preocupes…]— jadeó, con su cálido aliento sobre mi clavícula—. Está muy lejos. It's just the noise… [Sólo es el ruido…]. Son los nuestros.

Daba la impresión de que se hablaba también a sí mismo, de que quería calmarse tanto a él como a mí. Su cuerpo se hallaba tendido a medias sobre el mío.

Estalló una segunda serie de estampidos. Monsieur Herbère hizo ademán de ponerse en pie, pero le atraje hacia mí, posé mis labios en la piel debajo de su oreja, junto al ángulo de su mejilla. La barandilla de la escalera tembló, resonó el crujido de algún escalón.

Tomé su cabeza entre mis manos, sus labios se deslizaron por mi nariz y se juntaron con los míos. Aspiré su lengua dentro de mi boca, agarrando su cabeza con tal fervor y apretando su rostro contra el mío con tal ímpetu que su gorra cayó en la escalera y fue rodando hacia abajo.

Deseaba sentir su cuerpo, vivo, respirando, respirando agitadamente, las costillas que bajo la gruesa tela militar de su gabán se separaban entre mis brazos cuando llenaba los pulmones, su torso y sus caderas, el blando vientre que se hundía en el mío al ritmo, el agitado ritmo de su aliento, y su lengua, sus labios

carnosos. Los rugidos amainaron, la onda de choque remitió. Se hizo el silencio.

De un suave empujón le coloqué de costado y, con el dedo índice, le levanté la barbilla. Me miró a los ojos, su rostro se revelaba distinto, alisado, contento. Cogió mi mano por la muñeca, guió mis dedos por encima de su vientre y los situó sobre su entrepierna. Sentí latir su sangre, la dureza de su miembro bajo los botones de la bragueta me asustó. Leyó el temor en mi mirada y me dedicó una sonrisa un tanto boba.

En ese mismo instante resonó encima de nuestras cabezas un golpe seco, el ruido de algo que temblaba en sus goznes, seguido de un leve tintineo, que primero se intensificó y luego enmudeció, hasta que se produjo un segundo golpe y todo empezó de nuevo.

Alzamos los ojos a un tiempo.

Junto al tramo de escalera que conducía del rellano a las habitaciones de arriba, una docena de marcos de pequeño tamaño, arrimados entre sí como una familia de murciélagos en trance de despertar de su sueño diurno, algunos redondos y otros ovalados o rectangulares, cuyos semblantes nos resultaban desconocidos—caballeros de bigote y patillas, cuellos de señora sobre gorgueras de puntilla y párvulos con la mirada perpleja de unas crías de búho bajo sus rubios copetes—, se balanceaban de un lado a otro, colgados de sus clavos, a cada golpe del bastidor de la ventana contra la pared, haciendo repiquetear las esquinas de las molduras.

Una vez dormidos volvían a despertarse al primer soplo de viento. Se bamboleaban. Se agitaban. Durante un rato daban frenéticos golpes contra la pared. Se calmaban.

—Sienten pánico—observé—. La lluvia amenaza con comérselos. Nos piden en morse que los rescatemos.

—Bet they do… [Seguro que sí].

Retiró mi mano de su entrepierna, la colocó contra su mejilla y hundió la punta de su lengua en la parte mollar de mi palma.

El marco de la ventana golpeó la pared, volviendo a hacer repiquetear las molduras.

—Sienten envidia—susurró con los labios en mi mano.

Me llevó consigo más veces durante sus expediciones, una vez terminada la guerra, cuando se dedicaba a documentar con meticulosidad lo que yo llamaba la solidificación, el gran ajuste, en todos los sentidos, después de tantos estragos y una vez superada la euforia de la paz. La nivelación del suelo atormentado. Los cementerios, donde los soldados caídos en combate se alineaban bajo tierra en filas cada vez más cerradas, disciplinados hasta en la muerte. Las cruces de madera, reemplazadas por losas de piedra pulida en placenteros jardines de difuntos bajo la tenue melancolía de las frondas de los sauces llorones o las pinochas de los pinos. Se me antojaba un amargo eufemismo, por no decir una triste paradoja, que, en un intento por mantener viva la memoria de la destrucción y los océanos de sangre, se segara la hierba hasta convertirla en un césped absolutamente liso, se edificaran templos de serenidad, se esculpieran estatuas dolientes, se prendieran llamas eternas. Sobre los huesos y los cadáveres y las innumerables vidas truncadas se tendía una arcadia condenada ella misma a librar una continua batalla contra la maleza que la habría invadido si se hubiera dejado en paz, por piedad o por vergüenza, la tierra devastada y se hubiera erigido toda la región en campo de muertos.

Recuerdo la rabia que me asaltó, creo que a comienzos del verano de 1919, durante nuestra estancia en Alsacia, una zona del frente que no habíamos visitado antes. En el camino me había quedado dormida, amodorrada por las suaves temperaturas y el fresco verdor de la renaciente naturaleza. Al sentir que el automóvil ralentizaba su marcha me desperté y vi cómo se desplegaba ante nosotros en la hondonada del valle, a cierta distancia de la carretera, entre boscajes y sembrados, hasta donde alcanzaba la vista, la ancha cicatriz de tierras removidas y transformadas en altozanos y grietas.

No fue esa imagen la que me dejó helada, sino el hervidero de decenas, de centenares de figuras humanas, monigotes blancos y negros que subían y bajaban aquellos montículos sin orden ni concierto cual hormigas recolectoras. Hombres jóvenes ayudaban a sus esposas o a sus prometidas a salvar zanjas. Padres que fumaban placenteramente en pipa señalaban a su prole antiguos refugios y alambres de espino, carros de combate varados en el terreno y artillería abandonada, o se encaramaban con toda la familia a

aquellas masas de tierra para otear el entorno, con las manos en las caderas.

Lo que me colmaba de ira era esa complacencia. La profusión de sombreros de verano y sombrillas. Los improvisados postes indicadores en la cuneta. Los automóviles y los carruajes estacionados en los prados junto a la linde del bosque. El ambiente de feria al aire libre, donde no faltaban ni los vendedores ambulantes, que, en lugar de refrescos, ofrecían esquirlas de granada y bruñidos casquillos, grabados con topónimos y pequeños paisajes o elementos decorativos. El deleite, que ni tan siquiera se ocultaba tras el espanto o el estupor. El placer de la consternación como tal, la avidez de terror que pude ver allí. Pero mi marido me dijo:

—I think it's inevitable, Helen [Creo que es inevitable, Helen].

Sacó su cámara del maletero, desplegó el trípode y lo plantó en el mullido y aromático suelo forestal al borde de la carretera, con vistas al valle.

—¿Acaso somos nosotros mejores que ellos?

Preparó la cámara para registrar la escena.

El tiempo confiere mayor complejidad a la textura de las facciones reflejadas en aquellas instantáneas. Su interpretación se ha vuelto menos unívoca, al igual que la mía propia. Fijémonos, por ejemplo, en esas dos mujeres que se encuentran, cogidas del brazo, en uno de los muchos senderos que el flujo de turistas morbosos ha cavado entre los montículos de tierra y los viejos cráteres de impacto. Diríase que son hermanas. Quizá incluso gemelas, como sugiere el enorme parecido de sus ropas y sus coquetos sombreritos, y también el hecho de que caminen con los brazos entrelazados.

Pero ¿por qué una de ellas lleva flores en la mano? No se trata de un ramillete silvestre compuesto a toda prisa, sino de un elegante ramo elaborado con esmero, como hace suponer el lazo que une los tallos. ¿Dónde irían a depositarlo? Tal vez en el cercano cementerio, o en el lugar aproximado desde el cual envió su última carta un esposo, un prometido, un hermano o un padre cuyo cuerpo quizá no

se haya recuperado jamás.

Y al contemplar de nuevo a esos probos padres de familia que se pavonean entre las retamas y las zarzamoras, llevando a sus retoños de la mano, como si estuvieran en el zoo, no me enojo con la facilidad de antes. Ahora sé hasta qué punto el desconcierto puede manifestarse en el ser humano bajo las formas más extrañas, cómo el placer de la consternación se erige en dique contra una angustia o una desesperanza capaz de destruirnos en exceso. Qué emoción más portentosa, la del miedo, el más alquimista de los movimientos de nuestra alma, ora plomo, ora oro. Dime, Rachida, hija, ¿acaso no son todo deleite una jaculatoria, un conjuro?

No puedo evitar acordarme de mi tío, que se pasaba cada dos o tres días por el ayuntamiento del pueblo para abrir los envíos oficiales. Consideraba su deber informar a las familias afectadas por la muerte de un hijo o un hermano, de un padre o un esposo.

Así que cada tantas mañanas se dirigía «hacia abajo». Primero se tomaba un café con aguardiente en el bar de al lado mientras hojeaba los periódicos, y luego entraba en la casa consistorial a «recoger la triste cosecha», una expresión que sólo pronunciaba en voz alta ante nosotros. Habiendo formado parte de la corporación municipal en varias ocasiones, una suerte de «nobleza obliga» le impulsaba a hacerse cargo de la tarea del mensajero oficial, cada vez más dado a la bebida porque no soportaba transmitir tantas malas noticias.

Mi tío mandaba desellar los sobres, lanzaba a cada nombre un suspiro compungido que se volvía más rutinario con el paso de los meses y se ponía en marcha. A la larga, todos sabían a qué atenerse cuando le veían salir de la casa consistorial y, acto seguido, cruzar la plaza. La gente contenía el aliento. ¿Qué camino tomaría? Pronto comprendieron que ordenaba los nombres en su cabeza en función de los hogares que debía visitar, organizando su recorrido como un trayecto que comenzaba en el ayuntamiento y concluía en su casa. Allí, se dejaba caer en el banco de debajo del árbol y ordenaba que nadie le molestase hasta la hora de comer.

Tan pronto como enfilaba una ruta determinada, un lado del pueblo respiraba aliviado, hasta el punto de que se veía reptar el alivio por

las fachadas que mi tío iba dejando tras de sí. Las juntas de los muros parecían relajarse, como si las piedras se hubieran tensado a la espera de recibir un puñetazo, y allí donde él se detenía ante una puerta o un jardín daba la impresión de que las fachadas se acurrucaban. Como todos conocían el objetivo de su visita, no necesitaba decir gran cosa. Cuando la puerta se abría y una angustiada mirada inquisitiva se separaba de la penumbra, una leve inclinación de la cabeza solía bastar, salvo en los hogares donde más de un hombre había sido llamado a filas.

Son las mujeres las que encajan los golpes, acostumbraba a afirmar mi tío. Sólo hay que imaginarse el rostro de una madre que tiene a dos o tres hijos en el frente, algo relativamente común en las familias numerosas de la campiña. La incertidumbre tras la certidumbre de que llaman a su puerta para anunciarle la muerte de uno de sus vástagos. Ve llegar al mensajero. Por encima del seto del jardín de flores rústicas, sachado y rastrillado a la perfección porque esas labores le ayudan a olvidarse de la suerte de sus hijos, reconoce su sombrero. Oye chirriar la cancela. Quisiera que su casa fuese una fortaleza inexpugnable, una gruesa concha. Ve llegar la silueta por el corral o la senda del jardín. Es consciente de que esta vez no hay ninguna marca de sangre en el dintel y las jambas de la puerta, de que esta vez el ángel de la espada no ha tenido piedad de ella. Lo único que no sabe todavía es cuál de sus hijos ha caído.

«¿Quién?». Más que en sus labios, la palabra arde en su mirada. Dígame quién ha sido: ¿Jean o Arnaud o Rémi? Se diría que los nombres van y vienen por su retina: cuál de las criaturas a las que ha alumbrado, a las que ha sentido salir de su cuerpo a cada espasmo de sus abdominales, la vida que ha visto crecer, que ha mimado, cuidado, alimentado, reconfortado, abofeteado y besado, que le ha infligido arrugas de alegría y canas de disgusto, que la ha colmado de orgullo por las buenas notas del colegio o el vigor muscular, o la ha hecho caminar encorvada bajo el peso de la preocupación cuando padecía el sarampión o se perdía en el alcohol o los juegos de azar. ¿Ha sido el primus inter pares o el gorrón o el ratero que se enroló para eludir la cárcel y la deshonra? ¿Cuál de ellos, monsieur? ¿El pequeño o el mayor? ¿O el del medio, la niña de mis ojos? Había casas que recibían una primera visita, y luego una segunda. Y a la tercera o la cuarta ya no quedaba tampoco

mucho por decir.

¿Qué hacer cuando hay que comunicar a una madre que su último hijo también ha caído en combate o, después de todos sus hijos, su esposo, y ella no abre la puerta de la calle y no hay más remedio que entrar por atrás? Está sentada en la cocina, con un barreño encima de las rodillas, mondando patatas con tal frenesí que las reduce por completo a volutas. Ni siquiera alza la vista cuando se abre la puerta. ¿Qué hacer entonces? Pues sentarse a la mesa y guardar silencio y esperar.

«Son las mujeres las que encajan los golpes». Mi tío lo reiteraba con frecuencia cada vez mayor cuando regresaba de su luctuoso recorrido y se recluía en el jardín. «Es siempre la misma canción, nos dejamos seducir por las grandes palabras de los grandes próceres, la meliflua boca del poder, pero nos olvidamos una y otra vez del ojo del culo. Y no me mires con esa cara de indignación, querida hermana. Tu hija tiene edad suficiente para escuchar algo más que melodiosos cuartetos. Ya no es una niña. Fíjate bien en el ojo del culo, ma fille. ¿Quién agita la palma y quién recoge la mierda? Ésa es la cuestión en torno a la cual gira la historia entera».

Me acuerdo de mi marido y le oigo decir: «It's inevitable, Helen. Inevitable» [Es inevitable, Helen. Inevitable], repite sin cesar.

Todavía hoy su voz puede llegar a hacerme estremecer de deseo, ese acento levemente abúlico, su entonación siempre a punto de derivar en un suave gimoteo, como si el habla le flagelase con un placer sexual prohibido.

«I'm not a thinker [Yo no soy un pensador]—solía afirmar durante nuestros viajes. Luego miraba a través de la lente de su cámara y añadía casi siempre—: Confío en mis ojos. Pienso con ellos».

«Y yo con mis dedos», le contestaba en esas ocasiones.

La tierra de nadie a la que me llevó más tarde aquel primer día, después de las ruinas, florecía al sol de verano con una efusión que fulguraba en los ojos como una afrenta devenida color. Toda esa flora que no brotaba, sino que estallaba a lo largo de muchos kilómetros en pinceladas del blanco más vivo y del rojo o violeta más intensos, reverberando entre las ciénagas y los fangales bajo la luz solar en aquella inconmensurable llanura.

Sobre las cabeceantes amapolas y margaritas se elevaban densas nubes de mariposas, arrastradas por el viento en medio de un susurro de papel, como si los ángeles hojearan apresuradamente las guías telefónicas del destino, aprovechando la calma entre las ofensivas para llevar las cuentas de las balas y los muertos. Los muertos sin rescatar, cuyos huesos blanqueaban al sol en su raída guerrera. Los proyectiles sin explotar, que brillaban entre la vegetación como huevos de un reptil prehistórico.

La vida que resonaba por allí se manifestaba en zumbidos. Los abejorros que revoloteaban como enjambres de helicópteros alrededor de los cálices de las flores parecían inflarse conforme ascendían en el aire para terminar confundiéndose con los globos cautivos que en el lejano horizonte se desleían en el azul del cielo. Las libélulas surcaban las nubes de mariposas, los pájaros hacían cabriolas capturando sus presas al vuelo. Más arriba, los aviones imitaban a los insectos, emulando sus tentáculos y sus alas membranosas. En alguna parte, más arriba de las mariposas, pero más abajo de los aviones, sonaron disparos y reventaron unas granadas de metralla liberando pequeñas descargas de humo gris. Los globos bajaron, hundiéndose en la explosión de colores.

Daba la impresión de que la tierra se adiestraba en el arte de la revancha, en algo que resultaba ser una ejercitación sin igual. Como si, queriendo mostrar cómo obraría en los días después del último hombre, expulsara de sus fangosos pliegues marrones unas flores de tallos velludos, hiciera que se estirasen hacia la luz y enviara el jugo del suelo y de los cadáveres por sus nervios hasta que eclosionasen. En los lodazales y en los cadáveres crecían las larvas y maduraban las crisálidas, a la espera de los primeros calores, cuando esparcirían por toda la campiña espejismos preñados de zumbidos y aleteos.

Me esforzaba por captar aquella exuberancia con la cámara fotográfica que monsieur Herbère había traído para mí con el fin de que mi presencia resultase creíble. A ello debían contribuir también la larga gabardina entallada que me había puesto siguiendo su consejo, el cabello recogido bajo un sombrero negro no demasiado ancho y la bolsa con las placas de negativos que llevaba al hombro.

En la trinchera a la que él me condujo reinaba un ambiente distendido, porque el nefasto fango se había secado gracias a un período sin lluvias. Bromeé con los hombres que montaban la guardia en la zanja. Eran franceses. Traté de hablar con acento británico y ellos no hicieron preguntas. Encantados con el rato de distracción que les proporcionaba mi visita, nos ofrecieron café, o el brebaje con sabor a cloro que pasaba por serlo.

Me uní de buena gana a las risas de los soldados cuando uno de ellos, un tipo fornido de mejillas sonrosadas, salió reptando de un estrecho orificio al que llamaban con sorna la cuisine, cafetera en mano, después de haberse atusado allí dentro el bigote con un poco de mantequilla o grasa rancia para impresionarme. Mientras nos mofábamos de su vanidad, un sinfín de pequeñas alas vaporosas comenzó a revolotear en torno a su imponente figura. Una avalancha de lo que parecían papelitos sueltos aterrizó sobre sus hombros, su pecho, una profusión de élitros, antenas, ojos compuestos. Tal vez las mariposas tomaran la chaqueta de su uniforme por una gigantesca flor. Cuando depositó la cafetera sobre la caja de madera que hacía de mesita de salón, las mariposas alzaron el vuelo formando una nube, sobrevolaron su cabeza, se posaron en su torso y desenrollaron sus largas y finas lenguas para palpar la tela de su guerrera, el lustre de los botones, como si en su pecho cobrara vida un racimo de medallas.

Los hombres se alborozaron y me alentaron a sacarles una fotografía, con una señal de la cabeza, fingiendo que sujetaban en sus manos una cámara imaginaria. Hice lo que me pidieron. Mírelos: cogidos del brazo en aquella fosa angosta, camaradas y amigos, con una colilla entre los labios, envueltos en un torbellino congelado de manchas blancas. Cuando les anuncié que quería fotografiar la llanura empujaron la caja contra la pared de la trinchera, de modo que pudiera subirme a ella para situar los ojos a

la altura de la mirilla que habían acondicionado entre los sacos terreros de la fila superior. El paisaje se veía tan magnífico que resultaba difícil de soportar. La cámara se revelaba demasiado pequeña y el objetivo demasiado poco preciso para abarcar el espectáculo de aquella tierra en desaforada floración. Como si el suelo pretendiese que sólo se inmortalizara su semblante de fango marrón, el de las estaciones más frías, cuando la vegetación se retiraba y las semillas dormían, las larvas hibernaban en sus carcasas y la tierra se abría para absorber las minas y los proyectiles y empollarlos; Dios sabe qué se removerá entre los estratos terrestres el día que las cáscaras se rompan. ¿Qué muecas nos deparará?

Obsceno, lo repito de nuevo. Obscena es la broma pesada que la tierra me gastó en una de las instantáneas que le hice a mi marido, mucho más tarde, en las primeras semanas de la paz, cuando la enfermedad mantenía a mi madre postrada en la cama.

Aquella tarde le fotografié sin que él se diera cuenta, después de pararnos en medio de la rala vastedad entre los viejos frentes, justo en el lugar donde, en vez de la aldea que figuraba en el mapa, se extendía un vacío, y un arroyo en un lecho de hielo y tierra congelada. Ningún dibujo ni ninguna fotografía alcanzarán a reflejar jamás el silencio que reinaba allí, fantasmal, porque ya no quedaba ni una sola fachada ni una sola callejuela donde pudieran hacer eco nuestras voces y nuestras pisadas. Cada ruido transmitía un sonido concreto, independiente, que arañaba la lona entre gris y blanca de aquel silencio, después de que enmudeciera el concierto de los cañones. El crujido de mi pie atravesando el hielo que cubría las charcas como empañados cristales de gafas. Nuestras voces, que parecían flotar a la deriva sobre el vapor de nuestro aliento en el aire gélido.

Él quería una foto de aquel lugar. Le seguí a unos pasos de distancia por un sendero que discurría a lo largo del riachuelo hasta llegar a una trinchera abandonada. Le retraté de espaldas, justo después de que saltara un pequeño afluente del arroyo. Tomé la instantánea por puro gusto, deseando registrar el irrefrenable ahínco que mostraba invariablemente en sus expediciones. Además, no me cansaba de sus anchos hombros ni sobre todo de su espalda, que

tanto me gustaba rodear con los brazos para amasarle la nuca y explorar la pendiente que bajaba hacia sus nalgas cuando se hallaba tumbado sobre mí con el rostro enterrado en mi cuello.

Hasta que revelamos los negativos en el cuarto oscuro que mi marido había improvisado en el sótano de casa no se puso de manifiesto lo que yo había registrado aquel día.

Lo primero que se plasmó sobre el papel bajo la luz roja fue su espalda enfundada en aquel abrigo de invierno. Comprendió enseguida las asociaciones que la imagen evocaba en mí, nuestros momentos de subrepticia intimidad, pero nos quedamos atónitos al ver aparecer, abajo, en la ondulación del barro desmoronado a ras del agua, un brazo, inconfundible, y después otro. Y luego dos manos, juntas en un regazo, y una cabeza, inclinada y sustraída a la vista por el casco. Un hombre, un soldado, que el fango, desprovisto de color hasta la obscenidad, parecía no querer revelar más que en aquella fotografía, la caricatura de un muerto con aire de estar aguardando tranquilamente el tranvía: las manos en el regazo, derrengado en el banco de espera, asaltado por la tierra y recubierto con una capa de esmalte helado mientras dormitaba.

A medida que el líquido mordía el papel, imbuyéndolo cada vez más de significado, vimos nacer un poco más adelante, en la ribera del arroyo en el que desembocaba el canalillo, por entre unos troncos de árboles quebrados y hundidos en el agua, un torso, un busto, un brazo doblado, y encima del brazo, bajo un casco sumergido en buena parte en la tierra fangosa y trufado de destellos por el hielo, el arco de una ceja, el puente de una nariz y la cuenca de un ojo que nos miraba, cada vez más oscuro conforme el papel cambiaba de color, con una aparente expresión de aborrecimiento y reproche: ¿a quién se le ocurre exponerme de esta manera—entiéndase obscena—a la luz?

Me pregunto si aquellos cadáveres habrán sido rescatados algún día. Quizá los engullera la tierra al poco tiempo, en cuanto comenzó el deshielo. Puede que sólo el frío glacial conservase una impresión de los cuerpos y que, tan pronto como los cristales de hielo se fundieran, los tejidos se fluidificasen en torno a la osamenta y que ésta se fuera anclando en el suelo a medida que la tierra se secara y terminara por depositarse alrededor de los huesos como un nuevo

cuerpo.

Temporada tras temporada, la reja del arado debió de dispersar por el subsuelo sus restos, los doscientos y pico pernos, clavijas y tornillos de los cuales está hecha la armazón humana. Quisiera poder deslizar sus fragmentos por entre mis dedos. Colocarlos sobre una mesa, como hacen los arqueólogos con los esqueletos de los reyes o de los enfermos de peste extraídos de antiguas fosas comunes, encajando todas las piezas, desde el hueso frontal hasta el peroné. No sólo poder leer en sus vértebras el historial de sus dolencias, la descalcificación, la tuberculosis, la herida de bala o el golpe fatal de la espada, sino también observar cómo cobran vida sus hiatos, dejando entrever toda una semántica, del mismo modo que a través de las sílabas de nuestras palabras, a las que suelo comparar con dentaduras postizas, tabletea el eco de otras palabras, que a su vez despiertan otras palabras, y así hasta el infinito, es decir, cualquiera que pronuncie un único vocablo y escuche con atención puede oír castañetear en él los dientes de una lengua entera.

—It's inevitable, Helen—reitera mi marido mientras introduce una placa en su cámara y ajusta el objetivo—. ¿Y si hubiera caído yo? ¿O tu hermano? ¿Si no hubieran podido evacuarle a tiempo, si se hubiese desangrado en aquel cenagal y jamás hubieran hallado su cadáver? ¿No querrías tú ver el lugar donde sufrió pasando sus últimos instantes? ¿Y si algún campesino descubriera sus descarnados huesos…? ¿Qué preferirías? ¿Una bonita lápida o que sus órbitas vacías te contemplaran desde detrás del cristal de un relicario conmemorativo de la catástrofe que le costó la vida? It's inevitable, love. Inevitable.

Me vino a la memoria el incidente acaecido durante nuestra segunda visita a la bloody glorious ciudad de Ypres, donde por aquel entonces apenas quedaba ya piedra sobre piedra. Al ponerme de pie en el automóvil podía abarcar con la vista prácticamente toda la ciudad: una grisácea escombrera tendida como un descomunal excremento de pájaro sobre las ondulantes praderas. No encontramos ni rastro de la casa donde nos habíamos refugiado y nos habíamos entregado al amor. En ese vasto descampado de pedregales que ya ni con la mejor voluntad del mundo se podía

calificar de ruinas resultaba imposible indicar con un margen de unos diez metros el lugar donde seguramente estaba la vivienda.

Mi marido se apeó y se dirigió hacia los soldados y los obreros ocupados en retirar escombros al pie de la lonja de paños, uno de los escasos edificios más o menos reconocibles. Pretendía retratar su trabajo. Los hombres se habían abierto camino por entre las informes masas de piedra, de las cuales sobresalía algún contrafuerte de la catedral y más de una esquina de las antiguas casas gremiales. Trajinaban con poleas a la sombra del campanario de la lonja de paños para apartar los cascotes más pesados.

Seguí a mi marido a cierta distancia, mirando a mi alrededor, reconstruyendo en mi mente la plaza mayor de mis recuerdos. Mientras me acercaba, algo causó conmoción entre los soldados y los obreros. Pararon las poleas, se agacharon y parecieron apuntar con el dedo al fondo de la amplia zanja que habían despejado junto al campanario.

Mi marido se inclinó hacia delante, esquivando los torsos, las piernas y los agitados brazos, para poder contemplar aquello que había interrumpido las labores de desescombro.

Le vi levantar el trípode de la cámara, caminar unos pasos con él en la mano y apostarse al lado de los hombres. Cuando le alcancé me recomendó:

—Don't look now, sweetheart [Ahora no mires, cariño]. Date un paseo, querida. Enseguida estoy contigo.

Hice lo que me dijo, pero no sin antes aprovechar que los hombres se echaban a la izquierda y a la derecha, apretándose contra las paredes de la zanja con el fin de dar margen de maniobra al fotógrafo, para lanzar una ojeada en el agujero que la polea había destapado al desplazar un pedrusco. Se trataba de un hueco más o menos cóncavo en el cual yacían cuatro soldados entrelazados, británicos a juzgar por sus uniformes.

Me recordaron a hambrientos pajarillos confinados en la estrechez circular de su nido. Con toda probabilidad subieron por una colina de derribos desde las simas de la abovedada galería subterránea que

se convertiría en su tumba hasta la entrada de este agujero. Debió de cerrarse ante sus ojos, cuando el bombardeo, que los había impulsado a guarecerse en esa cripta o lo que fuese, pulverizó la flecha del campanario y el derrumbe bloqueó su vía de escape.

A buen seguro intentaron en vano abrir un hueco utilizando las manos como única herramienta, pues nadie habría sido capaz de remover a fuerza de músculo la roca que colgaba inerte de la polea. Daba la impresión de que habían buscado desesperadamente aire para respirar, estirando el cuello cuando el fuego de la ciudad en llamas encima de sus cabezas acaparaba para sí todo el oxígeno, aspirándolo a través de las ranuras y grietas demasiado angostas para introducir sus cuerpos en ellas. La piel de sus labios se había secado en torno a sus dientes, transformándose en amarillento pergamino.

Es probable que quedaran atrapados en su catacumba al poco tiempo de estallar la guerra y que ya llevaran cuatro años enterrados en aquella cavidad mientras, a su alrededor, la gente trataba de vivir mal que bien una vida normal en una ciudad que se había ido desintegrando un poco más a cada ofensiva.

Aguardé a mi marido junto al coche. Según me comentó, aquéllos no eran los únicos, dentro había más, habían vislumbrado sus cadáveres en la oscuridad, al menos quince, veinte, quizá incluso más. Sacudió la cabeza.

—Pobres chicos…

—Es que quieres las dos cosas a la vez—le dije más tarde, cuando me enseñó las copias.

El cuidadoso encuadre. La polea con la roca. Los hombres a uno y otro lado, apoyados contra las oblicuas paredes de tierra excavada, entre ellos la boca de aquel antro subterráneo, clavada en el centro de la imagen. En las tinieblas de aquel agujero, los pálidos cráneos de los soldados, como cuatrillizos grotescos, cuatro fetos atascados en pleno alumbramiento.

—Les concedes una tumba a esos pobres desgraciados, pero al mismo tiempo los retratas en su agonía. Para que todo el mundo los

vea. ¿Hasta qué punto es eso inevitable? You want it both ways, monsieur Herbère [Es que quieres las dos cosas, monsieur Herbère].

Retiró las copias de entre mis dedos con fingida indignación, sostuvo mi barbilla en la cuenca de su mano y me dio un beso furtivo.

—And I think, miss Demont… [Pues creo, señorita Demont…], que yo no soy ni la mitad de pérfido que tú y tus preciosas palabritas. Tú lo quieres todo, pequeño monstruo voraz, y de todas las maneras posibles…

Me arrancó del sofá, me cogió por la cintura y, mientras nos deslizábamos entre risas por el parqué hacia la banqueta bajo la ventana del balcón acristalado, susurró:

—Somos tal para cual, madame.

Cuanto menos reconocible resulta lo que retrata mi marido, más atractivas me parecen sus fotografías. Me agrada que dejen todos los caminos abiertos. El montón de imágenes que guardaba en una gaveta separada, en grandes cajas planas. Él también debió de considerarlas paralelas o ajenas al resto de su trabajo, o quizá no: quién sabe si, por el contrario, constituían el corazón oculto del mismo, a la vez más y menos pobladas que las escenas de los vivos y los muertos que inmortalizaba para las agencias de prensa y los periódicos, y su tinta demasiado fugaz y ruidosa.

Me refiero a ese camino rural surcado por hondas rodadas, un patrón casi abstracto que asciende en una amplia curva hacia el elevado horizonte donde, en el extremo límite del encuadre, una angosta franja de nubes suspendida sobre cinco álamos rezuma humedad.

Me refiero a la fosa en la que acaba de exhumarse el cuerpo de un desaparecido. La esquina de la lona donde reposan los restos. La suela de la bota abandonada en el fondo. Más adelante, en el flanco del cerro, unos pocos montículos de arena, el mango de una pala. Junto a cada montículo, una lona.

También me refiero al quirófano del hospital. La mesa de operaciones se halla vacía. Las enfermeras deben de haber salido hace un instante para llevar a esterilizar los instrumentos. Los cirujanos almuerzan o descansan tras lo que parece un día sosegado. Todo está bañado en una inmaculada luz blanca que realza de forma notable las manchas de sangre en el suelo enlosado bajo las mesas, tres en total, y los sucios vendajes dentro de los relucientes cubos de esmalte, a punto de ser vaciados.

En la mayoría de esas fotografías, ningún elemento visualiza la guerra, ni su reciente finalización, y, sin embargo, parecen atraer hacia sí todas las guerras de todos los tiempos. Con independencia de que muramos en una cota de malla o en el rayo de luz procedente de una bomba de radiación letal, el vocabulario permanece invariable: vacío y huellas de sangre y vendas manchadas. Fijémonos en el ojo del culo. ¿Quién recoge la mierda? ¿Quiénes no aparecen por ningún lado, quiénes acaban de ser

transportados a la sala de los convalecientes, a la morgue, a su sepulcro definitivo tras la fosa anónima en el subsuelo? Aquellas fotografías se hallan en un compás de espera. Todo se encuentra permanentemente en estado de alerta para cuando llegamos, vivos o muertos o reducidos a un pedazo de carne sin brazos o sin piernas. Toda paz es un período de entreguerras.

Ésta la ubico perfectamente. Me acuerdo de cuándo y dónde la tomó. Estaba yo con él. A los pocos años del armisticio, a finales de uno de esos veranos en que mi marido, mi hermano y algunas personas más regresábamos a casa de mi tío en una suerte de peregrinación. Durante nuestra estancia, mi marido y yo solíamos irnos varias veces de excursión, uno o dos días, siempre por la zona de los campos de batalla.

En aquella ocasión, lo recuerdo muy bien, atravesábamos un pequeño bosque en las colinas alrededor de Reims, en las postrimerías de agosto, a última hora de una tarde calurosa. Nos habíamos ido separando en el camino. En un momento dado le perdí de vista. Volví sobre mis pasos, pero no le vi por ningún lado. Hasta que gritó mi nombre—By Jove, Helen, look at that! [¡Caramba, Helen, mira esto!]—no di con él, en una hondonada rodeada de troncos y arbustos, donde se percibía un fuerte olor a moho.

Parte del terreno se hallaba protegido por un tabique de madera ya bastante corroída en la que se abría el vano de una puerta. Con la mirada puesta en el interior, mi marido me hizo señas mientras se adentraba en la caverna. Fui tras él. Mis ojos tardaron un rato en habituarse a la oscuridad.

—Increíble…—murmuró.

Le oí palpar con la mano el techo de aquella gruta de baja altura. Por el ruido deduje que sus dedos no tocaban tierra o roca, sino metal: la curvatura de un techo de chapa ondulada instalado sobre la depresión del terreno, cubierto por una capa de tierra y, finalmente, sepultado otoño tras otoño bajo las hojas caídas de los árboles.

Olía a cerrado, en el ambiente flotaban efluvios que no logré

identificar de inmediato. Mi pie chocó contra algo que rodó por el suelo, en las tinieblas no distinguía más que los contornos, extrañamente angulosos.

—Wait here [Espérame aquí]—me dijo—. Voy a buscar mi equipo…

Como si temiera que, en su ausencia, la tierra fuera a tragarse para siempre su descubrimiento.

Esperamos fuera, estirados en una manta al borde de aquella pequeña hondonada, comiendo un bocadillo. Mi marido aguardaba la luz adecuada, el momento oportuno. Había calculado que el sol, conforme descendiera, terminaría entrando casi de lleno por el vano de la puerta a través de una abertura en las copas de los árboles y, de hecho, así ocurrió. Se internó en la gruta y se apostó con su cámara contra la faz interior del tabique de madera.

En esa foto da la impresión de que realmente ha conseguido pillar por sorpresa los haces luminosos del sol vespertino mientras penetraban furtivamente en aquel espacio subterráneo, alumbrando con timidez los cuatro o cinco catres de campaña apoyados en los laterales, los estantes de pared donde había algunas botellas y botiquines de campaña de hojalata, la silla que parecía haber sido separada apresuradamente de una pequeña mesa en el rincón, y hasta un atisbo del cuaderno de notas que se encontraba abierto sobre el tablero, con unas palabras manuscritas, diluidas por la humedad que se filtraba desde el exterior.

Se diría que es una instantánea, pero fui testigo de la paciencia con que mi marido esperó a que la luz alcanzara las paredes y la bóveda de chapa ondulada bajo el ángulo deseado. No es ningún montaje, no alisó las mantas para reforzar la sensación de que aquellos catres estuvieran recién hechos, ni acomodó las almohadas para resaltar las manchas de moho en el algodón, ni colocó sobre la caja de madera las palanganas y la batea en forma de riñón, con las pinzas quirúrgicas y las tijeras cuyas hojas semejan un largo pico curvo. Todo se halla en el estado en el que nos lo encontramos, a excepción de una única cosa. En un primer momento, mi marido creyó que era un guijarro. Un fragmento de piedra en el que un trazo de calcita u otro cristal reflejaba los rayos de sol de forma demasiado directa. Me lo arrojó mientras aguardaba sentada en la

manta a que terminase con su trabajo. El objeto no era mucho más grande que un vaso de licor y llevaba pegada una capa de tierra. Al quitarla con las uñas, rascando, sentí el frío del metal, un borde cortante, aunque abollado. Parte de una lata, una tapa, pensé, pero poco a poco mis dedos fueron desvelando una inscripción. Tuve que limpiarla con mi pañuelo previamente mojado para poder descifrarla. Decía: «Oleum infirmorum».

Es sólo en las palabras donde la tierra puede estremecerse del revés, por medio de las estáticas sílabas. Sólo aquí pueden removerse las articulaciones y los ligamentos, darse la vuelta los huesos a modo de niños sumidos en un sueño intranquilo bajo una colcha verde como la hierba. Aquí los resortes de la tierra pueden gemir y chirriar, y su manto transformarse en un colchón blando como una placenta. La tierra tirita hasta que se le pone la piel de gallina. Concentra las explosiones en un punto y escupe las balas y las bombas. Aquí las fachadas pueden resurgir del polvo, con las rodillas temblando, calle tras calle tras calle, volver a encajar las chambranas de las puertas y los marcos de las ventanas a modo de dentaduras postizas en sus bocas abiertas y tocarse con hastiales escalonados o chimeneas. En torno a sus vigas, las tejas sueltas baten las alas en densas bandadas y aterrizan sobre los cabrios cerrando filas. Yo lo quiero todo a la vez.

Y es aquí donde estrecho sus dedos entre los míos, los pellizco y digo:

—Mira. ¡Míranos, Matthew Herbert!

Sin soltar mi mano se da la vuelta sobre el colchón, poniéndose boca abajo. Yo estoy de pie, contra el lateral de la cama, frente al largo espejo del gran ropero.

—Mira—repito.

Y luego, su coronilla rozándome la pierna mientras se vuelve hacia mí y tira con fuerza de mi mano. Sus negros rizos restregándome los poros, antes de ceder el paso a sus pómulos, sus labios, el ardor inopinadamente húmedo de su lengua. El borde de mi vestido le cubre hasta los hombros. Su otra mano sube por el interior de mi muslo, acaba uniéndose con su propio fluido, que traza un rastro de

frías lágrimas hasta el hueco de mi rodilla.

—¡Mira de una vez!—exclamo dándole un cariñoso golpe en la cabeza.

Se ríe por lo bajo, se ajusta la tela de mi falda como una toca alrededor de la cara y nos mira en el espejo: yo de pie, él tumbado.

Detrás de nosotros, la puerta entornada. El papel pintado de rosas etéreas. El acetre torcido. Una palma. Una fila de clavos con perchas bajo otro espejo más pequeño. La intimidad ajena que nos envuelve.

—Míranos bien—insisto—. No quiero olvidar esto nunca.

—Better cover me' arse then [Entonces haré mejor en taparme el culo]—bromea.

Extrae su mano de entre mis muslos y busca el pantalón a su espalda: las dos medias lunas de su trasero se cubren de caqui.

Extiendo los dedos. Él vuelve a poner los suyos encima, gira mi mano y frota mis uñas con su pulgar, y cuando estira la cabeza para besarme la muñeca se abre el cuello de su camisa desabotonada, dejando al descubierto su hombro.

Se pone de nuevo de espaldas, alarga su mano libre y enrolla uno de mis mechones en su dedo.

—Míranos—repito. El lazo del vestido desatado. La braga en los tobillos. Mi gabardina, arrugada, en el suelo—. Look at us [Míranos].

Me tira del brazo. Sus pupilas me contemplan literalmente al revés, con la seriedad de un niño. Un asomo de dientes superiores entre sus labios:

—¿Helen?

—¿Qué?

—I have to pee [Tengo que ir a mear].

Debió de encontrar un orinal en alguna de las habitaciones. Al cabo de unos minutos, el tarareo de sus aguas retumbó en un objeto que, a juzgar por el ruido, estaba hecho de metal. Oí que se subía el pantalón y se colocaba la camisa antes de abotonarlo.

—¿Listos?—preguntó radiante al regresar a la habitación.

Me había dejado caer de nuevo sobre la cama. Tumbada de espaldas, miraba el techo, donde las grietas en el estuco mostraban un mapamundi repleto de continentes desconocidos.

Recogió su cinturón del suelo, se lo ató y se sentó en el borde de la cama para ponerse sus botas. La tela de la camisa le ceñía el torso, marcando con nitidez las protuberancias de sus vértebras dorsales.

Tendí el brazo hacia él y, como si ese gesto entrañara una fórmula mágica secreta, la luz del sol se avivó con violencia tras los visillos junto al cabecero de la cama, recortando contra las nubes, justo encima del alféizar, el esqueleto de los tejados desnudos.

—We have to go now [Ahora debemos irnos]—musitó, sin darse la vuelta, mientras sus dedos ataban los cordones—. Son casi las cuatro… Debemos irnos de verdad…

Mientras me preparaba, limpiaba mis muslos, me subía las bragas y me abotonaba el vestido, le oía deambular por el suelo entarimado de los demás cuartos. La luz del sol se desvaneció de nuevo, abandonando la estancia a un gris sombrío.

Afuera resonó el zumbido de un avión, y poco después traqueteó la artillería. El zumbido se debilitó, pero desde el otro lado de la casa, que daba a la calle, se acercó un ruido de pasos y voces masculinas, superado por unos suspiros apagados, una especie de canturreo nasal.

Cuando me asomé descubrí a los soldados ingleses a los cuales habíamos adelantado en el camino. No advirtieron mi presencia. Vi pasar sus gorras, y las sillas de patas torneadas y asiento de terciopelo que algunos cargaban de dos en dos.

Charlaban animadamente. Hacia la mitad del cortejo informal,

cuatro tipos arrastraban un polvoriento armonio. Cada tantos pasos, el fuelle soltaba una bocanada de aire, como si el instrumento azuzara a los hombres impartiendo órdenes desabridas.

Salieron de mi campo de visión. Más adelante, en la esquina de la calle, el camión los aguardaba con el motor en marcha. Sus pasos cada vez más tenues eran sofocados por el rugir de los cañones, aparentemente dispuestos a lanzar una nueva serie de andanadas. Los pequeños cristales de la ventana de la habitación gimoteaban en un leve tintineo, como niñas avergonzadas de su propio miedo.

—We really must leave [Debemos irnos, de verdad]—repitió mi futuro marido.

Al pasar a mi lado, me acarició la cadera con la mano y yo le seguí.

Proseguimos viaje.

—Everything all right, Guv'ner? [¿Todo bien, jefa?]—sonrió con sorna.

Me había dado la vuelta dentro del automóvil para ver desaparecer, por detrás de las suaves colinas, los contornos de la ciudad que se fundían en el cielo saturado de vapor de agua.

No sé si me sentía all right. Viva, desde luego. Con el cuerpo de repente claramente delimitado en el espacio que me rodeaba, manoseado por sus caricias: sus labios en mi cuello, entre mis pechos, sobre mis pezones, en mi ombligo. Sus dedos entre mis muslos. La torpeza al desabotonar su pantalón. La fragancia de su cabello. El placer—¿o era más bien un dolor palpitante, un puño cerrándose en mi regazo?—cuando hundió su cabeza entre mis piernas después de plantar sus rodillas por encima de mis hombros, primero la izquierda, luego la derecha. La gloriosa rudeza, o la ruda gloria, de otro cuerpo. La bastedad de su sexo, que, para ser sincera, no me había figurado tan duro, tan veteado y tan azul, mal informada como estaba por los pueriles cuadros y las estatuas cuajadas de pudor. Me había entrado un ataque de risa al ver bambolear su miembro justo ante mis ojos, sobre los testículos en su conmovedora bolsita marrón, debajo de la raja de sus nalgas, en medio de una áspera mata de vello negro. Y cuando pasé el

prepucio por encima del glande y todo el tinglado se vino abajo, me dio un segundo acceso de risa. El tercero me asaltó cuando él acomodó sus caderas entre mis piernas y sentí vagar su sexo por el pliegue de mi muslo, hasta que una mano se introdujo entre su cuerpo y el mío. «Just a minor inconvenience [Bah, un problemilla de nada]. Esto les pasa a los mejores…», bromeó, en buena parte para ocultar su propia timidez, como pude constatar antes de que su mirada se tornara vidriosa y el dolor se condensara en mi pelvis. Los estremecimientos y los espasmos. El olor de su semen, salado a la vez que dulzón. Y su aliento, jadeando en mi oído.

—You're staring, love… [¿Qué miras, cariño…?].

La sombra de pecas en torno a su nariz, y el negro intenso, incandescente y pasmoso de sus ojos.

Ya no miraba atrás, sino que le contemplaba a él mientras seguíamos conduciendo y la bóveda formada por las copas de los árboles trazaba sobre el coche un código morse de luces y sombras.

Habría querido conocerle cuando iba al colegio, y como muchacho de pongamos dieciocho años, acompañando a la iglesia a la tía con la que se había criado, a regañadientes, con un libro de cánticos bajo el brazo. Allí en el lejano norte, donde, según me aseguraba, el tedio sumergía los días en el vacío de una tarde de domingo con chubascos.

Habría querido ver su cuarto. La ventana larga y estrecha que dividía el mar del Norte a lo ancho en dos colores: gris y menos gris. Conocer a sus primeras conquistas, y también a sus novias más formales, expertas en mantener insulsas conversaciones a la hora del té en la galería de la casa de su tía, las Maud y las Margaret de las que tan poco hablaba. Una mujer lo quiere todo. Me pregunto si los hombres llevan el duelo de otra manera. Me pregunto si la rata de la ausencia también les roe las entrañas con esa furia lacerante. ¿Por qué las mujeres se repliegan sobre sí mismas cuando están de duelo y los hombres parecen desintegrarse?

Ya era casi de noche cuando me sacó de las trincheras, aliviado porque no hubiera sucedido nada grave. Estaba fatigada, confusa, abrumada por las impresiones. En mi cabeza, las anchas franjas de

color y el zumbido de la tierra de nadie se alternaban con repentinas sensaciones casi táctiles de su cuerpo. Su tensado diafragma. La mancha rojiza en su vientre, justo debajo de las costillas. La textura de sus pezones. Su sexo, que, concluido el éxtasis, menguó entre sus muslos. Y luego, de nuevo, el blanco vivo de las cruces de madera en aquel paisaje de amapolas y fango. Todas esas impresiones parecían abandonar gota a gota mi cabeza, volatilizarse a través de mis ojos, para terminar mezclándose con el mundo exterior.

El sol se inclinaba ya hacia el extremo oeste, tiñendo el vapor del aire de naranja chillón. El intenso azul tirando a negro de los nubarrones que emergían del horizonte ofrecía un vivo contraste y confería un endeble brillo plateado a las copas y los troncos de los árboles que flanqueaban la carretera y a los convoyes de camiones y caballerías y hombres que volvían a encerrarnos. Ese ambiente ya de por sí irreal se vio aún reforzado por el constante gimoteo de las armas. Además, me moría de calor. Hacía bochorno y tenía molestias en el estómago.

Sobre los pueblos se cernía ya la sombra de la noche, en la que los tocados de los norteafricanos a lomos de caballos evocaban de vez en cuando una repentina fantasmagoría de color, avivando el omnipresente caqui. El enérgico movimiento de las capas que se habían echado sobre el uniforme surcaba el crepúsculo a aletazos. La cadencia del ruido de los cascos generaba un eco prolongado.

Sobre el horizonte pendía ya una larga banda de luz vespertina color ocre, encima de la cual se habían congregado las negras nubes. Los cuadrados amarillo pálido de los campos de trigo absorbían el gris del cielo y comenzaban a arroparse con el manto nocturno. Y por todas partes había soldados desplazándose por las carreteras y los caminos. De las canciones militares que silbaban o cantaban con sus graves voces nos llegaban retazos traídos por un viento cada vez más recio.

Alcanzamos Poperinge justo a tiempo, las estrechas calles se hallaban ya prácticamente desiertas, por todos lados había postigos cerrados y persianas bajadas. Seguía vigente el toque de queda. Todo indicaba que nos encontrábamos de nuevo cerca del frente: el rugido de los cañones tronaba con más fuerza, casi todas las casas

presentaban cicatrices de la destrucción, si bien algunas habían sido reparadas, aunque sin ganas.

Monsieur Herbère guió el automóvil por las calles vacías, angostas callejuelas. Había llovido, el agua se esparcía bajo las ruedas. Detrás de una de las fachadas sonaba música de piano, risas, cantos, pero, por lo demás, la ciudad parecía estar muerta.

Disminuyó la marcha ante una puerta de madera. Mi futuro marido se apeó, la abrió y volvió a cerrarla nada más detenernos al otro lado. La cochera en la que nos encontrábamos daba a un claustro en cuyo centro se extendía un jardín un tanto cursi con rosales que habían crecido más de la cuenta, arbustos y una desconchada imagen de la Virgen. Empezó a lloviznar, el goteo del agua en los canalones deletreaba el abandono.

—Give us a hand, love! [Échame una mano, cariño]—me gritó mientras descargaba el equipaje.

Cargada con unas cuantas bolsas, le seguí a través del claustro, hasta una escalera que desembocaba en un largo pasillo a un lado del cual se sucedían puertas idénticas y equidistantes.

Se respiraba un intenso olor a vida, a lugar habitado, a almidón y a ropa blanca—las toallas, pañuelos, fundas de almohada ordenados en pilas sobre una larga mesa en una de las habitaciones cuya puerta se hallaba abierta—, pero el eco profundo y retumbante de nuestros pasos por las estancias desiertas decía todo lo contrario. Me daba la impresión de que caminaba por el mecanismo de un reloj parado. Las losas bajo mis pies habían sido pisadas y desgastadas por innumerables suelas. La penumbra colgaba como una oscura telaraña en los rincones de las bóvedas en lo alto de los nichos de las ventanas, y parecía conservar el recuerdo de los hábitos que día tras día debieron de agitarse en torno a los tobillos y las pantorrillas de los ocupantes de aquellas estancias.

Él explicó que había una conserje, «une gardienne, sort of…» [una especie de guardiana…], que no vivía allí. De todos modos, no teníamos nada que temer de ella. Frotó su pulgar contra su dedo índice y me lanzó esa mueca tan suya.

De nuevo me pregunté cuántas veces habría estado en aquel lugar y con quién, si actuaba de acuerdo con un guión establecido. Se me antojaba un gato vagabundo, algo que se movía en la sombra, al margen, al límite, hábil—o eso al menos sospechaba yo—, desde su más tierna infancia, primero ante la difícil situación en casa de su padre y su madrastra y luego con su tía devota «up North» [en el norte], a la hora de esquivar a los demás, acomodaticio cuando le convenía, asustadizo al sentirse acorralado. A todo eso, yo me preguntaba cómo me vería a mí: ¿como su igual o como un simple ratón ingenuo?

—Hungry, dear? [¿Tienes hambre, querida?].

Mi futuro marido había dejado el equipaje en una habitación con techo de vigas que contaba con una cama, una mesilla de noche y un ropero alto y angosto.

No tenía hambre. Estaba agotada.

Bajó a buscar las cámaras al coche.

La habitación daba a unos jardines. Tras algunas de las oscuras ventanas aparecían llamas de vela para luego desaparecer rápidamente. Por encima de las líneas de los tejados, la nubosidad reflejaba los rayos de luz de la lejana artillería, cuya resonancia ondeaba por las calles.

Ya era casi noche cerrada. Debí de adormilarme sobre la cama, entregada a un duermevela fragmentario. En ráfagas de sueños veía mis dedos deslizarse por la gruesa tela de su camisa, veía salir los botones de sus ojales y veía emerger su caja torácica, el mullido terreno de su vientre, todo tan concreto y tan cercano que desperté de un sobresalto.

Me acarició las mejillas con el dorso de la mano y acomodó un mechón tras mi oreja:

—It's all right, love… [Todo va bien, cariño…].

Era noche cerrada.

Me levanté, me quité la ropa y me acurruqué contra él en la cama.

Pasó un brazo por debajo de mi nuca y, con el otro, me rodeó la cintura. Apoyé la espalda contra su pecho, y al sentir crecer su miembro oí una risita ahogada seguida de un solapado:

—Beg your pardon, Corp'ral… [Disculpe, mi cabo…].

Yo, sin embargo, extendí el brazo y apreté sus nalgas contra mi cuerpo todo lo que pude.

Escuchamos en silencio el tumulto en el horizonte. A ratos el reflejo de la artillería bañaba la habitación en una luz verdosa durante unos segundos. En una ocasión nos sobrecogió un poderoso impacto que provocó un terrible temblor. Estiramos el cuello, expectantes, pero todo se quedó en ese único golpe. La llovizna se convirtió en aguacero y el arrullo del agua en los canalones nos durmió.

Seguramente siempre he sabido, con esa conciencia que puede llegar a asaltarnos al margen de todo conocimiento, que sobreviviría a mi marido, que jamás le contemplaría con setenta años, por ejemplo, a lo sumo con cincuenta o sesenta, y que nunca tendría oportunidad de rememorar en las arrugas del anciano al hombre del cual tuve la certeza, nada más cruzarse en mi camino, de que era él, de que sólo podía ser él. Siempre he sabido que no se me concedería averiguar si el viejo que veía en él cuando aún éramos jóvenes, tan jóvenes, se correspondía con la realidad.

Cada cual lleva consigo todas sus edades, desde el inicio. Duermen en nuestro fuero interno y nadie puede predecir si algún día se desarrollarán o si, al contrario, estarán abocadas a perecer con nuestros tejidos como criaturas sin nacer, pero yo siempre lo he sabido, siempre he estado a la espera, y a cada viaje suyo he pensado: no volveré a verle jamás. Al oír sonar el teléfono o el timbre de la puerta durante sus ausencias siempre he susurrado: «Ya está, se acabó mi gran dicha».

Precisamente porque era mi gran dicha no he engañado a nadie con tanta fruición como a él, obsequiándome con generosos anticipos sobre el duelo. Ya absorbí la insoportable diferencia de otros cuerpos cuando él aún seguía conmigo, ya me dejé sacudir por las mudas colisiones, el suave desconcierto producido por las conversaciones con extraños parecidos a mi marido, aun sabiendo de sobra que eran unos desconocidos y que mi comportamiento era descabellado, mientras él estaba con vida, para estar preparada, para no llevarme ninguna sorpresa, para empezar a saldar desde el principio la deuda pendiente.

Todavía hoy, después de tantos años, hay veces en que el sentimiento de pérdida impacta sobre mí, siempre de improviso, en los momentos más absurdos, a través de todos los pisos de este cuerpo irrisoriamente viejo. Despertar justo antes de la amanecida o, con más frecuencia aún, de la siesta, con el recuerdo de sus jóvenes hombros desnudos al tacto de mis dedos, como si la carne poseyera memoria propia, sentir su curvatura en la cuenca de mi mano mientras me siento a horcajadas sobre sus caderas y, cuando se dispone a incorporarse ejerciendo presión sobre mis palmas, le empujo de nuevo hacia atrás.

Ojalá pudiera resucitar su cuerpo con mis caricias, modelarlo en el aire con todas sus texturas y volúmenes. Los músculos que se desplazan bajo su pálida piel cuando relaja las nalgas, el hueco en su costado donde puedo posar mis puños, y su mirada, esa mirada negra azabache en aquellos ojos estrechos, entornados de puro placer, aquella mañana, mientras libramos una batalla de almohadas dando vueltas y más vueltas en la cama: su cuello, su barbilla, sus brazos, sus piernas, el vello de sus axilas, sus testículos, su culo, sus risas y su cabeza, que reposa sobre mi vientre, meciéndose al ritmo de mi respiración, entre las sábanas que nos envuelven como una bolsa amniótica. Cuando le aparto de mí, a causa de las cosquillas que me provoca su incipiente barba, se ríe, se levanta de un salto, se dirige con sábanas y todo a la claraboya bajo el techo abuhardillado, sujetando la ropa de cama con una mano en torno a la cintura, un traje nupcial de lienzo y bordados, mientras apoya el otro brazo contra el marco de la ventana y mira afuera, al pequeño jardín del claustro, regado por la luz del alba que le adorna con una tímida aureola, y cuando retira con una mueca cómplice uno de mi vellos púbicos de entre sus dientes, el suave deslizamiento de las sábanas, desde las caderas hasta los tobillos. Ojalá pudiera adentrarme en aquel único instante, sumiéndome para siempre en la contemplación de su pecho, su torso, sus piernas. Ojalá pudiera leer su joven y ágil cuerpo hasta el último detalle, beber cada irregularidad, cada particularidad con mi mirada y mis dedos; los lunares en sus omóplatos, los gruesos poros en la piel de su trasero, los seis o siete pelitos negros que convergen en un punto justo encima de la raja de sus nalgas, y la arquitectura de sus costuras cuando apoya su brazo extendido contra el marco de la ventana mientras, con la otra mano, se saca de entre los dientes el más secreto de mis vellos, y su sonrisa, mitad avergonzada mitad conspiradora, al desviar la cabeza de la ventana e imbuirse de mí, desnuda sobre la cama. Si ha de existir una eternidad, Señor, concédeme que sea ésta.

Tomamos un desayuno rápido a base de galletas y café frío. La lluvia había limpiado el cielo. Aunque todavía pasaban algunas nubes por delante del sol, colgaban menos pesadas y menos negras en la bóveda celeste.

—Típico tiempo flamenco—dije, tras lo cual él escrutó el cielo con

el ceño fruncido.

Debía estar de regreso en su puesto a última hora de la tarde, ya no nos quedaba mucho tiempo, pero no quería partir sin antes hacerle unas fotografías al convento.

En la cocina, un macizo fogón de carbón de hierro fundido, solidificado en una gélida hibernación, no dudó en transmitir su frío a nuestras manos. Los santos de yeso polícromo de la pequeña capilla alzaban palmas o instrumentos de tortura al cielo, dirigiendo la beata mirada al rebaño de bancos vacíos bajo un mosaico de manchas de luz amarilla y azul. En una estancia en el extremo del pasillo, cuyo seco olor a hilo y a fibra ya me había llamado la atención con anterioridad, se encaraban dos rígidas filas de mundillos para la labor de encaje, dando la impresión de que las monjas y las señoritas a su cargo hubieran suspendido abruptamente el trabajo al abandonar su morada.

Una ilusión de industriosas yemas de dedos revoloteaba todavía sobre aquellas almohadillas, y sobre las cabezas de alfiler en cuyo entorno los rudimentarios motivos florales se habían inmovilizado antes de tiempo. Los inertes bolillos que colgaban como tirabuzones sobre el borde de los cojines parecían incluso más pesados que el plomo. Era como si el silencio jugueteara en esas miles de mallas diminutas, multiplicándose hasta el infinito, bajo aquella única bombilla de cable demasiado largo, cubierta por una sobria pantalla de porcelana, que supervisaba un caos de sillas dispersas por la habitación.

Oí un chirrido a mi espalda.

Mi futuro marido había encontrado el interruptor, junto a la puerta, pero la lámpara no se despertó.

El claustro se comunicaba con otro claustro, más pequeño, y mucho más antiguo, a juzgar por las corroídas pilastras que sostenían una galería de arcos ojivales abiertos, emplazada en torno a un patio lleno de grava. A punto ya de finalizar el recorrido descubrimos, al fondo del todo, el agujero que el impacto de un proyectil había abierto en el techo. Los listones colgaban como hilachas alrededor de la abertura, las vigas de mayor peso se habían caído y

sobresalían de entre una pila de escombros, donde el verde desvaído de unas matas de hierba se erguía hacia el cielo en cuanto el sol apartaba las nubes alumbrando la brecha con todo su fulgor.

—Look at that light [Mira esa luz]—dijo—. Simply perfect [Es sencillamente perfecta].

Tan perfecta como su risa.

Después ya sólo nos dio tiempo a comer algo en la colina, en el local donde nos habíamos visto por primera vez. En el restaurante al otro lado del vestíbulo, la matrona seguía instalada tras su pupitre, tan empeñada como entonces en sujetar el firmamento con su peinado, por si amenazaba con desplomarse. Al parecer, no me reconoció. Ni siquiera se dignó mirarme cuando le saludó a él con un alegre:

—Bonjour, mon cher Matthieu [Buenos días, mi querido Matthieu].

Estaba claro que las reglas de la casa se habían aflojado, porque pudimos sentarnos donde quisimos. No había más que un puñado de clientes, todos ellos soldados.

Elegimos una mesa junto a una de las ventanas con vistas al paisaje.

—Wine, dear? [¿Vino, mi amor?]—me preguntó monsieur Herbère con fingida galantería mientras estudiaba la carta y me espiaba por encima del borde, regocijándose por dentro hasta el punto de que sus pupilas parecían lanzar fuegos artificiales.

No tenía intención de dejarme arrollar.

—I don't know, da'ling [No sé, cariño]—repliqué—. Blanco, si insistes, y que no sea demasiado dulce. Tengo el estómago delicado…

—Excellent! [¡Excelente!].

Llamó a la camarera con la mano.

Resultaba difícil no percatarse del guiño que ella le dedicó después de tomar nota del pedido y retirar el menú de sus manos, o de la

mímica de connivencia que se manifestó por encima de mi cabeza cuando una segunda señorita acudió a colocar los cubiertos apropiados al lado de nuestro plato.

—Blanche y Suzanne—explicó él en respuesta a mi cara de asombro —. Les deux filles de madame Loorius… [Las dos hijas de la señora Loorius…]. Las llamamos Los Melocotones…

—¿Por el color o por el sabor?—quise saber.

Desplegó su servilleta sobre las piernas en un gesto de gallardía.

—Well [Bueno], ya sabes lo que dice el refrán, mademoiselle… A mejor conocimiento de los melocotones, mayor pasión por las buenas peras de Flandes.

—You make me blush… [Me haces sonrojar…].

Se rio con sorna y miró hacia fuera. Las ventanas se hallaban abiertas, dando paso a una fresca brisa que expulsaba de entre las vigas el sofocante calor del día anterior. Sobre la llanura, la lluvia de la pasada noche ascendía en velos de niebla, nimbando los sembrados, los setos vivos y los lejanos pueblos de un halo turquesa que en lontananza se tornaba cada vez más espeso, sustrayendo a la vista el horizonte. Las nubes se extendían casi inmóviles sobre la campiña. Las carreteras, donde los esporádicos centelleos de luz delataban los movimientos de tropas, se disolvían en la bruma. A una distancia mayor, en dirección a la línea costera, los alargados globos con forma de habano planeaban majestuosamente.

—Could sit here forever [Podría quedarme sentado aquí para siempre]—musitó mi futuro marido mientras volvía la cabeza porque ya nos servían—. A bit like Kent… [Me recuerda un poco a Kent…]. Aunque con menos árboles frutales. Y me gusta el toque francés…

Comimos. Él parecía feliz, y yo también lo era, un alborozo puro e inocente, como si, dentro de mi pecho, un niño arrojase un puñado de amapolas al aire. Nos mirábamos por turnos, levantando la vista de nuestro plato, y sonreíamos.

—¿Y ahora, mon cher Matthieu?—le pregunté con la mayor indiferencia de la que era capaz cuando terminamos de comer, imitando la entonación de la matrona, que había abandonado su posición inquebrantable, sin duda para almorzar ella también.

Jugaba con su tenedor, moviendo la punta por el plato—algo que mi madre no habría considerado precisamente como un signo de buena educación—, y, al poco, levantó los ojos.

—Quizá transcurra un tiempo antes de que volvamos a vernos—anunció—. He conseguido un traslado.

Depositó el tenedor. Esbozó una mueca de repulsa, como si su lengua hubiera encontrado algo repugnante entre sus dientes.

—Estoy hasta las narices de hacer de guía para malcriados norteamericanos sebosos… Voy a acompañar a un regimiento, en Bélgica, por cierto…

—¿Cuándo?

—Soon… [Pronto…].

Hizo señas de que quería pedir café.

—Allí podré moverme con más libertad, Helen. Down here, it's rules, regulations, rules… [Aquí hay reglas, reglamentos, más reglas]. Drives me mad, it does [Me vuelve loco, de verdad…]. Además…—sus dedos tamborileaban sobre la pequeña cámara de mano que yacía a su lado encima de la mesa—, debo sacar el máximo provecho de la renta de mi madre…

Se refería al legado que su madre le había dejado a su muerte.

—She married down. Know what that means, «down»? [Se casó por debajo de su situación social. ¿Sabes lo que significa eso?].

Por debajo de su condición, algunos escalones o peldaños, no muchos, aunque suficientes para atraer sobre sí las iras de sus propios consanguíneos y no infundir demasiada confianza a su familia política, de clase media acomodada pero modesta, reacia a tanto refinamiento.

—It wasn't exactly a huge success, that marriage… [No fue precisamente un éxito, aquel matrimonio…].

De modo que su padre, un ginecólogo, decidió, después de la muerte de su esposa—«She died of excitement, as you can imagine» [Como te podrás imaginar, murió de excitación]—, que era preferible cultivar una joven planta de interior en tierra fértil y familiar, y que su hijo, cuando no estuviese en el internado, no prosperaría en ningún sitio mejor que con los parientes de su madre.

De ahí tu francés, pensé mientras le escuchaba. Y, sin duda, de ahí también las palabras groseras con las que trufaba tan gustosamente sus frases, quizá para ponerme a prueba. Sin embargo, articulaba las palabrotas con demasiado énfasis. No salían de su boca con el desparpajo propio de los tipos de los barrios bajos. Aquellos que, a su manera, también tenían dificultad para enmascarar su origen. Aquellos que eran oriundos de «down». Él mezclaba la jerga de esas gentes con sus palabras del mismo modo que removía la crema de su café: en pequeñas dosis.

Traté de disimular que su anuncio me había perturbado.

—Quizá te encuentres con mi hermano—dije, intentando aparentar despreocupación—. Ahora está en el cuerpo de ingenieros, creo.

—One never knows [Nunca se sabe]—asintió—. Aquello es un mundo pequeño, aunque tal vez un poco superpoblado…

Guardé silencio.

Él advirtió que me costaba ocultar mi decepción y posó su mano sobre la mía.

—Helen, look at me… We'll write. Okay? [Helen, mírame… Nos escribiremos, ¿de acuerdo?]. No es que me vaya a ir a Nueva Zelanda, ¿sabes?

No dijimos gran cosa cuando me llevó a casa. Quería almacenar dentro de mí cada segundo, cada uno de los movimientos que hacía al volante, cada mirada oblicua, cada suspiro, cada uno de sus rizos,

registrar cada detalle.

Detuvo el automóvil en el bosquecillo, a cierta distancia de la verja del patio.

—Give us a kiss… [Dame un beso].

Habría deglutido sus labios de buena gana.

—See you soon… [Hasta pronto].

—Ten cuidado.

Movió la cabeza en señal afirmativa. Dio media vuelta con el coche. Se despidió con la mano.

Me volví hacia la casa de mi tío. Era como si mi cuerpo estuviese atado mediante hilos invisibles al automóvil que se alejaba.

Debían de ser más o menos las cuatro y media, ese período indefinido de la jornada que se encuentra a caballo entre el mediodía y la noche. Tenía la sensación de haber estado fuera no un día y medio, sino un año y medio, una sensación que se intensificó al cruzar la verja y ver caminar, a unos pasos de mí, a la criada Madeleine, cargando una cesta con restos de comida para las gallinas. Aunque se percató de mi presencia, apenas aminoró su marcha mecánica y me saludó con un gesto más bien frío. De su caja torácica brotó un chasquido incomprensible.

Cuando entré en el patio, mi tío se levantó del banco ubicado bajo el árbol donde, al parecer, me había estado aguardando, y vino hacia mí con el rostro desencajado. Según me contó, mi madre, impulsada por el temor de no llegar antes del anochecer, había regresado antes de lo previsto.

La inflamada retórica que debía de haber escupido al no encontrarme en casa aún parecía descargar sus fulminantes rayos sobre el patio.

—Por supuesto, es todo culpa mía—suspiró mi tío.

Con aire desconcertado, tomó mis manos entre las suyas.

—Desde luego haré penitencia con devoción, pero pienso que para ti también la peregrinación a Canossa será larga y ardua, mi niña. Creo que tu secuestrador hará bien en estarse quieto durante una temporada.

La tierra es ingeniosa. Lo solía decir mi hermano en los raros momentos en que hablaba de sus tiempos de soldado.

Ingeniosa y llena de envidia. Cuando estás tendido con una decena de hombres en un agujero en la tierra, medio amontonados los unos sobre los otros, y sientes cómo el suelo, tras las tablas y los puntales de las paredes, cobra vida bajo los impactos y el estruendo, comprendes cuán leve es la existencia. Tienes la impresión de que la tierra te vigila durante días y semanas. Que calcula tu estatura, que envidia tu torso, tus brazos, tus piernas. Que espía tu manera de andar, cuenta los instantes en que bajas la guardia mientras avanzas lentamente por las pasarelas con cuarenta kilos de pertrechos sobre los hombros, consciente de que el menor desliz puede resultar fatal. Ella se calla, y humea y espera. Nada te hace sentir tan frágil como las convulsiones de la tierra cuando se despierta. Percibes cómo sus espasmos te recorren el intestino. Los golpes lo reducen todo a temblor, y te preguntas si dimensiones como la vida y la muerte aún tienen sentido en aquel agujero, donde las estacas y los tablones se esfuerzan por brindar una apariencia de estabilidad, de osamenta, de esqueleto. Lo único que puedes hacer es aguardar a que el infierno allí fuera se calme, o que el suelo te encierre y se apropie, al fin, de tus formas. Estás tumbado, y esperas y vibras al ritmo de las sacudidas. Eres un pedazo de carne digerido a medias en el bajo vientre del mundo, propulsado por su peristaltismo. Te crees ya muerto, una mera membrana de piel y pelo entre la materia informe del exterior y el anhelo de informidad en tus adentros. Piensas: no soy más que un envoltorio que obstaculiza la fusión del fango con el fango.

De vez en cuando daba una calada al purito que siempre encendía al tomar café. Cada tantos minutos se lo llevaba a la boca, inhalaba el humo, lo mantenía un rato bajo el paladar y espiraba. En el ínterin hablaba, a la larga más para sí que para mí, un encantamiento con rasgos de trance.

Podía llegar a interrumpir su monólogo soñador con una leve sonrisa cuando retornaba a la realidad. «Si anotas lo que te cuento, lo verás—se reía—. Querrás acondicionar tu propia guarida en aquel macizo océano sin forma».

Es tan ingeniosa, la tierra. Capaz de convocar sus partículas en masa, componiendo óperas y sinfonías de lodo y socavones y deslizamientos, pero también se te impone cuando te limpias el culo y sientes sus ásperos granos en tu raja. Rechina entre tus dientes cada vez que le das un mordisco a tu mohoso pan. Ni siquiera cuando todo tiembla y brama, y rozas con la mano el semblante del hombre acurrucado a tu vera, en el angosto catre en el angosto agujero, ávido por palpar la vida, con la textura de sus mejillas sin afeitar, el hambre de la tierra no te suelta, pues su barro te ha secado los dedos. Ha anidado en tus pliegues más diminutos. Guarniciones, regimientos, batallones del más fino polvo se esconden en las ranuras de tus dedos, y hasta tus palabras saben a arena, porque, cuando hablas, la tierra se desprende de tus labios y se mete dentro de tu boca. Comimos barro y hablamos barro, y cagamos barro y éramos barro, un saco de huesos y de piel relleno de barro. Sólo era cuestión de tiempo: no tardaríamos en rasgarnos y vaciarnos, y entonces la tierra se saldría con la suya.

Y cuando tu compañero de catre, al cambiar de postura, te da un golpe con la rodilla en el muslo mientras sus pies se hacen un hueco al lado de los tuyos, en la tabla bajo la mugrienta manta saturada de fango que compartes con él, igual puede estar muerto. Tan muerto como la rodilla o el hombro, el brazo o la pierna hundidos en el lodazal encima del tejadillo que tapa la entrada al refugio, sobre el cual oyes danzar los terrones y los miembros. Piensas: «¿Cuánto queda, cuándo danzaré yo allí, sin vida, o acaso estoy muerto ya? Si llamas a eso horror, no sabes lo que es el horror. El horror es la tierra en sí, esa tierra que de los cien hombres que se arrastraban detrás de ti rumbo a las primeras líneas, por las sendas y las estrechas pasarelas entre los embudos, engulló a treinta o cuarenta en el camino, sin gritos ni suspiros. Adapta la sintaxis de su hambre. Fluida como el agua si hace falta. O viscosa como unas gachas espesas que no te dejan salir nunca más. Algunos soldados la comparaban con un pulpo, un monstruo de múltiples brazos, pero no sé, no sé… Yo le tenía consideración, una suerte de respeto, como un antílope que pasta con toda tranquilidad cerca de una familia de leones dormidos: aparentemente relajado, pero, en realidad, atento al menor movimiento indicador de que se ha abierto la caza. No le reprocho nada, tiene hambre».

Pasada la noche, cuando salíamos a rastras desde dentro de la tierra, me quedaba contemplando sus nuevas ondulaciones y grietas. La geografía que había forjado para sí en las horas anteriores y que quizá volviera a sacudirse de encima por puro aburrimiento en la noche siguiente. Los tocones de los árboles. El cadáver que había expulsado de sus estratos durante la última tempestad, proyectándolo sobre la suave pendiente de una elevación que en la víspera aún no estaba allí: de bruces, con los brazos debajo del pecho, una pierna estirada, la otra recogida, sin distinguirse en nada de cualquiera de nosotros cuando abandonábamos la trinchera a rastras y chapoteábamos por el fango a cuatro patas. La tierra que nos reducía a reptiles, a saltadores de fango, que nos lanzaba hacia atrás en el tiempo y erigía la memoria de la naturaleza en terreno de juego de sus fantasmas, que utilizaba nuestro esqueleto para colgar de él su carne informe y se regodeaba enviándonos como un ejército de cangrejos por el cieno de una playa en marea baja, justo antes del diluvio. Dondequiera que apoyaras la mano o introdujeras la cabeza en su jugo al oír el silbido de un obús cercano, te eructaba en la cara y exhalaba la hediondez de los muertos sin digerir almacenados en sus tripas. La historia se tambaleaba dando bandazos. El ser humano no está hecho para reptar, pequeña gacela. ¿Sabes ya lo suficiente como para ponerte a escribir?

No hay suficientes palabras. La tierra las aspiraba con la misma voracidad que a los cuerpos. No podíamos imaginarnos ningún idioma que no se hundiera entre sus pliegues como el pecio de un navío. Todas nuestras palabras son fórmulas mágicas. Seguimos siendo unos salvajes que, después de cada tormenta, disparan flechas al cielo para castigar a los dioses por su ira, o que bailan en corro para implorar la lluvia. La tierra se reía de mí y me soltaba eructos. ¿Sabes ya lo suficiente? ¿Tanto para llegar a eso?, pensaba. Todo ese acero, y los cañones y los carros blindados y el Tyrannosaurus rex de hierro, y las bombas de cobre, tienen como único fin despojar a la tierra de la dermatosis de la vida y del último hombre. Resultaba reconfortante ponerle nombre, llamarla pulpo, o ingeniosa y llena de envidia. El pelaje de las ratas que por la noche se paseaban por mis piernas y que espantaba en vano presentaba una irreal suavidad al tacto. ¿Sabes ya lo suficiente? Recuerdo haber pensado que eran unos animales pulcrísimos.

¿Cómo conseguían mantener tan limpia su piel?

Cuando hacía bochorno, a mi hermano le molestaba la cicatriz. No es un dolor hiriente, decía, sino más bien la descarga de un escozor tenaz que, desde la axila, me atraviesa el pecho y el lateral del torso, hasta la cadera derecha. Me revuelvo mientras dormito, pegajoso a causa del sudor. No paro de dar vueltas, poniéndome de costado, boca abajo, boca arriba. Aunque tarde o temprano acabo por dormirme, el dolor no me concede más que un ligero descanso, trazando nervaduras a través de mis sueños. Y siempre llega el momento en que ese mal se condensa en una larga línea de picor tan fría como ardiente. Entonces es cuando empiezo a rascarme, con ambas manos. Me tumbo de espaldas y aparto la sábana a patadas. El sudor brota a borbotones de mis poros. La comezón comienza a concentrarse en nudos en mi pecho, como si algo quisiera salir de mí desgarrándome desde dentro, como si mi piel fuese tan sólo una lámina o una membrana. Cuanto más me rasco, más me agito en la cama y más se aviva el escozor en la cicatriz. Y tarde o temprano siento ceder la piel bajo mis manos. Me hiendo por así decir en dos, con una inmensa sensación de alivio, porque, acto seguido, la desazón y el dolor disminuyen. Quizá sea el efecto de quitarme de encima la ropa de cama, quizá sea la sábana bajera adherida a mi espalda la que evoca esa alucinación, pero el caso es que mi piel se convierte en una funda que se deshace para ceder su sitio a la textura de una tela basta, cuero, botones de cobre, un cinturón, una hebilla. Cuanto más me revuelvo o me rasco, más saco a relucir mi viejo uniforme.

Unas veces me despierto desesperado, presa de una desesperación abismal, cuando el uniforme resulta ser el atuendo que vestía en las trincheras: el quepis, el largo y grueso gabán y los bolsitos de cuero con la munición en la cintura, mi cantimplora y la manta sujeta con una correa al hombro, y la pequeña pala para cavar una guarida en la fétida tierra, cuyo hedor me invade de nuevo. Otras veces aparece mi uniforme del cuerpo de ingenieros, flamante, como el día en que por fin pude enfundarlo, en que por fin me trasladaron, y esas noches revivo el alivio y la euforia de haberme librado, por fin, del infierno de las zanjas y de haber escapado, creo, a las garras del fango. Ese hermoso uniforme oscuro, su ribete rojo, las insignias negras en el cuello, con el dorado casco de Minerva. No puedo

describirte la infinita felicidad, el calmo pero absoluto solaz de poder dormir a pierna suelta en una cama más o menos decente y de comer a intervalos regulares, lejos de la primera línea. Por entonces aún no sabía que a la tierra le sobraba paciencia, que esperaría a volver a tenerme cerca. Es extraño lo que hacen los sueños con nosotros, lo que hacemos en nuestros sueños, rumiaba mi hermano.

Siempre ha llevado dentro su atuendo de soldado, jamás ha podido exudarlo definitivamente. Verle andar me bastaba para adivinar cuál de los dos espectros ardía en sus tejidos. Si derrochaba liviandad, significaba que marcaba el tono la figura del aspirante a oficial del cuerpo de ingenieros, imbuido del alivio de poder llevar una existencia relativamente normal, en un sector del ejército donde las riendas se relajaban con cierta frecuencia y un hombre era algo más que un pedazo de carne disciplinada, pasto para el cieno que, pese a todo, terminaría por atraparle. Me bastaba con oír su alegre silbido cuando venía a verme, su simple alborozo porque el mundo y el destino se mostraban complacientes. Al cabo de la guerra, su vida adquirió el carácter de unas vacaciones prolongadas. Por fortuna, no era tan necio como para creer que el ser humano debe legar una entalladura en una piedra o una inicial en la corteza de un árbol para dejar constancia del escaso tiempo que está llamado a ajetrearse por estos lares. No como yo, demasiado proclive a irritarme con él porque en el fondo le tenía envidia. Envidiaba su ligereza, su vacuidad, su anhelo de jóvenes cuerpos vivaces, flexibles superficies de hombres. Pero ¿era de veras tan fútil y tan frívolo?

Había días en que la otra figura, el lado sombrío, el recluta embutido en el enlodado uniforme de la infantería, prevalecía dentro de él, ante todo cuando la cicatriz volvía a la carga. Durante esos episodios caminaba un tanto encorvado y se servía, en efecto, de su bastón para apoyarse en él a cada paso dificultoso que daba, no luciéndolo ya sólo por presumir. Tenía un aspecto demacrado y parecía volcar todo su peso sobre ese báculo: vencido hacia delante, los hombros encogidos, la cabeza hundida entre ellos, los ojos inusualmente grandes.

Más que un calambre, su postura semejaba un reflejo, como si

deseara envolver aquel rastro carnoso con todo su cuerpo a fin de protegerlo contra súbitos roces, por insensible que fuese al margen de aquellos esporádicos dolores fantasma. Sin embargo, también en sus días buenos podían llegar a producirse lapsos, momentos de descuido, algunos de sólo una fracción de segundo, en que sus pupilas no parecían irradiar luz, ni tampoco oscuridad, sino más bien un intenso vacío, como si el mundo y sus impresiones no hallasen el menor signo de vida tras las puertas azules de sus iris y fueran incapaces de despertar el más mínimo centelleo o impulso.

Reconozco esa expresión aquí, en el primer retrato en el que figuramos de nuevo al completo: él, mi padre, mi madre y yo. La estampa estuvo durante mucho tiempo expuesta sobre una de las mesitas auxiliares del salón de visitas, sin duda para dar a entender a cualquiera que fuese recibido en nuestra casa que cada uno de nosotros había sobrevivido relativamente indemne a todo. Mi madre viste uno de esos trajes sin gracia de sombrío fustán que gozaban de su preferencia después de la guerra. Ya se la ve bastante más fofa y rellena que en mi infancia, se está convirtiendo en una verdadera matrona. La gripe del último año de la contienda desencadenó en ella un hambre que, en realidad, jamás logró saciar por completo. En torno a su boca se dibuja una crispación casi permanente, sus labios se prensan en un plumazo de desencanto.

De su cuerpo emana una resignación total que inunda la atmósfera, semejamos animales disecados tras un cristal. No sólo mi hermano, que ha comenzado a cultivar su incipiente bigote con el afán de transformarlo en un mostacho en toda regla, un esbozo de blanca niebla que se ensortija entre sus labios y sus aletas nasales. Sus alisados cabellos rubios y ese amago de bigote no hacen más que acentuar el contraste con su tez, pálida y aterciopelada, que sigue siendo la de un cordero lechal. Sólo sus ojos, esos ojos azul acero, parecen viejos. Más viejos que los de mi padre o mi madre, más viejos que los míos, que, con un destello de triunfo, ¿o acaso es desconcierto?, se iluminan entre los rizos de mi media melena, alineada con mi mandíbula.

Mi euforia, vista en perspectiva, raya en la estupefacción. Somos unas fatamorganas de cuerpo entero, impregnadas de la irreflexiva creencia de que, en adelante, el mundo jamás volvería a sacudirse

desde sus cimientos, mientras no hacía más que lamer sus heridas y recobrar fuerzas para el siguiente asalto. Tengo pinta de furcia. Para alivio de mi madre, en los años posteriores volvieron a estilarse los vestidos más largos. Europa se bajó la falda más allá de la rodilla, tal vez en un intento por cambiar la suerte, pero acabó por tropezar con el dobladillo.

Se diría que mi hermano ya lo prevé todo en aquella fotografía; sobrepasada cualquier ilusión, cualquier esperanza, en su mirada anida ese vacío del cual descendía al mundo de todos los días, en lo posible satisfecho con la vida tal como era, mientras durase.

Tras la muerte de mi hermano me entregaron a domicilio una caja con sus objetos personales. Apenas contenía nada de aquellos años. Su reloj. Su pulsera. Una cadena de plata de la que colgaba un anillo con un nombre grabado en la parte interior: A. Duval. Debe de haberla llevado siempre alrededor del cuello. No descarto que, en alguna parte, alguien haya lucido en el dedo o sobre el pecho un anillo con el nombre de mi hermano, ¿quién sabe?

Sus pañuelos. ¿Por qué los de la residencia de ancianos no los confiaron al trapero junto con todas sus ropas? ¿Por qué un pañuelo habría de ser más íntimo que un calcetín o una corbata o un calzoncillo? Un pequeño fardo de tarjetas postales, atadas con una goma, dirigidas a él. Vistas de Tréveris, Chicago, Berlín. Una de ellas me conmovió, porque el texto del reverso rebasaba las nimiedades de rigor sobre el tiempo y los afectuosos saludos. «Gracias por acogerme a bordo de tu nube plateada. Impaciente por iniciar una nueva travesía. Love, Paul». Matasellos de Manchester, sin apellido.

Su cartera: pasaporte, algunos billetes. Al fondo de todo, sobre una arrugada tira de papel, probablemente relegado al olvido desde tiempo atrás: un número de teléfono, sin nombre, con prefijo de la campiña profunda. Cuando llamo me contesta una niña:

—Dígame.

Por detrás, una voz de mujer, con entonación interrogativa:

—¿Quién es?

—No sé—oigo que susurra la niña—. Creo que es una señora francesa.

Dos segundos de silencio, y luego la voz de la mujer, inesperadamente adusta y cercana:

—¿Sí?

Colgué.

A Rachida le dije: «Toma las llaves. Moviliza a tu padre y a tus hermanos y a tu madre. Alquila una furgoneta y saca de la casa todo lo servible. Regala o vende lo que no pienses utilizar. Reparte el dinero entre vosotros o dónalo a los pobres, me da igual, pero tráeme todas las trizas de papel y todas las fotografías que puedas encontrar».

A la semana deposita sobre mi cama una carpeta llena de papel de cartas en blanco, todavía con olor al cajón donde ha estado consumiéndose, la última factura del gas y del agua, un puñado de sobres vacíos sin remitente ni sello, y algunos álbumes en los que aparecen las mismas instantáneas que en los míos: bodas, excursiones, viajes, nacimientos y aniversarios. Ni rastro o señal de la existencia que debe de haber discurrido entre los bastidores de la nuestra, la vida que fue la suya, sobre la cual la mía y la de mi familia corrían un tupido velo… Ni un solo atisbo de novios, conquistas, amantes, nada que aludiera a lo que, a fin de cuentas, debe de haber sido para él la esencia, en el supuesto de que el ser humano posea algo así y podamos llegar a captarlo.

Puede que alguien se me adelantara. De todos modos, no me extrañaría que mi hermano se hubiera esmerado en poner en escena su propia desaparición, cerciorándose de no dejar la más mínima huella. Quizá él mismo borró la memoria de su casa justo antes de mudarse a la residencia, o tal vez encargó esa misión a un confidente. Sólo quedaban dos imágenes, no mucho más grandes que una tarjeta de visita, ambas rescatadas de su cartera, donde, a juzgar por las dobleces y los bordes deshilachados, llevaban años enterradas. Él no figura en ninguna de las dos, a menos que uno de los cascos al fondo de este retrato de grupo sea el suyo. ¿O acaso fue él quien tomó la fotografía? ¿Está el hombre al que tenía en

mente cuando hablaba de lo a gusto que se podía llegar a estar, a pesar de todo, en aquel agujero en la tierra mientras afuera arrasaba el infierno? «Hasta nos besábamos, en las mejillas—decía —, tan pronto como el temporal amainaba, ya seguros de haber salido una vez más sanos y salvos, y no había nada ambiguo en ello. Creábamos un dios de la fraternidad y una pequeña liturgia de la ternura por tener algo que pudiera elevarnos por encima de la mierda y los cadáveres, nada más. No vayas a imaginarte escenas de libertinaje, pequeña gacela, no pretendíamos acabar como animales de verdad».

Con todo, me pregunto por qué él no aparece en estas fotografías. En ambas hay un rostro que trasciende la indiferencia de las demás expresiones faciales, y no puedo sustraerme a la sensación de que esos dos desconocidos son la única razón por la cual él ha llevado siempre consigo estas estampas. Ignoro si las ha contemplado a menudo, posiblemente le bastara con saber que se encontraban en su cartera. Tampoco sé si esos chicos sobrevivieron o no. Igual cayeron en combate, igual mi hermano los eligió de entre todos los hombres a los que había visto morir para colgar de ellos su duelo y su melancolía. Recuerdo haberle oído hablar de la imposibilidad de mostrar aflicción cada vez que un conocido volaba por los aires o sucumbía a causa de sus heridas.

¿Es uno de ellos el A. Duval cuyo anillo ha debido de llevar siempre sobre el pecho? Quizá sea ese joven apuesto, rodeado de una decena de camaradas, todos de pie ante la entrada de su refugio subterráneo, al caer el sol o a primera hora de la mañana. El segundo de la izquierda. Los brazos cruzados. Había niebla en el momento en que se hizo la fotografía, de modo que no logro distinguir si el hilo de luz alrededor de la muñeca de la mano derecha, que descansa cerrada en un puño en el hueco del brazo derecho, es o no es una fina pulsera. Y, arriba, ese rostro: ni hosco ni franco, más bien intrigado, el más inteligente de todos, el más vivo.

Otros tres soldados se difuminan, irreconocibles, en la densa bruma que parece infiltrarse gota a gota entre los árboles por encima del borde superior de la trinchera. Un velo blanco como la leche que siempre me produce un leve horror, porque me recuerda el gas

tóxico, lo cual, por supuesto, es absurdo. En ese caso habrían llevado máscaras y a nadie se le hubiera ocurrido la estúpida idea de posar tranquilamente para un retrato de grupo en pleno ataque. Además, el joven no habría encarado con tanto aplomo al fotógrafo, fuera mi hermano o cualquier otro. Su mirada resulta mucho menos espontánea que la del otro semblante, en la segunda imagen, tomada claramente al alba. Abajo a la izquierda, el rincón de una cocina de campaña, supongo: una mesa o estantería hecha de ramas sujetas con cuerda y, en ella, escudillas de hojalata, una cantimplora con pico, un trozo de pan. De uno de los ramajes verticales pende un cazo que tapa en parte la barbilla de ese joven llamativo, con cara de muchacho, tan poco habituado a posar como sus compañeros. Tal vez es hijo de campesinos: su sonrisa derrama sensatez telúrica. Los otros hombres, cinco en total, más que mirar al objetivo parecen acecharlo. Han retirado de su boca la colilla del cigarro y lo sostienen entre el pulgar y el dedo índice.

El joven en el extremo de la izquierda, medio oculto tras la estantería o la mesa, es el único en observar la lente con cierta bizarría. No es la clase de muchacho que mi hermano habría llevado a reuniones familiares o fiestas privadas en mi casa. Se diría que pertenece más bien a la categoría de los bribones, chicos ajenos a esa permanente nube de lenguaje que envolvía a los elocuentes caballeros en cuya compañía sí se mostraba en público, y para quienes cualquier experiencia debía poco menos que pasar primero por la palabra; un reproche que también me hacía a veces mi marido, no para ofenderme, sino para acallarme, sellándome con su cuerpo.

Todos recelábamos de las palabras. Una mezcla de desconfianza y confusión tras años de comunicados equívocos, periódicos mendaces, propaganda altisonante y la incapacidad de quienes regresaban de los frentes de cristalizar lo sufrido en una forma adecuada, un vocabulario que no despiezara, no minimizara, no falsificara sus vivencias.

Recuerdo las tardes en que iba a verle con mi hija, su ahijada, a su casona en la linde de la ciudad. Podíamos pasar unas horas sentados en la galería de la sala de estar, contemplando el espacioso jardín, mientras mi hija jugaba a nuestros pies, sin intercambiar ni una sola

palabra, a excepción de los apelativos cariñosos y los balbuceos infantiles con los cuales nos dirigíamos a ella. Ahora, muchos años más tarde, tengo la sensación de que deseábamos sumergir el lenguaje en aquella niña, como en la fuente de la eterna juventud. Me pregunto si todo el infortunio que atraíamos sobre nosotros llegó a ser alguna vez más que una cuestión semántica descarrilada.

Cuando formulaba en voz alta mis especulaciones, con el fervor de siempre, él me escuchaba igual de divertido que en nuestra juventud, durante nuestros paseos por la ciudad. Sólo que apenas dejaba caer ya las irónicas ocurrencias de antes, con las cuales ponía al descubierto mis contradicciones. Sus palabras encerraban una quejumbrosa amargura cuando me interrumpía y refunfuñaba: «Hablas como un militar de salón, pequeña gacela. Has visto los campos de batalla en una ocasión, en un día soleado, en circunstancias óptimas, como turista. Y punto». Sin embargo, por lo general se conformaba con una sonrisa socarrona mientras servía para ambos un vaso de té con hielo.

En un segundo plano, más allá del alto seto de tejo al fondo del jardín, solía resonar en aquellas tardes de verano el suave peloteo de un partido de tenis, suelas que chirriaban en la tierra batida, exclamaciones de triunfo o de desánimo procedentes de las bocas de unos hombres jóvenes que tarde o temprano se dejarían caer agotados pero contentos en un sillón de mimbre a nuestro lado, con las piernas entrelazadas, jugueteando, amagando golpes: niños.

Olvidé sus nombres hace tiempo, si es que algún día los supe. Se me antojaban absolutamente intercambiables. Después de la muerte de mi marido no soportaba presenciar su flirteo sin que se me revolviera el estómago. La mera idea de que mi hermano podía llevar a sus labios todos aquellos cuerpos, robarles una caricia al descuido como quien coge una uva al pasar junto a un frutero, mientras en mis huesos bullía el vacío y un gélido cuchillo escarificaba runas de duelo en mi peritoneo, mientras mi hija en edad de crecer presentaba tan pocos rasgos de su padre que la he castigado por ello toda su vida…

Con el tiempo me he vuelto más indulgente. Creo que mi hermano se rodeaba de aquella juventud y de aquellos cuerpos porque su vocabulario le proporcionaba consuelo, una traducción más

acertada—por expresarlo de alguna manera—de sus propios silencios, y aun cuando le impeliera un deseo de lo más infantil, un anhelo no tanto de poseer al otro como de querer ser ese otro, ¿qué más da? Quizá él dominaba en cada uno de esos cuerpos una lengua que yo jamás he asimilado, quizá buscaba una y otra vez un puñado de sinónimos, una metáfora de carne y hueso en la cual pudiera sentir, aunque sólo fuese por un instante, su propio ser expresado en palabras, si no literalmente encarnado.

Ojalá siguiera vivo, quisiera poder sentarme a su lado, en compañía de aquellos chicos entretenidos en retozar como gatos traviesos en los cojines del sofá. Observaría cómo él me escucha, divertido con un deje de abulia, con o sin destellos burlones en sus ojos. Vigilaría el bigote debajo de su nariz, percibiría si las comisuras de su boca permanecen inmóviles, si el mostacho se desplaza de izquierda a derecha al ritmo de sus labios fruncidos en una mueca de escepticismo. Me pregunto si no ha buscado siempre ese momento de temor, ese abismo de miedo, excitación o fiebre glacial que se abre al abrazar por vez primera a un desconocido; la extrañeza dentro de la familiaridad de un cuerpo punteado hasta en su última fibra por un espíritu totalmente distinto, hogar de otras historias, de otros sueños. Trato de figurarme las torsiones y los enredos de los cuerpos de sus bribones en torno al suyo, la robusta armazón del hijo de campesinos de aquella fotografía, quizá. El enlace de esos brazos, la boca que primero ofrece resistencia para luego abrirse: quién da, quién toma, quién bebe y quién se deja beber. Y a cada caricia, mordisco, suspiro, grito, el asombro y el hormigueo en sus propios miembros. El embelesamiento, el hambre, la sed que sin duda fluían a través de tantos y tantos abrazos, a uno y otro lado de las líneas. Todos aquellos retorcimientos, prohibidos o no, licenciosos o no, a cambio de dinero o no, poco importa. Y con eso me refiero al campo de batalla invisible, donde se libraba una guerra a la inversa. La mezcla, la consagración: éste es mi cuerpo, tomad y comed.

Le veo reírse para sus adentros. Falto a la inviolable regla de mi madre de no hacer hablar a los muertos. Mi hermano suspira: «Siempre te ha gustado cargar tus ocupaciones y preocupaciones sobre los demás, pequeña gacela. Para ti el mundo continúa siendo una hoja en blanco que colmas de garabatos a tu antojo. Pero

cuando se desata la tempestad de la historia hay quien gira su gorra al compás del viento con la esperanza de librarse o, quién sabe, de sacar algún provecho del azar. Otros intentan caminar contra el temporal o guarecerse de él. Nadie, ni siquiera el buen Dios, sabe quién se mantendrá en pie y quién será arrollado bajo el peso de Moloc. Somos ratones atrapados en la rueda del destino, capaces o no de marchar a su ritmo. Jamás ningún soneto ha cambiado el curso de la historia. El mundo es el mundo».

Pueriles eran las excursiones que emprendimos él y yo, y mi marido, y quienquiera que estuviese dispuesto a venir con nosotros, año tras año después de la guerra, cuando regresábamos a la casa de mi tío, el destino final de un viaje aparentemente plácido. Íbamos con tiempo, elegíamos una ruta serpenteante y organizábamos un picnic en el camino. Sentados sobre la manta, con vistas a las colinas circundantes, la cesta en la hierba, los cubiertos, la delicada vajilla, la cubitera y el pastel de carne, nos creíamos jóvenes y aventureros, pero nuestra juventud no era más que un anacronismo. Nos parecíamos a un equipo médico que disfrutaba de un día de asueto. Vestíamos mortajas o batas blancas, tejidos sobre los cuales destacaba enseguida la menor impureza. Dábamos la impresión de querer representar la inmaculada aura de nuestros cuartos de baño que, por aquellos años, dejaban de ser suntuosas dependencias del dormitorio, con sus correspondientes connotaciones coitales, para convertirse en encaladas capillas domésticas destinadas a los ritos de la purificación, la unción con jabón y lociones, a la que nos entregábamos con el fanatismo de quienes tienen fobia al contagio y se frotan hasta sangrar.

Cualquiera que nos hubiera visto recorrer los pueblos cercanos a la frontera y adentrarnos más a fondo en el país nos habría tomado por unos habitantes de la ciudad que consideraban el mundo rural, centrípeto, cíclico, poco más que un decorado rústico con el que contrastaba favorablemente su propia autosuficiencia. Nadie podía sospechar que toda esa frivolidad forzada había de ocultar, también a nosotros mismos, el mudo silencio del destino de nuestras excursiones.

Invariablemente, el automóvil terminaría por detenerse ante la conocida verja pintada de verde pálido, junto al alto muro donde

las pequeñas ventanas arqueadas contemplaban el exterior con suspicacia por debajo del tejado, del mismo modo en que los campesinos entornan los ojos al oír pronunciar vanas palabrerías. La verja a punto de abrirse. Detrás nos estarían esperando mi tío y los suyos, un año más viejos, más encorvados o canosos, o más crecidos, algún retoño recién nacido, en todo caso más que suficientes para dispensarnos la tradicional acogida a la siciliana. Abrazos y ruidosos saludos. Palmaditas en el hombro y bromas.

Nos escoltarían a mi hermano, a mi marido y a mí, y a nuestros acompañantes, a la mesa bajo los álamos blancos o al espacioso comedor. La criada saldría de la cocina, no caminando sin más, sino avanzando con paso solemne, como si la sopera entre sus manos fuese un cordero místico. Inclinados sobre los humeantes platos de comida, nos preguntarían por el Norte, por mis padres, por las novedades del último año, por lo ocurrido en los recovecos y las bocacalles de nuestra extensa red familiar, dotada de sus propios mapas, más resistentes que los oficiales. Nos llamaban golondrinas porque, como ellas, no caíamos del cielo hasta después del invierno, gentes urbanas remisas a acudir a la campiña en los meses sombríos. Al parecer, los otoños y los inviernos que mi madre y yo habíamos pasado en la casa no servían como prueba de lo contrario. Seguíamos siendo nórdicos.

No tomábamos sopa, sino alivio. Sobre el aparador aguardaban tartas engalanadas con collares de nata y glaseado de azúcar. Todos eran conscientes de que, nada más meterles el cuchillo, mi hermano y sus camaradas, y muchas veces también mi marido, se levantarían de la mesa. A cada plato que se servía, su impaciencia se haría más patente en sus rostros, de modo que, a la larga, mi tío acabaría enviándoles el postre al salón de fumar, donde solían retirarse después de la comida.

«Si los caballeros desean ocuparse de los asuntos que de verdad importan—decía—, pongo a su disposición mi surtido de puros. También hay oporto. Y bebidas más fuertes». No volveríamos a verlos en todo el día. Permanecían hasta altas horas de la noche allí, en ocasiones hasta el amanecer. Cuando acudía a despedirme antes de irme a la cama y abría con cautela la puerta de la estancia, lo justo para poder deslizarme dentro, raras veces se escuchaba más

que el crepitar de la lumbre que habían encendido para ahuyentar el frío nocturno.

En ocasiones, uno de ellos estaba en alguna de las butacas, con los codos apoyados en las rodillas y las manos juntas, inclinado hacia mi hermano, mi marido o alguno de sus amigos, sentado en el sillón de enfrente. Entre ellos flotaba el silencio que se instaura cuando dos personas interrumpen una conversación confidencial para no implicar a un extraño. Examinaban las puntas de sus zapatos sobre la alfombra, en actitud de espera. Otro miraba por la ventana, con una copa de oporto en la mano, aunque no había mucho más que ver salvo su propio reflejo sobre un fondo de negra oscuridad, desdibujado por las ondulaciones del cristal y el juego de las llamas en la chimenea. Por lo general, le daba un beso fugaz a mi marido, deseaba buenas noches a mi hermano y a los demás y cerraba la puerta tras de mí. Era como si mi aparición les hiciera tomar conciencia de una intimidad que los atenazaba más de lo que los unía.

Podría entrar ahora mismo en aquella escena tal y como se ha destilado de todos mis recuerdos en el transcurso de los años. El humo del tabaco que cuelga en velos de tono azul deslucido encima de sus cabezas y que, al abrir la puerta, parece arredrarse en recalcitrantes remolinos ante el aire fresco que traigo conmigo. El silencio de aquellos hombres en la estancia. La copa de oporto o de coñac en la mano. El brazo posado en la repisa de la chimenea. La mesa redonda y la lámpara de aceite sobre un tapete de cachemir, un viejo pañuelo con pliegues absolutamente simétricos. La vajilla en la abombada vitrina. Las tazas y las jarritas con sus asas de apariencia tan femenina, en cierta manera comparables a frágiles muñecas, procuran a la muda solidaridad de los hombres reunidos en aquella sala un toque de coquetería, por no decir una carga poco menos que sexual, pero me guardo de extraer semejantes imágenes de las arenas movedizas de la mente y de revestirlas de palabras, de carne. Veo sus siluetas: mi marido, mi hermano, los amigos que unas veces los acompañan y otras no, convertidos en inmóviles figuras, blancas como la opalina, vidrio soplado a mano, ni volátiles ni tampoco sólidas. Me siento como un cazador de tesoros que por primera vez en milenios echa una ojeada dentro de una tumba y se topa con la sonrisa de alabastro de una concubina. Cuando le

preguntaba a mi marido de qué solían hablar, me respondía: «En realidad, de nada. A veces uno menciona un nombre y los otros asentimos con la cabeza. La mayor parte del tiempo estamos callados».

Según contaba mi hermano, en sus sueños también se hablaba más bien poco. Creo—decía—que al espíritu le faltan palabras, nos limitamos a soñar con aquello que logramos atrapar en el lenguaje. Lo inenarrable nos despierta por el temor que nos infunde. El cuerpo nos devuelve a tiempo a la superficie de la conciencia y entonces decimos que hemos sufrido una pesadilla.

Tampoco sueño nunca con los muertos—continuaba—. Ni con el horror. Sueño con el silencio. El silencio de la trinchera. El roce de la impedimenta de mis hombres contra las paredes a izquierda y derecha mientras caminan detrás de mí, Dios sabe adónde, a través de las más sombrías tinieblas. Lo único que confiere textura a la oscuridad es el ruido de su equipamiento contra las paredes, su respiración, sus pasos; y luego, el intenso resplandor de una bengala que revela una zanja interminable, un sinuoso pasillo entre tabiques de sacos de arena y tablas; y después, de nuevo la compacta noche que nos engulle. En mis sueños, aquella marcha dura horas y horas. Al fin, despunta el día y capto un olor a tierra boscosa, a hojas de pino. Las frondas tamizan la luz matutina y el silencio se torna hasta agradable, un suspiro que se extiende sobre nosotros cada vez que el viento juega con las agujas.

La trinchera se divide. Los sacos de arena ceden el paso a paredes de ramas trenzadas, un denso entramado cada vez más alto. El número de aberturas en los laterales va en aumento. A ambos lados se abren pasillos y más pasillos. Las paredes llegan a elevarse tanto que parecemos deambular por un Cnosos subterráneo, una Venecia sumergida repleta de canales preñados de fango. Con independencia del comienzo y del variado desarrollo de esos sueños, tarde o temprano convergen todos en el mismo destino. La serpenteante trinchera se encarama a una colina describiendo una serie de curvas cerradas. Cuando la altura de las paredes vuelve a disminuir, se aprecia abajo del todo un valle en el que se extiende una pequeña ciudad, en buena parte sustraída a la vista por las copas y los troncos de los árboles. Vislumbro chimeneas de las cuales escapan

penachos de humo. El tañido de las campanas y el golpeteo de los cascos de las cabalgaduras resuenan con cristalina nitidez a través del gélido frío de una clara mañana de invierno que me resulta extrañamente familiar. Por entonces ya sé que se acerca el desenlace de mi sueño, tantas veces se repite.

Sé que sobre el trenzado de ramas y ramajes de la trinchera se tenderá un segundo entramado de estalactitas congeladas que acabarán ensamblándose en muros de hielo. La senda emparedada sigue culebreando cuesta arriba hasta transformarse en una escalera de hielo. Oigo el andar cansino de los hombres a mi espalda. El eco de sus suelas sobre los escalones dibuja detrás de mí una larga cinta de ruido. Y en ese instante me embarga siempre una tristeza, un inefable sentimiento de pena, una inefable congoja, una inefable resignación suscitada por los sonidos de la ciudad abajo en la hondonada, por el olor a leña quemada y a carbón que sale en volutas de las chimeneas, y por la placidez asociada a esos ruidos y a esos efluvios. ¿De dónde vendrá esa ola de pesadumbre y deseo que azota mi torso, pequeña gacela?

La escalera se ensancha, las paredes de hielo se ven casi tan pulidas como el mármol. Siento el empacho de mis hombres en los lomos, como si me empujara, la vergüenza de llevar encima la fetidez del lodo. Los peldaños desembocan en una amplia terraza cubierta que a un lado da al paisaje y, al otro, se funde con la cresta de la colina. Entre dos pilares blancos se extiende una balaustrada tras la cual unas mujeres vestidas con elegancia fuman y beben y charlan y ríen distendidamente en unas tumbonas de playa. Lanzan miradas insinuantes a los hombres que están conversando junto a la barandilla en grupos de cuatro o cinco, y estiran el cuello para realzar su gracia. Los camareros van y vienen cargados con bandejas. Y por todas partes hay sirvientas recogiendo copas vacías o repartiendo periódicos. Se escucha música, el runrún de una pequeña orquesta de cuerdas, risas. Veo la mano de un caballero posarse sobre uno de aquellos hombros desnudos, su silueta que se inclina para depositar un beso en un cuello. Nadie nos ve. Nadie se fija en nosotros. Nadie nos presta atención.

Del valle emergen ondas de estampidos, apagados y distantes, cuyo eco sume a aquellas damas y caballeros en un estado de exaltación

propio de quienes asisten a un partido o a una carrera. Los varones alzan la cabeza al unísono, interrumpen sus conversaciones, otean el horizonte mientras se llevan un vaso a los labios con aire distraído. Las mujeres se incorporan con pereza en sus tumbonas, apoyan los brazos desnudos sobre la balaustrada y miran también en lontananza, pero lo que ven no les apasiona demasiado. Sobre la terraza planea una indolencia, un manto de letargo. Al mismo tiempo, percibo la envidia de los hombres detrás de mí, y me viene un arranque de cólera. ¿Quién bebe nuestra sangre? ¿Quién come nuestra carne? ¿Quién nos arroja por encima de la valla como muslos de pollo roídos? Luego me asalta de nuevo esa tristeza, esa lancinante pena de color ámbar. ¿Por qué los años traen tanta pesadumbre, pequeña gacela? ¿Qué préstamos hemos de reembolsar, qué pérdida debemos compensar? ¿Quién ha vivido por encima de sus posibilidades pignorando nuestra existencia? Suelo despertarme anegado en lágrimas.

Se calla, acerca su cigarro, se encoge de hombros con cara de bobalicón y amaga una sonrisa. Ha sido durante toda su vida un adolescente, un niño que, con los años, empezaba a dirigirme en los momentos de descuido una mirada cada vez más perpleja desde aquel viejo cuerpo, en el cual parecía estar encerrado como un viajero en un tren que, para su consternación, pasa de largo por el destino previsto. Sus puritos, su bastón, sus ropas sin una sola arruga: el glasé de su desesperación atildada, frívola. Se lleva el cigarro a la boca y, mientras le da la última calada, su fino bigote rubio se contrae en su labio superior en torno a la consumida colilla; la boca de mi madre, la boca de bardaje de mi madre, torcida en una mueca de sorna en el compartimento del tren a De Panne, donde vamos a ver a mi hermano al hospital. Entre sus cejas, el permanente surco de desdén ocasionado por mi escapada del verano anterior se ha suavizado un poco. Al alzar los ojos, veo que aparta la mirada y que el rictus con el cual debe de haberme espiado mientras leía se debilita, desabrido, en sus labios. Mira afuera, dejándose mecer al ritmo del traqueteo de las ruedas sobre las vías. Demuestra resignación mientras pasea la vista por las tierras agrícolas, por los pueblos cuyos tejados y muros parecen haber sido comidos por los gusanos, y por los cementerios donde las cruces proliferan como la mala hierba. No queda ni un solo camposanto que no amenace con reventar.

La tarde toca a su fin. Llevamos mucho retraso. El eterno fastidio de los transportes preferentes, causa de largas esperas. El enésimo control de los billetes, los certificados, las autorizaciones que mi madre extrae una y otra vez de su gran bolso de lona rugosa, siempre con una punzada de miedo por si le ladran: la documentación no está en regla, falta tal o cual sello, mengano o fulano debería haber estampado su firma. Nos veo sentadas a la luz cada vez más difusa de aquel día de septiembre, esperando a que el vagón vuelva a ponerse en marcha, a que los invisibles tabiques elásticos con los que la guerra divide el país en compartimentos tengan a bien apartarse de nuestro lado para que podamos proseguir el viaje. Nos veo sentadas en nuestros resistentes trajes de tela rígida, recortados de los tejidos que nos apresuramos a acopiar cuando quedó de manifiesto, tres años antes, que no podríamos regresar a casa de inmediato, y siento el mismo pesar, la misma conmiseración.

Ella me mira, y reconozco la pena en su sonrisa, que ahora es la mía. Luego respira hondo, aleja la pena de un soplo e inhala esperanza. Va a reencontrarse con su hijo, después de casi tres años.

Durante meses no dijo palabra sobre mi aventura. Cuando estaba enfadada parecía despreciar las palabras como posibles vehículos de su enojo: demasiado rudas, demasiado obtusas o, al contrario, demasiado articuladas. Podría decirse que se abría hacia dentro y que de entre sus pliegues brotaba aquel lenguaje mudo que integraba en su magnetismo cualquier objeto de su entorno. Todo terminaba por irradiar menosprecio y reproche.

En casa siempre contaba con mi padre para traducir sus voltajes en palabras humanas, por lo general durante el desayuno. Confinado entre las dos en la mesa, él me hablaba, compaginando el consuelo con la reprimenda, ora inclinándose hacia mí ora hacia ella: una aguja lastimosa a merced de nuestras caprichosas corrientes alternas. Mi hermano se quitaba rápidamente de en medio. Subía la escalera con su plato en la mano suspirando sin cesar: «Oh la lá… Oh la lá, la lá!».

Mientras las cejas de mi madre no se erigieran en arcos glaciales, mi padre procuraba dirigirse a mí en tono conciliador; en cambio, cuando el silencio de mi madre crujía de frialdad, me lanzaba un sermón sin dejar de vigilarla de soslayo para comprobar si su mirada aún no se desviaba al periódico que había a su lado, pues su creciente falta de interés solía anunciar el deshielo.

En ausencia de mi padre, ella se había quedado sin instrumental. Mi tío había demostrado que no servía como sustituto, y yo también había cometido traición. El hecho de que las cosas ya no se amoldaran a sus movimientos térmicos la hacía vacilar. Para tenerse en pie, para fustigarse a sí misma, ordenó a la criada que le atara el corsé hasta convertirse en una alta fortaleza de mujer, una coraza viviente.

La veo remendar ropa en el invierno posterior a mi escapada, cuando me forzaba a permanecer día tras día a su vera. A lo sumo me concedía una hora en la biblioteca y el tiempo necesario para cuidar de las aves de corral fuera del alcance de su campo de fuerzas. Hacía un frío terrible, los días avanzaban con lentitud bajo un cielo de estaño. No se escuchaba más que el trueno de las armas, lejos o cerca, dependiendo de la dirección del viento, y el enervante chasquido cuando, a la luz de la vela que estábamos obligadas a

compartir, mi madre rasgaba una vieja camisa o un raído pantalón. Aferraba la tela con ambas manos, apretaba los labios y abría la costura de un tirón después de soltar primero el hilo. Luego remendaría o recortaría los retazos. Según decía, tarde o temprano todo puede llegar a servir. Ignoro si ella misma percibía la amenaza encerrada en esas palabras.

En los cajones de la mesa de la cocina, en el armario junto al fogón y en la cómoda de su dormitorio abundaban los trastos que, a su juicio, podrían ser de utilidad en cualquier momento: tapones de botella, tiras de papel manteca o alambres de hierro. Sus amuletos. En ausencia de mi padre, atesoraba sus rencores con idéntica escrupulosidad en su bastión de ballenas, que le confería el aspecto de un alambique, donde sus frustraciones se condensaban y se purificaban de tal manera que las palabras que me lanzaba de sopetón semejaban una descarga antes que una pregunta o una orden.

Endereza los hombros. Aquí, en este más allá de la escritura, empuña las dos mitades del dorso de un desgastado abrigo y ejerce presión, pero el tejido no cede.

Leo en su rostro la exasperación, y no sólo por la rigidez del material. Va a decir algo, se palpa en el ambiente, el silencio lo anuncia.

—Las tijeras, Hélène—me espeta.

Su esplendor, que era el esplendor de aquel verano, el verano de 1914, se concentra en mi recuerdo en el soleado mediodía siguiente a nuestra llegada. Bajo la glorieta de álamos, las criadas ponen la larga mesa. El tintineo de la loza sobre las bandejas parece emanar de la propia luz. Ella, ataviada con su blanco traje de verano, ese blanco intenso, rutilante, con un leve vestigio de azul, en la larga hierba de junio; y sobre la tumbona donde mi hermano lee en la sombra, aunque naturalmente se ha quedado dormido a las pocas páginas, el ardor, la pasión casi suicida de la luz del sol que se abalanza sobre las copas de los árboles y estalla entre la fronda en una fuente de esquirlas, perlas luminosas, gotas, destellos. Siento cómo todo crece, se infla, cuando, arriba en la biblioteca, alzo la vista del libro que reposa sobre la mesa de lectura y miro por la

ventana abierta.

Oigo el susurro del viento en las cortinas, el ruido de los sirvientes mientras se lavan las manos afuera bajo el grifo de la bomba ante la inminente comida, sus resoplidos cuando se echan un raudal de agua en la cara, y las risas contenidas de las chicas de la cocina, interrumpidas por el vozarrón de la criada Madeleine, que impone un orden férreo entre sus polluelos y, con sus órbitas profundamente hundidas y su pronunciado arco superciliar, me recuerda a una escultura ancestral de la isla de Pascua. Luego está esa luz, la espuma de luminosidad cuando el viento agita el follaje frente a la ventana: la resaca, la marea. La percibo dentro de mí: recorre mi vientre, me eleva y me deja caer antes de remitir y estrellarse contra la pared del fondo. Y también ahora, aquí, oigo la voz de mi madre, risueña y alegre: «Déjate de futilidades, hija, y ven a comer de una vez».

¿Qué más da si ahora cierro el libro, bajo corriendo y cruzo el patio espantando a los gorriones y echando a las lagartijas como una mancha de rubor sobre la ocre fachada lateral? ¿Qué más da que de todos aquellos comensales sea la única que sigue viva? Los sirvientes contemplan con aire anonadado su plato aún vacío, la gorra en el regazo, mientras mi tío pronuncia, fiel a la costumbre, un ampuloso discurso de bienvenida en honor a mi madre, mi hermano y yo. Los niños, impacientes, desmigajan el pan amasando bolitas. Las tías, engalanadas con lazos y pendientes como las campanas de un templo, semejan dos grotescos bodhisattvas, a izquierda y derecha de mi tío, en el centro de la larga mesa. Las chicas de la cocina aguardan con la sopera en la mano, cambiando el peso de su cuerpo cada vez más a menudo de una pierna a la otra, como si tuvieran ganas de orinar. El hervidero de verdor, la refulgencia de mi madre, las copas que se alzan en un brindis y las risotadas y el parloteo a la tórrida hora meridiana del penúltimo día de junio de 1914. En los periódicos, la inicial conmoción provocada por el trágico incidente de la víspera se ha calmado, reduciéndose a una columna escueta, donde la palabra «guerra» resuena sin demasiada convicción.

—Otra tormenta en un vaso de agua—opina mi hermano.

Tres veranos más tarde, cuando vamos a visitarle, una de las

enfermeras del hospital recuerda que estaba de guardia cuando le ingresaron.

—Casi siempre nos vemos obligados a cortarles los uniformes. Ha tenido suerte. Aunque las llagas son profundas, la granada no ha afectado a ningún órgano y la pared abdominal permanece intacta. Lo comprobamos nada más quitarle la ropa y lavar la negra sangre y el barro. Nos lo trajeron a tiempo. Otros tres llegaron muertos. A ésos solemos colocarlos ahí en el rincón mientras limpiamos a los heridos antes de operarlos. Había otro soldado, sobre unas parihuelas. Le faltaba un antebrazo, y la explosión había arrancado los pies de sus tobillos. Seguían atados a las piernas por medio de los tendones, nada más, y cada vez que el muchacho se encogía en la camilla sus pies colgaban de la tabla como si los sujetaran unos tirantes, pero no debería estar contándole todo esto, y creo que hará mejor en no revelar detalles a su madre, con lo acongojada que está.

Pienso en el mar, en el mar verde jade, en la resaca con apariencia de estaño fundido cuando se rompían las olas revolviendo la arena con sus dedos de espuma el día en que mi madre y yo acudimos a verle; era la primera vez que ella volvía a pisar Bélgica. El mar y los pálidos torsos de unos hombres que se daban un baño, sus uniformes colocados en pequeños montones en la parte seca de la playa, junto al dique, líneas punteadas de caqui y botas negras sobre un fondo ocre.

El aire salino, el estallido de las voces cuando el oleaje levantaba a los bañistas: sus cabezas, troncos y brazos, que ascendían y descendían en consonancia con el perfil del agua cuando las olas discurrían por debajo de ellos, se alzaban, arqueaban la espalda, basculaban y caían sobre la arena dando una voltereta.

A cierta distancia, borrosos por el vapor que flotaba sobre el mar, los contornos de los navíos, lo suficientemente cercanos para poder atisbar el trajín de los marineros en la cubierta y las salvas como relámpagos escupidas por los cañones.

El sonido llegó con retraso, una marejada de truenos que halló su propio rompiente en los vítores de los soldados congregados en el paseo marítimo. Lanzaban sus gorras al aire y agitaban ambos brazos. No se sabía muy bien si en respuesta a los cañonazos o para

aclamar a los bañistas que afrontaban con firmeza la incesante arribada de las olas, se hundían en el agua y volvían a la superficie entre bufidos.

Después de cada detonación, las embarcaciones se desplazaban hacia atrás, mar adentro, lejos de la línea de costa, donde los hombres abandonaron todos juntos el agua a una señal de quien parecía tener el mando y cruzaron la playa entre tiritones y resoplidos, decenas de hombres en cueros vivos de camino a su indumentaria, su manchita particular en la arena al pie del dique.

Los soldados a nuestro alrededor los acogieron con carcajadas y silbidos. Algunos aplaudieron. En el horizonte, los cañones de los buques lanzaron nuevos alfilerazos de luz, seguidos de espesas cortinas de humo.

—C'est un spectacle triste, un homme sans ses vêtements, je trouve… [Me parece un triste espectáculo, un hombre sin ropa…]— oigo que susurra mi madre, con aire de no ser consciente de que está pensando en voz alta—. Va todo tan suelto. Y más cuando no está, cómo se dice, excitado…

Me mira como buscando una confirmación y yo alzo la vista con la misma cara de aturdimiento con la que unos soldados nos observan por encima del hombro entre risas y codazos.

Nosotras también debemos de tener un aspecto extraño en nuestros abrigos demasiado gruesos para la temporada. Estamos a primeros de septiembre de 1917, un caluroso miércoles al final del verano, pero damos la impresión de ir vestidas para un severo invierno, en esos gabanes tiesos e indestructibles que nos confeccionaron las tías tan pronto como quedó patente que tardaríamos en regresar a casa. Cuando caigo en la cuenta de que el bolso grande que mi madre ha depositado a su lado en la arena contiene, además, un par de botas del tamaño de una fragata no logro contenerme y me río yo también.

Mi madre se vuelve hacia el bolso, lo agarra por las enormes asas y quiere saber a qué viene tanta alegría.

—Nada, maman. Creo que es por ahí…

—Fancy a drink, miss? [¿Le apetece un trago, señorita?]—nos grita una de las voces, pero ella hace oídos sordos y tira del bolso como un cochero de las riendas de sus caballos.

Continuamos caminando por el paseo marítimo, entre los soldados que bajaban a la playa para disfrutar del sol vespertino. Nadie parecía fijarse en el constante traqueteo de la artillería ligera, al fondo, en la llanura allende el cordón de dunas, ni en los rugidos más remotos, los ecos de los cañones, tanto en el mar como en el lado opuesto, en la campiña. El zumbido de un avión hizo que algunas cabezas se levantaran, en vano, pues el aparato se encontraba demasiado lejos como para que pudiera ser visto, y cuando al rato retumbó un petardeo y algunas nubes de humo blanco estallaron en el azul celeste, alguien exclamó «That'll teach 'm, bloody Boches…» [Para que aprendan, alemanes de mierda…], seguido de unas carcajadas, pero, por lo demás, cada cual iba a lo suyo y, en las dunas, los centinelas no se inmutaban entre los carrizos verde plata. Mi madre ni los vio, impaciente como estaba por llegar al hospital. De nuevo tiró del bolso con brusquedad.

Todavía hoy siento cómo el vigor de aquel gesto recorre mi brazo hasta alcanzar los hombros. Ella alojaba todos los estados de ánimo considerados demasiado violentos o groseros para una dama—rabia, pasión, rencor—en un lenguaje de signos de fabricación propia, un vocabulario de mohínes y miradas. Aún habría de transcurrir un tiempo antes de que acertara a comprender la sintaxis encubierta de sus ademanes y consiguiera descodificar la inquietud, la desesperanza, la defraudación que debí de causarle al cortar, por inevitable que fuese, el último cordón umbilical que nos unía. Sólo cuando lo he experimentado con mi propia hija he podido conocer el sentimiento de abandono que aparece en cuanto un descendiente traza su propio camino. Me sentía humillada por el despiadado pragmatismo de la vida, que nos lleva en palmas en nuestra juventud, pero que, un buen día, nos suelta como un juguete que ha perdido su brillo. Por supuesto, he vertido toda suerte de reproches sobre mi hija, y ahora me arrepiento. El mes de septiembre sigue siendo la época del año en que ese remordimiento alcanza su máxima madurez. Adopta el colorido que el incipiente sol de otoño impone esos días al mundo y cuelga como una pesada bolsa de viaje entre yo y los muertos. Su carga inabarcable sella nuestra alianza.

Sin los muertos no podría vivir, Rachida, mi niña, créeme. Me sentiría vacía si no pudiera colmar sus cálices de ofrendas funerarias: palabras que pongo en su boca, que derramo cual si fueran libaciones sobre sus altares.

Curiosamente, ella, que no creía en lo espiritual y que practicaba la devoción en buena medida por deber, sin duda para no desentonar, otorgaba a los muertos una especie de más allá. Si de verdad no están en ninguna parte, no necesitamos tributar respeto a su ausencia. Si seguimos haciéndolo es porque Dios continúa dentro de nosotros, un lerdo vacío que no para de dar vueltas en nuestras cavernas. Cuenta los días y aguarda, aburrido, el puñado de cánticos con los cuales podríamos resucitarle. Es una mera cuestión de vocabulario, o como siempre me recriminaba mi madre cuando discutíamos: «Deja de una vez de poner las palabras patas arriba, Hélène. Si sigues así, el mundo terminará por salirse de sus goznes y los polos cambiarán de sitio…».

Podría hacerla descender de la eternidad, hacerla caer gota a gota sobre esta hoja para flagelarme a título póstumo con su reprimenda a propósito de mis circunloquios, pero no lo hago. En cambio, la evoco tumbada en la cama, a mi lado, en aquella buhardilla del hotel del paseo marítimo de De Panne que hacía las veces de hospital. Cuando el bombardeo cesó por fin ya se había puesto el sol y no podíamos salir a la calle a buscar alojamiento, de modo que nos asignaron una habitación bajo el tejado, el cuarto de las enfermeras con turno de noche, que no subirían a acostarse hasta primera hora de la mañana.

—It's not the Ritz, I know [No es el Ritz, ya lo sé]—articuló miss Schliess, la enfermera encargada de acompañarnos hasta arriba, al advertir la mirada con que mi madre inspeccionaba la angosta estancia, las finas tablas de madera convertidas en paredes, los dos estrechos camastros de hierro bajo el lucernario, algunas fruslerías en el alféizar, un pequeño florero, unas pocas conchas, un vaso vacío. Podría haber sido el cubículo de una criada, la cofa de Emilie bajo el caballete de nuestra casa.

Mi madre dejó el equipaje sobre una de las camas y susurró:

—Gracias, ma soeur. Mi hija y yo le estamos muy agradecidas.

Abrió el bolso, extrajo una toalla, la sumergió en la palangana que se encontraba en un rincón del cuarto encima de un modesto armarito, debajo de un espejo, y se sentó en la silla entre los dos camastros con el paño mojado en las manos.

—Perhaps madam would like a nice cuppa… [Quizá la señora desee tomar una buena taza…].

—Que si te apetece un té, maman.

Negó con la cabeza y, antes de hundir la cara en la húmeda toalla, musitó:

—Puede irse.

Estaba pálida y aún no se había quitado el miedo del cuerpo. Nada más atisbar a mi hermano, en uno de los alargados barracones construidos en torno al hotel, nos habíamos visto obligadas a abandonarle de nuevo.

Dormía cuando el cuidador nos llevó a verle. Desde la cama de al lado nos observaba un hombre de cabello engominado y peinado con una rigurosa raya en el medio. «Il a eu de la chance, celui-ci [Éste sí que ha tenido suerte]—dijo—. Duerme mucho, pobre chico… En todo caso, eso no tiene nada de malo… Unas horas extra de sueño no hacen daño a nadie».

Mi madre asintió, escuchando con atención la respiración de mi hermano: profunda, pausada, regular. El aparatoso vendaje que llevaba enrollado en la cabeza sólo dejaba a la vista un mechón rubio en la coronilla y le hacía prácticamente irreconocible. Otro le cubría todo el lado derecho del rostro a excepción del ojo, y un tercer vendaje le envolvía el cuello y el hombro derecho. Bajo la chaqueta de su pijama se intuían más gasas y apósitos.

Mi madre abrió el bolso, sacó una lata de galletas, un par de manzanas y una pequeña botella de vino y colocó las provisiones encima de la mesilla. Nos pasó desapercibido que el estruendo de la artillería adquiría cada vez más fuerza. Las enfermeras iban y venían entre las camas: el susurro de sus largos trajes azules y sus tocas blancas, y la enérgica cadencia de sus pasos sobre el

entarimado de madera transmitían nerviosismo.

Afuera sonó primero un silbido y luego un golpe, que hizo temblar la madera del techo y del suelo. Más que por los disparos en sí, las enfermeras parecían estar intranquilas por los pacientes, a los cuales vigilaban con celo. Cuando retumbó un segundo golpe, bastante cerca a juzgar por la vehemencia, un impacto duro, seco, más parecido a un ponzoñoso siseo que a una explosión, uno de los enfermos, algunas camas más adelante, comenzó a gimotear, y otro, en el extremo opuesto de la alargada sala, se enderezó de un sobresalto entre las sábanas, tirando de los botones del pijama como en trance. Algunos cuidadores acudieron a apaciguarle y a abotonarle la chaqueta mientras las enfermeras trataban de calmar al hombre de la otra cama; de buena talla, todo brazos y piernas, se replegó sobre sí mismo cuando se produjo un nuevo estrépito.

Las ventanas que estaban entornadas para dejar entrar el refrescante aire de la noche se abrieron de par en par, las bombillas se balancearon, colgadas de sus cables. En alguna parte se volcaron unos cuantos taburetes, una cubeta de metal rodó por el suelo y se paró ruidosamente. Cada vez más heridos se incorporaban en sus camas.

Mi hermano seguía durmiendo. La escena rezumaba fragor por todos sus poros: salvas que crepitaban cual códigos telegráficos por el cielo nocturno, profundos estampidos, un silbido prolongado, seguido de otro retumbo, más distante. No se despertó hasta que un nuevo impacto, muy próximo, pareció levantar durante un segundo todo el barracón, pero en ese preciso instante vino a buscarnos un cuidador. Según nos dijo, habíamos de acompañarle al edificio principal.

Por un laberinto de corredores nos guió hasta el vestíbulo central, abajo, en el hotel, donde estábamos obligadas a esperar el fin del bombardeo. A nuestro alrededor, los cuidadores y las enfermeras andaban presurosos de acá para allá, los médicos subían y bajaban a toda prisa las escaleras con sus batas blancas agitándose a sus espaldas. Mi madre estaba sentada a mi lado, sumida en silencio, el bolso a sus pies, el sombrero sobre su regazo, los párpados cerrados. La artillería continuaba escupiendo fuego, el día se apagaba a ojos vista, y cuando la violencia tuvo, por fin, visos de aplacarse era ya

de noche, demasiado tarde para salir en busca de hospedaje. Entonces fue cuando una de las enfermeras jefe hizo señas a miss Schliess y le dijo, no sin cierto sarcasmo: «Hoy tenemos invitadas. Llévalas arriba».

Mientras caminábamos tras ella pude echar un vistazo dentro de las antiguas habitaciones de huéspedes, cuyas puertas habían sido retiradas. El resplandor de las remotas explosiones alumbraba las camas, casi todas vacías. Nada más llegar ya nos había llamado la atención que la mayoría de los pabellones se hallaban abandonados. Tras las puertas y ventanas abiertas, los mangos de las escobas bailaban en las manos de los cuidadores. Las sábanas, flácidas como copos de nata, rebosaban los bordes de unos cestos de mimbre de grandes dimensiones. Robustas limpiadoras sacudían un colchón tras otro.

Miss Schliess nos explicó que el hospital no gozaba del total beneplácito del Estado Mayor del Ejército británico porque acogía tanto a civiles como a soldados, amigos y enemigos.

—Gracias a su reina, señoras—añadió—, y al afán de neutralidad de su esposo el rey.

Nos condujo hasta la parte más alta, inmediatamente debajo del tejado del hotel, desde cuyos pisos superiores se apreciaban las decenas de pabellones circundantes y hasta el ventanal del gran comedor con vistas al paseo marítimo donde otros veranos habíamos almorzado tantas veces, oteando la arena y las olas.

En una de las buhardillas vecinas, la silueta de una enfermera envuelta en la penumbra contemplaba el exterior, el firmamento surcado por los haces luminosos de los proyectores. Todavía se escuchaban disparos y bramidos, y el zumbido de aviones, aunque a mayor distancia. La enfermera se ató el delantal a tientas, sin apartar la mirada del cielo. A buen seguro se incorporaría en breve al turno de noche, como miss Schliess, que me llevó a la quinta planta, a un cuarto que servía de sala de ocio.

Afuera, el día se había extinguido por completo, salvo una tenue claridad al fondo del mar: coronando las lejanas olas se inflamaban unas motas luminosas, que desaparecían enseguida. Sobre la

campiña, los proyectores continuaban deslizándose entre el horizonte y las nubes.

Miss Schliess encendió un pequeño cirio y preparó un té. La tímida luz de la vela recortó contra el sereno azul de su traje los puños blancos que había sacado del bolsillo de su delantal en el camino. Se había percatado de mi sorpresa cuando, justo antes de entrar en la salita, se dispuso a ajustar en sus muñecas aquellas tiras de tela almidonada. «Código de vestuario—había aclarado—. Esto es un verdadero convento, mademoiselle… Dress like a nun, behave like a nun [Si se viste como una monja, compórtese como una monja]».

Sirvió la infusión. La jarra deslucida pendía como un espectro en su mano.

—So you're visiting your brother then? [¿Así que ha venido a ver a su hermano?]—preguntó mientras se acomodaba frente a mí en la estrecha mesa.

—Mi hermano. Y alguien más. A friend… [Un amigo…]. Aunque mi madre no debe saberlo…—Tomé un sorbo. El té estaba tibio—. It's a secret… [Es un secreto].

—Ah, a sweetheart, a soldier sweetheart… [Ah, un novio, un novio soldado…].

Miss Schliess sujetaba el tazón junto a su boca, por lo que no podía verle los labios, pero su voz delataba ternura.

—Desde luego, yo no pienso reprocharle nada, cielo. Espero que su amigo no padezca heridas graves.

Me encogí de hombros.

—Según su carta, no son más que unas lesiones superficiales.

En realidad, me había llegado una simple postal repleta de garabatos, enviada en un sobre a nombre de mi tío para mayor seguridad.

—Aún no le he visto. He ido a visitar primero a mi hermano.

—Nothing serious, probably… [Nada grave, seguramente]. Hay casos peores. Yo no he sido tan afortunada, mademoiselle. Perdí a mi querido Henry hace dos años…

Se esforzaba por adoptar un tono impasible, pero capté que le resultaba difícil. Depositó la taza sobre la mesa y la rodeó con ambas manos.

—A veces sueño con un cuerpo grande, un cuerpo grande que debemos recomponer. One big mess of bowls and limbs. Una enorme mesa llena de brazos, piernas, globos oculares, pulmones… —Dudó—. Testículos…

Se llevó de nuevo el té a los labios. A su espalda, en el mar, se iluminó un fulgurante rayo de luz que realzó por un instante el perfil de su cabeza, los contornos de su toca, el pabellón de su oreja, su cuello. Al rato, un leve trueno alcanzó la playa.

—Hace una eternidad que no veo a ningún varón que lo tenga todo en su sitio, mademoiselle… And these hands… [Y estas manos…].

Después de dejar el tazón de nuevo sobre la mesa estiró las manos a izquierda y derecha sobre el tablero.

—The places they've been… [Lo que habrán tocado estas manos…]. ¿Ha tenido que recolocar alguna vez un hígado, miss?—Sacudió la cabeza mientras contemplaba sus propios dedos—. ¿Ha percibido alguna vez el olor de un vientre rajado? ¿Ha tenido que tapar alguna vez con gasas un agujero del tamaño de un balón de fútbol en un muslo, aguantando el vómito pese al tufo de la fiebre traumática?

Alzó la vista, con los labios apretados. Me percaté de que se le habían humedecido los ojos.

—Esta tarde he visto a una pandilla de nuestros chicos bañarse en el mar. —Giró la cabeza en dirección a la playa—. No podía quitarles los ojos de encima. Los debo de haber mirado con la boca abierta, mademoiselle. Mis compañeros se desternillaban de risa… Seen a Saint, Elsie dear? Our Lord Jesus walking the waves? [¿Has visto a un santo, querida Elsie? ¿O a Jesucristo caminando sobre las olas?].

—Trató de sonreír y se acercó el tazón a la boca de nuevo—. Qué más quisiera yo…

Bajo sus manos, que, en vez de sostener la taza la apuntalaban, centelleaban los blancos puños. Parecían rodearle las muñecas cual aureolas, sujetarle las manos como pedestales y, al mismo tiempo, aislarlas del resto de su cuerpo, como si se hubieran contagiado de los conocimientos adquiridos, los brazos, las piernas, las ingles que habían limpiado, las llagas y las cavidades donde se habían internado para retirar vendas empapadas en sangre, verter ácido carbólico en carnes infestadas por los gérmenes con el fin de cauterizarlas, volver a empujar globos oculares dentro de sus órbitas, reordenar intestinos debajo del diafragma.

Bebí otro trago de té. Tenía un sabor amargo, como a infusión de tabaco.

—I'm sorry, miss [Lo siento, señorita]. Me refiero a lo de Henry.

Era consciente de cuán pobres eran mis palabras.

—Never mind, love. Anyway… [No se preocupe, querida. Por cierto…].

Se levantó, extrajo del bolsillo del pecho un pequeño reloj y lo consultó de una ojeada.

—El deber me llama. Y ya va siendo hora de que usted vuelva con su madre, mademoiselle.

Me la encontré tendida en su camastro; la toalla húmeda extendida sobre su semblante le confería la apariencia de una difunta cubierta por un sudario. Sus brazos yacían inertes junto al torso, las manos sobre el vientre, entre los faldones de su gabán, desabotonado sin más, no había llegado a quitárselo.

—¿Eres tú, Helena?—preguntó cuando me senté en la otra cama, cuyo chirrido vaticinaba una noche en blanco.

«¿Eres tú, Helena?». Más o menos por primera vez en tres años me dirigía unas palabras que no terminaban en un punto de exclamación.

—Sí, maman, soy yo.

No dijo nada más. Entre nosotras, en el suelo, se erguía la oscura materia de su bolso.

Me tumbé, arrancando una débil protesta a la cama. Daba la impresión de que el colchón quería desembarazarse de mí, clavando costillas o vértebras en mis dorsales, a través del relleno de harapos. Miré a mi madre, al blanco paño mojado sobre su rostro, a la cuadrada silueta luminosa con la que el tragaluz enmarcaba su cabeza y sus hombros cada vez que una bengala o un proyector iluminaba el cielo, y pensé en nuestra casa, en mi padre.

¿Qué estaría haciendo, sin sospechar que nos encontrábamos de nuevo en el mismo país, separados por una larga cicatriz de trincheras y alambre de espino, de muertos y hospitales y tierra desnuda? Sabía que mi madre guardaba en el bolso las cartas que nos habían llegado cuando aún funcionaba el correo. La ligereza con la que mi padre escribía que en Navidad todo habría pasado y que, de repetirse la aventura de 1870, no estaríamos en ningún lado mejor que con su familia política, convencido como estaba de que, en nuestro rincón perdido de la república, nadie nos molestaría. Más tarde, mi tío había entregado a mi madre otra carta, enviada simultáneamente y dirigida a él: «Si la situación vuelve a torcerse, mi mujer y mis hijos no estarán en ninguna parte mejor que contigo, mi querido Theo. Se rumorea que esta vez vendrán por aquí. No estoy sordo, ni tampoco ciego. Hace poco estuve en

Alemania y vi con mis propios ojos lo que se movía por los raíles».

Había releído tantas veces esas palabras que me las sabía de memoria. Volvía a leerlas para oír su voz, su serena preocupación por nuestro bienestar. «Ten en cuenta que Edgard querrá enrolarse como voluntario—le comentaba a mi tío—. No se quedará con los brazos cruzados. Conozco a mis vástagos. Te pido que ofrezcas la resistencia justa, ya se encargará su madre de ponerle las cosas difíciles. ¿Qué actitud adoptaríamos nosotros si fuéramos jóvenes, querido cuñado? ¿Escondernos para luego enfrentarnos al escarnio, soportar la vergüenza hasta que cada cual haya opinado lo suyo y cargar el resto de nuestras existencias con el estigma de la cobardía? ¿O unirnos a la lucha y confiar en que sobreviviremos más o menos ilesos a todo este embrollo? Da a leer esta carta a Marianne en caso necesario. Dile que todo saldrá bien y que encontrará apoyo en nuestra hija. Si al final las cosas se ponen feas, donde mejor estarán será contigo y con Josine y Yolande».

Mi madre se había opuesto con todos los medios a su alcance. No paró de dar portazos en los días anteriores a la partida de mi hermano, que con toda probabilidad se marchó a altas horas de la noche o al rayar el alba. El día que su silla quedó vacía en la mesa del desayuno, ella dejó de ser por un instante mi madre para convertirse en una brecha abierta en el muro de su propia severidad. Después de que mi tío le acercara la carta con gesto perturbado, mi madre se retiró durante tres días a su cuarto. A la cuarta mañana por fin volvió a aparecer, ceñida y atada en su rigidez de la cabeza a los pies. «Bon!—dijo antes de tomar asiento —. Nos tomaremos esta inconveniencia tal como viene».

Desde entonces siempre hablábamos de «la inconveniencia». «Pues la inconveniencia va para largo—reiteraba una y otra vez al hojear los diarios cuyas noticias procuraba descifrar como oráculos—. Avanzamos, retrocedemos, marcamos el paso, y aun así triunfamos, ¡y eso desde hace tres años!». Sin embargo, hasta los artículos de periódico rezumaban una creciente fatiga, la fatiga de una guerra cada vez más letárgica, cada vez más parecida a un niño mimado que, después de alinear todo un ejército de soldaditos de plomo en el suelo, los hubiera abandonado a su suerte, congelados en su formación, y ya sólo pareciera deleitarse en arrollarlos a furiosas

pataletas bajo sus pies.

«Tan desesperados están que nos van a poner el mundo del revés», llegó a bromear mi madre en tono desdeñoso, cuando en la madrugada de un día de comienzos de verano la tierra se puso a temblar, las aves cacarearon indignadas en sus gallineros, los cerdos golpearon exasperados sus pesebres y los perros contemplaron consternados el suelo bajo sus patas mientras sentían pasar las vibraciones. «¡Qué manera de poner las cosas en movimiento!», exclamó con sorna antes de introducir una aguja en un calcetín, puesto que ya no iba a volver a la cama.

También se hacían cada vez más letárgicas las rondas de mi tío, le pesaban cada vez más los zapatos cuando salía a repartir por el pueblo y por los caseríos sus funestas nuevas, una Némesis bostezando de tedio. Letárgicos eran también los funerales por los caídos, con féretro o sin él, más letárgicos los sermones del abbé, letárgico el cortejo de quienes acudían a ofrecer sus condolencias y tediosa la marcha de las columnas que veía desfilar ante mí a través del objetivo del telescopio en el desván, bajo los deshojados árboles durante las lluvias de noviembre, por no hablar de los soldados que a veces acampaban una temporada en uno de los graneros, su letárgico ajetreo con huevos, patatas, jamón o tocino; todo crujía de fatiga, todo padecía de alguna articulación dolorida, todo tenía los huesos calados.

Hasta en aquella buhardilla, bajo el tejado del antiguo hotel, en aquella noche de septiembre, la artillería sonaba letárgica. Las detonaciones se sucedían en una monótona rutina, los proyectores rastreaban el cielo con indolencia, las bengalas semejaban torpes aves de larga cola, demasiado pesadas para desplegar un vuelo elegante. Incluso el golpe, el enorme golpe que, sin ser anunciado por un incremento de los rugidos, zarandeó los cabrios y nuestras camas, y esparció sobre nosotras el cristal de la claraboya en un aguacero de esquirlas, pues incluso ese golpe tenía algo de flemático, algo de displicente.

Vi que mi madre se incorporaba asustada, se retiraba la toalla de la cara y se sacudía de encima unos cuantos fragmentos de vidrio. Justo cuando iba a decir algo, un segundo impacto, tremendamente cercano y estruendoso, hizo gemir la madera de la ventana en las

ranuras y echó los bastidores contra los muros laterales.

Por su cara resbalaba una gota de sangre, desde la comisura de la boca hasta la barbilla. Tendió la mano hacia su bolso mientras apretaba el paño contra sus labios, pero, nada más agacharse, un nuevo embate acabó con los cristales de alguna otra ventana vecina y, de un soplo, precipitó sobre el suelo la palangana que se hallaba encima de la pequeña cómoda de nuestro cuarto.

Nos agazapamos detrás del piecero de nuestros respectivos camastros. Vi que mi madre empujaba sus mejillas con fuerza contra los barrotes y se estiraba en un intento por alcanzar el bolso que seguía entre las dos camas. En alguna parte cayeron al suelo toda una serie de objetos, en un ballet de sordos retumbos, crujidos y tintineos sobre el entablado de madera. En el exterior, un sinfín de aviones, invisibles en el firmamento, surcaban entre zumbidos el traqueteo de la defensa antiaérea. Los proyectores se habían despertado y, alertas, registraban el cielo con minuciosidad. Encima de nuestras cabezas, la metralla daba tumbos por las tejas hasta abalanzarse ruidosamente sobre los canalones. Abajo, en el hueco de la escalera, una voz femenina gritó: «¡Todo el mundo abajo!».

—Debemos irnos, maman. Debemos irnos de aquí ahora mismo…

Asintió con la cabeza, atrajo el bolso hacia sí por el suelo y salió a gatas de la habitación delante de mí, hacia el estrecho pasillo, donde las tablas se hallaban sembradas de fragmentos de cristal y restos de adornos arrancados de los alféizares y las estanterías de pared. Por todos lados nos envolvía el fragor de los aviones: tanto su zumbido de moscardón como las atronadoras salvas se volvían más sonoros y más cercanos al haberse roto todos los cristales.

Nos pusimos en pie y avanzamos agachadas en dirección a la escalera. Arriba, se diría que rozando el tejado, un proyectil dibujó un rastro de luz a través de la noche con un estridente silbido. Unos instantes más tarde se formó una bola de fuego. La fachada de una casa en llamas se perfiló como una máscara en las tinieblas.

—Debemos darnos prisa, maman. Aquí corremos peligro.

La arrastré hasta el hueco de la escalera. Al parecer, unos pisos más

abajo también descendía gente. Se escuchaban voces, golpes de suelas sobre los escalones. Teníamos que buscar el camino a oscuras. Sujeté una de las manos de mi madre en la mía, la otra no soltaba el bolso. Debíamos de ir más o menos por la mitad cuando, en medio de un inmenso estruendo, el edificio entero, del caballete al sótano, se desperezó, gimió en todos sus tornillos, pernos, costuras y ligamentos y volvió a asentarse.

Mi madre lanzó un chillido. Una cascada de botes, frascos y conservas salió disparada de su bolso y rodó escaleras abajo. Se inclinó, decidida a recoger los tarros uno a uno, pero tiré de ella.

—No tenemos tiempo. Debemos seguir. Luego volvemos.

El vestíbulo estaba abarrotado: soldados, civiles, personal de cocina, limpiadoras, el hormigueo azul y blanco de las enfermeras que llegaban de todas partes conduciendo enfermos, descalzos, embutidos en pálidos pijamas, hacia sillas y bancos. Según pude ver, la mayoría sólo sufría heridas en los brazos o en el torso. Quizá fuera ésa la razón por la cual los cuidaban en el antiguo hotel: en caso de necesidad, podían refugiarse en la planta baja por sus propios medios. Tratamos de abrirnos paso por entre la multitud, hallar un sitio donde sentarnos o al menos apoyarnos, aunque fuese de pie, contra una de las paredes. Afuera los bramidos parecían disminuir, todavía resonaban explosiones, rugidos, pero ya menos intensos y más lejanos, tierra adentro.

—Edgard—balbuceó mi madre—. ¿Dónde está Edgard?

Las puertas se abrieron de golpe. Los heridos afluyeron en masa. Una madre que llevaba en brazos a un bebé ahogado en llanto y envuelto en una roñosa toca. Una mujer que se restañaba una llaga en la sien con su chal. Un niño pequeño, inmóvil sobre unas parihuelas, con los ojos abiertos como platos, aparentemente insensible al dolor que debía de causarle su rodilla, transformada en poco más que una masa sangrienta. Una anciana pasó por delante de nosotros, abriéndose camino hacia el pasillo, el cabello enmarañado, las mangas del abrigo hechas jirones. «Jamás pensé que un día me salvaría mi corsé», oí que decía a un hombre, sin duda su esposo, que con una mano apretaba un paño de cocina enrollado en la otra mano.

Mi madre no parecía ver todo eso. Alargaba el cuello, se llevaba el pañuelo a la nariz y miraba por encima de la muchedumbre. Era a Edgard a quien buscaba, más inquieta a cada minuto que transcurría.

Llegó otra camilla. Entre los dos porteadores, el blanco y el azul de tres enfermeras, afanadas en contener al herido. Una mano que trataba de aferrarse a sus faldas. Un brazo que apresaba el vacío entre las siluetas. Un pie, la espesa suela de un zapato, que se deslizaba con rabia por la tabla de madera. Se escuchó un estertor, una exclamación sofocada en gargarismos. El pie golpeaba la camilla, los brazos se agitaban en la nada.

Alguien gritó: «For the love of Christ Elsie, keep 'm down!» [¡Por amor de Dios, Elsie, sujétalo!]. Otro grito. Dando muestras de una inesperada coquetería, una de las enfermeras se apartó de un salto, pero no pudo evitar que sobre su delantal aterrizara un chorro de sangre. Alzó los ojos un instante y enseguida reconocí la mirada de miss Schliess. Me vio, vio a mi madre. Mientras volvía a inclinarse sobre el paciente se apresuró a comentarme:

—Su hermano se encuentra a salvo. Ellos disponen de su propio refugio en el exterior. Dígaselo. Estará más tranquila.

Los camilleros llevaron al herido al fondo del vestíbulo. De una de las escaleras descendía un hombre entrado en años, en pantuflas y pijama, con un quepis calado hasta las orejas. Su rostro no presagiaba nada bueno. Desde debajo de su abundante bigote lanzó sobre nuestras cabezas un torrente de órdenes ladradas en un francés cortante. Se impuso el orden. La lógica. La fuerza de la gravedad. Los heridos para allá. Los demás para acá. Los carneros se separaron de las ovejas, los pijamas de los abrigos. Los heridos desaparecieron por el pasillo, rumbo a los quirófanos. El ajetreo se calmó.

Llevé a mi madre hasta un asiento vacío en un banco junto a una de las paredes interiores.

—Siéntate aquí, maman.

En efecto, la información de miss Schliess la había tranquilizado un

poco. Todo apuntaba a que también afuera la situación empezaba a relajarse. Los estampidos se volvían cada vez más débiles. Ya sólo muy de vez en cuando un estallido lejano hacía temblar las lámparas, vibrar nuestro pecho.

Mi madre se sentó, colocó el bolso vacío en su regazo y lo estrechó contra sí. A su lado, un hombre, un señorito con sombrero de fieltro, entretenido en contemplar el trajín a su alrededor con las manos apoyadas en las rodillas separadas, se dirigió hacia ella y le dijo:

—La que está cayendo esta noche, ¿verdad?

Nada más recibir la mirada que le lanzó mi madre se le heló la sonrisa.

La dejé sola, deambulé por el pasillo, esquivando pies, rodeando a grupos de gente. Los rostros que se levantaban a mi paso se me antojaban hueros, anonadados, su expresión no reflejaba en absoluto la inquietud que se percibía en los ojos de los refugiados a los cuales invitábamos a pasar la noche en uno de los graneros o establos de la casa de mi tío al comienzo de la guerra. Venían de mi patria, de los pueblos y las ciudades de Henao, Namur, Luxemburgo, y traían, además de carros o pequeños landós cargados de niños y enseres reunidos a toda velocidad, historias de saqueos y de masacres que mi tío ocultó en lo posible a mi madre, hasta que los periódicos se abalanzaron sobre ellas con voraz fruición. El drama de Dinant. El incendio de Lovaina. Parecía todo tan lejano. Nosotros no oíamos más que el chirrido de las ruedas de los carruajes sobre la tierra de los caminos, el arrastre de los zapatos, las voces pidiendo leche, agua fresca, un huevo crudo para un niño o una mujer embarazada, preguntando si podían encender una lumbre para calentar sus míseras viandas. «Sólo afuera en el corral—dictaminó mi tío—. No en los establos ni en los graneros. Basta ya de casas en llamas».

Observé los semblantes que había a uno y otro lado de mí. Las mujeres acurrucadas al pie de una de las paredes llamaban mucho la atención. Bajo sus abrigos relucían perlas y oro, sus gorros y sombreros apenas lograban disimular sus melenas peinadas con vanidoso esmero. Ignoro si lo que les hizo desviar la mirada fue

vergüenza y, si fue por eso, sólo espero que no fuese yo quien se la inspiró.

Me vino a la memoria la fanfarronería de las boas demasiado chillonas, las pantorrillas depiladas, los labios rojo sangre y el estridente guirigay de las mujeres de vida alegre, las reinas de las tabernas, la flora de la noche y de los tocadores, que se elevaba por encima del clamor con que el pueblo vitoreaba a las tropas, aquellos primeros días de agosto, cuando de pronto aparecieron por todas partes carteles declarando la movilización general y mi madre exclamó disgustada: «¡Guerra! ¡Guerra!», como si la historia formase parte de su servicio doméstico y la hubiera pillado por sorpresa en la bodega bebiendo a morro de una botella de vino.

Por encargo de mi madre, Edgard y yo nos apresuramos a ir en landó a la capital de la comarca para averiguar si aún habría alguna posibilidad de viajar en tren. La plaza frente al vestíbulo de la estación se hallaba repleta de hombres que se enfundaban con prisa el uniforme, la chaqueta azul, el pantalón de un rojo sobrecogedor, mientras besaban a niños anegados en lágrimas y abrazaban a mujeres, novias, madres y hermanas deshechas en sollozos. Las furcias gorjeaban, tiraban flores y creo que hasta ropa interior a la carne de cañón que salía en fila de los cuarteles y marchaba a la plaza bajo el sol imperdonablemente dulce de aquel mes de agosto.

Yo iba de pie en la calesa. Pregunté a Edgard por qué esas fulanas gritaban tanto. Me miró con el ceño fruncido, en un gesto de divertido asombro, y señaló con la cabeza los soldados a punto de partir.

—Si esos chicos no cumplen con su trabajo, pequeña gacela, aquellas muchachas tendrán que abrirse de piernas a los prusianos —me explicó—. Y no sé yo si se les pagará por ello.

Se quedó un rato esperando a ver qué pasaba. Ya no había trenes, las vías habían sido tomadas por la guerra.

—¡Todo el tráfico civil ha quedado anulado!—vociferó el jefe de la estación por encima de la masa de movilizados.

—Será mejor que regresemos—decidió mi hermano.

Chascó la lengua y golpeó el flanco del caballo con las riendas. En casa de mi tío, mi madre nos escuchó con perplejidad. De haber podido, hubiera despedido a la historia en ese mismo instante.

Seguí caminando. A un extremo del pasillo, unos cuantos pacientes charlaban sentados en la escalera que conducía a nuestra buhardilla. Las enfermeras los habían dejado ahí con el fin de despejar el corredor para el paso de civiles y soldados con heridas más graves. Con sus blancos pijamas y los vendajes enrollados en la cabeza y en las manos, me recordaban a polluelos grandes. Pensé: «Más vale no aproximarme demasiado a ellos». Seguro que mi madre no me perdía de vista ni un solo segundo. Ya me disponía a dar media vuelta cuando mis ojos se quedaron prendidos de una de aquellas figuras y el corazón me dio un vuelco.

Me dirigí a la escalera. Algunos heridos alzaban la mirada, pero él no, ocupado como estaba con una naranja que tenía en una servilleta sobre sus piernas. Su brazo izquierdo estaba vendado y reposaba en un cabestrillo atado alrededor del cuello. Con el codo de su brazo inmovilizado intentaba mantener la fruta en su sitio, mientras que con el pulgar de la otra mano trataba de pelarla a trocitos. No parecía advertir el tumulto en el exterior, la multitud en el pasillo, el miedo indolente, el letargo.

Me acercaba cada vez más. La fruta se deslizó de debajo de su codo. Le oí proferir un improperio contenido. Los dedos de sus pies salían de las perneras de su pijama y se engarfiaban contra la madera de los escalones.

A base de pequeños empujones volvió a colocar la naranja bajo su brazo y, justo cuando iba a decirle algo, la fruta se le escapó del todo, rodó por sus rodillas y cayó escalera abajo. Se detuvo contra mi pie, me agaché para recogerla.

Él vio mi mano, alzó la vista al mismo tiempo que yo y me miró a los ojos.

—Miss Demont… Helen… You keep surprising us… [Sigues sorprendiéndonos…].

Se le iluminó el rostro, esa risa suya, envolvente, como de niño.

Habría querido echarle los brazos al cuello, pero me reprimí. A buen seguro, mi madre me estaba observando. De modo que me limité a contestar:

—So do you, mister Herbert. Peeling an orange with one hand… [Lo mismo digo, señor Herbert. Pelar una naranja con una sola mano…]. Toda una proeza…

—No tanto, darling…—Sacó a relucir su mueca como por arte de magia—. He conseguido un montón de cosas con una sola mano en mi joven vida…

Me guiñó el ojo, arrugó la servilleta en la palma de su mano izquierda y me la arrojó.

Encontré un hueco unos peldaños por debajo del suyo y me senté.

—Está claro que escribir no es una de ellas…

Mis palabras sonaron más tajantes de lo que quería.

Desplegué la servilleta sobre mis piernas, cogí la fruta y empecé a pelarla. No había comido ni siquiera olido o visto naranjas en mucho tiempo, probablemente desde las últimas Navidades antes de la guerra. El amargo olor de los aceites al hundir la uña de mi pulgar en la rígida piel y el dulce perfume cuando la pulpa asomó por entre el albedo me embargaron. Sentí que las lágrimas corrían por mis mejillas y me incliné sobre la fruta para disimularlas, pero aquella fragancia y el alivio de volver a verle tras tantas semanas de desazón me abrumaron.

—O come on, love… It's not an onion, it's an orange! [Vamos, cariño… ¡No es una cebolla, es una naranja!]—se rio en un tono tan ligero como impotente.

Traté de amagar una sonrisa, pero la emoción pudo conmigo y su broma me perturbó todavía más.

—O God, Helen… [Dios mío, Helen…].

Hizo ademán de venir a sentarse a mi lado. Levanté la mano.

—No, no… Mi madre está aquí. —Moví la cabeza hacia donde se encontraba ella—. En realidad, hemos venido a ver a mi hermano.

—Comprendo… La Mère Audacieuse… [La Madre Audaz…]— sentenció con voz socarrona.

Me di cuenta de que la vigilaba.

—¿El abrigo que lleva puesto lo ha hecho ella? Se parece a la bloody fucking catedral de San Pablo, de verdad…

—Se lo hicieron mis tías…—musité.

La tristeza remitió. Respiré hondo, partí la naranja y le tendí la servilleta.

—Por lo menos tuviste el detalle de escribirme que te estabas muriendo…

—Minor wounds, I said, Helen. That's all. Didn't want you to worry… [Heridas leves, te dije, Helen. Nada más. No quería que te preocuparas…].

Me ofreció un gajo. Fui incapaz de enfadarme con él, demasiado contenta de encontrármelo relativamente indemne.

—What happened? [¿Qué sucedió?].

—I just slipped… [Resbalé tontamente…].

Puse cara de sorna.

—En serio…

Se había empeñado en fotografiar un contingente de canadienses al lado de la carretera, subido al bordillo de un pequeño puente que cruzaba un arroyo para luego ir a dar a una pradera.

—Y resbalé, cargándome el brazo, mi cámara de madera y mis preciadas costillas… So here's your hero of war for you, miss Demont. What'you say? [Aquí tienes a tu héroe de guerra, todo tuyo, señorita Demont. ¿Qué te parece?].

—Te mereces una estatua en Trafalgar Square.

Aunque soltó una carcajada, su risa sabía a frustración. Otras heridas le habrían reportado sin duda más mérito.

—At least it got me a medal [Al menos me ha valido una medalla]. La debo de tener por aquí…—Con la mano libre hurgó en los bolsillos de su pijama—. Las regalan a espuertas estos días.

Era un objeto de poca monta, un lacito de tela azul del que pendía una diminuta pieza de metal, visiblemente avergonzada de sí misma.

Hacía un calor sofocante. Fuera se desencadenó una tormenta. Mi madre se abanicaba con un viejo periódico, tomándose la molestia de no espiarnos con excesivo descaro. El petimetre del sombrero de fieltro se había quedado dormido. Los primeros truenos se impusieron al fragor cada vez más débil de las armas.

—¿Y ahora?—pregunté.

—Back to London, probably, to recover [A Londres, imagino, para recuperarme]. El Poderoso Brazo de mi padre tira de mí, de vuelta al otro lado del canal. Visitar a mi tía Margaret. Tomar té y galletas de jengibre en el salón de las visitas. Cantar himnos. Caminar por la playa. Eterno aburrimiento…

—Sounds great. Will you come back? [Suena maravilloso. ¿Volverás?].

—Of course, love [Claro que sí, cariño]. Ya no soporto a Albión. En absoluto. Es como vivir en un barco. Además…—me envió de nuevo su mueca—, me he quedado con ganas de saborear más delicatessen belgas…

—Te tomo la palabra, mister Herbert.

En ese instante, un centinela entró en el pasillo al grito de: «All clear!» [¡Se acabó la alerta!].

La gente se puso en pie, se ajustó el abrigo, se adecentó el sombrero o la gorra. Los heridos que había a nuestro alrededor se levantaron

como pudieron.

—See you in the morning? [¿Nos vemos mañana por la mañana?].

Asentí con la cabeza.

—Nos marchamos por la tarde.

Le dejé y fui hasta mi madre.

—Bueno, bueno—dijo con una risita despectiva—. ¡Si está aquí ce drôle de monsieur Herbère [ese tal monsieur Herbère]! ¡Qué casualidad!

Subimos. La buhardilla estaba mojada. La lluvia entraba por el cristal roto. Retiramos los camastros de debajo de la ventana y los juntamos. Mi madre se acostó colocándose el bolso a modo de almohada. Me acurruqué contra su espalda. Llevaba puesto el abrigo y los zapatos, lo mismo que yo.

Escuché si su respiración se calmaba, si el oleaje del sueño acababa por apoderarse de ella, pero, al cabo de un rato, el colchón comenzó a temblar levemente. Estaba sollozando.

Rodeé su torso con el brazo. A través de la basta tela de su abrigo vinieron a mi encuentro las ballenas de su corsé, como si bajo la palma de mi mano no reposara mi madre, un cuerpo vivo, sino un ser de acero. Consciente de que ella prefería que no dijera nada, me conformé con apretar mi brazo con más fuerza contra su tórax.

Fuera sonaron voces de hombres. El ruido de esquirlas amontonadas a escobazos. Los truenos a lo lejos.

Ya no lloraba. Se sorbió la nariz.

—Trata de dormir un poco, maman—le aconsejé.

Guardó silencio, cambió de postura.

—Sabrás que te he traído para que pudieras verle, ¿verdad?—dijo de súbito.

Me preguntaba cómo se había enterado. Quizá las tías se habían olido algo.

—No creo que tu tío vuelva a guardar muchos más secretos para su querida hermana—aclaró, como si me hubiera leído el pensamiento.

Respiró hondo, sentí cómo sus pulmones se dilataban bajo las correas de su corsé. Tragó saliva.

—Y no soporto ver que te carcome la inquietud, Hélène. No soy un monstruo.

Uno de los torpedos abrió un profundo cráter en la arena que había entre los pabellones, le arrancó la cabeza de los hombros a un centinela, acribilló a otro, alejó a soplos las tejas de las casas vecinas, arrasó cristales y estampó un bajorrelieve de muescas y orificios de metralla en las fachadas, y cuando, aquella mañana, mi futuro marido y yo llevamos a mi hermano en dirección al mar, en su cama de mimbre sobre ruedas, con apariencia de grotesco cochecito de niños, los soldados y los cuidadores continuaban empujando montañas de vidrio por el suelo de los barracones con ayuda de las barbas de sus escobas. Uno de los proyectiles no había estallado y dormía en la arena, acordonado por una alambrada de espino, flanqueado por un guardia que de vez en cuando miraba aquel objeto como si estuviera sacando a su perro y esperase impaciente a que hiciera sus necesidades.

La mañana se anunciaba soleada y agradable. Después de desayunar y charlar un rato con Edgard, mi madre había subido a descansar y las enfermeras me habían comentado que, si quería, podía salir afuera con mi hermano. Con buen tiempo, la mayoría de los pacientes permanecían unas horas en el paseo marítimo o en las dunas para exponer sus llagas cicatrizantes, protegidas por una fina gasa, al sol y al desinfectante yodo del aire marino. Al salir nosotros, muchos se hallaban sentados en bancos contra los laterales de los pabellones, con los ojos fijos en la calle que descendía al paseo marítimo, algunos ilesos a primera vista, otros reducidos a un tronco coronado por una cabeza que miraba altiva a su alrededor, con la chaqueta del pijama inundada por una multitud de condecoraciones, de forma que llegué a preguntarme cómo estaría el cambio: ¿cuántos gramos de metal por cuántas libras de carne perdida?

—Pobres desgraciados—observó mi hermano, que se sentía un tanto infravalorado con su Croix Léopold, por prestigiosa que fuese según decían.

No obstante, la llevaba muy a la vista, sujeta con un alfiler en su bolsillo de pecho, y se dejaba pasear por nosotros como un relicario en una procesión. Yo empujaba, y mi futuro marido tiraba con su brazo libre de la parte delantera de la caja de mimbre para que las ruedas avanzaran más fluidamente por la mullida arena.

Aquella mañana todo el mundo deseaba disfrutar del sol de septiembre. Frente a nosotros, en lontananza, en la vasta llanura de ocre mojado, marchaban unas siluetas al son de una pequeña fanfarria bajo la batuta de un hombre a lomos de caballo; la brisa marina sembraba la playa de ráfagas melodiosas. Alrededor de nosotros, varias enfermeras caminaban cogidas del brazo, conversando animadamente, y en un momento dado nos adelantó una niña, de unos diez años, bajo cuya falda sobresalía sólo una pierna. Su cabecita ataviada con un par de trenzas revoltosas se balanceaba peligrosamente como la cabeza de un muñeco de trapo mientras se acercaba con gran entusiasmo a la playa, a saltos, apoyándose en sus dos muletas, vigilada a cierta distancia por una esbelta mujer enfundada en un elegante abrigo entallado, sin duda su madre.

Era una escena apacible en una mañana de septiembre igual de apacible y melancólica. Por enésima vez en aquella guerra me asombró la facilidad con que, a las pocas horas de habernos guarecido de las alas del destino, extendíamos sobre los cráteres y los muertos el extenso manto de lo cotidiano. Y todavía no tengo claro si lo consideraba una suerte de gracia, un signo de intransigencia o una forma de aturdimiento voluntario, el sosiego de una oveja que ante una manada de lobos, tan cercanos que la huida queda descartada, atrae sobre sí un glorioso fatalismo, encarando su hado con resignación.

Hallamos un sitio tranquilo, a cubierto del viento, contra uno de los barracones que había junto al paseo marítimo, con vistas a la playa, y dejamos el carrito aparcado contra la pared de madera.

—Y ahora, pequeña gacela—anunció Edgard mientras se enderezaba—, tu hermano va a comprobar si sus piernas aún le aguantan…

Estiró los brazos invitándonos a ayudarle a salir de aquel cesto.

—¿Estás seguro, Edgard?—pregunté, consciente de que se encontraba aún muy débil.

Su rostro, medio tapado por las gasas, presentaba ese frágil centelleo opalino que refleja en las facciones un dolor prolongado y

parece empujar los ojos al fondo de sus órbitas. Cuando, al final, conseguimos sacarle del cesto, a duras penas, porque casi no podía doblar la pierna derecha y no tuvo más remedio que levantarla de las mantas con un brusco giro, vi que, por un instante, sintió vértigo.

Jadeante, con las caderas apoyadas en el carrito, recorrió con la mirada la playa a su alrededor, abrió y cerró repetidamente sus sensibles párpados rubios ante la luz del sol y murmuró:

—¡Caray! De nuevo en pie, qué ganas…

—I think we deserve a souvenir [Creo que nos merecemos un recuerdo]—opinó mi futuro marido.

Introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta de su pijama, extrajo una de sus pequeñas cámaras de mano y me la tendió. Se colocaron juntos, reclinados contra el borde de la cama de mimbre, monsieur Herbère rodeó la cadera de mi hermano con su brazo libre y lo atrajo con tal ímpetu hacia sí que Edgard no pudo reprimir un grito de dolor.

—Pardon, mate… [Disculpa, amigo].

Así fue como los inmortalicé, uno en un pijama de rayas color salmón, otro en gris y blanco, unidos ante la pared de madera, mi hermano un tanto eclipsado por la alta y delgada figura a su lado, los angulosos hombros, los gráciles brazos, los larguísimos dedos sobre la tela de su chaqueta, pálido y tambaleante en contraste con el aspecto saludable y esa aura de invulnerabilidad juvenil que jamás abandonarían del todo al hombre que terminaría por convertirse en mi otra mitad, volviéndole inmortal en vida. Y cuando mi futuro marido dijo: «Cometería un asesinato por una calada», y le tendí el paquete de tabaco que había comprado la víspera en la estación de trenes, y él luego ofreció un cigarro a mi hermano y sostuvo la ardiente cerilla entre ambos cual una agitada mariposa nocturna atrapada en el pequeño farol formado por sus dedos, y cuando el fósforo—el último que le quedaba—se apagó y se inclinó para aproximar su propio cigarro hacia la incandescente punta del de mi hermano, que apenas le llegaba a los hombros y semejaba una cría de cigüeña tomando la comida del pico de su

madre, entonces volví a pulsar el disparador, y vi cómo mi hermano bebía con su mirada aquel semblante sereno, los ojos entrecerrados fijos en el cigarrillo, la mano que reposaba con desenvoltura sobre su hombro, las dos medallas que parecían rivalizar entre ellas, una roja, otra azul, vi cómo absorbía aquel momento, lo grababa en las placas de cobre de su memoria, contemplaba enamorado aquella boca, la boca de mi futuro marido: los labios que se contraían en torno a la colilla mientras aspiraban oxígeno a través del resplandor y luego, de repente, soltaban raudales de humo blanco. Y me di la vuelta, y a día de hoy todavía no sé por qué mi corazón se me inflamó en el pecho, por qué el lejano mar, el mar verde jade, el juego de las líneas blancas al romperse las olas, el constante fragor de la resaca, la playa desierta, aquella nada monumental, aquel respiro de espacio, me colmó de una euforia casi desesperada. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Tengo los ojos húmedos, Rachida, mi niña? ¿Se me han empañado las gafas? ¿Por qué? ¿Has visto alguna vez ese rastro de pecios que las tormentas dejan en la playa? ¿Sabes a qué me refiero? ¿Esa larga cinta sinuosa de fragmentos de madera esculpidos por la taraza y la corrosiva arena, ese azar entallado, esa angosta concentración de botellas, el brazo de una muñeca, la patilla de unas lentes, el sargazo, los restos de conchas, las anémonas de mar y las madejas de cuerda en el extremo alcanzado por las olas la noche anterior? De pequeña trataba de interpretarlas, quería descifrar el código morse, descubrir en lo que había arrojado el mar sobre la orilla la refulgencia de un único vínculo salvador que soplara su aliento sobre todos esos náufragos. ¿Por qué ahora no logro desprenderme de la imagen, ya tan remota, de aquella tarde, también en la playa, la primera de las numerosas salidas que, según creíamos, organizaríamos ese mismo verano, sin saber que sería la última excursión en años? ¿Por qué vuelvo a oír el quedo susurro, las gaviotas, el etéreo murmullo de las hojas del periódico que mi hermano lee en su tumbona? Veo sobresalir sus piernas, su inmaculado pantalón, sus pies desnudos y sus dedos que remueven distraídamente la arena mientras, en el extremo de sus mangas enrolladas, el viento roza el papel en sus manos. A lo lejos, veo a unos niños con traje de baño azul marino y sombrero de paja atado con lazo chapoteando en las charcas de marea y, más cerca, sobre el pomo de la sombrilla que acaba de ser plantada con determinación en la arena, bajo el elegante tejido de gancho de unos guantes, las manos de mi madre mientras otea, levemente inclinada hacia

delante y estirando su distinguido cuello, la arena color mantequilla, el azul celeste, el mar: contenta, por no decir feliz. Y es como si oyera la voz de mi padre, el suave ruido del aire en sus pulmones, bajo mi oreja, bajo la tela de su bañador rugoso por la sal, mi padre, que, según pensábamos, según aún pensábamos, se uniría con nosotros diez días más tarde. Oigo también el suspiro que lanzó mi madre cuando aquella noche, después de cenar en el paseo marítimo, tomar un helado y dar una última vuelta, ella y yo del brazo, nos vino a buscar mi tío en landó. Mi tío, no el cochero, a quien habían llamado a filas, nos explicó, a él y a más de la mitad de los sirvientes. Fue entonces cuando mi madre suspiró.

Oigo su voz.

—¡Ah, aquí es donde se esconden los amantes del sol…!—exclama al doblar la esquina del pabellón, con el bolso en la mano.

La acompaña miss Schliess, con los brazos cruzados, muerta de cansancio bajo la blanca tela de su toca.

—Volveré a guardarle en su cajita—anuncia a mi hermano—. Debe permanecer tumbado. No quiero verle sangrar de nuevo. ¿Y monsieur? Tampoco, ¿verdad? Bien, pues deje que le acomode, love…

Mi madre me indica con un gesto que puedo irme.

—Llévate a tu caballero de paseo, hija. Me da la impresión de que le gustará. ¿Sabrá usted defenderse solo, patriot?

—Sure do, Ma'am. Sure do… [Por supuesto, señora. Por supuesto…].

Caminamos por la playa, a una buena distancia de las casas, en dirección a Francia, más allá de las mansiones reservadas a Su Majestad que se erigían entre los carrizos verde plata.

—With some luck they kick 'm back out the same way his grandfather came in, les Boches [Con un poco de suerte, los alemanes le echan del mismo modo que entró su abuelo]—comentó tomándome del brazo.

—¿Cómo ves a mi hermano?

Se encogió de hombros.

—No sé… Tardará un tiempo en ponerse bien… Le enviarán a una unidad para convalecientes, imagino. En el interior del país. Si le pueden hacer un hueco en alguna oficina se quedará allí y, si no, tu madre podrá recibirle pronto en casa. Permanent sickleave or something…

—And you? [¿Y tú?].

—I'll be back… Soon as I can [Volveré… Lo antes posible]. Por el momento sólo he gastado una de mis nueve vidas, miss. —Me miró, y sonrió—. Aún no te has librado de mí… El regreso del periodista… Ya no quiero saber más de proyectiles…

Continuamos en silencio, me agradaba la proximidad de su cuerpo, su cadera que de vez en cuando me rozaba mientras acompasábamos nuestro ritmo al andar, su brazo bajo la palma de mi mano.

—Debo darte las gracias por haber sido un guía tan competente, el otro día…—le dije.

—I'm sure the pleasure was mostly mine, miss [El gusto ha sido sobre todo mío, señorita, se lo aseguro].

—Pues habrá que repetir…

—By all means… [Por supuesto…].

Apareció en su boca esa mueca suya tan cercana. Dio una calada a su cigarro, estiró el cuello, frunció los labios, expulsó el humo.

—I like you, Helen… I really, really do… [Me gustas, Helen… De verdad…]. Pero no quiero hacerte daño… No me veo tirado en un sofá, en zapatillas, mientras mi mujercita hierve el agua para el té. ¿Entiendes a lo que me refiero, love?

—Ya contrataremos a alguien para todo eso.

—You know what I mean, Helen [Sabes lo que quiero decir, Helen].

Lo sabía. Desde que nos conocimos había aprovechado cada minuto que pasábamos juntos para sopesar su alma en mi mano, probar su densidad, percibir su ligereza, su oscuridad y, pese a ignorarlo casi todo sobre él, su peso específico me complacía.

—We'll see. One thing at a time [Ya veremos. Cada cosa a su tiempo]. Tal vez un buen día descubramos haber llegado a un acuerdo tácito sin la menor molestia…

Inclinó la cabeza, levantó mi barbilla con su dedo índice. Posó sus labios brevemente sobre los míos.

—¿Acuerdo, miss?

—You know what I mean [Ya sabes lo que quiero decir].

Dimos media vuelta y desanduvimos el camino. Ante nosotros se alzaba el antiguo hotel. El mirador en lo alto del tejado, coronado por una cúpula. Sobre los pabellones al pie del edificio, el muro lateral ciego y, en la fachada, el rótulo «Grand Hotel de L'Océan. Prix Modérés» [Gran Hotel del Océano. Precios moderados].

Lo miramos a la par y, aunque no dijimos nada, sabíamos que estábamos pensando lo mismo: hasta entonces nos había tocado pagar un precio relativamente moderado.

Más tarde volvimos con frecuencia, cuando los barracones habían sido derribados, las puertas de las habitaciones colgaban de nuevo en sus goznes y la plata y la cerámica ocupaban el sitio de las pinzas quirúrgicas y los trépanos. Solíamos ir al final de la temporada, cuando el verano daba sus últimos coletazos y en la mayoría de los establecimientos las sillas y las mesas hibernaban ya bajo la lona, o a finales de primavera, a unas semanas del gran despertar. Esas fechas parecían convenirle a él y a mí, nos convertimos en seres del entretiempo.

Decíamos: de aquí a cien años, la guerra que fue la nuestra se habrá consumido en torno a los monumentos, las fotografías, los diarios, las cartas y las lápidas, tanto como los huesos de los muertos dentro de la tierra, dejando sólo una leve decoloración en la arena. Por entonces aún no sabíamos que en las cunas dormitaba una nueva generación de soldados, que los verdugos del mañana se escondían tras las faldas de las maestras, jugaban con los bloques de construcción o se lamían las heridas en sus míseras mansardas, redactando amargos tratados con la tinta letal del rencor. Decíamos: si pudiéramos volver dentro de cien años no reconoceríamos la guerra, pues su inaprensible magnitud, su totalidad que hacía bailar innumerables vidas finas como agujas al son de su magnetismo, habrían quedado reducidas a un puñado de imágenes, cifras descarnadas, topónimos y fechas. Y me pregunto: «¿Podremos algún día hacer otra cosa que narrar cuentos cargados de notas a pie de página?».

«No sé si me gustaría cumplir cien años», confesó mi hermano en más de una ocasión cuando nos acompañaba al lugar donde habían residido mi esposo y él, pero yo soy la única en haber comprobado que ni siquiera hace falta ser tan mayor para ver cómo aquella silenciosa erosión acaba invadiendo el entorno, cómo los veteranos de entonces, en filas cada vez más diezmadas de muletas, piernas ortopédicas y sillas de ruedas, brindan un trémulo saludo militar ante una llama eterna o un cenotafio, en medio de un tintineo de medallas, mientras Su Majestad, a quien también le flaquean las piernas a causa de su nueva cadera de plástico, deposita una corona fúnebre bajo los nombres de los muertos y los desaparecidos para siempre.

Sin duda alguna, mi marido habría posado ahora su mano sobre la mía y habría concluido: «It's inevitable, love. Inevitable» [Es inevitable, cariño. Inevitable]. Durante una de aquellas vacaciones nos encontramos a miss Schliess, en una de las mesas junto al ventanal del comedor, contra un cielo de yeso, dando cucharadas de natillas a dos bebés que por su cabello cobrizo y sus pecas parecían una réplica del fornido hombre de la silla de al lado, esa clase de inglés que derrocha la sonrosada placidez de un buen rosbif. Por lo visto, miss Schliess había sumido a su Henry en el descanso perpetuo, y jamás osé preguntarle si tenía tumba propia o era uno de los otros, de aquellos cuyos nombres están grabados en una pared de mármol.

Necesitamos losas sepulcrales, algo tangible que cubra al difunto y nos obstruya el acceso al Hades, un altar de sacrificios o un incensario donde podamos quemar nuestro sentimiento de culpa después de derribar en las cavernas de nuestra mente por segunda vez, y además por la espalda, a los muertos ya fallecidos, para poder seguir adelante. ¿Cuántos se han pasado el resto de su vida llorando en solitario, durante el trabajo en la cocina, en sus sueños, rodeados de muertos sin cuna porque las urnas no daban abasto y el Dies irae, pese a todo, sonaba a poco en un mundo que había resucitado con brío, y aun sin ayuda de arriba, las terroríficas visiones medievales del Juicio Final? Y aquí estoy yo, tumbada en la cama, en una tarde tediosa, en un rincón del globo donde por el momento el día se presenta soleado, prácticamente sin nubes, mientras las calles se refrescan por la suave brisa reconfortante que ya predecía esta mañana el hombre del tiempo, siempre tan insulso, mientras bajo mi ventana la existencia, a mitad de camino entre nueve y cinco, sigue su curso con absoluta tranquilidad. Qué peligrosa y benéfica es nuestra capacidad de olvidar. ¿Y yo? ¿A cuántos muertos he dejado vivir en exceso, condenándolos a la penumbra? ¿Por qué hay tantos ausentes en mis sueños? ¿Por qué continúan sin pisar las estancias que esperan su llegada?

Oigo resonar por aquel vacío los dictados de mi madre: «No te explayes tanto y pon algún punto de vez en cuando. Una frase no es una salchicha. Por tu culpa tardamos siempre horas en salir de cualquier lado. Si la gallina no pone huevos, va directa a la cazuela. Basta ya de holgazanear». ¿Hasta cuándo pienso estremecerme ante

la palabra final?

En los últimos días del verano anterior al estallido de la paz se puso enferma, la primera entre muchos, y una de los afortunados supervivientes. Su larga dolencia anunció un invierno en el que, por la mañana, los colonos de las granjas aledañas traían los rígidos cadáveres de sus hijos por el sendero hasta la verja, donde pasaba a recogerlos la carreta, porque no había suficiente madera para confeccionar ataúdes ni tiempo para celebrar funerales. Me acordaba de Amélie Bonnard, en su caja de tablas cepilladas a todo correr. Más de la mitad de las jovencitas desgarbadas y tontorronas que unos veranos antes la habían persuadido para que fuera con ellas hasta el prado de detrás de la iglesia, aquella tarde en que halló su fin, reposaban a su alrededor en el subsuelo, a lo sumo envueltas en una sábana cosida a modo de saco cerrado.

Mi hermano, que había regresado unos meses antes, igual de agarrotado y débil, cayó poco después de mi madre y se salvó por poco. Las tías también se contagiaron, demasiado abatidas por la tos y la fiebre para engalanarse con camisones teatrales, algo que, en otras circunstancias, seguramente habrían hecho. Mi tío y yo vagábamos desorientados por la casa que deliraba en torno a nosotros, escupiendo sus pulmones. Las criadas atravesaban los pasillos pertrechadas con palanganas y paños fríos, hasta que ellas también enfermaron, una a una; las más jóvenes murieron. Sólo Madeleine se mantuvo en pie, como si su organismo de basalto les resultase indigesto a los gérmenes. Mi tío decía: «¿En qué pieza actuamos, mi querida sobrina? ¿Qué es esto? ¿Una tragedia o una comedia cruel? No me extraña que esos bichitos no quieran saber nada de mí ni de la sirvienta, prefieren carne fresca, y desde luego no les falta razón, pero ¿y tú?, mi niña…».

Estaba preocupado. Nos retirábamos la mayor parte del día en su biblioteca en la planta superior, junto a la pequeña estufa de carbón que daba golpecitos de puro aburrimiento, como si esperase que a esa altura fuera a escaparme de los bichitos o las miasmas o cualquier otra cosa que merodease por las estancias de abajo. Y cuando los rumores de un armisticio empezaron a cobrar cada vez más fuerza, decidí: «En cuanto pueda volveré a casa».

Mi tío no vaciló ni opuso resistencia.

—Ya me encargaré yo de explicárselo a tu madre—dijo—. Pero ¿cómo piensas llegar hasta allí?

—Tengo chófer—contesté.

El mundo se regodeaba desde hacía semanas en la melancolía de un veranillo prolongado. La enésima mañana bañada en cobre se desprendía, aún húmeda, del rocío cuando ya nos hallábamos de camino, él y yo, en uno de los automóviles de su comandante. Delante de nosotros, las hojas caídas de los olmos o los plátanos de sombra que se extendían encima de nuestras cabezas se adherían al pavimento de la calzada como dispersas pisadas amarillas. El sol naciente doraba la neblina y, en los campos de lúpulo, los tallos oblicuos peinaban la tímida luz.

—Everything all right, love? [¿Todo bien, cariño?]—preguntó.

Se había convertido en nuestra consigna.

—I'm fine, monsieur [Muy bien, señor].

Me acurruqué en el grueso abrigo militar que me había prestado, escuché el zumbido del motor, aspiré el olor a combustible que brotaba del mecanismo del coche, un olor químico, penetrante y aun así agradable. A nuestro alrededor: vastedad y campos ondulados, y sobre todo silencio, gracias al definitivo enmudecimiento de los cañones. Daba la impresión de que el silencio colgaba en guirnaldas sobre la tierra.

Observaba cómo movía el volante, cambiaba de marcha, aceleraba, ralentizaba, adaptaba la velocidad con la palanca o el pedal. Si cada viaje es un relato, cada trayecto una saga, él era un buen narrador. Habría podido contemplarle durante horas, pero el camino era corto, demasiado corto. En mi cabeza, la distancia entre nuestra ciudad y la casa de mi tío se había ido agrandando con el paso de los años, dos continentes a la deriva, separados por un océano cada vez más ancho. Tenía la sensación de que mi patria, absorbida durante todo ese tiempo por la inmensa inabarcabilidad de la sordomuda palabra «guerra», a excepción de un pedacito de tierra del tamaño de un sello de correos en el extremo occidental, de pronto recuperó a la fuerza sus angostas fronteras de antes. Incluso

contando con los numerosos controles de carretera alcanzaríamos nuestro destino mucho antes del anochecer, porque, después de lanzar una ojeada a la documentación que les entregaba mi futuro marido, los gendarmes y centinelas de turno se cuadraban de un salto y saludaban con tal entrega que el brazo no se les dislocaba de milagro.

—Mi comandante ordena circulación libre y sin trabas. Es un tipo leal. —Un guiño—. Creo que se ha encaprichado conmigo…

—¿Quién no?

Vimos las ruinas de Ypres, una deplorable dentadura con caries en la ondulación de las colinas, donde la hierba ya tendía al marrón del invierno. En la llanura entre los viejos frentes, buena parte de la vegetación estival ya se había replegado suelo adentro, devolviendo al paisaje su desoladora desnudez. Pasamos al lado de bosques con apariencia de campos de rastrojos más que de florestas. Puentes provisionales de madera nos guiaban por encima de ríos y arroyos cuajados de agua que, bajo el peso de grisáceos sedimentos, avanzaba a rastras por entre márgenes hechas no tanto de tierra como del contenido revuelto de cientos de baúles y maletas de viaje. Al rato surgían de la cuneta, a izquierda y derecha, bajo la bruma que ya se disipaba, los primeros cimientos, alumbrados por el sol. En torno a nosotros parecía eclosionar una primavera de ladrillos a medida que la carretera nos alejaba de la zona bélica. Casas, calles, pueblos enteros que se construían a sí mismos, titubeantes, levantando primero fachadas vacías, probando cabrios, ornamentándose cautelosamente con hileras de tejas, inseguros, tanteando, aún quedaban algunos huecos, pero poco a poco todo se ajustaba: los visillos tras las ventanas, las puertas abiertas, los niños caminando en zuecos por las aceras, las mujeres abrigadas con gruesos chales de lana, escrutando el reloj del campanario. Ignoro por dónde íbamos, el paisaje se veía intacto y conducíamos por debajo de un baldaquín de robustos robles que hacían revolotear su fronda desechada sobre la carretera, cuando, en toda la campiña circundante, las forzudas torres, las gráciles flechas, los carillones expulsaron por sus vanos el tañido, el repique, el broncíneo suspiro de alivio.

—It's over [Se acabó]—dijo mi futuro marido sin alzar la vista del

volante—. It's over, love.

Nos callamos. Se me hizo un nudo en la garanta. Miré afuera, a los campos de cultivo y a los árboles y a los arbustos y a la fatigada tierra, al solaz que emanaba del mundo indiferente.

En los pueblos donde las campanas habían sido destruidas o robadas por su bronce, los párrocos enviaban a los monaguillos a la calle con carracas. En las plazas, las fanfarrias y las bandas municipales interpretaban en los quioscos valses embriagados que acompañaban el frenético baile de una multitud borracha de alegría. Por todos lados ondeaba la bandera tricolor. Los niños gritaban: «Vive le Roi! Vive la Belgique!» [¡Viva el Rey! ¡Viva Bélgica!] mientras golpeteaban el capó del coche, tamborileaban el parabrisas, hacían muecas, saludaban con la mano y se alborotaban de lo lindo cuando él les seguía el juego dando bocinazos. Había momentos en que apenas podíamos avanzar, y no pude dejar de pensar en las resignadas columnas, el mar de caqui, tantos semblantes que se habían deslizado ante mí, observándome furtivamente, guiñándome el ojo, algunos sonriendo, aquel otro día que viajaba junto a mi futuro marido en el automóvil, bajo un firmamento de mazazos. La paz se parecía a la falta de gravedad, como si las siluetas que se arremolinaban alrededor de nuestro coche fueran las mismas que aquéllas otras de dos años antes, al fin liberadas de la cohesión de la disciplina, el anonimato de las filas, bailando y dando tumbos en un movimiento browniano del más puro éxtasis, en medio de aquel inconmensurable hervidero, mientras, hacia el atardecer, nos aproximábamos a mi ciudad y las tropas seguían rumbo a la capital marchando entre hileras de civiles agolpados a ambos lados de la carretera. Las mujeres, sujetándose el chal con una mano sobre el pecho, no miraban ya el reloj del campanario, sino los rostros de los soldados que desfilaban ante ellas, examinando, al borde de la desesperación, cada una de esas caras de tantas que había. ¿Estará? ¿Regresará a casa ahora? ¿Volverá sano? ¿Dónde está? Algunos niños contemplaban la extraña parada con perplejidad, escondidos entre las faldas de sus madres.

Le pedí que se detuviera en la loma arenosa junto al riachuelo, al lado del molino al que solía llevarnos mi padre cuando éramos

niños durante los paseos dominicales en landó de alquiler. Las aspas se hallaban desparramadas por la tierra, menos una, que se levantaba en un solitario saludo bajo un cielo por entonces ya muy nuboso. De las ventanas de la baja casa del molinero salía un rastro de humo negro hasta el borde inferior del tejado, cuyo caballete no se sostenía más que en unas vigas desnudas y carbonizadas.

Me apeé. Él también. Fue a orinar contra un árbol. Oí el susurro del viento en las matas de hierba, un ave tardía cantaba con ritmo ligero una pequeña melodía en alguno de los sauces blancos de la ribera.

Volví la mirada hacia el este, por encima de alineaciones de álamos ennegrecidos, hacia el perfil, tan familiar, de mi ciudad en el horizonte, las viejas torres, incólumes. Él se acercó, se paró detrás de mí y me rodeó la cintura con los brazos.

—What'you looking at, love? [¿Qué miras, cariño?].

—Home [Mi casa]—respondí.

La ciudad que se alzó de súbito en torno a nosotros, un derroche de ventanas iluminadas en medio de las azules tinieblas, el resplandor de las farolas regando los pretiles de los puentes de emergencia sobre los canales, el reflejo de la artillería abandonada, los desvaídos sacos de arena y, en los barrios populares, las calles abarrotadas de gente. En las tabernas y los cafés, llenos hasta los topes, los fiesteros rebosaban por los huecos de las ventanas y las puertas, los espasmos de la euforia vibraban con los tonos de La Brabançonne a través de los cuerpos apelotonados. Sin embargo, en casa no había luz. Aparcamos el automóvil bajo los castaños al otro lado de la calle. Ni una lámpara ni una vela revelaban el conocido techo de las estancias tras los cristales.

Crucé el pequeño jardín, me precipité por la escalinata hasta la puerta de entrada y toqué el timbre. El estridente tintineo se desvaneció en el suelo del vestíbulo; nadie abrió. Volví a llamar.

Nadie.

—Probably out in town. Celebrating the peace [Seguro que han

salido a la calle. Para celebrar la paz]—dijo mi futuro marido.

Le pedí que me esperase fuera, bajé los escalones de detrás de la hortensia que daban acceso a la cocina del sótano, la guarida de Emilie. La puerta no estaba cerrada con llave.

En la cocina flotaba un ácido olor a alcohol rancio, en torno al fogón sobre el cual ya no colgaba ni una sola sartén de los garfios. En la luz cada vez más difusa brillaba, sobre el fregadero, en los rincones, sobre el tajo, una cordillera de botellas vacías. En la mesa, al lado de un candelero con un resto de cirio, al lado de un plato y un tenedor, una cazuela que contenía unas gachas indefinidas resultaba aún tibia al tacto. En cualquier caso, debía de haber alguien cerca.

Subí a la planta baja. En el vestíbulo, las armaduras de las lámparas habían sido arrancadas de las paredes, las palmeras ya no vestían sus maceteros de bronce, la araña había sido sustituida por una desgraciada bombilla. En el salón de las visitas, las sillas se encontraban apiladas al fondo, y en el centro emergía la cama de mi hermano, sin colchón.

Abrí de un tirón la puerta de la calle.

—No hay nadie—informé—, pero alguien ha hecho comida hoy.

—¿Voy trayendo el equipaje, love?

Regresó al coche. Yo volví a entrar. En toda la casa no quedaba ni una pieza de metal, salvo la cazuela y un par de sartenes. La platería había desaparecido. El estaño también. Los cuchillos de cocina, hasta el último cazo. La mayoría de la cerámica, y buena parte de las alfombras. Como si la casa estuviera carcomida por dentro. En el jardín de atrás, alguien, quizá Emilie, había removido el pequeño césped. En la creciente oscuridad divisé la rigurosa delimitación de unos bancales de hortalizas, blanquecinas matas marchitas de patata sobre una elevación de tierra, bolas de col compacta. En el interior, oía a mi futuro marido trajinar con los bultos.

—Podríamos salir y sumarnos a la fiesta—propuso, después de

descargar en el salón de visitas sus maletas, sus cámaras, el pan y los huevos, y el surtido de conservas que nos había dado Madeleine —. What'you think? [¿Qué opinas?].

—Vamos a esperar—repliqué en las tinieblas del salón—. Conozco algunas triquiñuelas para entretenernos, monsieur Herbère.

Le empujé en el sofá, me abalancé sobre sus labios y le recliné contra los cojines.

Estábamos dormitando cuando, de pronto, se escuchó un ruido de cerradura en el vestíbulo. Monsieur Herbère se sobresaltó, introdujo la camisa en su pantalón, se abotonó la bragueta y yo mi corpiño, mientras oíamos resonar el eco de un carraspeo, el arrastre familiar de sus pasos sobre el suelo. Me levanté. Salí del salón en calcetines.

Le vi, a la tenue luz del montante de la puerta principal, le vi depositar su sombrero hongo sobre el estante, retirarse la bufanda de encima de los hombros. Y cuando musité: «Papá…, soy yo, Helena…», su mano aferrada al cuello del abrigo permaneció suspendida en el vacío sobre el gancho del perchero.

Improvisamos una cena de tortilla y verduras en conserva después de que mi futuro marido consiguiera encender el fogón con la última leña que quedaba y yo batiera los huevos. Mi padre desempolvó una botella de vino de uno de los cuartos laterales del sótano.

Brindamos.

—La Paix!—exclamó mi padre, todavía emocionado.

—¡Sí!—se unió mi futuro marido.

—¡Santo cielo, hija mía, jamás he disfrutado tanto de una simple tortilla!

Había adelgazado. Las bolsas en los ojos, el mate reflejo en las arrugas. Tosía a menudo. La gripe también se había cebado con él.

—Me fui al hospital. No me quedó otra. Han sido unos años muy duros, mi niña, pero creo que en ningún momento me he sentido

más solo que en la entrada de aquel hospital, temblando de fiebre, con mi triste maleta, mi pijama y mis utensilios para el afeitado, de pie ante una monja dispuesta a fulminarme allí mismo con la mirada. Las salas no daban más de sí…

—¿Y Emilie?—pregunté.

Mi padre suspiró, mirando de refilón las montañas de botellas vacías a nuestras espaldas.

—Digamos que hacía buenas migas con el elemento germano de la casa…

Puse cara de incomprensión.

—El alemán que se instaló aquí… Dormía en el salón de las visitas. El primero no era mala persona. Wernher. Un honrado padre de familia. Tres hijos. Deseaba tanto como nosotros que esa miseria terminara cuanto antes, aunque sólo fuera para volver a probar las albóndigas que le preparaba su mujer. El segundo, en cambio… Creo que será mejor que no entre en detalles. Hay una dama respetable entre nosotros.

—Bueno, esa dama ha resistido una guerra—repliqué—. Ya sabe cómo funciona el mundo.

Vi que su mirada se apartaba de mí para posarse en mi futuro marido. Una mirada sorprendida. No enojada.

—Tuvo que irse, Hélène. Toda la calle hablaba de ella…

No volvimos a verla jamás. Una única vez, durante las semanas siguientes, mientras mi padre se encontraba con mi madre en Francia, creí reconocer su sonrisa entre un grupo de mujeres que nos adelantaron con aire huidizo por la acera, unos ojos que se fijaron en mí tras el cuello calado hasta las orejas de un espeso abrigo de invierno, bajo un gran sombrero que dejaba aflorar una cabeza extrañamente calva. Uno de los transeúntes prorrumpió en imprecaciones, durísimas, sirviéndose del dialecto de nuestra ciudad. Las mujeres se agazaparon aún más en su gruesa vestimenta. Un poco más adelante esquivaron en el último

momento una lluvia de escupitajos lanzados con tino.

—La suerte de la ramera—suspiró mi futuro marido.

Ignoro qué ha sido de ella. Apenas sabíamos de dónde venía. La mujer que hasta donde alcanzaba mi memoria se había encargado de almidonar nuestra ropa, preparar nuestra comida, calentar nuestra leche, era en gran parte una desconocida para mí, una fuerza muscular sin nombre, un anónimo caballo de labor. En aquellos meses se extrajeron más cuerpos de lo habitual de los ríos y los canales de la ciudad, entre ellos no pocas mujeres enfundadas en pesados gabanes. Siempre he abrigado la esperanza de que no fuera una de ellas.

Mi padre tomó un pequeño sorbo de vino y se limpió la boca con la mano.

—¿Entonces mamá se encuentra mejor ? ¿Y Edgard…?

—Conseguirá salir de ésta. Al menos eso nos aseguró el médico. Se pondrá bien…

—¿Y la pierna?

—Tardará un tiempo en volver a caminar con normalidad…

—Está vivo. Eso es lo importante. Somos pobres, tenemos hambre, pero aquí estamos. Quiero ir a verlos cuanto antes…

—El ferrocarril está hecho un desastre, papá. Va a ser complicado.

De camino a mi casa habíamos pasado por delante de la estación de trenes, el terraplén había saltado por los aires, algunos raíles se levantaban hacia el cielo como cintas torneadas en rígidos rizos. Se corrió la voz de que los enemigos habían saboteado tantas locomotoras como pudieron.

—En último caso, voy andando…

Mi futuro marido se desperezó en la silla; llevaba ya un buen rato luchando contra el sueño.

—Quizá tenga solución…—bostezó.

—Su comandante le quiere mucho—aclaré—. Le tiene echado el ojo…

Mi padre se acercó la copa a la boca. Justo cuando iba a darle un trago, vi brotar por primera vez en sus labios esa sonrisita burlona tan suya.

—Muchas miraditas tendrá que lanzar ese pobre hombre. ¿No crees, hija?

Se marchó dos semanas más tarde y no volvió hasta finales de enero. Partió en una mañana de hielo. Durante la noche había caído una fina capa de nieve. Un viento cortante sacudía las ramas deshojadas de los castaños, desprendiendo copos de azúcar glas. La víspera, mi padre había ido a que le cortaran el pelo y le arreglaran el bigote. Nos hallábamos en el balcón acristalado cuando el conductor que le llevaría a ver a mi madre se detuvo junto al pequeño jardín, tocó la bocina y se quedó esperando al lado del automóvil.

—¡Caramba, ni que yo fuera el primer ministro de este país!

Se quitó un guante. Golpeteó el vidrio con la uña para darle a entender al chófer que enseguida estaba con él. Luego alzó la vista hacia el firmamento cubierto de nubes grises.

—¿Qué te parece, hija? ¿Porcelana? ¿Cristal de Murano? ¿Cal viva?

Miró por la ventana fingiendo concentración. Me puse junto a él, levanté la cabeza y examiné el cielo durante un buen rato.

—Vapor de agua—sentencié.

Se rio y apretó su dedo índice contra la punta de mi nariz.

—Mi hija se ha hecho mayor.

Recogió la pequeña maleta que reposaba a sus pies.

—Pues parto rumbo a la Gran Madre. A comunicarle que el mundo

ha cambiado para siempre. Espero que lo acepte. Ya sabes cómo es. Desde luego le pedirá explicaciones y pondrá a prueba su consistencia. ¿Estás segura de que no quieres ir conmigo? ¿Te las apañarás tú sola, hija? Por cierto, controla un poco las visitas de tu amigo inglés. Más que nada por los vecinos…

—¡Papá, por favor!

Se calló.

Mi padre dejó su servilleta al lado del plato vacío y se levantó de la mesa.

—Me voy a la cama. El señor de la casa tiene sueño.

Miró a su alrededor con sorna.

—Cuchitril sería más apropiado… Si piensa quedarse a dormir, mister Herbert…—su exagerado acento inglés revelaba que había bebido más de la cuenta—, mi hija le construirá un pequeño nido. Buenas noches.

Le estrechó la mano a mister Herbert y a mí me dio un beso en la frente. A punto ya de salir por la puerta, se volvió, nos miró, primero a él y luego a mí, y dijo:

—Pórtate bien. Que todavía soy tu padre.

Acondicioné algunas mantas y una almohada en el sofá. No había colchones suficientes en casa. Al terminar, vi para mi asombro que mister Herbert se acomodaba tan pancho en el asiento y comenzaba a desatarse los cordones de sus zapatos.

Le tiré de la mano.

—Serás idiota…

—What? It's me' bed is it? [¿Qué? Ésta es mi cama, ¿no?].

—Only in the morning, honey [Sólo por la mañana]. Duermes conmigo…

Le empujé hacia la escalera. Al pasar por delante del cuarto de mi padre en la primera planta le oí respirar con regularidad. Dormía tan profundamente que ni se inmutó cuando mi futuro marido profirió una sonora palabrota al chocar con un dedo del pie contra la pata de la cómoda del pasillo.

Le introduje en mi habitación, en el segundo piso, cerré la puerta tras de nosotros y le quité la camisa, el pantalón, el calzoncillo y los calcetines como si estuviera retirando una membrana fetal de su piel.

—Christ, Helen, it's freezing up here [Por amor de Dios, Helen, esto está helado]. De aquí a nada me quedo sin pelotas…

Se le cortó la respiración cuando se las apreté en la palma de mi mano.

Estaba lloviznando, amables lamidos y golpecitos contra la ventana. Escuchábamos la ciudad, donde el bullicio se negaba a apagarse, de vez en cuando nos reíamos por lo bajo cuando un borracho se tambaleaba por la acera, abajo en la calle, cantando con lengua espesa una ebria mezcolanza de himnos nacionales.

—Estoy molido, Ma'am.

Solté una risa ahogada, me empapé del acre olor de sus axilas. Su cabeza descansaba sobre mi pecho.

—¿Y ahora?—le pregunté con picardía.

—Off to Brussels in the morning. Be back in a couple o'days… [Mañana por la mañana a Bruselas. Estaré de vuelta dentro de dos o tres días…]. Me apetece instalar mi material abajo en el sótano…

—¿Y luego?

—No sé. Quedarme aquí. Nada de volver a Inglaterra. Ni hablar. Buscar trabajo en el mundo de la prensa… Eso estaría bien. Aunque sin agobios…—Alzó la cabeza, me dio un mordisco juguetón en la piel debajo de la barbilla—. Ya sabes, de momento, cuento con el dinero de mi madre. And you, love? [¿Y tú, cariño?].

Guardé silencio. Me quedé pensativa.

—Estudiar—contesté—. Leer. Ver mundo. Tienes que llevarme de viaje…

—If you say so, love [Si tú lo dices, cariño].

—Y quiero un hijo tuyo, algún día…

—O God… [Dios mío]. —Emitió un suspiró y apretó su cuerpo contra el mío—. Pues habrá que empezar a tomar huevos con bacon por la mañana…

Posé mi mano sobre su mejilla. Le besé la cabeza. Los rizos.

Se durmió enseguida.

Rachida abre con sigilo la puerta de mi habitación para comprobar si continúo dormitando.

—Otra tarde sin descansar—me reprende frunciendo las cejas en un gesto de simulado enojo al encontrarme completamente despierta.

No es capaz de enfadarse conmigo. Ella sabe que yo lo sé, y también sabe que no tengo ningún reparo en aprovecharme de ello. Sonriente, rodea la cama sin dejar de mover el dedo índice:

—Es usted muy traviesa, doña Helena.

—Gracias, mi niña. Lo he sido siempre.

Al pasar por delante de mí, de camino a la ventana, su mirada se posa en el cuaderno que hay junto a mi cadera.

—Debería encender la luz cuando se pone a leer o a escribir—me sugiere—. Se le va a estropear la vista.

Descorre las cortinas y abre la ventana. El aire de la tarde de verano. El último calor del día que se desprende de los ladrillos de la fachada. El olor a asfalto, a hierba, el agrio aroma de los castaños en la calle, donde no sopla ni una brizna de viento.

—Si ya estoy más ciega que un topo, mi niña.

Rachida retira la bandeja de la mesilla de noche, se detiene un momento y se toma el tiempo de emitir un suspiro teatral.

—No ha comido nada… Una vez más… Tan sólo media rebanada de pan esta mañana y ahora unas pocas cucharaditas de sopa fría. Debe comer, doña Helena.

Rodea de nuevo la cama, rumbo a la puerta.

—Comer y dormir. Lo dice el doctor Vanneste.

El doctor Vanneste. El nuevo. Todavía con un pie en la universidad, un mocoso. Dios sabe qué fue del viejo. Quizá se desplomase o se desnucara al tropezar con su maletín en la escalera. No hay que

perder la esperanza.

Cuando el joven entró, me tendió la mano y se presentó con nombre y apellido, sin duda porque así lo manda el manual Cómo romper el hielo con el paciente:

—Hola. Me llamo Yannick Vanneste.

—Y yo tengo migraña—contesté.

—Todavía soy médico en prácticas, pero el próximo año termino mis estudios.

Me colocó el tensiómetro y bombeó el aire con tal ímpetu que por poco me revienta el brazo.

Veintiséis o veintisiete años. Alto y fuerte. Un hombre como un roble, aunque con un niño lanzando bellotas en la copa. Cuando introdujo el termómetro en mi boca succioné sus dedos casi por instinto hasta el paladar, a lo que él murmuró algo así como:

—Esos dientecitos siguen en perfecto estado.

Después de verificar la tensión comentó con Rachida que la consideraba un poco alta:

—Quince…

Extrajo el termómetro de mi boca:

—Tiene usted la temperatura subidita…

Dientecitos. Subidita. Diminutivos: los chupetes del lenguaje. Si tuviera su misma edad, ya me encargaría yo de que le subiese la temperatura.

—¿Come lo suficiente? ¿Duerme lo suficiente?—preguntó a Rachida.

Luego se inclinó sobre la cama y me anunció con un guiño del ojo:

—A ver si oímos algo.

Deslizó el estetoscopio por mi tórax, por la fina tela de mi camisón. Aquellos dedos. La atenta escucha. Las elásticas arrugas en la frente, aún no convertidas en surcos duraderos.

—Parece que todo está bien.

Se quitó el estetoscopio de los oídos.

—¿Toma suficiente líquido?—preguntó de nuevo a Rachida.

Con un ruido ostentoso expulsé una flema de mi tráquea y farfullé:

—Ahora que lo dice, padezco desde hace un tiempo sequía vaginal.

Vi que a Rachida se le endurecía la mandíbula, que dudaba hacia dónde mirar. El señor Vanneste se llevó un buen susto.

—Se ha puesto colorado, doctor.

El joven parpadeó, se repuso y abrió su maletín.

—Recetaré dilazina, para la tensión. Una pastilla dos veces al día… Tome.

Rachida guardó la receta y le acompañó hasta la puerta de la calle.

—Líquido, líquido… Si tuviera sesenta años menos ya le habría enseñado yo lo que es el líquido… ¿Tú qué opinas, mi niña?

—Se ha portado muy mal, doña Helena—sentencia Rachida antes de depositar la bandeja y tomar asiento al borde de la cama—. Voy a prepararle un huevo pasado por agua, un vaso de leche y un poco de pan. Y después…

Golpea la sábana con la palma de la mano.

—Después me sentaré aquí con usted y no me marcharé hasta que se lo haya acabado todo… Si no me hace caso pienso enfadarme de verdad.

Se pone en pie. Tira de mí para incorporarme. Acomoda la almohada en mi espalda.

—Le contaré una historia. Mientras coma, seré yo quien le explique algo a usted.

Extiende la sábana sobre mis piernas, la alisa.

—¿Le parece buena idea? La historia de Saïd el de los bellos ojos.

—¿Quién es? ¿Un príncipe del desierto dedicado a transformar ancianas en salamandras?

Rachida se ríe por lo bajo.

—Se lo contaré tal y como solía contármelo mi madre. Pero si deja de comer…—aparta las manos de la sábana y las sitúa junto a los hombros, con los dedos estirados…—yo dejaré de hablar y le corresponderá a usted inventarse el desenlace.

Me ajusta el camisón, endereza el cuello a golpe de índice y pulgar, se dirige a mi butaca, dobla la manta y sacude los cojines.

El desenlace. ¿Por qué tiene que haber siempre un postre? ¿Para qué ese afán de poner la mesa con tanto esmero, hacer malabarismos con la loza, medir la distancia entra la copa y el plato, plegar las servilletas con elegancia, exhibir arreglos florales y lustrar candeleros? A mí me agradan las mesas repletas de migas y manchas de mermelada, el periódico doblado con desgaire que contabiliza con igual desgaire sus muertos y sus fechorías: una forma azarosa para el informe azar de cada día.

Las palabras y la voz de mi madre, y el silencio del cuerpo, y la guerra, que en ningún momento se amoldaba a su nombre… Cuando era joven deseaba captarlo todo en una única luz, atraer sobre los objetos y sobre mis pensamientos el solaz de lo concluido. Pero no lo conseguía. Por entonces pensaba que era aún demasiado inmadura, demasiado impaciente, y ahora ya no es eso lo que deseo. No quiero solaz ni sosiego. Sólo dormir sin dormir.

Cuando alcanzamos cierta edad, Rachida, mi niña, no diré que anhelemos la muerte, pero sí que estamos preparados para recibirla. Tener la fortuna de vivir los años suficientes como para poder esperar a la muerte con el mismo desenfado con el que se aguarda

el autobús de línea en la esquina de la calle, sin mucha excitación o esperanza; tal podría ser mi idea de la beatitud si esas cuestiones siguieran preocupándome en la actualidad. Ya estaré en la gloria si logro conservar todos mis dientes mientras miras cómo ceno.

Si bien en algunas ocasiones mi finitud, o lo que me queda por consumir de ella, puede llegar a colmarme todavía hoy de angustia o de espanto, también es cierto que a través de la certeza de la muerte se trasluce un consuelo impersonal que no se opone necesariamente a la vida; al contrario, tal vez enlace con ella. La certeza de que un buen día ya no tendré que comer o beber o dormir, ni avivar el fuego del deseo pese a la sequía hormonal y la fragilidad de los huesos, ni cerrar más círculos o enviar felicitaciones a personas de cuyo cumpleaños me olvidaría de todos modos, sino que, liberada del tiempo, podré regresar al gran designio de las cosas.

—Si fuera joven saldría a la calle, Rachida, mi niña. Atravesaría la ciudad en bicicleta para ir a darme un baño en uno de los antiguos brazos del río. Caminaría descalza por el agua entre los carrizos cercanos a la ribera para sentir el fango como un mullido almohadón bajo las plantas de mis pies. Y entonces diría: «No es más que tierra muerta, tierra muerta sin alma. Montañas viejas, una lápida erosionada».

Tomo las manos de Rachida en las mías. Imitando a la vetusta abuela de mi madre, froto mi pulgar por el dorso de sus hermosos dedos color oliva, suaves y tersos en mis garras callosas.

—Puedo humedecerlas con yodo—propone—. El yodo ayuda a aclarar las manchas.

He creído durante demasiado tiempo que las palabras ya no tenían nada que contar. Ahora soy consciente de que es muy bueno que no encajen del todo con los objetos y lleven vida propia. ¿He hablado en voz alta? Rachida sonríe, pero veo que no atiende a lo que digo. Quizá piense que comienzo a divagar. Se desprende de mis manos, saca el cepillo del cajón de la mesilla de noche y lo pasa por mi melena, o lo que resta de ella.

—Suena como música, la cadencia del cepillo en mi cabellera.

Debería ponerle palabras. Escucha, cepíllame más despacio y escucha: «La lámpara ha ardido largo tiempo en el vacío…». Cuando de pequeña salía de paseo con mi padre, siempre me ingeniaba frases cuyo ritmo acompasaba el de nuestras pisadas.

Rachida suelta una risita nasal y desliza el cepillo una y otra vez por mis cabellos en un movimiento prolongado, sin apartar los ojos de mi cabeza. La veo pensar: «Ya volverá en sí». Pero dice:

—Está usted soñando de nuevo en voz alta, doña Helena. Eso le pasa por no dormir la siesta.

—No, mi niña, estoy absolutamente despierta. Somos unos simios y nos espulgamos con palabras. Escucha lo que canta el cepillo: «Llega la hora… de volver… a partir… el pan… sobre la mesa».

—Así me gusta—observa Rachida con una sonrisa—. Lo untaré bien de mantequilla.

De joven consideraba las palabras como unidades compactas y estables, intrigantes piedras que coleccionaba para no hallarme con las manos vacías frente al mundo. Las utilizaba para levantar rompeolas contra la marea viva de luces y colores, de olores y sonidos, que a ratos se abalanzaba sobre mí y me abrumaba: el mundo en su magnificencia bruta, en su estupefaciente modo de ser él mismo, que me apabullaba y me incorporaba al tumulto de la incesante gestación. En otras palabras, tenía miedo a morir de placer.

Con el tiempo he comenzado a concebir las palabras cada vez más como espejos o lentes, o prismas, capaces de analizar el resplandor blanco e indiferenciado del mundo, del mismo modo que mi padre solía afirmar cuando, después de una tormenta, contemplábamos a través de la ventana del salón el arco iris que se desplegaba sobre los tejados relucientes de agua: «Parece mentira que semejante esplendor no sea más que luz refractada…». Y Emilie exclamaba: «¡Fiesta en el infierno!» cuando brillaba el sol a la vez que llovía.

Considero que las palabras son sistemas solares en miniatura, núcleos atómicos en torno a los cuales crepitan los electrones de la significación, cual pequeños planetas dotados de débiles campos de

gravedad, etéreas capas de aire de una atmósfera, y, en lo hondo de su geología, una memoria astrosa, aunque a diferencia de este planeta carecen de centro, incluso en sentido figurado. Lo único que pretendo es ordenarlas de tal manera que sus constelaciones generen figuras que de lo contrario permanecerían invisibles, desconocidas. Si he llenado de signos todos esos cuadernos es sólo porque, escribiendo, procuro interponer el pie en un intento por evitar que se cierre la puerta de lo definitivo, como un inoportuno vendedor ambulante de mágicos artículos de limpieza.

—Se aproxima la hora de despejar los últimos estantes, mi niña. Guárdalo todo en cajas y llévatelas. Distribuye esos cientos y cientos de hojas escritas. Haz con ellas lo que quieras, pero asegúrate de que su suerte sea incierta.

—Primero voy a prepararle un huevo, doña Helena. Aún tenemos tiempo.

—Me gustaría ser inhumada entre esos anaqueles de libros. Podríamos arrancarlos de las paredes y construir con ellos un bonito ataúd. Sería una buena idea, ¿verdad?

—Para eso tendrá usted que encoger bastante. Al menos cuarenta centímetros. Ahora comprendo por qué come tan poco.

Los libros, los muertos, la voz de mi madre cuando duermo y el jardín sin límites: en mi cabeza amplían cada vez más ese espacio sin ubicación donde reina un tiempo fuera del tiempo y del que nunca he sacado más de una pierna desde mi infancia. La mayor parte de nuestro espíritu la encarna una deidad india que se estira como un gato sumido en un sueño alerta, mudo de asombro pero en absoluto sordo, y omnividente si hace falta.

Con los años, Rachida, mi niña, y no estoy desvariando, con los años todo cuanto hacemos o dejamos de hacer, todo cuanto decimos o callamos u olvidamos es sofocado por el creciente susurro del aliento de ese sueño vigilante que abrigamos dentro de nosotros, ese soplo que atiza las palabras con las cuales tratamos en vano de cubrirlo. Todos hablamos por horror al vacío.

—¿Quiere que también retire luego la fotografía de su madre, doña

Helena?—me pregunta Rachida en tono casual, capciosamente casual.

Sé que me está poniendo a prueba, que piensa: «Ya recapacitará». ¿Cuántas veces no me he propuesto hacer tabla rasa y cuántas veces ella me ha rescatado izándome con el resistente hilo de su alegría de vivir?

Mi madre. Flota ahora en un rincón de mi mente. En las nubes de polvo y las gaseosas brumas del recuerdo se manifiesta como una estrella sombría, consumida. Sus mensajes me alcanzan no como una radiación luminosa, sino más bien como una energía con otra longitud de onda, procedente de una ausencia tangible. Lo único que puedo hacer es delimitar el espacio de resonancia de su eco apagado.

Mi madre se presenta ya sólo de forma esporádica en mis sueños y se torna cada vez más inmaterial, mientras que a mi padre le continúo asociando con la materia, con palabras tales como pared, contrafuerte, cabrio; mi padre, que en esencia era más maternal que ella, el padre-hogar, el hombre que constituía la matriz de la que mi madre tomaba su severa apariencia. Jamás he conocido a nadie con tanta desesperación como ella cuando falleció su marido. Ni siquiera yo la igualé cuando perdí a mi vez a mi esposo, aunque quizá sí con mi hija: al recibir la noticia de su muerte me asaltó una rabia que sin duda no fue otra cosa que un profundo desconcierto puesto del revés. Cuán extraña resulta la inversión de nuestros afectos. El dolor se transforma en placer. El miedo en euforia. El amor en odio.

Durante mis últimos titubeantes paseos por la ciudad ya no se adueñaba de mí la nostalgia que solía embargarme hasta la cincuentena—los años bisagra—cuando pasaba por delante de lugares plagados de recuerdos. Reconocía las fachadas de las casas adonde en su día había acudido a celebrar fiestas y convites. La suntuosidad burguesa condensada en las cornisas y en las balaustradas de hierro forjado decorativo les confería un aire de museo. Algunas de aquellas mansiones se habían convertido en tiendas, vinotecas, restaurantes o boutiques cuyos escaparates mostraban de un vistazo la impasible prestancia de sus maniquíes. Otras seguían habitadas, se veían más o menos igual que cuando yo

era joven, tal vez un poco más renegridas o desconchadas, y divididas en cuartos para estudiantes. En ciertas ocasiones conseguía vislumbrar a través de alguna ventana abierta un elemento de techo, un rosetón en estuco, para entonces ya despojado de la lámpara bajo cuyos brazos había brindado, cantado, bailado, discutido, ocultado amores prohibidos. O la repisa de una chimenea, pintada de un color distinto al de antes, el extremo de un cartel en el sitio donde antaño colgaba un largo espejo que años atrás me había lanzado mi propio reflejo a modo de sátira. Ahí debió de estar la pianola cuyas melodías acompañábamos con nuestros cantos, y allí el sofá donde engañaba a mi marido bajo la luz tamizada, o la palma enana en el hueco de la escalera, donde vertía mis lágrimas presa de la confusión y la vergüenza, sin dejar jamás de mecerme gratamente por la ingravidez de aquellos años centrífugos del período de entreguerras, cuando por fin logré escabullirme de debajo de las alas de mi madre contrayendo matrimonio, contra su voluntad, aunque se abstuvo de enfurruñarse.

Los tiempos habían cambiado. Mi hermano se hizo cargo de los negocios de mi padre propiciando un nuevo auge comercial, y yo confié mi hija a mis progenitores para poder seguir a mi esposo en sus viajes y estudiar historia. Historia. Mi madre lo consideraba una ocupación idiota pero inofensiva, una suerte de arte floral para individuos decadentes como yo. No aguanté mucho, tenía una hija que reclamaba mi pecho, y caí en la cuenta de que el conocimiento contaminaba mis escritos, empobrecía mis pensamientos reduciéndolos a sociología musicalizada. La historia, esa prótesis chapucera hecha de trozos de papel, pedazos de barro y fragmentos de huesos con la que renqueamos a través de las eras como si en el tiempo abundaran los postes indicadores. Desistí. Mi madre triunfó, por una vez en silencio.

Todavía hoy la juzgo con excesiva injusticia, a ella y a su existencia, esa angosta oquedad que supo labrarse para sí misma en el tiempo que, no por elección o deseo propios, fue el suyo, como si las dudosas libertades que pude arrogarme fueran atribuibles al mérito personal, como si el tiempo fuese obra de mis manos.

¿Cómo no voy a mirar con al menos un toque de indulgente ironía a

la niñata que ahora veo reflejada en mi mente: una joven que fumaba cigarrillos en boquilla para causar una impresión sofisticada y se engalanaba con líos amorosos y amistades que se desvanecían con demasiada celeridad o se trocaban tarde o temprano en nostalgia, mía o de ellos? A medida que mis desplazamientos por la ciudad se complicaban y terminaba por clavar a la fuerza los ojos en el suelo, atenta a la menor irregularidad en el pavimento de las aceras, miraba cada vez más dentro de mí, dentro de mis propias habitaciones.

Ojalá pudiera sostener la vida entre mis dedos, ojalá revistiese la densidad y el fulgor de un diamante al que pudiera dar vueltas y más vueltas para investigar cada una de sus facetas, imbuirme del más mínimo juego de luz, hasta que se extinguiera en la palma de mi mano cuando mi fascinación por fin se hubiese saciado. La nostalgia no es más que una membrana fina y transparente, la enésima membrana fetal que envuelve la vida humana, hasta que, debilitada, se rasga o se desprende, aproximándonos un poco más a nuestra desnudez original.

Cuando mis piernas ya no resistían las largas caminatas atravesaba la ciudad en tranvía, me apeaba en algunos hitos y recorría pequeños tramos a pie, hasta la siguiente parada. Aún más tarde, mi hija se dejaba persuadir con relativa facilidad para llevarme de paseo en su coche. Cumplía su misión con total entrega: nadie dominaba los entresijos del desdén como ella. Mientras no estuviéramos condenadas a permanecer por mucho tiempo en una misma estancia, buscando palabras que no sonaran ni demasiado falsas ni demasiado mordaces, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por mí.

Fue ella quien encontró a mi marido. A la espera del taxi que debía conducirle al aeropuerto se había tumbado un rato en la cama. El taxi llegó, el chófer hizo sonar la bocina. No bajó nadie. Mi hija se precipitó por la escalera y no regresó. El conductor volvió a tocar el claxon. Al llegar arriba me la encontré en el vano de la puerta del dormitorio. Muda de estupor, contemplaba a mi esposo, tendido sobre la cama en su gabardina beige claro, con el sombrero sobre el pecho, los pies colgando por encima del borde del colchón, al lado de la maleta. Al siguiente bocinazo, mi hija se dispuso a bajar la

escalera. «Le diré que se vaya—anunció—. Ya no hace falta».

No la vi llorar, y yo tampoco lloré. Asistimos al funeral como rígidas muñecas, mi interior parecía haberse transformado en cinc, resecos canalones de lluvia por los cuales retumbaba el sordo latido de mi corazón. Me rondaba un solo pensamiento: era hora de que se fuera. Sus cejas comenzaban a crecer en exceso, lo mismo que el vello de su nariz. Lucía pelusa en el pabellón de las orejas y ya tenía papada. No estaba hecho para la vejez. ¿Qué más se puede decir?

No aparece en mis sueños, ni su hija tampoco. A veces me figuro que los dos se divierten de lo lindo en alguna zona de mi cabeza, en una circunvolución de mi cerebro cuya llave han extraviado. Estoy delante de la puerta y llamo en balde al timbre, no oigo más que un eco de cinc. Soñé una sola vez con él. En mi sueño me lo encontré sentado aquí, en el sillón junto a la cama, al despertar. Estaba fumando un cigarrillo, percibí también el olor a nailon de su gabardina. Inhaló y expulsó el humo. «Helen, my lovely, sabes por qué te hago tan pocas visitas, ¿verdad?», me preguntó. Siguió fumando. Con aire compungido.

Después del fallecimiento de mi marido rogué a mi hija, al final de cada verano, que me llevara a la casa natal de mi madre; los demás habían abandonado, por demasiado ancianos, demasiado frágiles, demasiado muertos. Ella accedía a mi ansia con una desgana contagiosa, callábamos como urnas en el camino. Una vez allí aparcaba el automóvil al pie de la colina, cerca del sendero que subía a la verja, y ni siquiera necesitaba mostrar abiertamente su renuencia a acompañarme hasta arriba. Sabía que le bastaba de sobra con bajarse del coche, encender un pitillo apoyada en el capó y hurgar en su eterno bolso de mano en busca de un pañuelo, el pañuelo que delataba a la monja fallida, lo mismo que su vientre, el vientre de una virgen representada en una tabla de Memling; con forma de manzana, abombado, como si su piel, sus membranas, su intestino no cubrieran un útero sino un puño cerrado.

Me he reprochado durante años haberla enviado desde su más tierna infancia, ya fuera en un arrebato de conformismo, ya fuera para complacer a mi madre, a un colegio de monjas. Con el paso del tiempo constaté cómo se iba transformando en una mojigata defendida a ultranza por mi madre, que no toleró ni una sola crítica

contra ella mientras vivió, quizá porque cualquier cosa le parecía preferible a una criatura como yo, que existía mayormente al margen de la vida.

Mi hija sobrevivió tan sólo unos años a mi madre. Justo antes de morir pidió a una de las hermanas que me llamara por teléfono, una compañera suya del internado femenino donde, al término de sus estudios, se había quedado como profesora de religión y necedad aplicada. La hermana insistió en que me diera prisa. Creí percibir en su voz el poso de los reiterados reproches que debió de escuchar de la boca de mi hija, pero no acudí ni a despedirme de los restos mortales. Ni siquiera sabía que estuviera enferma.

Lamento atiborrar estas últimas páginas de cadáveres, seré lo más breve posible. Ella supervisaba, enseñaba, murió. Vestía trajes sastre de banalidad cosida y se consagraba a un culto de la virginidad muy similar a la semiviudez. Sus alumnas la apodaban el «trazo de tiza». Durante un tiempo circuló el rumor de que se veía con el prefecto, un sacerdote. Me habría alegrado de ello, pero al sondearla con delicadeza me lanzó tal mueca de desdén que sufrí en el acto un cólico intestinal. Me arrepentía de no haberla sacado de aquel ambiente, de no haber incitado con suficiente ahínco a su padre a dedicarle un poco más de atención, de no haberle echado en cara que, si bien yo me ofrecía gustosa a ser el palomar donde él se posara a discreción entre aventura y aventura, la niña bien merecía un trato distinto. Hasta que un día, ya no recuerdo cuándo ni tampoco si estábamos discutiendo o no, mientras mirábamos por esta ventana, ella me dijo con una imperturbabilidad que aún hoy me produce escalofríos en la espalda: «¿Qué mejor manera de expiar la vergüenza de ser tu hija, maman?». Luego se dio la vuelta con una risita desdeñosa. Aquellas palabras me hicieron añicos. Jamás los he pegado. Durante largo tiempo caminé sobre ellos con los pies descalzos, como un ritual, absorbiendo en mi fuero interno el lacerante dolor.

La primera vez que osé volver con ella, a los pocos años de la muerte de mi esposo, resultó un fiasco. Sentí arder su mirada en mis omóplatos después de dejarla junto al coche, sumida en un silencio estúpido. Antes había cambiado mis zapatos por un par de botas sacando la mitad de las piernas por el hueco de la puerta. Enfilé el

sendero, hasta alcanzar la cancela trasera. No quería levantar sospechas tirando en vano de la pesada cerradura de la verja principal. En vida de mi marido, el último propietario me acogía durante una temporada como a una princesa. «Eh bien voici! [¡Mírala!]—acostumbraba a exclamar—. ¡Nuestra señora del castillo!». Nos mostraba los silos y la instalación lechera, y la nueva granja o el sótano donde almacenaba las patatas, pero tras tanta ufanía se ocultaba un hombre aterrorizado que, consciente de sus abultadas deudas, se abandonaba al alcohol para aturdir el miedo. Su barba se asemejaba a la de mi tío, siempre impregnada de un rastro de humo de la chimenea. En la larga mesa de la cocina donde tantas cazuelas había calentado mi madre, nos servía licor con una mano cada vez más generosa a medida que pasaban los años, mientras a nuestras espaldas su amante del momento, tan disgustada como la anterior o la siguiente, fregaba los cacharros y contaba las copas con resignación. Bebíamos y nos desahogábamos, narrando historias que ya he repetido demasiadas veces como para volver a contarlas aquí. Casi acertábamos a escuchar cómo la hiedra y la parra anclaban los postigos en los marcos de las ventanas y el musgo tapizaba el tejado de pizarra con sus húmedos almohadones.

En la última ocasión que viajé a la casa en compañía de mi marido, la verja estaba cerrada. Nos acercamos al pueblo, al único café superviviente, para averiguar qué había sucedido. Algunos ancianos me reconocieron, la hija de la bella Marianne, la flamenca, «comme nous, nous sommes aussi des Flamands, au fond, écoute» [como nosotros, en el fondo nosotros también somos flamencos, oye], y me hablaron en el idioma que recordaba de mi infancia. Una lengua como un mineral bruto, como el sílex. Un flamenco que emergía del suelo calcáreo y volvía a hacerse carne en mi presencia.

La propiedad había pasado a manos del director de una fábrica de Calais. La adquirió por cuatro cuartos después del embargo judicial. Arrendó las tierras circundantes, mandó cerrar la mansión y subastó el mobiliario.

«No se le ha perdido nada allí, madame—me comunicó cuando le llamé para preguntar si alguien del pueblo disponía de una llave para cuidar un poco de todo aquello—. No es más que un edificio en ruinas. Demasiado peligroso».

Al año siguiente falleció mi marido. Regresar en ese momento me habría conmocionado en exceso. Mi vida era un vasto mapa sembrado de lugares evitables, una huida ante la maldición de la memoria.

Transcurrieron cuatro o cinco años. El día que al fin me puse en camino y volví a calzar las botas sentí los ojos de mi hija en mi espalda. Casi la oía pensar: «Todavía no lo ha superado, la pobre, sigue buscando sus pequeños paraísos perdidos».

Tuve que volver de vacío. Las zarzamoras invadían la cancela trasera, un saúco trenzaba sus ramajes por entre los barrotes, no había forma de pasar. Y esa compasión, esa altiva compasión en el rostro de mi hija al verme volver al automóvil con la ropa llena de ramitas y espinas, un corte en la pantorrilla y el cabello trufado de hojas muertas. No dijo palabra, como de costumbre. Demasiado cobarde para pronunciarse, siempre tan proclive a que fueran los demás quienes le sacaran las castañas del fuego, a intrigar y a maquinar, a deslizar a las personas como bolillos entre sus dedos para tender los hilos del sutil encaje de sus mezquinos tejemanejes, a lavarse las manos en tazas de inocencia. Me preguntaba cómo había podido salir de mi interior algo así. No di a luz a una niña, sino a un clavo herrumbroso.

Unas semanas más tarde la obligué a llevarme de nuevo hasta la casa. La envié a la costa, se marchó dando muestras de una inmensa satisfacción. Traía una potente tijera de podar en uno de los bolsillos de mi abrigo. La saqué y corté con ella los ramajes que tapaban la cancela hasta que pude manipular el tirador. Me abrí paso por entre las zarzas y las ortigas que rodeaban la primera fila de establos y, después de bordear los gallineros, entré en el patio tropezando con las matas de hierba que brotaban entre las juntas de las losas, en buena parte sepultadas bajo la arena y las hojas descompuestas. Daba la impresión de que la tierra las aspiraba, como si una invisible labor de titanes, un ejército de lombrices, enterrase la propiedad atrayéndola poco a poco hacia las profundidades.

Al principio me resultó imposible abrir la puerta lateral, la del ala sur. Al otro lado, un peso plúmbeo ejercía presión sobre la madera; tuve que empujar un buen rato con todo mi cuerpo para que cediera

y cayera al suelo con un golpe sordo. Un agitado susurro recorrió los ladrillos de la fachada haciendo estremecer las trepadoras.

Alguien debió de colocar contra la puerta uno de los viejos colchones, esos toscos colchones de antes de la guerra, quizá para desalentar a los intrusos o a los gamberros. La mole reposaba pesada a mis pies, dejando el espacio suficiente para abrir la puerta unos treinta centímetros, lo justo para poder deslizarme dentro.

Ahora, al rememorar aquella escena, me asalta la sensación de que quien empujaba desde dentro era la centenaria Mémé, la madre primigenia, empleando toda la fuerza de su primordial volumen, su rotunda femineidad, para impedir que pisara la casa, como queriendo decir: «No entres, hija. Se acabó, ya nos apañaremos nosotros solos. El deterioro requiere poco esfuerzo, no te preocupes, ya nos las arreglaremos».

Y cuando, al seguir hasta la cocina, descubrí el orificio en las baldosas, la llaga de arena donde antes se hallaban los fogones que, al parecer, habían sido desmontados por el chamarilero, sin duda con ánimo de sacar partido del hierro, el abandono adoptó en cierto modo la amargura de un reproche. Divisé en la pared los contornos de polvo que dibujaban las siluetas de las sartenes y cazos tal y como en su día pendían de mayor a menor sobre las mesas de corte como una escala musical.

Y cuanto más avanzaba, más compacto se tornaba el aire y más manos parecían hacer fuerza contra mi torso, exhortándome a regresar sobre mis pasos, pero yo no había entrado a curiosear. Estaba de duelo, aquella casa era mi capilla ardiente, el depósito de todos mis difuntos, a los cuales no podía llorar más que allí. Deseaba perderme, arriba en la biblioteca de mi tío, en el puñado de recuerdos capaces de mutar en réquiem ese sonido de cinc que poblaba mi fuero interno, reencontrar el anhelo que me corroía mientras mi futuro marido se recuperaba al otro lado del canal de la Mancha y mi madre me vigilaba con una intensidad febril que ahora interpreto cada vez más como el presagio de la gripe que la postraría en la cama y me liberaría de su permanente asedio. Deseaba cubrirme con ese anhelo al estilo de un manto de luto.

La biblioteca era el único sitio donde lograba sustraerme a la

desazón de mi madre, sentada en la silla junto a la mesa, en compañía de mi tío, que ordenaba papeles con las manos enfundadas en un par de mitones. Era invierno. Una de las tentativas de mi madre para no perder el control de las cosas consistía en escatimar en leña y carbón. Mi tío se soplaba los dedos, yo fingía escribir cartas.

«La ironía, chica», musitaba él en su barba sin bajar la guardia, atento a los movimientos de mi madre, por si subía la escalera y pasaba una vez más por delante de la puerta de la biblioteca con el pretexto de que necesitaba cualquier bobada de la habitación contigua, acompañada por el tamborileo de sus gruesos tacones, ávida por fisgonear y poner la oreja. Debió de ser la única espía confiada en que, haciéndose notar, no se notase su presencia.

«Irónicamente—proseguía mi tío—, nos va de maravilla. Antes debía cebar dos cerdos para obtener el precio que ahora ofrecen por un jamón. En realidad, no nos falta de nada».

Mi madre también lo sabía. Tras sus ballenas, nuestra prosperidad se asentaba transformada en sentimiento de culpa. Mandaba a las tías que preparasen paquetes de alimentos para los aldeanos. Ignoro si llegó a intuir el rencor que ardía bajo el barniz de la gratitud cuando salía a practicar la caridad con las familias más pobres del vecindario, la sordidez de presentarse con un tarro de mermelada o un trozo de pastel de carne ante una mujer que había perdido a la mitad de su progenie, la venganza que clamaba semejante acto. «¿Aguantarás un poco más?—me preguntaba mi tío—. Creo que el deshielo no es para mañana».

Nos sentíamos unidos en nuestra penitencia. De vez en cuando mi tío interrumpía su papeleo, se dirigía a los estantes de la pared y me enseñaba la guarda de alguno de los opúsculos que coleccionaba por las coquetas estampas. Solía tratarse de audaces farsas dieciochescas, de Plaisirs Secrets u otros títulos similares, la mayoría de ellos encuadernados en un mismo tomo con una segunda parte a continuación, Le Regret Inutile, el lamento inútil. Nos reíamos tontamente como dos quinceañeras. «Ya se le pasará», me tranquilizaba, en alusión a mi madre.

No sabía que un cuerpo pudiera ansiar con tal vehemencia otro

cuerpo. Mi esposo, mi compañero, mi hermano espiritual, su carne que se revelaba como un sinónimo en la mía. Vuelvo a posar mi cabeza sobre la satinada piel de su vientre, la membrana situada entre la pelvis y la caja torácica que se infla y se contrae con su respiración. Oigo el borboteo de sus entrañas bajo mi oído, los misteriosos procesos de la factoría tan atroz como ingeniosa del metabolismo, y el latido de su corazón, acelerado cuando inspira, más lento al exhalar, mientras propulsa la sangre por sus tejidos. También su cerebro palpita a ese ritmo bajo el casco natural de su cráneo.

El vello negro que crecía en sus brazos y sus piernas, describiendo un arco abierto hacia fuera, me sigue fascinando tanto como la primera vez que lo mesé, con la cabeza reclinada sobre su pecho desnudo. Qué hambre, qué apetencia y qué abrasador el celo que azotaba mis miembros.

Me viene a la mente la imagen de mi padre a la hora de su muerte, discúlpeme por exhumar otro difunto de los bolsillos interiores de mi memoria. Pienso en el oleaje de su aliento mientras se hallaba tumbado de espaldas sobre las sábanas, en los silencios cada vez más prolongados entre sus espiraciones, en el terror que me atenazaba a lo largo de aquellos intervalos, un terror extrañamente mezclado con el asombro ante la precisión—por no decir el tacto—con la cual el organismo que era mi padre retiraba la vida de sus venas y sus células más remotas, atraía hacia sí el calor de sus pies y parecía concentrarlo todo en su cabeza para luego alisar, también allí, los últimos pliegues justo antes de que sobreviniera la muerte. Contemplé cómo la vida le abandonaba, cómo se le hundían las mejillas, hasta cierto punto fue un alivio.

Mi marido yacía más bien sobre la cama con una expresión de divertida sorpresa, como si jamás se hubiera figurado que la nada pudiera ser tan grata, en tanto que, al hacer el amor, siempre fue un amante que se entregaba a la pequeña muerte abismado en sus pensamientos. Hay hombres que alcanzan el máximo placer con un rictus beato, como si en su cabeza estallara una burbuja de opio, y hay otros, entre ellos mi esposo, que en esos escasos segundos de éxtasis parecen concebir todo un tratado, una sucinta teología de la eyaculación. Sólo cuando veía aparecer las arrugas en su frente y

sentía tensarse su diafragma se desataban también en mí los espasmos cuyos chispeantes temblores se extendían hasta las raíces de mi cabello y mis pezones, lanzando bandadas de piel de gallina por mis poros.

Obviamente, nunca comenté estos asuntos con mi tío allí arriba en la biblioteca. Él ya no estaba cuando falleció mi esposo y, de todas maneras, pertenecía más bien a esa clase de personas que se conforma con unos cuantos retruécanos insulsos. En cambio, sí le hablé del sentimiento de pérdida, de la confusión generada por el hecho de poseer de repente un cuerpo incapaz de definirse a sí mismo; y en más de una ocasión le vi mover la cabeza en un gesto lleno de melancolía. Al leer mis cartas, las cartas que escribía por orden de mi madre, observaba a veces: «Corres el riesgo de convertirte en una mística, querida sobrina. Aunque de ésas a las que se excomulga. No importa. Son las mejores».

Aquélla fue mi última visita. Nada más salir de la propiedad caminé hasta el pueblo y esperé en el bar junto al ayuntamiento a que mi hija regresara del mar y me recogiera, con la tez bronceada y todo. A día de hoy aún no sé si temblaba de embeleso al abandonar el patio bajo la fronda del seto convertido en bosque, al inhalar por última vez el aire seco de los ladrillos, de la tierra ocre pálido bajo las suelas de mis botas, al oír cómo las lagartijas salían disparadas por las losas de granito azulado, igual de huidizas que aquel nombre o aquel año que se nos resiste en la punta de la lengua; o si, al contrario, temblaba de miedo, ese miedo profundo que puede llegar a sentir el ser humano ante su propia vanidad, cuando los pergaminos se cierran y los cánticos enmudecen y las velas se apagan en los candelabros, hasta que permanecemos suspendidos en el tiempo, ciegos, como una vidriera tras la cual ya no brilla ni un rayo de sol.

¿Qué más queda por decir? A la larga, la casa fue engullida por las excavadoras del director de la fábrica de Calais, pulverizada y reducida a gravilla, y para entonces los árboles del patio seguramente ya habían sido cortados en troncos de leña.

Oigo a Rachida. Reconozco el tintineo de los cubiertos mientras sube la escalera. ¡Escuche! Tratará de girar el pomo de la puerta con una única mano, sin soltar la bandeja, aunque casi nunca lo

consigue. Después de despotricar en voz baja depositará la bandeja sobre la cómoda al lado de la puerta.

No me cabe la menor duda de que, como siempre, se habrá desvivido. El huevo cocido en su punto, abierto a la perfección, la yema salpicada de pimienta recién molida. Me ofrecerá pan tostado al horno y leche templada vertida en una jarrita. El olor ya me invade la nariz. También traerá un jarrón con una margarita o una orquídea arrancada al vendedor de flores. «Le pierde mi sonrisa—suele decir—. Cuanto más sonrío, más cara es la flor que me regala». Si canturrea «A cenar, a cenar» mientras abre la puerta y vuelve a desaparecer en el pasillo en busca de la bandeja me temo que, por desgracia, está de un humor frívolo. ¡Escuche!

—¡Mire todo lo que le he preparado, doña Helena!—exclama en tono triunfante—. ¡A que se le hace la boca agua! Además, le traigo una magnífica rosa del jardín. Se acuerda de lo que le había prometido, ¿verdad?

Saïd el de los bellos ojos era el padre del padre de mi madre, doña Helena. Según mi madre tenía ojos de ópalo, el flaco Säid de la mirada azul ópalo y los dientes de nácar. En la calle y en el mercado, las muchachas jamás bajaban la vista al contemplarle amorosamente, pues todas deseaban captar su mirada y bañarse en sus iris. Una de ellas se ahogó en la mirada de Saïd y se convirtió en la madre del padre de mi madre. Si empleo tantas palabras, doña Helena, es porque usted come muy despacio y porque mi historia es muy breve. Por favor, dele ahora un bocadito al huevo y tome un sorbito de leche, gracias. Saïd, Saïd al-Amrani, nunca llegó a conocer a su hijo. Se hizo soldado y un buen día debió partir en barco hacia Marsella. Al otro lado del mar también se ha desencadenado una guerra, cuchicheaba la gente, alabado sea el Señor de Todas las Cosas, una guerra menos para nosotros. Eso contaba mi madre cuando yo era pequeña, y ésa es la razón por la que utilizo palabras pequeñas para narrar la historia de Saïd el de los bellos ojos, así se lo he oído contar siempre; de hecho, Saïd está muerto desde hace tiempo y lo que está muerto debe guardar silencio. Cuidado, doña Helena, tiene la barbilla manchada de yema. Saïd debió partir en barco hacia Marsella por ser soldado, soldado en el Régiment de Marche de Chasseurs Indigènes à Cheval [Regimiento de Marcha de Cazadores Indígenas a Caballo], como acostumbraba a subrayar mi madre. Cuando yo era pequeña, mi madre hacía bailar sus dedos en mi melena siempre que pronunciaba las palabras Régiment de Marche de Chasseurs Indigènes à Cheval, no menos de diez veces cada noche. Posaba mi cabeza en su regazo cuando se sentaba en el borde de mi cama y me dejaba acunar por sus relatos y sus dedos, que se movían por entre mis rizos como varitas mágicas. El flaco Saïd de los bellos ojos se hizo soldado porque su propio padre estaba muerto y porque su novia y su madre, y también sus hermanitos, padecían hambre. Saïd no era ningún ladrón, solía repetir mi madre, pues quien roba para colmar un estómago vacío no roba. Si no fuera por esos estómagos vacíos, Saïd jamás se habría hecho soldado en el Régiment de Marche de Chasseurs Indigènes à Cheval y jamás habría conocido Marsella. En Marsella no hay altas montañas, en Marsella el umbral de la puerta no amanece ataviado con una brillante barba de hielo, y en Marsella las mujeres lucen dientes de oro, escribía Saïd a casa, a sus allegados, sí, sabíamos escribir, somos de buena familia, doña

Helena. Cada uno de los nuestros aprendía a leer y a escribir, pero leer y escribir no llena el estómago. ¡Ni se le ocurra dejar esas cortezas, doña Helena! Esta noche pienso ser muy severa. Si no se acaba el pan lo mojaré en la leche y se lo daré a comer yo. Saïd debió partir al Norte, muy al Norte, donde no había montañas, pero sí mucho hielo, día y noche, hielo que no se derrite, como en nuestras montañas. En el Norte, los hombres encargados de luchar se meten dentro de la tierra, escribía Saïd a casa. Mi manta está sucia, se ha vuelto gris por el hielo y la tierra, todos nuestros caballos han muerto. Cree habérselo terminado casi todo, doña Helena, pero está usted equivocada, porque en el bolsillo de mi delantal tengo aún dos galletas, dos galletas blandas de chocolate. Un día dejaron de llegar cartas. La madre del padre del padre de mi madre esperó y también esperó la novia de Saïd, con su abultado vientre, donde nadaba el padre de mi madre. Esperaron mucho, muchísimo, pero no recibieron más cartas, salvo el aviso de que Saïd el de los bellos ojos estaba muerto. «Le soldat Saïd al-Amrani est tué lors d'une attaque à pied au Front Nord» [El soldado Saïd al-Amrani ha muerto durante un ataque a pie en el Frente Norte]. Eso dice el comunicado, lo tengo en casa. La madre del padre del padre de mi madre y la novia de Saïd deseaban saber dónde estaba el cuerpo de Saïd, pero ya no había ni cuerpo, doña Helena, lo he averiguado, Saïd es un simple nombre en una lista, nada más. La tierra le ha mirado a los ojos de ópalo, decía mi madre, ¿dónde estarán esos ojos ahora? Primero debe beber un poco de leche, doña Helena, luego le daré las galletas. Cuando mi padre vino aquí, tiempo atrás, con mi madre y mi hermano, que por entonces ya había nacido y también se llama Saïd, mi padre anunciaba: si encuentro sus huesos los sacaré a la superficie. Los lavaré y los envolveré en un lienzo. Mi padre también estaba metido dentro de la tierra cuando yo era pequeña, doña Helena. No para luchar, sino para trabajar. Extraía carbón para la estufa en invierno. Si me topo con Saïd allí abajo le llevaré a casa, repetía sin cesar a mi madre que, a su vez, me lo contaba a mí noche tras noche, haré rezar la janaza por él y le enterraré en una tumba digna. Pero mi padre jamás halló a Saïd el de los bellos ojos, no encontró más que flores, en las simas de la tierra, flores de carbón, negras como la noche, así me las describía mi madre. ¿Sabe lo que es la janaza? Mi padre me enseñaba todas las tardes a recitar de memoria Al-Fatiha, era su modo de contarme historias. Todavía me la sé, con los ojos

cerrados: «Bismillāhi r-raḥmāni r-raḥīm... Alḥamdu lillāhi rabbi l-'ālamīn... Ar raḥmāni r-raḥīm? Māliki yawmi d-dīn... Iyyāka na'budu wa iyyāka nasta'īn... Ihdinā ṣ-ṣirāṭ al mustaqīm... Ṣirāṭ al-ladīna an'amta 'alayhim, ġayril maġdūbi alayhim walād dāllīn...». Yo no hacía más que decirle a mi padre que no entendía las palabras, y él me contestaba: «Más tarde, cuando aprendas árabe, las comprenderás, pero entonces es cuando debes repetir Al-Fatiha más que nunca, incluso más que ahora, hasta que dejes de entenderla de nuevo, de tal manera que las palabras sagradas se desprendan de tus pensamientos y echen a volar, construyendo una suerte de tejado sobre tu cabeza, y si lo haces bien, si no comprendes suficientemente, el mundo entero te mirará a los ojos entre el tejado de las palabras y el tejado de tu cabeza». Es cierto, doña Helena, es por eso por lo que la sura se llama la Madre del Libro. Como usted. Cuando me preparo para venir aquí y mi madre me pregunta a quién voy a cuidar, le respondo: a la madre del libro, y ella sabe enseguida que me refiero a usted. ¡Cuántas migas está dejando caer, doña Helena! Espere, que le limpio la boca. Y ahora termine de comer con tranquilidad. Tengo tiempo. Después tiene que dormir. Ha cenado. Le he contado la historia de Saïd el de los bellos ojos, la breve historia de su breve vida. Y le digo lo que me decía mi madre cuando era pequeña: «No hay nada más que relatar. Los animales duermen y el búho nocturno vigila. A dormir, Rachida —susurraba—, mi flor de almendro tiene que dormir. Me llevo la bandeja. Dejaré abierta la cortina junto a su cama para que esta noche pueda admirar las estrellas y las ventanas iluminadas, pero si ahora cierra los ojos, decía siempre mi madre, se quedará dormida sin darse cuenta, doña Helena.

©

TÍTULO ORIGINAL Godenslaap

Publicado por

ACANTILADO

Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© 2008 by Erwin Mortier

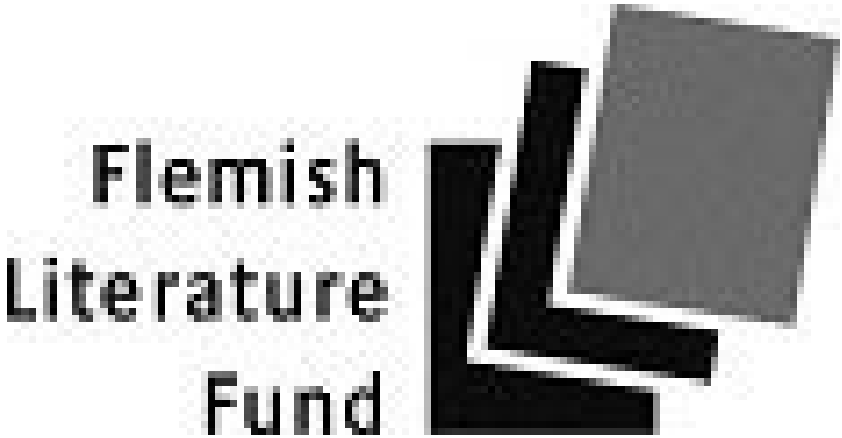
© de la traducción, 2012 by Goedele Maria Joanna De Sterck

© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S.A.U.

Esta obra ha sido publicada con el apoyo financiero del Fondo flamenco de las letras (Vlaams Fonds voor de Letteren - www.flemishliterature.be)

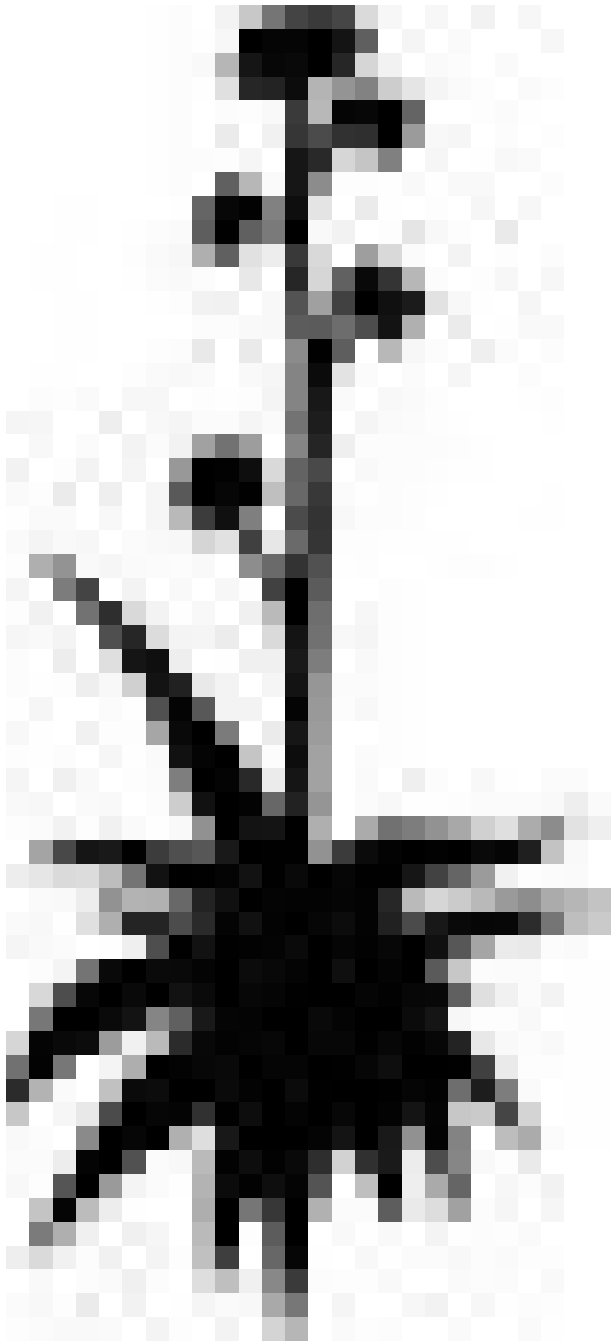


ISBN: 978-84-15689-34-8

DEPÓSITO LEGAL: B. 2535-2013

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL

febrero de 2013



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente

prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.